

# CHILLOÉ



# CHILOÉ

“Según el favor del viento  
va navegando el leñero,  
atrás quedaron las rucas  
para entrar en el puerto.  
Corra sur o corra norte,  
la barquichuela gimiendo,  
llorando estoy.  
Sea con hambre o con sueño,  
me voy, me voy.”

VIOLETA PARRA

“Según el favor del viento”  
(extracto)









# ÍNDICE

EN PERMANENTE APOYO A LA  
COMUNIDAD INSULAR Y CONTINENTAL

MANUEL PINOCHET, C.N.

10

CHILOÉ Y CHILE:  
DOS MUNDOS COETÁNEOS

RODOLFO URBINA

22

CAPÍTULO I

ENTRE MARES, ISLAS Y BOSQUES

CAROLINA VILLAGRÁN

30

LOS MILCAOS Y LA CHOCHOCA

54

CAPÍTULO II

UNA HISTORIA DE SEIS MIL AÑOS

DOINA MUNITA, RODRIGO MERA Y RICARDO ÁLVAREZ

58

CURANTO DE MARISCOS

86

CAPÍTULO III

ANTIGUOS NAVEGANTES EN  
LOS MARES DE CHILOÉ

NICOLÁS LIRA

88

LAS MINGAS

120

CAPÍTULO IV

DE LA CONQUISTA A LA REPÚBLICA

XIMENA URBINA

122

LA GUERRA

178

GILBERTO PROVOSTE

HERNÁN RODRÍGUEZ

182

CAPÍTULO V

LAS IGLESIAS Y EL CULTO

GABRIEL GUARDA, O.S.B.

186

LOS FISCALES

224

CAPÍTULO VI

LA ARTESANÍA RELIGIOSA EN MADERA

ISIDORO VÁZQUEZ DE ACUÑA

228

LA CAPILLA

260

CAPÍTULO VII

CARPINTEROS DE RIBERA

RODNEY STRABUCCHI

262

LA NAVEGACIÓN

284

CAPÍTULO VIII

CESTERÍA: TRANSFORMACIONES DE UN OFICIO

MARIJKE VAN MEURS Y JANNETTE GONZÁLEZ

286

LOS TEJIDOS

304

CAPÍTULO IX

LOS TIEMPOS DEL MAR INTERIOR

RICARDO ÁLVAREZ Y FRANCISCO THER

306

LA PESCA

320

EPÍLOGO

RENATO CÁRDENAS

324

NOTAS

330

REFERENCIAS

336

ACERCA DE LOS AUTORES

342









MUSEO CHILENO  
DE ARTE  
PRECOLOMBINO

Publicamos este libro inspirados por las numerosas peculiaridades de la isla de Chiloé; su interesante cultura, que acoge y aprovecha lo que le da la tierra y el mar; su temprano poblamiento humano, atendido que solo se podía acceder a ella por vía marítima; su original historia, que la separó de los acontecimientos continentales, y, particularmente, sus habitantes, que conservan hasta hoy creencias y valores que nuestro país globalizado ha perdido en aras del desarrollo.

Debido a las características señaladas, el contenido de este libro es multidisciplinario. Las ciencias biológicas nos permiten conocer el particular ambiente florístico de la isla: una parte de la cordillera de la Costa que quedó después del hundimiento del valle central en el mar, hace cientos de miles de años. La arqueología revela las primeras migraciones llegadas por mar a Chiloé y que legan a las futuras generaciones esta especialización marina que se mantiene vigente hasta hoy. La etnohistoria y la historia colonial y republicana acogen y ponen de relieve los acontecimientos que plasman el desarrollo cultural poscontacto de los chilotes y le dan el sello particular que conservan. Por último, quisimos resaltar ciertas características que consideramos indispensables en la descripción de la isla, como la religiosidad y los aspectos antropológicos y tecnológicos propios de Chiloé, que no podían estar ausentes.

Hoy, queremos mirar hacia la isla como un volver a lo esencial, lo importante, en un momento en que Chiloé está más amenazado que nunca y es más vulnerable ante el acoso de nuevos modelos que atentan contra el medio ambiente y la solidaridad, valores de la cultura chilota. Con esta publicación, quisiéramos retratar la isla en un momento crítico, fijando un hito desde el cual podamos mirar hacia su pasado para escudriñar en su futuro.

Agradecemos la invariable colaboración de Banco Santander, que ha permitido que la colección, resultado de esta alianza, llegue a la importante suma de 31 libros acerca del patrimonio de Chile y América.

También extendemos nuestra gratitud a todos quienes colaboraron en esta publicación, especialmente a las autoras y los autores que comparten con nuestros lectores sus investigaciones en torno a la isla.

CLARA BUDNIK SINAY  
Presidenta  
Fundación Familia Larrain Echenique

CAROLINA TOHÁ MORALES  
Alcaldesa  
Ilustre Municipalidad de Santiago









La isla fue pisada por primera vez en nombre de la Corona de España, ni más ni menos que por el célebre poeta Alonso de Ercilla, que dejó grabado en el tronco de un árbol la constancia de ser el primero en cruzar el temible “desaguadero”, “el año de cincuenta y ocho entrado sobre mil y quinientos, por febrero...”. Solo se quedó lo necesario: “dimos la vuelta luego a la piragua volviendo a atravesar la furiosa agua” (*La Araucana*, Canto XXXVI).

El propósito de este libro es resaltar la particularidad de Chiloé dentro del contexto geográfico, biológico, cultural e histórico de Chile. En efecto, su aislamiento del continente es la causa de que se hayan interrumpido los sucesos sociales que recorrieron Chile continental. Esto le da a la isla una fisonomía muy especial, que deviene en una particular cultura que se mantiene hasta hoy, a pesar de los grandes cambios y desafíos que la globalización la hace enfrentar.

En Chiloé, el mar y el bosque son protagonistas. También lo son los abundantes recursos alimenticios que han dado origen a una gastronomía típica de curantos y milcaos, complementada con variedades de papas y de frutas que no se encuentran en otras latitudes. La cestería empleada en la recolección de estos productos y su evolución como artesanía utilitaria y ornamental es también tema de este libro, al igual que lo textil, los retablos de figuras religiosas, la música, los bailes, el folclore, las ceremonias devotas y una suma inagotable de tradiciones, algunas provenientes de un tiempo inmemorial.

Esperamos que esta publicación contribuya al conocimiento de la isla y su cultura por parte de chilenos y extranjeros, indispensable para que se preserven los valores tradicionales y se rescate el extraordinario patrimonio cultural –tanto arquitectónico como inmaterial– y natural que ha conservado por siglos.

Quiero agradecer al valioso equipo de colaboradores que ha realizado los textos, las fotografías y el diseño de esta obra, a la Ley de Donaciones Culturales y, muy especialmente, a la Armada de Chile y al Museo Chileno de Arte Precolombino, con quien nos une una tradición cultural de tres décadas y una colección de más de treinta valiosas publicaciones.

A handwritten signature in black ink that reads "Claudio Melandri Hinojosa".

CLAUDIO MELANDRI HINOJOSA  
Gerente General y Country Head  
Banco Santander













Armada de Chile

# En permanente apoyo a la comunidad insular y continental

MANUEL PINOCHET, C.N.

---

En Chiloé, un camino para viajar de una localidad a otra muchas veces no es suficiente. Por su condición insular, el mar es la mayor parte del tiempo la única vía para establecer contacto entre las diferentes comunidades.

En este escenario, la actividad que la Armada de Chile despliega aquí y en todo el territorio marítimo del país resulta fundamental, pues se transforma en un recurso de primera importancia para el desarrollo de la región.







Desde los albores de la República, la Armada ha estado vinculada al progreso de Chiloé y al bienestar de sus habitantes, manteniendo en la zona un contingente fijo de personal naval altamente entrenado y comprometido en cumplir su obligación de proteger la vida humana en el mar.

Esto se traduce en la activación permanente del subcentro de búsqueda y salvamento marítimo de Castro, el cual asiste a las embarcaciones en peligro, ya sea con unidades propias o gestionando las emergencias marítimas en el área.

La Armada cuenta con sus propios buques y con aviones y helicópteros siempre listos para salvar en minutos las distancias que por mar requerirían horas y que pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Estas operaciones de búsqueda y rescate se complementan con los operativos de eva-

cuación en caso de emergencias médicas en zonas donde las únicas alternativas son las vías marítimas y aéreas.

Pese a lo anterior, sin duda una de las principales tareas de la Armada en Chiloé insular y continental es la labor de prevención y, para ello, los chequeos periódicos de las condiciones de seguridad de pescadores, mariscadores y trabajadores de plantas de acuicultura son de vital importancia. La prevención también implica la mantención y la actualización de toda la red de señalización marítima, en particular de las señales luminosas que ayudan a los navegantes a llegar a puerto.

Es justamente en esta área donde se encuentran los faros más antiguos de Chile. El faro Corona, construido en 1859 en la boca occidental del canal de Chacao, es mantenido gracias a servidores de la Armada y sus familias. También el faro Tres Cruces, que comenzó a funcionar en

< La fiscalización marítima no solo busca supervisar que todo esté en orden, sino también contribuir a la seguridad de quienes viven y trabajan cerca del mar. Fotografía gentileza Armada de Chile.

> El patrullaje marítimo se realiza con unidades navales y aeronavales, con el fin de fiscalizar el tráfico en el mar, proteger la vida humana y combatir el contrabando, la pesca ilegal y el narcotráfico. Fotografía gentileza Armada de Chile.



1897, fue durante más de setenta años operado manualmente, hasta que gracias a un proceso de modernización, en 1979, pasó a ser automático.

Estas ayudas a la navegación no solo simplifican y aseguran la vida de quienes viven y trabajan cerca del mar, sino también de los numerosos navegantes que año a año eligen a Chiloé como destino turístico o para la práctica de deportes náuticos.

Así, la Armada pone a disposición de todos ellos y, en particular, de quienes celebran distintas fiestas religiosas tan características de esta área, todas sus capacidades, ejerciendo una vigilancia permanente. Esta no solo permite mantener la seguridad, sino también favorecer la investigación de los recursos marinos y la mitigación de los efectos que puede producir la sobreexplotación, además del control de la contaminación marina y la protección de especies en peligro de extinción.

Es así que la Armada es responsable de entregar las matrículas a pescadores y buzos mariscadores y controlar las normas de seguridad, fiscalizando el cumplimiento de vedas para que la extracción artesanal de recursos marinos, una de las principales actividades económicas de la zona, se desarrolle de manera segura y responsable.

En el área de la seguridad marítima, la Armada también contribuye mediante el levantamiento de cartas náuticas, ayuda indispensable a la navegación por la intrincada geografía del archipiélago. En ellas se indican las profundidades

del mar y un prolijo detalle de la configuración marítima, de modo que permitan navegar con seguridad a buques y embarcaciones.

La primera carta de navegación que se conoce en el área de Chiloé es la carta esférica de los chonos, que fue hecha entre 1792 y 1796 por José de Moraleda y Montero. Las siguientes dos cartas, realizadas en los años 1941 y 2001, fueron hechas por el Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada (SHOA).

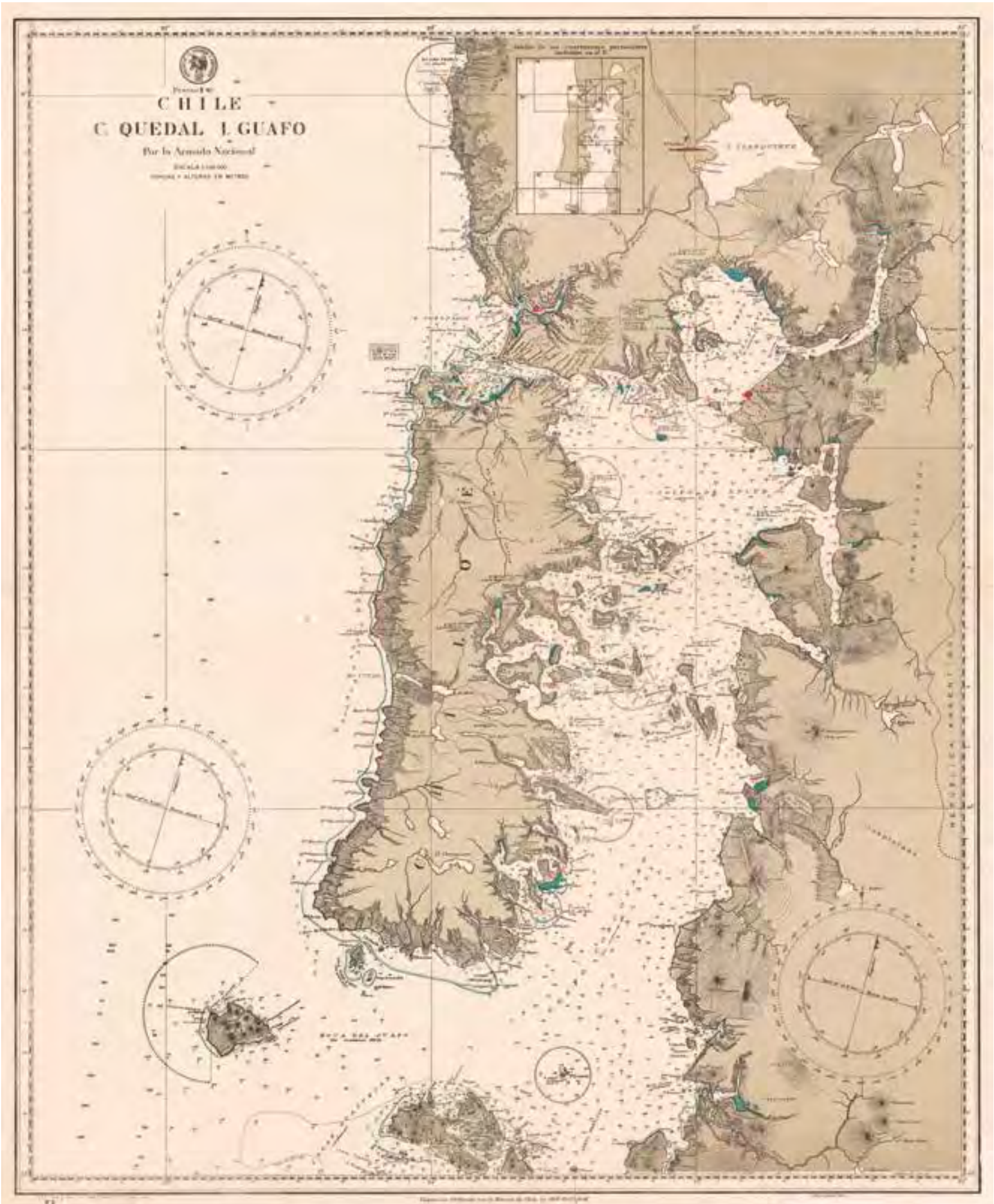
Por último, la Armada, en su permanente rol de apoyo a la comunidad, realiza diversas acciones de apoyo médico-dental, entre las cuales son de gran importancia los operativos que organiza la Compañía de Oficiales de la Reserva Naval (Cornav). Estos ofrecen servicios de calidad a compatriotas que difícilmente podrían obtener una atención oportuna, debido a la condición de aislamiento en que se encuentran, en la zona de Chiloé y los canales del sur, llegando incluso hasta la zona de Puerto Edén.

La Armada de Chile, por medio de las múltiples tareas que ejecuta en el ámbito de la Defensa, en el sector marítimo-portuario, en el apoyo a la política exterior del Estado y en la difusión de las tradiciones y la cultura, está al servicio del país, con sus hombres y mujeres, para apoyar un desarrollo constante y sustentable en el tiempo.

Los invitamos a recorrer las páginas de este libro y a viajar con nosotros por este archipiélago lleno de mitos, leyendas y patrimonio del que la Armada se siente parte.

> La primera carta de navegación que se conoce en el área de Chiloé es la carta esférica de los chonos, que fue hecha entre 1792 y 1796 por José de Moraleda y Montero. Esta corresponde al Cuarterón B "Cabo Quedal a Isla Guafo", publicada en 1941 por el Departamento de Navegación e Hidrografía, actual carta N° 7000. Autorizada por resolución SHOA Ord. N° 13000/1/227 del 21 de septiembre de 2016.















“

Nací en la costa oriental de la isla grande de Chiloé, que protege con su base granítica de la cordillera de la Costa a las islas menores, desde el canal de Chacao hasta las bocas del Guafo. La vida de esta región está regulada por el flujo y reflujo oceánico que viene desde los cuernos de la luna y de lo que habrá más allá de los astros, y por las lluvias esparcidas con toda la rosa de los vientos. Lluve allá de mil formas, con cerrazones bramando huracanadas, copiosos llantos celestiales que traspasan el corazón de los vivos en comunicación con sus muertos, que reposan bajo los cementerios de conchales.

”

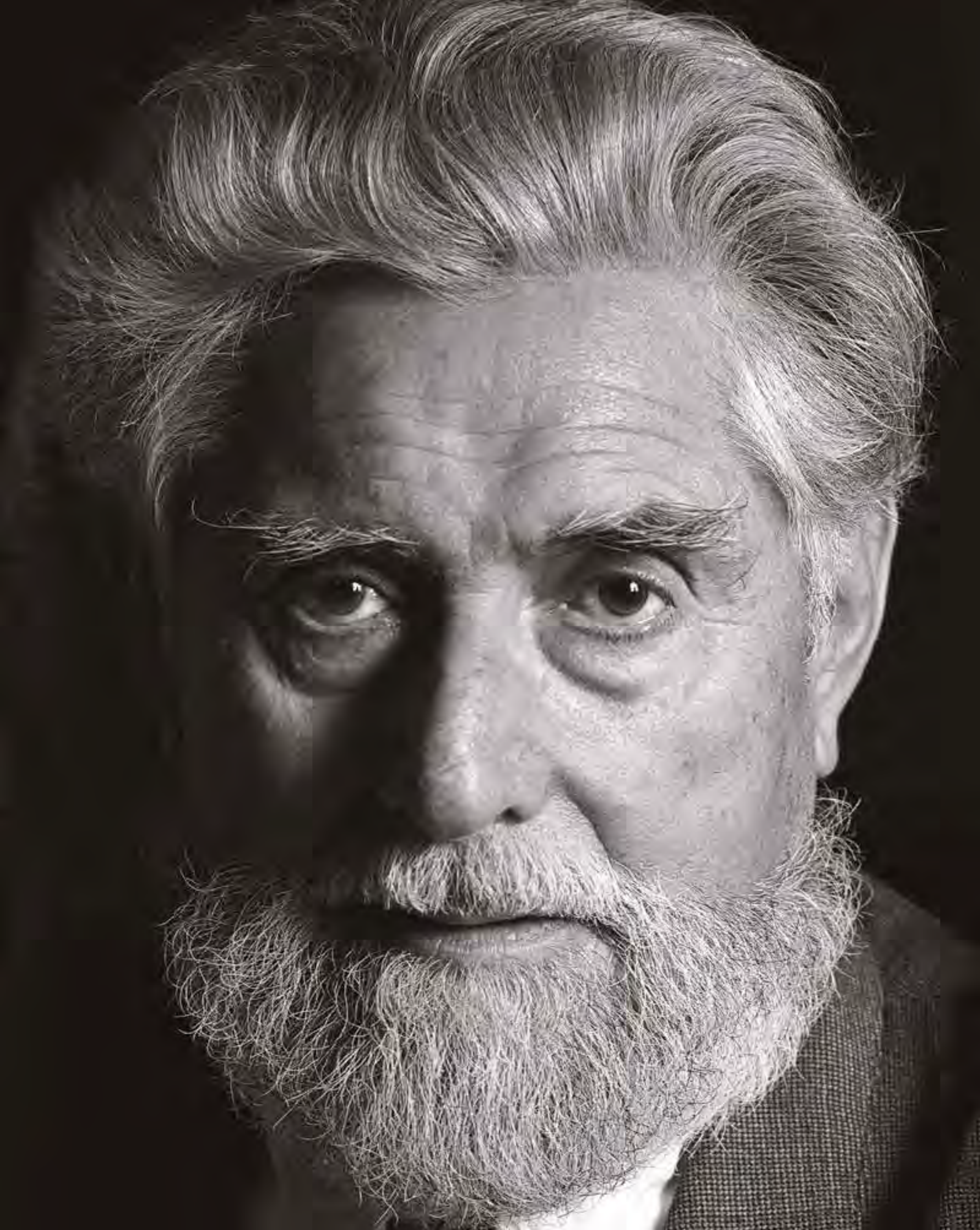
FRANCISCO COLOANE

“El Chiloé del niño” (extracto),

en *El Mercurio*,

9 de noviembre de 2001.







<< *Portada*: Caleta Huentetique, Quetalmahue.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

<< *Hoja de guarda*: Detalle del muro de tejas de la capilla de Teupa, Chonchi, vista desde su cementerio.  
Fotografía: Pablo Valenzuela.

<< *Página 2*: Juan Bautista Quinán Taihuel, Cacique de Guaipulli, Chadmo Central, Chiloé.  
Fotografía: Lincoyán Parada.

<< *Página 4*: Las diversas variedades de manzanas en Chiloé se utilizan cocidas, como relleno de empanadas, en mermelada, y también para hacer chicha.  
Fotografía: Roberto de la Fuente.

<< *Página 6*: Palafitos en desembocadura del lago Cucao. Fotografía: Guy Wenborne.

<< *Páginas 8 y 9*: La recolección de mariscos y algas para el autosustento es parte de las actividades cotidianas de algunos chilotes.  
Fotografía: Marcial Ugarte.

<< *Páginas 14 y 15*: Fiordo de Castro, al sur de la ciudad, en el sector de Nercón, cuya iglesia en restauración se reconoce. También se puede ver la Ruta 5, que serpentea por el litoral.  
Fotografía: Norberto Seebach.

<< *Página 17*: El escritor chileno Francisco Coloane (Quemchi, 1910-Santiago, 2002).  
Fotografía: Ilonka Csillag.

> El archipiélago de Chiloé. Mapa producido por Fernando Maldonado.



















# Chiloé y Chile:

## Dos mundos coetáneos

DR. RODOLFO URBINA BURGOS

---

El archipiélago de Chiloé siempre ha sorprendido por su geografía desmembrada y la belleza idílica de sus paisajes. En el pasado colonial era el recoveco del mundo, según los propios chilotes, y además la popa de la ecúmene, porque era el último lugar habitado y habitable, como se creía por entonces. Hoy, hasta el más insensible visitante se da cuenta de que esa geografía cobija una cultura de ritmo vital diferente al resto del país vertebrado que termina en Puerto Montt.

---

La cordillera de los Andes y sus majestuosas formas está ausente en Chiloé o apenas se deja ver a la distancia en días despejados y luminosos más allá del islario menor. La isla grande es pura cordillera de la Costa, mientras que el valle central de Chile se hunde en el seno de Reloncaví para dar origen al mar interior y a los archipiélagos que se suceden desde las islas calbucanas hasta el Corcovado. Por supuesto que no hay nada semejante en Chile continental a este capricho de la naturaleza, determinante para el rostro marítimo de la provincia, que tuvo su punto más alto en el siglo XIX. Un basamento físico tan peculiar como este explica lo que ha sido el mundo chilote en el tiempo largo.

Chiloé es escenario de la biodiversidad. Allí coexisten los bosques, la campiña, el mar y las islas donde el chilote diseñó su *morada* vital y dio sentido a su cultura bordemarina desde los tiempos amerindios. Un mundo *sui generis* elaborado puertas adentro durante seis mil años. Desde que tuvo lugar la conquista española no se liberó de esa especie de vida *intramuros*, aislamiento obligado, y menos aún desde el gran alzamiento mapuche de 1598 a 1604, que significó el repliegue de los españoles hasta la

línea del Biobío y la pérdida de las siete ciudades de arriba, excepto Santiago de Castro. Esta *non plus ultra* ciudad y todo el archipiélago quedaron desde entonces desvinculados del núcleo central o Chile histórico, entendiéndose por tal el territorio que media entre el Despoblado de Atacama y el referido Biobío. Con el tiempo, la distancia, el abandono y la ininterrumpida aculturación hicieron de Chiloé y Chile dos mundos coetáneos, pero no contemporáneos, de ritmos históricos distintos y culturalmente desemejantes.

Como frontera cerrada después de 1604 Chiloé no recibió corrientes migratorias de nuevos españoles que hubieran vivificado el cuerpo social, político y cultural durante los siglos XVII y XVIII. Sin influencias externas se fue perfilando una cultura mixta que en muchos aspectos transitó desde indios a españoles. La lengua *veliche* la hablaban los hispano-criollos en una sociedad donde unos y otros vivían en una unión residencial que favoreció los préstamos culturales. Las formas de relacionarse con la naturaleza fueron importantes contribuciones indias, lo mismo que la papa en la dieta cotidiana, el hábitat playero y la cultura marisquera junto con la sorprendente mitología que hicieron suya los blancos.

<< Minga de casa arribando a destino en la costanera de Quemchi.  
Fotografía: Guy Wenborne.

< Camino a Cucao.  
Fotografía: Luis Poirot.



Por el otro lado, la encomienda instaurada por los conquistadores fue una institución que modificó el modo de vida de los *veliches* y *payos*. El trabajo sistemático, la organización impuesta, el sistema de turnos para tareas inéditas y el tiempo cronométrico alteraron la ancestral economía y libertad aborígen. La introducción de animales bovinos, ovinos, cerdos y aves de corral transformó la dieta y enriqueció la alimentación indígena, como lo hicieron también el trigo y el pan, que coexistieron con el *milcao*. El cerdo se multiplicó tanto en los siglos coloniales –cerdos playeros-marisqueiros– que fue inseparable de la cocina de indios y españoles, y permitió la industria del apreciado jamón ahumado, de gran demanda en Lima a fines del siglo XVIII. La oveja fertilizó la huerta con la *majada* o estiércol que abonó las tierras de pan llevar, lo mismo que la *lamilla* playera para idéntico fin. La carne de cordero fue otro aporte dietético y su lana hizo posible la industria de cubrecamas, sabanillas, frazadas, choapinos, ponchos, en fin, bordillos, que se exportaban a Lima durante la Colonia.

Los varones *veliches* y *payos*, que eran tributarios, así como los *reyunos* de Calbuco, exentos estos últimos de dicha contribución, se especializaban como *tableros*, *jamoneros* y *dalqueros*; las mujeres en la marisca, en los tejidos de lana, en esteras extendidas, en la huerta y en el fogón: *milcaos*, *chapaleles*, *chochocas*. Y hombres y mujeres en el curanto que invitaba a una sociabilidad alegre y festiva. La actividad más importante era, sin embargo, la tala, que dio origen a la figura del referido tablero en los alerzales cordilleranos. Cada tabla de alerce tenía la medida exigida por el comercio (ancho, largo y grosor) y servía como moneda de cambio o *moneda de provincia*, o también, *real de madera*, con la que se ajustaban todos los trueques o cambalaches dentro de Chiloé y con los comerciantes peruanos cuando

se levantaba la feria en el puerto de San Antonio de Chacao, primero, y en San Carlos de Chiloé (Ancud), desde 1768.

De coigüe, roble y de alerce se hacían las *dalcas* o piragüas de tres tablas que hallaron los españoles cuando sentaron reales en Chiloé en 1567. Con fuego y agua arqueaban las tablas para dar forma a la embarcación, en la que algún cronista vio cierto parecido con las góndolas venecianas. Con fibras vegetales cosían las partes, como lo describe fray Pedro González de Agüeros en los años noventa del siglo XVIII. Sin quilla, parecían deslizarse en la cresta de las olas. Por eso, Walter Hanisch las llamó *dalcas volanderas*. De otros árboles gruesos se hacían embarcaciones monóxilas o bongos que coexistieron con las *dalcas* durante todo el período colonial, mientras esta última evolucionaba de tres a cinco, incluso siete tablas y mástil para el velamen formado por varios ponchos cosidos, como se hacía antes de la vela europea.

La *cultura de la madera* llenó de nombres el *piedmont* andino; nombres *veliches* que identifican también cada operación desde que se hacheaba el árbol hasta que se daba forma a las tablas. La misma riqueza de palabras indias había en la construcción de *dalcas* y *bongos*. Los carpinteros de ribera españoles, otros europeos, mestizos e indios construyeron embarcaciones más grandes y complejas en el siglo XIX en los distintos *astilleros* y botaderos naturales en las ensenadas del mar interior.

La *minga* es otra contribución *veliche*. Antes de la circulación del dinero en metálico, la *minga* era el único sistema posible para realizar obras de utilidad pública o particular. *Súplica* llamaban al ritual de comprometerse unos a otros. Como recurso comunitario rotatorio la *minga* chilota

> Construcción de una casa en Castro. Fotografía: Luis Poirot.





permitió la construcción de casas, capillas, senderos, embarcaciones, *majadas*, desmonte, siembras con arado de luma y cosechas. De mingas era también la *maja*. Concluido el trabajo se ofrecía el *parabién*. La economía de los siglos coloniales no se explica sin la encomienda impuesta y forzosa, y la *minga* colectiva y solidaria. Su derivado era el *medán*, una forma de ayuda mutua con animales, alimentos o la contribución con tablas para la futura casa de los recién casados, para los que sufrían incendio o malas cosechas. Estas formas

de solidaridad comunitaria de los antiguos *cavíes* fueron adoptadas por mestizos e hispano-criollos en los lugares más apartados. Los españoles encomenderos, llamados la *nobleza*, no necesitaron de estas formas, pues disponían de sus propios tributarios para las más diversas labores.

La casa española pasó también a ser india en la forma de *mediagua*, que reemplazó a la ruca o bohío. *La cultura de la madera* no se limitó a la casa formal o el rancho elemental, sino que





se extendió a todos los utensilios y artefactos hogareños, como la cestería, diversos artilugios, cucharas y cucharones, mesas, bancas, etc., pero también *quinchos*, *planchado* de senderos e iglesias que la comunidad levantó como *minga de capilla*, y en los años setenta del siglo XVIII eran ochenta los oratorios que había en la provincia.

Con la cruz en la mano el religioso trajo la fe cristiana a *veliches* y *payos* de Chiloé, y a los naturales *canoeros vagamundos* de los laberintos australes

trasladados a las islas de Guar, Cailín y Chaulinec: *chonos*, *tajatafes*, *huillis* y *caucahués* dispersos entre las islas *Guaitecas* y las de *Guayaneco*, incorporados como *cristianos nuevos* o neófitos en las misiones de san Felipe de Guar en 1717 y Cailín en 1764.

Los misioneros jesuitas y franciscanos evangelizaron al mundo gentil, y en la nueva fe fue la contribución sustantiva, permanente e identitaria del mundo chilote. El método se contiene en



la *misión circular*, o correría anual, o *volante*, que hacía el padre o *patíru* y un compañero, y en el papel de las propias comunidades dirigidas por el *fiscal* o *amoricamán* de cada uno de los pueblos. Con todo, los naturales que eran ya de vieja conversión en el siglo XVIII, conservaban todavía sus creencias vernaculares junto con la fe cristiana, en ininteligibles sincretismos y temores ancestrales a lo sobrenatural, como la brujería, el *llancazo* o el *mal de ojo*, pero también una sorprendente mitología del mar, del bosque y del aire que los jesuitas toleraron porque estimaron que no entraban en conflicto con la fe cristiana. Combatieron, sí, la brujería. Toda la provincia, devota a su modo, se transformó en el *jardín de la Iglesia*, como la llamaban los religiosos de la Compañía de Jesús, y la más gloriosa misión del reino de Chile.

Chiloé colonial se define como cultura marítima. El mar interior es su *Mediterráneo* y el bogador su representante. Este mar situado entre la costa oriental de la isla grande y la costa occidental de la Sierra Nevada, y desde el seno de Reloncaví hasta el golfo de Corcovado, creó este personaje de las islas, *dalquero* que sabe de corrientes, de crecidas y de vaciantes. Cultura marítima también, porque indios, mestizos y españoles prefirieron asentarse en las orillas, abrieron una franja terrestre arrebatada al bosque que con el tiempo configuró la campiña de espaldas al manto boscoso de cara al mar. Este tipo de asentamiento bordemarino explica que la economía de los chilotes coloniales haya sido *entre surcos y mareas*. Una playa siempre generosa fue la despensa inagotable en las bajamares diarias. La marisca y los curiosos *corrales* de recolección de peces asombraban a los visitantes, como Lázaro de Ribera o José de Moraleda, que dejaron testimonios muy elocuentes a fines del siglo XVIII.

La abundancia siempre a la mano es la razón del *curanto* que seguía a la marisca. Los excedentes de mariscos y pescados eran para ahumar y daban origen al pequeño comercio y a los desplazamientos que hacían tan pintoresco al mercado de Ancud en el siglo XIX y las ferias locales de las caletas del mar interior, y más tarde en Castro y Angelmó. La *playa* de Castro y la caleta puertomontina capitalizaron la economía del mar y de las huertas en la segunda mitad decimonónica y fueron un imán para lancheros, chaluperos y goleteros con sus *chiguas* de papas, almudes, trenzas de cholgas ahumadas, paquetes de tablas de alerce, que el pintor Pacheco Altamirano tradujo en celebrados cuadros que conocieron los chilenos a mediados del siglo XX.

Al cabo de los siglos de convivencia y aculturación indios y españoles aportaron sus atributos culturales y toda la cultura chilota se debe a este beneficioso encuentro de un modo más próximo a la fusión que a la mera subordinación de la más elemental frente a la más compleja. La lengua castellana se enriqueció con las palabras *veliches* relacionadas con la naturaleza y el arte culinario. La religión católica, “flexible en lo accesorio, pero inflexible en lo esencial”, no pudo evitar que subsistiera el mundo espiritual aborigen con sus creencias, mitos y supersticiones.

En la cultura material, las laneras y tintoreras se adaptaron al mercado urbano de Ancud en el siglo XIX, pero se perdió o diluyó la industria del jamón desde que se puso fin al comercio con el Perú después de la independencia. Desde la incorporación de Chiloé a Chile en 1826 y la paulatina introducción del dinero se hicieron menos frecuentes los mecanismos de solidaridad comunitaria. La educación primaria, la justicia, el médico, el hospital y las diversas instituciones nacionales que llegaron con la república fueron

< Interior de la iglesia de San Francisco de Castro. Fotografía: Luis Poirot.



también causa de la lenta desaparición de las creencias más profundas y arcaicas. El caso más notable fue el “Proceso de los brujos de Chiloé”, seguido en Ancud entre 1880 y 1882.

Pero este mundo chilote desvinculado de Chile durante gran parte de la Colonia y ajeno a las nuevas ideas políticas que asomaban en los albores del siglo XIX se mantuvo fiel al “sagrado nombre de Su Majestad”, como decía el cabildo de Castro. Los chilotes participaron en todas las campañas contra los patriotas de Chile desde 1813 hasta la ocupación de Santiago y luego en Perú y Alto Perú, hasta Ayacucho y El Callao, que estaba bajo las órdenes de Rodil, mientras defendían la isla grande de las acometidas de Cochrane y Freire, y nuevamente Freire en 1826, fecha esta última en que los chilotes fueron vencidos. Comenzó así el proceso de integración política, social y cultural a la república, y con ello llegaron la bandera, el escudo patrio, el himno nacional y la escuela.

La chilenización ha sido un proceso paulatino de alteración de la cultura ancestral a lo largo del siglo XIX. Más tarde la radio y la televisión en el siglo XX; el internet y la entrada a la modernidad en nuestros días, progresivamente acelerado a comienzos del siglo XXI, solo permiten reconocer resabios de la cultura vernácula en las islas más apartadas. No obstante, sigue vigente la cultura de la lana en Dalcahue, los artilugios de madera, la cestería en los pueblos del interior o la artesanía de canagua en Ancud, las roscas y el licor de oro en Chonchi, y las originales comidas de la cultura campesina que combina la playa con las huertas. En cambio, la *minga* es apenas un vestigio, colorido desde luego, en las *tiraduras* de verano con fines turísticos. La industria salmonera arrincona hoy al pescador,

y la antigua economía playera del mar interior ha quedado parcelada en recintos privados y el mar invadido de jaulas extrañas a ecosistema y al *res commune* que antes eran el mar y la playa. Los viejos *corrales* han dejado de existir hace ya tiempo y solo subsisten algunos restos de interés antropológico.

Si algo ha perdurado incólume es la fe católica y la devoción a los santos patronos en los pueblos. Allí se conserva todo el vigor espiritual que sembraron en el alma chilota los operarios jesuitas desde los albores del siglo XVII. Así ha llegado Chiloé hasta hoy en un momento crucial de transición y a un paso de la integración física con el resto del país con el proyectado, aunque polémico, puente Chacao. Y todo esto está sucediendo justo cuando la modernidad está tocando la puerta de esta *cuasi nación*, como la llamó en sus tiempos Alonso de Ovalle. Pero, aún con todo lo nuevo, Chiloé aún mantiene algo de su modo de ser, algo de ese aire diferente respecto de la sociedad mayor. Se percibe con solo cruzar el Desaguadero y al poner los pies en la isla.

En este libro de hermosa edición y bellamente ilustrado comparecen investigadores en distintas disciplinas para rescatar lo identitario de Chiloé en el tiempo largo. Sus particulares miradas logran pintar el colorido cuadro de un mundo y su devenir desde la paleohistoria hasta el presente. La arqueología, antropología, biogeografía, historia representadas por galardonados representantes se detienen para tratar monográficamente aspectos que hasta hace poco eran desconocidos por los chilenos. Hoy se descubre Chiloé, se valora lo distintivo, su riqueza patrimonial en la *cultura de la madera*, en sus iglesias y en la cultura espiritual de la fe católica.

> Desplegando las velas de una lancha chilota, en Castro. Fotografía: Luis Poirot.

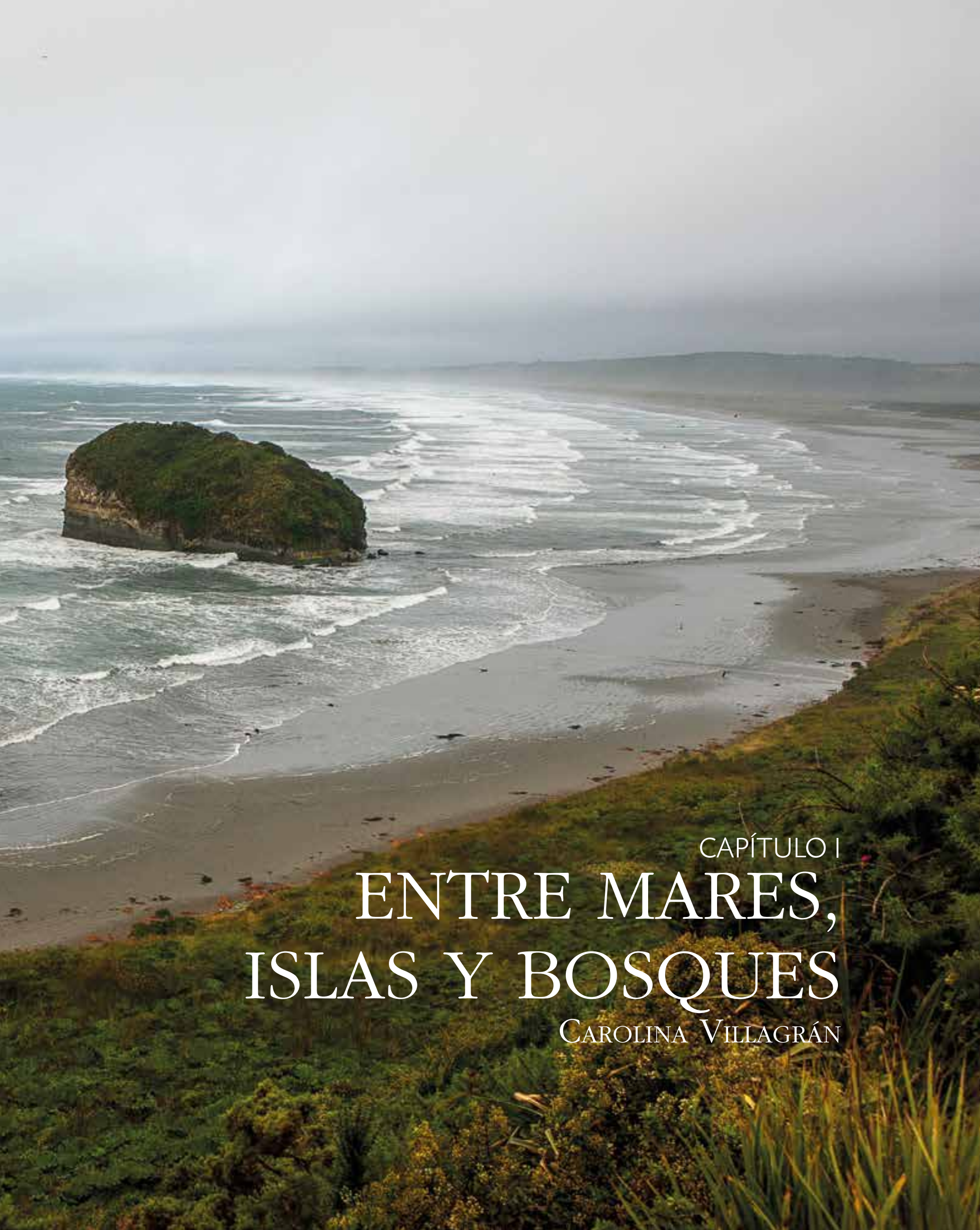












CAPÍTULO I

# ENTRE MARES, ISLAS Y BOSQUES

CAROLINA VILLAGRÁN









## LA VANGUARDIA PACÍFICA DEL BORDE GLACIAL EN EL CONO SUR DE AMÉRICA

*En tiempos muy antiguos un diluvio destruyó la humanidad. [...] lo imputan a una serpiente monstruosa, ama del océano, llamada caicai [...]. Huyendo del ascenso de las aguas y de la oscuridad que reinaba, los humanos cargados de víveres subieron a una montaña de cima triple, que pertenecía a otra serpiente, enemiga de la primera. Se llamaba tenten [...] Quienes no treparon suficientemente aprisa perecieron ahogados, se mudaron en peces de especies variadas que, más tarde, fecundaron a las mujeres acudidas a pescar durante la marea baja. Así fueron concebidos los antepasados de los clanes que tienen nombres de peces. [...] A medida que los sobrevivientes se elevaban por el flanco de la montaña, esta se elevaba o, según otras versiones, flotaba en la superficie de las aguas. [...] Cuando caicai se declaró vencida, no quedaba más que una o dos parejas sobrevivientes. Un sacrificio humano les permitió obtener el descenso de las aguas. Y repoblaron la tierra.<sup>1</sup>*

La fisiografía del paisaje del archipiélago de Chiloé constituye la más evidente impronta legada por la reciente historia geológica que ha experimentado el territorio durante los eventos glaciales del Pleistoceno: la topografía general de las islas, marcadas por su relieve de suaves colinas, a excepción del sector montañoso noroccidental de la Isla Grande, una discontinuidad de la cordillera de la Costa conocida localmente como cordillera de Piuchué; los farellones de sedimentos glaciales, glacio-fluviales y lacustres que se acumulan en el acantilado de la costa interior de la Isla Grande, en sus fiordos, golfos y también en las islas más pequeñas; el desmembramiento de su territorio en un conjunto de islas y archipiélagos que afloran en un mar interior que se extiende hasta los Andes y que alguna vez fuera el valle longitudinal. También los altos niveles de biodiversidad, en distintos grupos taxonómicos, así como la riqueza, la composición y la distribución de las comunidades de plantas y animales a lo largo de las islas. Todos ellos exhiben nítidamente las huellas que dejaron en la isla de Chiloé los acontecimientos glaciales... Quizá también el mito originario... la memoria colectiva.

<< El desmembrado paisaje de Chiloé, con numerosas islas y archipiélagos, constituye la más evidente impronta legada por la reciente historia geológica cuaternaria que ha experimentado el territorio.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

< El sector noroccidental de la Isla Grande de Chiloé no fue cubierto por glaciares y constituye el borde pacífico norte de la masa de hielo que se extendiera hasta el extremo del continente durante el UMG.  
Fotografía: Guy Wenborne.



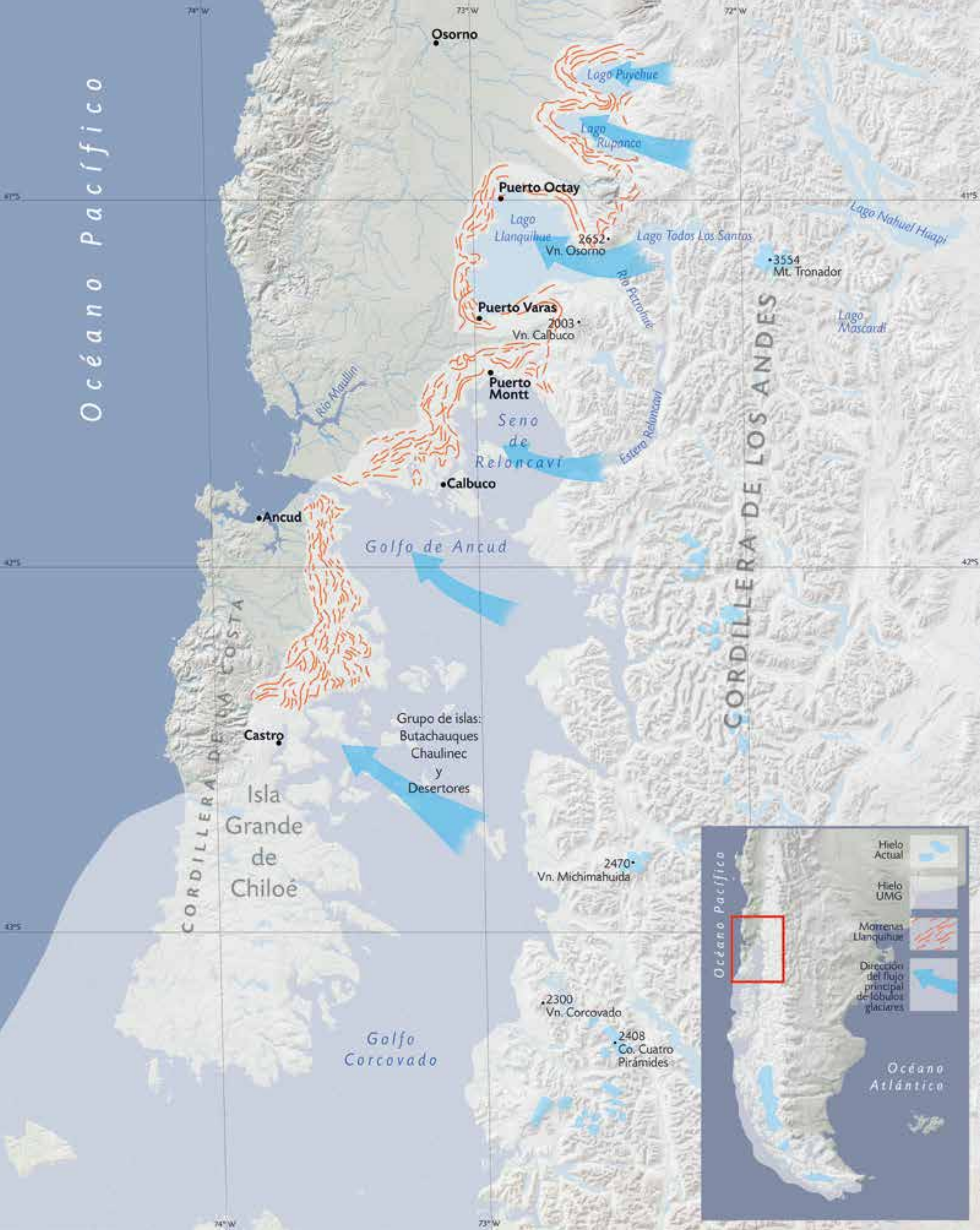
En el mapa geomorfológico se muestra la extensión del hielo durante el Último Máximo Glacial (UMG) del período tardío de la Glaciación Llanquihue en el archipiélago de Chiloé, fechado entre 29.400 y 14.550 C<sup>14</sup> años AP.<sup>2</sup> El límite de los glaciares queda evidenciado con precisión en el paisaje actual, en la traza marcada por los arcos de morrenas y sedimentos asociados que cubren el borde occidental de los lagos, seno de Reloncaví, golfo de Ancud y costa nororiental de la Isla Grande, y que descienden hasta el mar a la latitud del lago Cucao. Es la huella de la extensión máxima que alcanzaran las grandes masas de glaciares de piedemonte que descendieran hacia el valle longitudinal y excavarán las profundas artesas de los lagos, o de los golfos hoy invadidos por el mar. En contraste, el sector noroccidental de la Isla Grande de Chiloé no fue cubierto por glaciares y constituye así el borde Pacífico norte de la gran masa de hielo que se extendiera hasta el extremo del continente, durante el UMG, acontecimiento que afectara profusamente más de un tercio del territorio chileno y labrara la miríada de islas, archipiélagos, canales y fiordos, la fisionomía característica de la así llamada Región de los Canales.

El hecho de que Chiloé constituya la vanguardia pacífica de los glaciares lo instituye como un escenario privilegiado, tanto para la investigación en geomorfología y geología glacial, como para estudios paleoclimáticos y biogeográficos. Este tipo de evidencias, como igualmente las reconstrucciones climático-vegetacionales realizadas sobre la base de análisis palinológico,

paleobotánico y filogeográfico documentan la historia de las tremendas transformaciones que ha experimentado el paisaje físico y biótico del archipiélago durante el último ciclo glacial-interglacial del Cuaternario, particularmente durante los últimos 60.000 años AP. Quizá el testimonio paleobotánico más impresionante del cambio glacial del paisaje vegetal lo imponen los extensos bosques fósiles de coníferas que poblaron el antiguo valle longitudinal del archipiélago de Chiloé, hoy un mar interior. Se trata del hallazgo de más de diez poblaciones de troncos subfósiles, *in situ* y en muy buen estado de conservación.<sup>3</sup> Los sitios se distribuyen en la costa occidental del seno de Reloncaví, desde Pelluco e Isla Tenglo al archipiélago de Calbuco, y a lo largo de la costa oriental de la Isla Grande, desde Chacao, Linao y golfo de Castro hasta Queilen y Molulco, en el golfo de Compu. Los troncos son principalmente de alerce (*Fitzroya cupressoides*) y ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*) y han sido fechados radiocarbónicamente con edades finitas entre 42.600 y 49.780 C<sup>14</sup> años AP. Se encuentran asociados a estratos de limo orgánico y turbas que subyacen a las potentes secuencias de ritmitas lacustres, arenas y gravas glacio-fluviales del UMG. El análisis de las turbas exhibe dominancia de polen arbóreo de coníferas, como alerce, ciprés, mañíos (*Saxe-gothea conspicua* y *Podocarpus nubigena*) y ciprés enano (*Lepidothamnus fonckii*), además de abundante tipo-*coigüe* (especies de *Nothofagus* tipo *dombeyi*) y mirtáceas. En el polen no arbóreo dominan las ciperáceas, poáceas, asteráceas y especies de tundras magallánicas.<sup>4</sup>

> Extensión del hielo durante el Último Máximo Glacial en Llanquihue y Chiloé. Mapa modificado de Denton *et al.* 1999. Producción: Fernando Maldonado.





Océano Pacífico

CORDILLERA DE LOS ANDES

CORDILLERA DE LA COSTA

Isla Grande de Chiloé

Océano Pacífico

Océano Atlántico

Osorno

Puerto Octay

Puerto Varas

Puerto Montt

Calbuco

Ancud

Castro

Golfo de Ancud

Grupo de islas:  
Butachauques  
Chaulinec  
y  
Desertores

Lago Puyehue

Lago Rupanco

Lago Llanquihue

Lago Todos Los Santos

Lago Nahuel Huapi

Lago Mascardi

2652  
Vn. Osorno

2003  
Vn. Calbuco

3554  
Mt. Tronador

2470  
Vn. Michimahuida

2300  
Vn. Corcovado

2408  
Co. Cuatro Pirámides

Golfo Corcovado

Hielo Actual

Hielo UMG

Morrenas Llanquihue

Dirección del flujo principal de lóbulos glaciares





Estos bosques fósiles sugieren que, durante los interestadiales húmedos y relativamente más cálidos del período medio de la Glaciación Llanquihue, los bosques de Coníferas –que hoy crecen aislados en la cordillera de los Andes y de la Costa– habrían tenido un área más extensa y continua en sitios bajos del valle longitudinal. Después de treinta mil años, el descenso de las temperaturas medias de verano (6-8 °C más bajas, comparadas con los valores modernos)<sup>5</sup> y la cobertura de glaciares del UMG de la Glaciación Llanquihue tardía, habría favorecido el desarrollo de tundras magallánicas<sup>6</sup> y fragmentado la paleo-distribución de los bosques de *Nothofagus* y coníferas pre-UMG. Estas evidencias paleobotánicas concuerdan con los datos filogeográficos que documentan alta diversidad y diferenciación genética en múltiples haplotipos, tanto en *coigüe*, como en todas las poblaciones de coníferas actuales, hoy con rangos montañosos discontinuos, en las regiones de Los Lagos y Andes argentinos adyacentes. Estos resultados instruyen una alerta hacia una mejor conservación de estas poblaciones de coníferas,

✓ Troncos fósiles de alerce (*Fitzroya cupressoides*), en Punta Pihuío, Chiloé.  
Fotografía: Fernando Maldonado.

➤ Troncos subfósiles de ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*), en Punta Pirquén, Chiloé.  
Fotografía: Rodrigo Casanova.







que han sido dramáticamente afectadas por las actividades madereras en la región, desde la Colonia. Debería considerarse que la gran variabilidad y diferenciación genética –biodiversidad– que tienen estas especies adquiere una significativa relevancia en la mantención del potencial de respuesta a rápidos cambios climáticos de la región, hoy un problema global.<sup>7</sup>

Después del UMG, durante los períodos Tardiglacial y Holoceno –a partir de los 14.000 años AP– numerosos registros de polen de la Región de Los Lagos y Chiloé documentan la recolonización de los distintos tipos de bosques que actualmente pueblan el archipiélago. Primeramente, en el Tardiglacial: *coihue*, *Nothofagus* tipo *dombeyi*, mirtáceas y coníferas, los elementos característicos del bosque nordpatagónico; en la interfase Pleistoceno-Holoceno, a los 10.000 años, se registra el *tineo* (*Weinmannia trichosperma*). En el Holoceno temprano-medio aparecen las dos especies forestales características del bosque valdiviano, el *ulmo* y la *tiaca* (*Eucryphia cordifolia* y *Caldcluvia paniculata*). Esta sucesión

forestal ha sido muy sólidamente establecida en los estudios palinológicos y un modelo de la dinámica glacial ha sido propuesto por nosotros,<sup>8</sup> inspirado en la asertiva explicación para la existencia de comunidades aisladas en cimas de montañas, concebida por Darwin en su obra magna: *El origen de las especies* (1859).

La huella dejada por la vegetación glacial y la secuencia de recolonización forestal postglacial, se refleja en la composición y la distribución actuales de las comunidades florísticas y tipos de bosques. A altitudes bajas del norte y centro de la Isla Grande encuentra hoy su límite sur el bosque de *ulmo* (*Eucryphia cordifolia*), y a lo largo del litoral Pacífico y sus islas y archipiélagos adyacentes, el bosque de *tique* (*Aextoxicon punctatum*), las dos principales asociaciones florísticas del tipo de bosque valdiviano, la formación vegetal más rica en especies del territorio forestal chileno, especialmente epífitas. Tanto en alturas intermedias de la cordillera de Piuchué, como al sur de la Isla Grande, y en las islas del mar interior, están representadas todas las asociaciones del



tipo de bosque nordpatagónico, dominadas por el *canelo*, el *arrayán*, la *luma*, la *petagüa*, la *tepa*, el *coihue* y el *tineo*.<sup>9</sup> En las cimas de la cordillera de Piuchué se desarrolla un complejo mosaico vegetal, que incluye bosquetes de coigüe de Magallanes, coigüe de Chiloé (*Nothofagus betuloides* y *N. nítida*) y *mañíos*, alerzales, cipresales, tepuales (*Tepualis stipularis*) y formaciones de cojines duros de tundras magallánicas, los remanentes de la vegetación glacial, actualmente restringida a cumbres montañosas de la Región de Los Lagos y con una amplia distribución en la Región de los Canales y Magallanes.

El hecho de que la región noroccidental de la Isla Grande haya permanecido libre de hielos y haya sido ocupada por distintas comunidades vegetales durante el último ciclo glacial-posglacial, se refleja tanto en la sorprendente biodiversidad actual, como en la mayor riqueza de especies del norte de la Isla Grande, en comparación con el territorio glaciado al sur del lago Cucao, Región de los Canales y Magallanes. Esta singularidad también ha sido destacada por Darwin en su *Diario* del viaje del Beagle por Chiloé: “Los bosques (del norte de Chiloé) son incomparablemente más bellos que aquellos de Tierra del Fuego. En vez de la uniformidad sombría de ese país,

aquí tenemos la variedad del paisaje tropical; exceptuando Brasil yo nunca he visto tal abundancia de formas elegantes [29 de junio]”.<sup>10</sup> En el asombro que el naturalista manifiesta frente a la exuberancia del bosque tipo valdiviano del sector noroeste y costa Pacífica de Chiloé hay, aparentemente, un reconocimiento de los efectos biogeográficos del límite glacial mencionado, a pesar de que él sabía que no coincidía con ninguna transición climática, ni tampoco había en su época ningún antecedente sobre glaciaciones. Una segunda versión de esta misma experiencia está consignada en el *Diario*, con ocasión de la visita a la Isla de San Pedro (43°10’S), al sur de Chiloé: “Los bosques son en estos parajes algo diferentes de los de las regiones septentrionales de la isla [...] El paisaje recuerda más, por lo tanto, a la Tierra del Fuego, que a otras partes de la Isla de Chiloé [6 de diciembre]”.<sup>11</sup>

Como se ha destacado antes, el archipiélago de Chiloé constituye un apreciable núcleo de biodiversidad en Chile, tanto por su riqueza florística, especialmente de criptógamas, como por su heterogeneidad en comunidades vegetales. No existen estadísticas acabadas acerca de los números de especies de los distintos grupos taxonómicos de la flora nativa del archipiélago de Chiloé.



< A la izquierda: Hoja y flor del ulmo (*Eucryphia cordifolia*), una de las especies arbóreas características del bosque laurifolio tipo valdiviano. A la derecha: Rama y frutos de coigüe (*Nothofagus dombeyi*), una de las especies características del bosque laurifolio tipo nordpatagónico. Ilustraciones: Andrea Ugarte.

> Bosques de alerce (*Fitzroya cupressoides*), hoy restringidos a rangos montañosos o a pequeñas poblaciones de sitios bajos de la Región de Los Lagos. Parque Nacional Chiloé, próximo a Cucao. Fotografía: Guy Wenborne.









De nuestras propias prospecciones –realizadas entre 1980 y 1990 en la Isla Grande, Quinchao, Guafo y archipiélagos Chaulinec, Desertores, Guapiquilan y Esmeralda– hemos recogido un total de 750 especies de plantas vasculares. Sobre esta base, sumada a las colecciones de criptógamas que realizamos con posterioridad, hemos estimado un número de alrededor de 1300 especies para la flora total del archipiélago de Chiloé, si se considera que nuestros recuentos incluyen solamente las plantas terrestres y no añaden otros grupos afines, como líquenes y hongos, ni las algas.

El clima oceánico muy húmedo, imperante en gran parte del archipiélago, condiciona un ambiente extraordinariamente favorable para el desarrollo de los helechos –por ejemplo, el conocido ampe–, musgos, hepáticas y antocerotes, especialmente como epífitas asociadas al bosque, por ejemplo, las bellas *hymenophyláceas* y *Asplenium dareoides*. Nuestra estadística de los helechos de las islas<sup>12</sup> registra 59 especies, número que corresponde aproximadamente al 71% de las familias y a cerca del 53%

- ▲ Quilquil o costilla de vaca (*Blechnum chilense*), una de las especies más comunes entre los helechos del sur de Chile. Lago Huelde, sector Cucao. Fotografía: Guy Wenborne.
- La mayor riqueza de especies de criptógamas de los bosques de Chiloé se encuentra entre las epífitas, como el caso del pequeño helecho *Asplenium dareoides*. Fotografía: Norberto Seebach.
- El ñecahuello (*Arbusculohypopterygium arbuscula*), la única especie de un género de musgos endémico y monotípico de la flora chilena. Fotografía: Pablo Maldonado.



de las especies de la flora pteridológica total de Chile continental.<sup>13</sup> Cabe destacar que la flora pteridológica de Chiloé incluye un género endémico y monotípico de Chile, *Hymenoglossum*, y una serie de especies raras, muy pocas veces coleccionadas en Chile, como es el caso de: *Isoetes savatieri*, *Histiopteris incisa*, *Hymenophyllum umbratile*, *H. fusiforme*, *Trichomanes exsectum*, *Gleichenia litoralis* y *Blechnum corralense*. Nuestra estadística de las hepáticas y antocerotes de Chiloé, grupos que eran prácticamente desconocidos en el archipiélago, incluye 229 especies, número que representa un 73% de las especies de ambos grupos de la Región de Los Lagos y el 42% de las del territorio nacional. Los géneros más prolíferos de Chiloé son: *Chiloscyphus*, 33 especies; *Plagiochila*, 21; *Riccardia*, 19; *Metzgeria* 12; *Frullania*, 8; *Telaranea*, 7 y *Radula*, 6.<sup>14</sup>

En lo que respecta a los musgos, las colecciones de las islas en los herbarios chilenos son muy precarias y provienen principalmente de sectores aledaños a ciudades. A este registro hemos sumado nuestros hallazgos en otros sectores hasta ahora inexplorados,<sup>15</sup> lo que recoge un total de 134 especies, cifra probablemente subestimada, considerando que existen aún sectores en las

islas sin prospecciones ni colecciones. Entre los musgos de los bosques de Chiloé, por su magnificencia y valor biogeográfico, merecen ser destacados: el musgo pinito, el más grande entre los musgos chilenos (*Dendroligotrichum dendroides*); la familia Hypopterygiáceas, que incluye el más bello entre los musgos chilenos, el ñecahuello, *Arbusculohypopterygium arbuscula*, la única especie de un género endémico y monotípico de la flora chilena. La familia contiene también la delicada forma de hoja de la epífita *Lopidium concinnum*, con poblaciones en Nueva Zelanda, Chile y Brasil, uno de los muchos ejemplos de las notables disyunciones austral-antárticas, que evidencian las antiguas vinculaciones gondwánicas de las briófitas chilenas. Un caso similar corresponde a *Pyrrhobryum mnioides*, de la familia Rhizogoniáceas, para el cual los estudios moleculares de poblaciones en Australasia, Patagonia y Neotrópico sugieren que puede tratarse del caso más antiguo de especiación críptica conocido en el planeta. Musgos muy importantes en Chiloé son los *poñpoñ* (especies de *Sphagnum*), constructores de las turberas o *ñadis*. Su creciente importancia como “producto de exportación” amenaza la economía hídrica de la región.







La ocupación del archipiélago de Chiloé por distintos tipos de bosques templado-lluviosos, durante el Tardiglacial y Holoceno, inaugura el escenario vegetal donde llega a habitar el hombre. En este paisaje deglaciado, entre bosques, mares e islas, desarrollan los pueblos originarios sus actividades de pesca, recolección, caza y agricultura. La presencia humana se manifiesta por doquier en la región, por medio de una amplia distribución de asentamientos arqueológicos, tanto tempranos como tardíos, la mayoría de ellos conchales costeros. Además del material lítico, óseo y cerámico asociado a estos asentamientos arqueológicos –como hachas, azadones, puntas, pedazos de greda, anzuelos, etc.– lo que más destaca es la abundante fauna de moluscos incorporada a estos conchales (almejas, cholgas, navajuelas, choros zapatos, locos, lapas, caracoles, picorocos, etc.), lo que apunta a que se trata de poblaciones de pescadores y mariscadores.

El poblamiento originario del archipiélago estuvo preferentemente vinculado a las costas del mar interior, estuarios, golfos, esteros y fiordos, todos ellos territorios con clima más mésico, abundante pesca y extensos bosques circundantes que proveen fácilmente el sustento. En el conocimiento tradicional de la biota y en el cuidado y la utilización de la naturaleza, que aún persiste en los sectores más aislados del archipiélago, se proyectan los rasgos esenciales de este modo de vida de los pueblos originarios que en el pasado poblaron las islas. Los bosques, las extensas playas y el mar interior conforman los escenarios dominantes, donde

^ *Cladonia coccifera*, un pequeño líquen fruticuloso muy frecuente en los bosques templado-lluviosos del sur de Chile. Fotografía: Pablo Maldonado.

> El zorrito chilote o zorro de Darwin (*Lycalopex fulvipes*), un animal endémico del sur de Chile con destacado valor simbólico en etnozooloía mapuche. Fotografía: Nicolás Piwonka.



nace y se desarrolla —y aún persiste con transformaciones— la cultura chilota, fundada en una visión integrada de la naturaleza y signada por una perspectiva mágico-religiosa del cosmos. La notable diversidad biológica y este acervo cultural constituyen el más preciado patrimonio y la singularidad del archipiélago de Chiloé.

Quizá donde mejor se manifiesta la compleja visión del ambiente natural que tuvieron los habitantes originarios de las islas, es en el magnífico caudal de nombres procedentes de las lenguas chona y veliche. Este patrimonio se manifiesta, por ejemplo, en la pléyade de topónimos indígenas que bautizan la geografía de las islas, donde ningún lugar —sea río, colina, estuario, punta o bahía— queda sin nombrar; ya en los nombres propios de cada planta y animal, distinguidos especie por especie, a veces hasta por sus partes o sus variedades; ya en los propios apellidos de las poblaciones indígenas actuales. Durante la colonización española, a mediados del siglo XVI, la población indígena estaba compuesta por *huilliches* —que hablaban

*veliche*, un dialecto chilote del *mapudungun*— y *chonos*, un pueblo de canoeros de más al sur (ahora archipiélago de los Chonos) que hacían frecuentes incursiones en el archipiélago de Chiloé, como lo manifiestan los nombres geográficos en lengua chona de muchas islas del mar interior de Chiloé, como las islas de Laitec, Tac, Quenac, Chaulinec, Cahuac, Isquiliac y Puluc, y costa de Ichuac, Auchac y Chullic y punta de Alhuac.<sup>16</sup> En la toponimia chilota actual abundan los zootopónimos y fitotopónimos,<sup>17</sup> los cuales hacen referencia principalmente a aves, mamíferos o plantas importantes,<sup>18</sup> o a animales míticos como las serpientes, *vilú*, del mito originario. Tales son los siguientes ejemplos de lugares chilotos: Alcaldeo, Caucahué, Chaiguata, Coldita, Cucao, Huillinco, Pihuío, Tenten, Molulco, Tocoihue.<sup>19</sup> También la relación con animales se expresa en apellidos totémicos frecuentes que aluden a linajes míticos, generalmente relacionados con aves o mamíferos, como: *huanchuman* (cóndor), *cayún* (aguilucho), *téguel* (treile), *huenchucoi* (coipo) o *nahuelquín* (tigre).





En la riqueza de la nomenclatura botánica chilota es donde mejor se advierte la conexión preferente de sus habitantes con los ecosistemas de bosques. Aún persisten los bellos y sonoros nombres propios en lengua veliche para la mayoría de los árboles: *coigüe*, *ñirre*, *fuinque*, *radal*, *luma*, *melí*, *maqui* o *queldón*, *huahuán*, *tepú*, *quila*, *quiaca* o *tiaca*, *tineo* o *tenío*, *pelú*, *taique*, *maitén*, *pellopello*, *peta*,<sup>20</sup> etc. Otros árboles son reconocidos con dos nombres, uno español y uno indígena, como: *notro* o *notru*, ciruelillo; tique o tiqui, olivillo; *palguín* o matico; *chaumán*, *hualdahuén*, *baldahuén*, palo mayor, sauco; *mulul* o zarzaparrilla.<sup>21</sup> Es curioso que el nombre indígena de árboles madereros muy importantes haya perdido su vigencia en Chiloé, como el alerce (*lahual*), ciprés de las Guaitecas (*lahuán*), canelo (*voigue*, *foique*), avellano (*gevun*) y el ulmo.<sup>22</sup> Los nombres compuestos de las plantas se aplican generalmente a hierbas o helechos del sotobosque; ellos nos permiten conjeturar el tipo de relación que el chilote establece con la naturaleza. Obviamente la morfología, el aspecto o hábito, las relaciones ecológicas con el hábitat físico o biótico y el uso medicinal o artesanal, son los criterios más frecuentes.<sup>23</sup> Es interesante destacar la referencia a plantas alimenticias muy importantes, como el *quellén* (frutilla, *Fragaria chiloensis*), *uhua* o *üva* (maíz, *Zea mays*), *poñü* (papa, *Solanum tuberosum*), o animales vinculados a creencias mágicas, como *vilú* o *caicai*, la culebra del mito originario. Algunos ejemplos de estas relaciones son: *huahuilque*, maíz del zorzal; *huavilo*, maíz de la culebra; *alcacheo*, *cheuque* robusto (*alca*, macho; *cheuque*, avestruz); *caihuén chucao*, frutilla del *chucao*; *cuchivío*, posiblemente en referencia al mito del *cuchivilu*; *cailagüen* o *cailahuen*, remedio de la culebra *caicai*.<sup>24</sup>

Todavía, en poblaciones aisladas, las mujeres mayores conservan la memoria de los nombres indígenas de las plantas. Un registro etnobotánico en la isla de Quinchao<sup>25</sup> muestra que, de las 160 especies consultadas, un 74% son distinguidas con nombres vernaculares. La flora nativa es mejor reconocida que la adventicia: más de la mitad de las especies nativas tiene nombres indígenas, mientras que menos de un tercio de los nombres de especies introducidas tiene este origen. Un cuestionario similar para la isla de Alao<sup>26</sup> muestra que, para las 107 especies consultadas, el 90% de ellas son reconocidas con nombres vernaculares. Nuevamente, las especies nativas son mejor conocidas (92%), en comparación con la flora adventicia (83%). Este conocimiento de las plantas se está perdiendo muy rápidamente, especialmente en los centros urbanos. Las palabras indígenas se van deformando y la tendencia es recordar, cada vez más, solamente el nombre español. También, por el aislamiento en que permaneció durante la Colonia, en Chiloé el propio castellano contiene muchos arcaísmos procedentes de la época colonial. Así se manifiesta en la nomenclatura botánica actual el mestizaje entre las dos culturas.

La estrecha familiaridad con la naturaleza, vinculada a las prácticas cotidianas que exige la economía de subsistencia del modo tradicional, no solo redundaría en un acabado conocimiento del entorno, sino también conduce a la experimentación, la producción de técnicas y a un manejo diversificado de los ecosistemas marinos y de bosques. Las encuestas mencionadas anteriormente muestran que, en Quinchao, el 78% de la flora nativa y el 62% de la flora adventicia tienen algún uso; en Alao, 81% y 73%, respectivamente.

> Aún persisten los bellos y sonoros nombres propios en lengua veliche para la mayoría de los árboles de los bosques templado-lluviosos del sur de Chile, como este *coigüe*.  
Fotografía: Pablo Maldonado.







Además de ser mejor conocidas y aprovechadas, las especies del bosque son empleadas de un modo más diversificado: proveen principalmente medicinas, además de tinturas, material de construcción, herramientas y artesanías, alimentos y combustible. En contraste, la flora advena de las praderas provee casi exclusivamente forrajes y medicinas. Entre los árboles y arbustos, algunas especies más reputadas como medicinas son el matico o *palguín*, el *Ilae* o *Ilay* y la trompetilla (*Buddleja globosa*, *Solanum nigrum*, *Senecio otites*); sin embargo, la mayoría de los remedios provienen del sotobosque, sean enredaderas, epífitas, helechos e incluso algunas pequeñas hepáticas como el *paillahue*, *Marchantia berteriana*. En muchas de estas especies la palabra principal del nombre es *lahuen* o *lawen*, una designación colectiva que significa “remedio”, seguida de un calificativo que alude a la dolencia que cura o el lugar que habita, como *lemulahuén*, “remedio del bosque”, *Griselinia ruscifolia*; *cutranlahuén*, *madrelahuén*, *wentru lawen*, “remedio para la matriz”, especies de *Lycopodium*; *llanka-lawen*, “remedio precioso”, *L. paniculatum*. De gran interés son los remedios mágico-rituales, por ejemplo, el chaumán o palo mayor y los helechos: *pallante* (*Hymenophyllum fuciforme*) y *lleulleuquén* o *seda de la luma*, *Hymenoglossum cruentum*.

- ✓ El *palguín* o matico (*Buddleja globosa*), una de las especies medicinales más valoradas en la huerta chilota. Fotografía: Nicolás Piwonka.
- > *Usnea*, uno de los líquenes llamados ‘barbas de palo’, muy requeridos para obtener un color pardo rojizo en las fibras. Fotografía: Pablo Maldonado.
- > La corteza de gran parte de los árboles nativos de Chiloé se usa para teñir la lana. Fotografía: Fernando Maldonado.







En lo que respecta a las tinturas, la corteza de gran parte de los árboles nativos se usa para teñir la lana, proporcionando una gama de ocre, desde pardo claro a pardo oscuro; por ejemplo, el *huinque*, la *hiecha*, el *pellopello*, por nombrar algunas (*Lomatia ferruginea*, *L. hirsuta*, *Ovidia pillopillo*). Los líquenes llamados *barbas de palo* (especies de *Usnea* y *Ramalina*) son muy requeridos para obtener un color pardo rojizo, mientras que el color negro es logrado con el *depe*, el rizoma de la nalca (*Gunnera tinctoria*), mezclado con cadillo y barro de los ciénagos o *hualves*. En el rubro artesanal, en particular se ha desarrollado la cestería con fibras vegetales, principalmente de *ñocha*, *manila*, *junquillo*, *voqui*, *quiscal*, *ñapu* y *quilineja*, materiales con que se fabrican distintos tipos de canastos usados en las faenas domésticas, marinas, del campo y de la huerta, sea para mariscar o para cosechar la papa. La artesanía en madera provee el mobiliario y una completa gama de utensilios domésticos, como platos, fuentes, cucharas, barriles, artesas, herramientas variadas, etc.,

y también instrumentos musicales, como el violín chilote, elaborado preferentemente con madera de notro (*Embothrium coccineum*). En construcción, también las especies del bosque proveen los materiales necesarios, desde las nobles maderas de coníferas como el ciprés, el alerce o el mañío, muy valoradas para construir casas, embarcaciones y también las magníficas iglesias de madera de Chiloé, un preciado patrimonio cultural del archipiélago y de la humanidad. Desafortunadamente, las maderas más valiosas han sido severamente explotadas desde los tiempos coloniales. Hoy en día gran parte de los bosques maderables han desaparecido de la franja costera del mar interior, donde se concentran las poblaciones humanas, lo que ha afectado a la madera de coníferas, del tino, del coigüe, de la tepa, del avellano, del ulmo, del radial. Praderas, matorrales secundarios y *chaurales* ocupan su lugar. Por doquier aumentan las espesuras de *chacay*, una temible invasora europea que asola los caminos y los campos.





Algunos frutos son consumidos o usados para preparar dulces y bebidas; por ejemplo, el fruto de la *luma*, llamado *cauchahue* o *cauchao*; el fruto de la *peta*, el *mitahue*; la avellana; el *mulul*, el *maqui*, el *chupón*, por nombrar algunas de las especies de leñosas nativas del bosque. Entre las hierbas, se aprovecha el fruto del *miñe-miñe* y del *quellén* o frutilla (*Fragaria chilensis*); como ensaladas, se consume el *berro* o *choipuco* y los tallos de las nalcas. Otros grupos de organismos afines a las plantas y usados para la alimentación, son hongos del género *Cyttaria*, llamados *llaullao*, y algas como el cochayuyo o *collof* (*Durvillea antarctica*) y el luce (*Porphyra columbina*), que se incorporan como complemento en la preparación de cazuelas y guisos. Por otro lado, la huerta chilota provee todo tipo de excelentes

productos hortícolas y la más variada gama de hierbas aromáticas y aliños. En la última década, la huerta chilota está entregando una serie de productos manufacturados que se valoran muy bien en los mercados, ferias y comercio local, y que están teniendo cada vez mayor acogida en el mercado nacional. Buenos ejemplos son las salsas preparadas con ajo chilote, orégano, pimientilla o tomillo y *merken*, todos productos que crecen de manera óptima en el clima de Chiloé. También se cultiva muy bien en la huerta chilota la frambuesa y el ruibarbo, para preparar mermeladas. Dos plantas nativas, se suman a estos emprendimientos: la llamada *pimienta chilota*, elaborada a partir de los frutos del canelo (*Drimys winteri*), y la murta (*Ugni molinae*), usada en la preparación de mermeladas, postres y licores.





< El ajo chilote, uno de los principales productos de la huerta chilota y que cada vez va teniendo mayor acogida en el mercado nacional. Fotografía: Nicolás Piwonka.

^ La frutilla chilena o *quellén* (*Fragaria chiloensis*), cuyos frutos son consumidos frescos o usados para preparar jugos y mermeladas. Grabado publicado en Frezier (1902 [1712]). Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



Finalmente, la reina de la agricultura tradicional chilota es la “papa” (*Solanum tuberosum*), nombre quechua de la especie conocida como “poñi” en el mundo mapuche. La especie integra dos grandes grupos de cultivares:<sup>27</sup> *Grupo Andigenum*, de los Andes de Sudamérica, con genotipos diploides, triploides y tetraploides, y *Grupo Chilotanum*, con genotipos tetraploides, de tierras bajas de Chile y del cual derivan los cultivares actuales de mayor extensión comercial en el planeta.<sup>28</sup> La especie habría sido domesticada en Sudamérica y sus primeros indicios se encuentran en el cañón de Chilca, sur de Lima, Perú, y datan de hace 10.500 años. Por largo tiempo ha habido controversia en cuanto al origen de la papa, aunque en la actualidad los estudios genéticos sugieren que los Andes peruanos son el centro de origen primario de este importante cultivo. En efecto, análisis relativamente recientes con marcadores de ADN, tanto cloroplastidial como nuclear,<sup>29</sup> sugieren que la papa andina, *Solanum tuberosum* L. subsp. *andigena* Hawkes, cultivada y tetraploide ( $2n = 4x = 48$ ), constituye el reservorio genético primario de *Solanum tuberosum* L. subsp. *tuberosum*. La papa cultivada en el archipiélago de Chiloé correspondería entonces a un centro secundario de diversificación.<sup>30</sup>



< La papa, conocida como “poñi” en el mundo mapuche (*Solanum tuberosum* L. subsp. *tuberosum*), es la especie más importante en la agricultura tradicional chilota.  
Fotografía: Jorge Marín.

> Se han registrado más de trescientos nombres para las variedades de papas en Chiloé, distinguidas por su forma, tamaño, color de la cáscara, época de maduración, sabor, etc.  
Fotografía: Fernando Maldonado.

>> La producción de la papa en Chiloé incluye sofisticadas técnicas tradicionales, tanto de selección de “semillas”, siembra, cosecha, almacenamiento, etc., como asimismo diversas actividades comunitarias y rituales.  
Fotografía: Luis Poirrot.





Cuando los españoles llegaron a Chile, la papa ya era cultivada en el continente, tanto en los pueblos andinos, como en el mundo mapuche y huilliche, y su importancia alimenticia es comentada varias veces por los cronistas. La pródiga variedad de tipos y formas de papas revela el largo proceso de selección y experimentación con el tubérculo que tuvieron los pueblos originarios, desarrollo que se expresa en la cifra de alrededor de 423 variedades documentadas por el Centro de la Papa de la Universidad Austral de Chile, y los alrededor de trescientos nombres registrados para las variedades de papas en Chiloé, distinguidas por la forma, el tamaño, el color de la cáscara, la época de maduración, el sabor, etc.<sup>31</sup> Tradicionalmente, la producción de papas implica sofisticadas técnicas de selección de “semillas”, siembra, cosecha y almacenamiento, y también herramientas y materiales especiales como el tradicional *gualato* para la preparación del terreno; canastos apropiados para cosechar la papa, trenzados con *junquillo*, *voqui blanco* o *manila*;

*carretas canoa* para el acarreo a la bodega; *volteo de lumas* para formar los surcos; abono orgánico natural, procedente de algas como la *lamilla* (*Ulva lactuca*), *calminco* (*Chaetomorpa*, *Enteromorpha*) y *sargazo* (*Macrocystis pyrifera*), etc. El trabajo de la papa se articula con las actividades comunitarias –como las “mingas” para la siembra y cosecha, en que participan familiares y vecinos– como también con prácticas tradicionales con contenido mágico-ritual.

Para concluir, una pequeña muestra de los platos más populares de la variada paleta culinaria desarrollada en torno al consumo de la papa: el *milcao*, hecho de papa rallada, colada y exprimida, mezclada con papa cocida y chicharrones; la *chochoca*, milcao asado al palo; el *chapalele*, pan elaborado con masa de papa cocida y harina; la *mella*, zumo de papa rallada, harina, manteca y chicharrones, envuelto en hojas de *pangue*; el *lío* o *chuño*, la fécula de la papa obtenida del colado y lavado reiterado de la pulpa rallada.<sup>32</sup>











Recuerdos

# LOS MILCAOS Y LA CHOCHOCA



## LA CHOCHOCA

“La chochoca en polvo es otra costumbre que se ha venido y se viene practicando en la isla cuando hay papas abundantes y hay también apetito o deseo de comerla. La chochoca es la que resulta de la ralladura de papas, que se exprime y después se amasa con sol; una vez lista la masa se pone en palos especiales fabricados para este fin, después se pone en el fogón a cocer, se va dando vueltas igual que se estuviera cociendo un asado, una vez que ya se ve cocida se saca del palo y se le pone manteca. La chochoca bien cocidita, bien doradita y con harta manteca y un poco fría, es de chuparse los dedos comiendo y saboreándola.

Así podemos decir que la papa tiene mucha importancia en la isla puesto que, anda en la chochoca, los milcaos, los boemos, el curanto y la comida diaria y también en el chupin que se hace del chuño en el día de san Juan o en los carneos de los cerdos”.

▲ La chochoca es un plato tradicional de la cocina chilota, que consiste en una masa de papas –crudas mezcladas con papas cocidas o cocidas con harina– que se asa en el fuego, adherida a un gran asador en forma de uslero. Fotografías: Mauricio Burgos.

➤ Después de recolectar papas, con el *llolle* y el *chope* al hombro. Fotografía: Fernando Maldonado.











## LOS MILCAOS

“Los milcaos es otra de las costumbres y tradiciones que encontramos en la isla. Bueno, hay dos clases de milcao, el primero es el que resulta de las ralladuras de las papas, se exprime y se amasa en una artesa, estos pueden hacerse o cocerse hervidos, horneados o cocidos en la manteca o enterrados en la arena y se pueden hacer de diferentes tamaños, de una o dos capas, con manteca, chicharrones o sin ellos, igual gusta a la gente que lo hace.

La otra clase de milcaos son los hechos de doce, que es el que resulta cuando uno ralla para hacer chuño, se exprime el resto de la papa rallada y se hacen pelotitas y se dejan en las cocinas de

fogones para que las seque el humo. Entonces cuando se quiera hacer los milcaos se baja, se remoja y se revuelve con dos piedras de moler a mano, después se amasa con harina chilota o harina flor, quedan un poco negritos, pero también quedan bastante sabrosos, puesto que en su interior llevan los famosos guides que se guardan del carneo de los cerdos o si no llevan harta manteca. Esto se puede hacer en cualquier tiempo, pero mejores quedan los milcaos en el verano, con las papas nuevas”.

*“Origen de la Iglesia”, Chulin, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, pp. 6, 8 y 9.*



< Milcaos de curanto. Se cocinan al vapor entre las hojas de pangue, adquiriendo parte de su sabor.  
Fotografía: Claudio Almarza.

> El ingrediente principal de los milcaos es la papa, y en Chiloé existen variedades específicas para prepararlo. La papa rallada debe colarse, cuidando que no quede muy seca.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.









CAPÍTULO II

# UNA HISTORIA DE SEIS MIL AÑOS

DOINA MUNTA, RODRIGO MERA Y RICARDO ÁLVAREZ









## EL POBLAMIENTO ANTIGUO DEL BORDE COSTERO EN LOS CANALES Y OCÉANO DE PATAGONIA SEPTENTRIONAL: UNA DISCUSIÓN ABIERTA

La presencia humana en el litoral de los canales patagónicos septentrionales posee una antigüedad mayor a los 6000 años AP. Esta ocupación se manifiesta en distintos tipos de sitios arqueológicos, cuyos restos materiales, estructuras, distribución espacial y temporalidad además de su relación con el medio ambiente, permiten conocer los antiguos modos de vida, las tecnologías, las estrategias de subsistencia, las costumbres funerarias, la distribución de grupos sociales y otros aspectos de las culturas de *bordemar*. El establecimiento antiguo de grupos humanos adaptados a ambientes costeros, desde el seno del Reloncaví hasta la península de Taitao, se encuentra documentado en estas evidencias, mediante las que se han planteado algunas teorías o propuestas acerca de los orígenes del poblamiento del litoral del extremo sur de Chile y de la dispersión de sus habitantes a través del océano y los canales patagónicos.

Estos grupos culturales, con una adaptación costero-marítima, tendrían como punto de partida dos antiguos núcleos de poblamiento temprano: el estrecho de Magallanes y el canal Beagle, desde donde se plantea su subsecuente y más tardía dispersión.<sup>1</sup> Los sitios más antiguos, ubicados en un rango entre los 8000 y 4000 años AP, se distribuyen en estos dos núcleos, cuyas evidencias contextuales mostrarían ocupaciones en una zona transicional entre ambientes terrestres y marítimos. La posterior dispersión humana se identifica en las islas de la costa oceánica y presenta fechados distribuidos en los últimos dos mil años.

<< Corral de pesca en Lliuco, Quemchi.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

< En la actualidad es posible detectar los conchales arqueológicos del borde costero, por la erosión marina sobre los depósitos, como se observa en el conchal Pureo 2 (Chadmo 041) ubicado en la poza de Pureo, costa interior de la Isla Grande de Chiloé.  
Fotografía: Fernando Maldonado.





Se ha propuesto también la presencia de un tercer núcleo antiguo de poblamiento para estas costas desde el seno de Reloncaví por el norte, hasta el golfo de Penas-canal Messier como “límite” sur.<sup>2</sup> Dicho núcleo septentrional conforma una segunda hipótesis de poblamiento, que pudo efectuarse a través de la costa Pacífica por grupos con adaptación marítima provenientes desde Chiloé, hace algo menos que seis mil años. Este núcleo sería considerado, además, como demostrativo de la transición de modos de vida con énfasis terrestre hacia una especialización costero-marítima, asumiendo los fechados y datos obtenidos principalmente de los sitios arqueológicos Puente Quilo 1<sup>3</sup> y GUA-010.<sup>4</sup>

Las primeras ocupaciones de Puente Quilo 1, ubicado en el golfo de Quetalmahue en la Isla Grande de Chiloé, han sido interpretadas como un campamento de cazadores-recolectores establecidos a orillas del río, cuyas presas de caza habrían correspondido a mamíferos marinos (otáridos), coipos y mamíferos terrestres menores (pudúes). No se revela aquí un conchal que evidencie una extracción masiva de recursos malacológicos.<sup>5</sup> Aunque no está fechada, esta ocupación se estima en unos 5500 años AP, en razón de que esta fecha es coherente con la ocupación de similar contexto obtenida en GUA-010 (5020±190 años AP), en la isla Gran Guaiteca.

▲ Es frecuente hallar restos óseos de coipos y pudúes en los conchales arqueológicos de tiempos alfareros en el archipiélago de Chiloé.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

➤ El consumo de lobos marinos fue determinante para las poblaciones canoeras del borde costero en los canales patagónicos septentrionales, desde las primeras ocupaciones.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.











## EL POBLAMIENTO ANTIGUO EN EL LITORAL SUDAMERICANO OCCIDENTAL

Se ha considerado al área comprendida entre el seno de Reloncaví y el Cabo de Hornos como el área litoral sudamericana sudoccidental.<sup>6</sup> En esta región no existirían pruebas de ocupaciones “que indiquen adaptación intensa a los ambientes litorales”, con anterioridad a la segunda mitad del séptimo milenio AP.<sup>7</sup> Por su parte, los fechados más antiguos que revelan tal adaptación se encuentran en los sitios más meridionales del área.<sup>8</sup>

A partir del séptimo milenio AP, la arqueología plantea un cambio que bien podría deberse a una innovación tecnológica como la adopción de embarcaciones y que demostraría, para las ocupaciones posteriores a estas fechas, un aprovechamiento eficiente de los recursos litorales “y por consiguiente una colonización exitosa y continuada” del área.<sup>9</sup> A partir de una serie de argumentos principalmente paleoambientales, se coincide en que el poblamiento inicial del borde costero del área se habría realizado por parte de grupos cazadores terrestres provenientes de la Patagonia oriental o el centro-sur de Chile; aunque permanece la duda acerca de dónde se habría iniciado el proceso de adaptación litoral y expansión de los grupos humanos. Se desestima la idea de una transición a orillas del canal Beagle, lo que por descarte hace pensar que el cambio se produjo en el estrecho de Magallanes o el archipiélago de Chiloé. Vínculos tecnológicos entre la cultura material del área

de Otway-Magallanes y el sur de Patagonia continental, permiten inclinarse por la primera posibilidad. Desde allí, la dispersión se habría producido hacia el sur, hasta el canal Beagle y Cabo de Hornos, y hacia el norte hasta el extremo sur septentrional de Chile.

Contrastando teorías generales de densidad y aumento poblacional para cazadores-recolectores, se ha postulado la hipótesis de un crecimiento inicial y propagación “veloz” de los grupos que penetraron en un área rica en recursos y hasta ese momento despoblada, una vez comenzada la colonización efectiva de esta área litoral sudamericana sudoccidental.<sup>10</sup> La supuesta velocidad de dispersión se sustentaría en una serie de factores culturales y también ambientales que posibilitarían condiciones favorables para avalar dicho fenómeno, tales como el carácter oceánico del ambiente, que reduce las posibilidades de crisis alimentarias; eventuales crisis ambientales soportables mediante recursos alternativos; recursos abundantes y de distribución pareja durante el año, como incentivo de una alta movilidad; vida media más prolongada que en poblaciones terrestres; consumo de grasas provenientes de mamíferos marinos, que asegurarían el almacenamiento suficiente de estrógenos y colesterol necesarios para una normal ovulación en el caso de las mujeres; riqueza proteica de los moluscos y facilidad de transporte de infantes en canoas.<sup>11</sup>

< Mapa de las principales dataciones antiguas en Chiloé y el seno de Reloncaví (fechados radiocarbónicos convencionales). Producción: Fernando Maldonado.





Los contextos y los tipos de sitios arqueológicos adscritos al núcleo de poblamiento septentrional (territorio costero y marítimo desde el seno de Reloncaví hasta la península de Taitao), han sido descritos como depósitos estratificados, presentando niveles sin conchal y también potentes conchales monticulares de ocupaciones reiteradas, con cronologías que van desde el sexto milenio AP hasta componentes alfareros. Adyacentes a los conchales, o como parte de estos mismos, se advierten diferentes áreas de actividad, como sectores de funebria y talleres líticos.<sup>12</sup>

Para la manufactura de artefactos como puntas biacuminadas, raederas y cantos astillados, se utilizaron preferentemente materias primas locales obtenidas de guijarros costeros, además de trabajar la obsidiana procedente del volcán Chaitén, diagnóstica de esta área.

Si bien se observan cambios a través de los milenios, los artefactos líticos propios de las culturas canoeras se caracterizan por su alta tradicionalidad y amplia dispersión espacial desde las fechas más tempranas, permitiendo establecer vínculos incluso con contextos arqueológicos meridionales (por ejemplo, Ponsonby, Lancha Packewaia y Túnel 1). Esto se relacionaría con la alta movilidad y las grandes distancias abarcadas por las poblaciones de cazadores-recolectores marítimos mediante embarcaciones.

La evidencia de la industria lítica permite interpretar que los grupos culturales habitantes de los canales y el Pacífico de Patagonia septentrional, tuvieron un manejo eficiente del medio, aprovisionándose de recursos terrestres y marítimos tales como otáridos, cérvidos y cetáceos, mediante una tecnología adecuada al ambiente costero



durante el Holoceno Medio y Tardío. Estos modos de vida se habrían consolidado hacia los 6000 años AP, manteniendo el conjunto artefactual como un medio de obtención y procesamiento altamente eficiente hasta tiempos más tardíos.

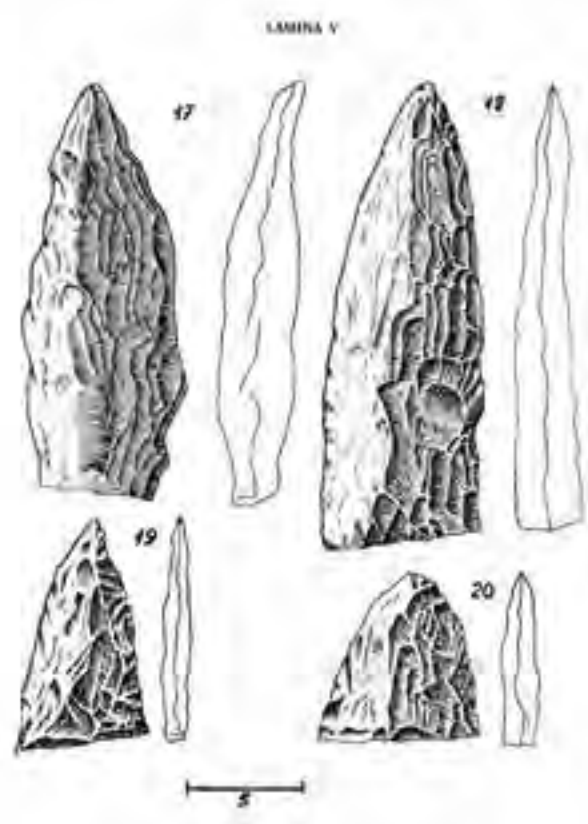
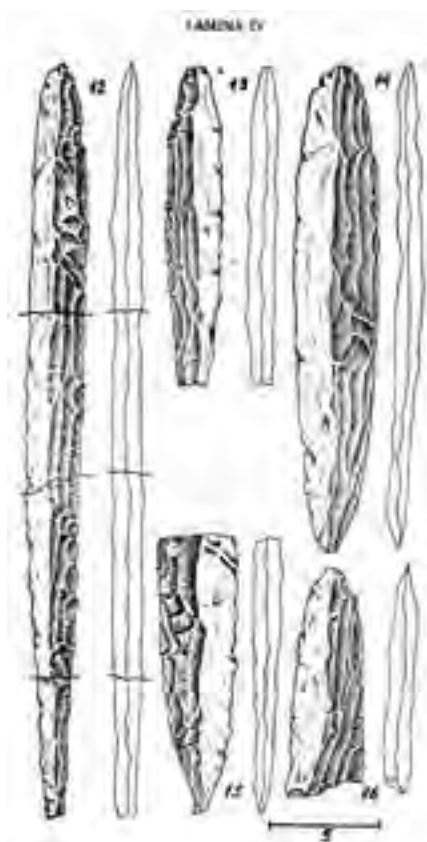
Otras relaciones han sido planteadas con el "límite" norte del área costera del extremo sur septentrional. Específicamente para las zonas de Queule, Chan Chan y Curiñanco,<sup>13</sup> se ha descrito una tradición tecnológica común a partir de la existencia generalizada de puntas lanceoladas de basalto. De acuerdo a su tecnología lítica, el sitio arqueológico Chan Chan 18 es considerado como el yacimiento de menor latitud del llamado "núcleo de poblamiento septentrional".<sup>14</sup>

Todo lo anterior tiene relación con los poblamientos iniciales de los canales patagónicos septentrionales, pero la ocupación humana del borde costero no solo fue dominio de cazado-

res recolectores marítimos.<sup>15</sup> La arqueología ha demostrado la presencia importante de grupos alfareros en los niveles superiores de antiguos conchales de grupos canoeros (o nómadas del mar), así como en asentamientos con componentes únicamente cerámicos. Si bien hasta hace muy poco se consideró que todas estas ocupaciones cerámicas habrían correspondido a grupos alfareros tardíos o de filiación étnico-cultural huilliche, los últimos registros han arrojado fechas ubicadas en los primeros siglos de nuestra era,<sup>16</sup> lo que demuestra la presencia de grupos del período Alfarero Temprano en las costas del seno de Reloncaví y Chiloé. La investigación de estas ocupaciones, adscritas a los primeros ceramistas del sur de Chile en los canales septentrionales, se encuentra en su fase inicial y es altamente relevante al demostrar una continuidad en cuanto a los diferentes períodos arqueológicos (cronoculturales) desde el Holoceno Medio hasta las ocupaciones históricas.

< El instrumental lítico y óseo es característico de las ocupaciones tempranas de los pueblos canoeros de los canales patagónicos septentrionales. Fotografías, arriba: Fernando Maldonado; abajo: Doina Munita.

> Una de las primeras descripciones detalladas de evidencias materiales de los nómades del mar en Chiloé, la realiza Isidoro Vázquez de Acuña, quien visita la isla Grande antes del terremoto y tsunami de 1960. Dibujo en Vázquez de Acuña (1963).





## VESTIGIOS DEL PASADO

Los sitios arqueológicos generalmente se encuentran asociados entre sí, de manera que un entendimiento cabal de su funcionamiento se logra con una visión orientada a la comprensión de sistemas, al menos en términos espaciales. Esta vinculación se demuestra, por ejemplo, en que los conchales distribuidos a lo largo de la costa no representan únicamente situaciones particulares, sino que dan cuenta de un conjunto de lugares que fueron escogidos por sus singulares condiciones para establecer campamentos, los que se pueden relacionar jerárquica o funcionalmente. A modo de ejemplo, junto a los conchales, los corrales de pesca representan la articulación entre el lugar en el que se emplazaban las habitaciones y el espacio productivo, destinado a obtener recursos del mar. Asimismo, los varaderos representan los lugares destinados a proteger las embarcaciones y los senderos de bajamar señalan el tránsito continuo entre todos estos lugares, constituyendo evidencia de las vías de circulación utilizadas en el pasado. Otro ejemplo —menos recurrente— son las cavernas costeras, que a veces usan recolectores de algas para dormir y que en la antigüedad fueron también utilizadas como campamentos temporales, o para sepultar a los difuntos. Todos estos sitios arqueológicos revelan que el borde costero es un área de uso intensivo desde tiempos ancestrales.

Esta comprensión del ámbito cultural, basada en la asociación, también puede ser aplicada en términos ambientales, donde no es posible desvincular la tierra del mar, ya que tradicionalmente el bosque y los espacios destinados a la siembra fueron considerados una continuación del mar y sus recursos. Testimonio de ello es la ceremonia huilliche en la que se “siembra” el mar con productos de la huerta: habas, arvejas y otros elementos, que permitirán que abunden los recursos marinos, como por ejemplo almejas, choritos y navajuelas. Del mismo modo, el uso aún vigente de ciertas algas para medicina, o para

abonar las siembras, muestra la pervivencia de costumbres ancestrales relativas a la interrelación mar-tierra.

Hay lugares en que los sitios arqueológicos son escasos, evidencia de que se trataba de lugares poco aptos para habitar, como acantilados costeros o lugares anegados, como mallines. Sin embargo, esto no impide considerarlos como lugares de gran importancia en el pasado: por ejemplo, los roqueríos contaban con abundantes zonas de nidificación de aves marinas, que eran visitadas año a año en busca de huevos, aves adultas y pichones. Los mallines, a su vez, permitían la colecta de juncos para fabricar canastos o la recolección de plantas medicinales para sanar enfermedades. Por otro lado, aquellos lugares en los que abundan los conchales nos demuestran que las condiciones ambientales fueron adecuadas para su ocupación recurrente. La disponibilidad de recursos marinos en el pasado se ve reflejada en la alta densidad de algunos conchales, que pueden superar los cuatro metros de espesor. Actualmente, muchos de estos lugares se encuentran desprovistos de los recursos con que contaban los antiguos pobladores, debido a su reciente manejo a nivel industrial, lo que ha llevado a que espacios que antes fueron relevantes para la recolección, en la actualidad estén abandonados.

Es así como se hace importante conocer las principales características de aquellos lugares donde se registran las evidencias del pasado, para la comprensión de las condiciones ambientales y de la vida humana en los tiempos pretéritos y su eventual comparación con el presente. A continuación se describen los principales tipos de sitios arqueológicos del borde costero del océano Pacífico y canales de la Patagonia septentrional, que pueden ser registrados de forma única, aunque generalmente se encuentran articulados entre sí, formando áreas arqueológicas de suma relevancia patrimonial.

> Referencias etnográficas dan cuenta de la caza y recolección de huevos de cormoranes (liles) por parte de los grupos canoeros. Fotografía: Rodrigo Muñoz.







## CONCHALES ARQUEOLÓGICOS

Los conchales (o concheros) corresponden a acumulaciones principalmente de restos conquiológicos de mariscos consumidos, de acuerdo a su disponibilidad o elecciones culturales, a las que se agregan otras evidencias de ocupación, generalmente restos óseos y artefactos líticos, por ejemplo, puntas de proyectil, desconchadores, cuchillos, raederas y raspadores, además de otros restos materiales que permiten interpretar las actividades realizadas en los campamentos en tiempos antiguos. En los conchales también se sepultaba a los difuntos, encontrándose en ellos restos óseos humanos (o bioantropológicos) que revelan las modalidades de enterramiento o funebria de los llamados pueblos canoeros. Estos entierros se realizaban cavando fosas en las que se depositaban los cuerpos flectados o hiperflectados (posición fetal), en ocasiones acompañados de ofrendas.

Las capas de los conchales no son homogéneas, sino que, por el contrario, los diferentes eventos de depositación se observan en forma de montículos o lentes estratigráficos, superpuestos unos con otros. El criterio de superposición permite interpretar estos eventos en términos temporales, donde las capas que están más abajo son más antiguas que las capas que están más cercanas a la superficie.

- ▼ Los lugares de estabilidad ambiental y disponibilidad de recursos marinos fueron intensamente ocupados por diferentes grupos canoeros y alfareros durante los últimos cinco mil años, previo a la llegada de los europeos al archipiélago de Chiloé. En la imagen se observan conchales enfrentados en la poza de Pureo, de la Isla Grande. Fotografía: Pablo Maldonado.





Para momentos prehispánicos, dependiendo de las condiciones del lugar, puede tratarse de pequeños conchales, o verdaderos lomajes que modificaron el paisaje original de la costa, con alturas incluso por sobre los cuatro metros y dimensiones de centenas de metros. Los más antiguos dan cuenta de una época en que la costa se hallaba más arriba que el nivel actual, lo que se evidencia en capas de arena y guijarros depositados por las olas sobre fogones y restos abandonados junto a las antiguas chozas, que se encuentran varios metros por sobre el nivel del oleaje de la actualidad.

Esto tiene relación con el término de la última glaciación Llanquihue, cuando el peso de los hielos que cubrieron buena parte del sur de nuestro país, hizo que la corteza continental se

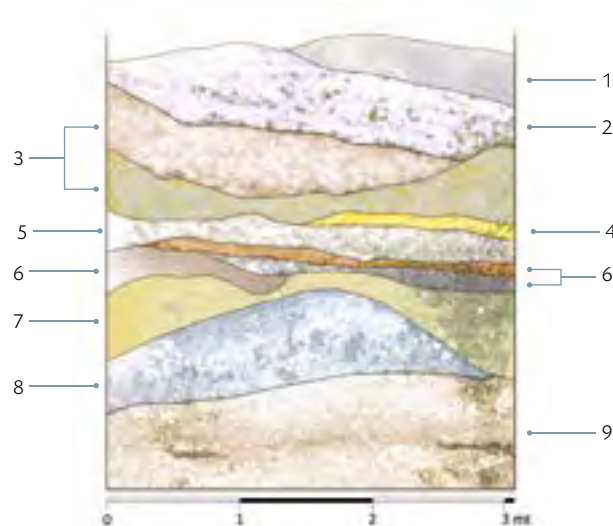
hundiese algunos metros por debajo del nivel actual. Al derretirse rápidamente el hielo, en el caso de los canales patagónicos septentrionales a partir de los 14.500 años antes del presente (AP), aproximadamente, el nivel del mar subió, mientras la corteza aún no comenzaba su rea-comodo (movimiento llamado isostacia). Para la fecha en la que se registran las primeras evidencias de los pueblos canoeros, hace aproximadamente 7000 años AP, las costas estaban varios metros por debajo del nivel actual y el oleaje llegaba más arriba que en la actualidad. Los primeros conchales se ubicaron en estos antiguos niveles costeros, siendo afectados por el oleaje. Gradualmente la tierra ha seguido elevándose, por lo que las siguientes ocupaciones siguieron “avanzando” hacia la playa, cubriendo los antiguos depósitos costeros.





Cada capa de un conchal posee una naturaleza única, pues representa un evento en particular. Algunas están formadas por conchas completas de mariscos, no pisoteadas, mientras otras se hallan trituradas debido al tránsito de las personas que allí habitaron, entremezcladas con sedimentos orgánicos que evidencian actividades de faenamiento y consumo de alimentos. Algunas capas más delgadas muestran el relleno de las estacas de las chozas como delgadas marcas verticales (hoyos de poste) y otros estratos horizontales señalan el lugar en el que estuvo situado el interior de una choza y su vida más íntima.

La técnica culinaria conocida como curanto en hoyo, aún vigente en la zona, tendría más de dos mil años de antigüedad, estando presente en gran parte de los conchales de la región. En los mismos conchales es posible ver capas con grandes concentraciones de huesos de pescado, lo que podría relacionarse con el uso de los corrales de piedra, como técnica de pesca pasiva. La excavación en detalle de estos depósitos permite también percatarse de eventos que duraron solo algunas horas, como el espacio en el que alguien estuvo tallando una punta de proyectil, lo que se refleja en los restos de talla



#### CAPAS

1. Limo orgánico arenoso, con conchas molidas de almeja (cultural).
2. Abundantes conchas fragmentadas y molidas de almejas y ostras, la matriz es limo negro carbonoso, con escasos cantos rodados (cultural).
3. Conchas enteras y fragmentadas de almejas, matriz de limo gris y algunos cantos rodados (cultural).
4. Limo negro carbonoso con abundante conchilla molida y algunas conchas enteras de almejas, escasas gravas (cultural).
5. Conchas fragmentadas y molidas de almejas y cholgas, matriz de grava fina y limo negro carbonoso (cultural).
6. Limo negro carbonoso y conchas fragmentadas y molidas de cholgas y almejas, hacia la base de la capa la frecuencia de gravas se hace mayor (cultural).
7. Limo negro carbonoso con abundantes conchas molidas de cholgas y almejas, hacia la base de esta capa aumenta el tamaño de la grava y cantos rodados (cultural).
8. Cantos rodados, escasas valvas fragmentadas de cholgas y almejas, corresponde a un nivel de playa con alto nivel energético, presenta una acumulación en el sector central de la unidad (estéril).
9. Secuencia de eventos marinos (playas) con diferentes niveles energéticos (estéril).





lítica, como son las lascas (esquirlas de piedra abandonadas durante el proceso de elaboración de instrumentos).

Muchas veces, los conchales se formaban en lugares donde coincidía una variedad de factores propicios para la ocupación humana, como la existencia de agua dulce (un riachuelo próximo), acceso fácil a recursos del interior (como leña, material para construir las chozas, caza de pudúes y coipos, presencia de juncos para cestería, etc.), un amplio intermareal, presencia de bancos de mariscos y la posibilidad logística de poder navegar en una dirección u otra, dependiendo de la dirección del viento y el oleaje. De igual forma, un tema importante tuvo relación con el campo visual, que permitía percatarse de lo que ocurría en el entorno.

Los niveles más profundos de los conchales arqueológicos, depositados hace miles de años atrás, habrían sido originados por grupos canoeros y luego por familias asociadas a los períodos

alfareros, que dejaron restos materiales que incluyen fragmentos de cerámica y desechos que revelan una continuidad temporal hasta épocas recientes. Asimismo, durante el siglo XX se desarrollaron grandes mariscaduras comunitarias, que incluían el desconche *in situ*. Muchas de las casas de campo que hoy en día se distribuyen en la costa están situadas sobre conchales arqueológicos, pues sus suelos son altamente fértiles y permiten que el agua de la lluvia se drene fácilmente.

En la década de 1930 muchos conchales fueron usados para la fabricación de cal, lo que significó la intervención y quema de grandes volúmenes de conchas y la destrucción casi total de muchos de ellos. Hoy en día, otros sitios arqueológicos han sido destruidos producto de intervenciones de mayor envergadura, como puentes, obras viales, crecimiento urbano o la instalación de industrias en la misma costa, evidenciando una intensificación del uso y la explotación del borde costero.

< Ejemplo de registro y descripción estratigráfica en un conchal arqueológico.  
Fotografía: Rodrigo Mera.  
Ilustración: Paulina Chávez.

▲ Excavación arqueológica del conchal Ilque 1, bahía Ilque, seno de Reloncaví, comuna de Puerto Montt.  
Fotografía: Ricardo Álvarez.





## CORRALES DE PESCA Y ESTRUCTURAS ASOCIADAS

Los corrales corresponden a uno de los artes de pesca más antiguos y más extendidos en el mundo. Son definidos como construcciones de muros de piedra, varas y ramas, redes u otros materiales, que actúan como trampa para peces al ser inundados por las mareas altas y despejados al producirse las bajas. Estas estructuras se convierten en un indicador de pueblos con una adaptación cultural a ambientes litorales, que desarrollaron una técnica de extracción eficiente, con una fuerte inversión inicial de trabajo en la construcción de las estructuras y la minimización del trabajo cotidiano en la obtención de los recursos. Aunque no es posible aún determinar la profundidad temporal de los corrales de pesca, estos son considerados como evidencias arqueológicas en relación con su estado de desuso.

Tal vez la referencia más antigua que existe en Chile, provenga de Gerónimo de Vivar quien, en 1558, describe: “Halláronse sardinas de las que llaman en nuestra España arencadas y así se halló el arte de aquellos corrales con que la toman en Rota”.<sup>17</sup>

En términos generales, existen dos tipos de corrales de pesca: los de piedra, normalmente construidos en playas abiertas y de alta energía, de forma individual o en conjuntos (como sistemas) y los de varas trenzadas, en estuarios de fondo fangoso y donde el oleaje es mucho menor. En el primer caso, se construían reuniendo piedras y/o bloques erráticos en zonas donde la marea baja de forma significativa. Su altura no superaba un metro, siendo suficiente





para que quedasen atrapados, por ejemplo, robalos, jureles, sierras, congrios, merluzas y pejerreyes. Dada su materialidad, resistían muy bien el embate del oleaje, aunque luego era necesario reordenar los muros acarreando más rocas al lugar en forma ocasional.

En Chiloé se recuerda el uso de grandes redes de quilineja, con las que se arrastraban los bloques más grandes y posteriormente de yuntas de bueyes, con las que estos se trasladaban.

Una vez abandonados, los corrales de varas trenzadas se descomponían rápidamente, no quedando casi ningún rastro más que el recuerdo en la memoria local y algunos estacones asomados sobre el lodo. Se ubicaban en estuarios de fondo arenoso y lodoso, con amplio margen intermareal, iniciándose su construcción con la instalación de estacones de luma (llamados *mechenquenes*) y posteriormente siendo trenzados con ramaje tupido de lumas y arrayanes. Poseían una o más compuertas levadizas, las que eran bajadas desde una embarcación justo antes de que comenzara a bajar la marea.

^ Recolectora de algas en Lliuco, Quemchi.  
Fotografía: Pablo Maldonado.





Estos corrales eran propiedad de una o más familias emparentadas, aun cuando la abundancia de peces permitía siempre distribuir un excedente importante al resto de familias de la localidad. Como recuerda Armando Bahamonde, de San Juan, en la comuna de Dalcahue:

*Estos cercos correspondían a un círculo cerrado de familias. Por ejemplo, un corral lo constituían ocho familias que era lo normal, preferentemente tenían que tener lazos sanguíneos y solamente un disgusto o la muerte de un pariente podían permitir que entrara otra familia. Nadie podía invadir el territorio que sagradamente le correspondía a estos grupos familiares. Las familias más antiguas tenían un mayor mando sobre el corral, en caso que unos quisieran llevar más pescados que otros lo resolvían las familias más antiguas, había una especie de jerarquía en esto [...] La primera marea era la de la inauguración, donde llegaban todos, así que llegaban con carretas, con caballos, era durante la noche, con los manojos de linaza con que se alumbraban y jugaban. Hacían una verdadera ceremonia durante la noche, eran impresionantes las luces que ellos mostraban y se gritaban de un lado a otro cuando había un róbalo, una sierra. Se juntaban todos los pescados, se juntaban en un solo lugar. Por ejemplo, si habían cien se dividía por las ocho familias y siempre se dejaba una pequeña parte para entregarle a los collis, los que no teniendo parte iban a mirar, iban con una cara, como diciendo: “si me pueden convidar unos dos pescaditos”, una cosa así. Aunque también una vez que habían pescado los verdaderos dueños decían: “bueno, ahora también si quieren ustedes pueden pasar al corral y hagan una rebúsqueda a través de otros pescados que quedaban ocultos en el barro y todo por ahí...”.*

^ Las hachas y azadones pulidos, corresponden a evidencias líticas características de las ocupaciones alfareras huilliches de los archipiélagos septentrionales de los canales patagónicos. En Maldonado, R. (1897). Colección Biblioteca Agustín E. Edwards E.

> Corral de pesca de varas, redes y base de guijarros, isla Añihue, archipiélago de Las Chauques. Fotografía: Doina Munita.



Esta misma situación es registrada históricamente en el relato de Goizueta en 1553: “[...] y en los cavies que están en la costa del mar [que] se toma mucho pescado lo cual comen y dan de balde a los de tierra adentro [...]”.

Existió antiguamente un rito comunitario que favorecía la pesca con corrales, llamado *treputo*, durante el cual se enterraban objetos especiales en el corral y se azotaba su estructura con ramas ahumadas de chaumán y otras especies. Hasta mediados del siglo XX este rito estaba a cargo de personas denominadas *pougtenes*, rol que desapareció antes de la década de 1980.

Aunque escasos, se ha registrado la presencia de “corralitos” simples de muros de guijarros, en el interior de estructuras de pesca de mayor tamaño. La orientación de estos corrales complementarios puede diferir de la orientación del corral mayor, produciendo un cierre adicional. También es probable que estos corralitos se encontraran asociados, en algunos casos, a la instalación de nasas o lloles o correspondieran a los llamados *cholchenes*, donde se acumulaban especies vivas —principalmente de mariscos—, con el fin de mantenerlas frescas en un lugar de obtención determinado.











## VARADEROS DE CANOAS, SENDEROS DE BAJAMAR Y CAVERNAS COSTERAS

Los varaderos abundan en las costas del extremo sur septentrional, siendo evidencias tanto del pasado arqueológico como del uso actual. Su función era, y es, proteger el casco de las embarcaciones cuando son dejadas en la orilla, principalmente allí donde el sustrato es grueso y puede dañar la estructura. Para ello, se limpiaba la playa de guijarros en sentido costa-marea baja, dejando franjas despejadas, permitiendo el arrastre de las embarcaciones. Existen muchos varaderos asociados a antiguas dalcas o canoas monóxilas llamadas *wampos* o bongos, pues se trata de varaderos delgados, asociados casi siempre a conchales y/o corrales de pesca, mientras que hoy en día son más anchos y están asociados a casas y caletas costeras. Muchos de estos últimos probablemente fueron varaderos de embarcaciones del pasado, que han sido retrabajados hasta el día de hoy.

Asimismo, existen estructuras con forma de muros rectos, instalados en el mismo sentido que los varaderos y que eran y son actualmente usados para proteger del oleaje a las embarcaciones varadas, aun cuando no es posible adscribirles una antigüedad más allá de la memoria oral.

Los senderos de bajamar abundan en playas de grava y lodo y su importancia radica en que testimonian el tránsito recurrente en el intermareal. Por un lado, conectan a sus habitantes con bancos naturales de mariscos (lugares donde es posible pasar de una costa a otra con marea baja), con antiguos lugares de actividad (como esteros donde existieron corrales de varas), o simplemente como vías de circulación, uniendo a toda la comunidad a través de la playa.

Finalmente, es posible hallar cavernas y aleros costeros que actualmente son ocupados frecuentemente durante los meses de verano por familias que trabajan en la recolección de algas, tanto para pernoctar como para cocinar cuando las condiciones climáticas lo impiden en el exterior. En gran parte de estos aleros se registran también conchales que fueron depositados en el pasado.

< La tranquilidad de la costa interior, contrasta con el fuerte oleaje de la costa Pacífica en la Isla Grande de Chiloé, régimen que se observa en las cavernas costeras de Duhatao.  
Fotografía: Pablo Maldonado.



## CURANTOS, ÁREAS CEREMONIALES Y SITIOS HISTÓRICOS

Un tipo de actividad o rasgo arqueológico característico del área, debido a su utilización hasta tiempos actuales, corresponde al cocimiento de alimentos en un fogón con piedras, generando una cámara de calor donde los alimentos se cocinan esencialmente al vapor. Esta técnica culinaria, conocida tradicionalmente como curanto, también aparece en sitios arqueológicos y es posible de observar en cortes estratigráficos. Los curantos arqueológicos corresponden a excavaciones con un nivel de guijarros costeros en su sección inferior, distinguiendo en las distintas capas de depositación una alta frecuencia de carbón y, generalmente, valvas de mariscos. La preparación de curantos ha sido documentada en diversos relatos etnográficos para la zona sur y los canales septentrionales, destacando el del capitán Fitz Roy de 1834:

*El procedimiento que para cocinar mejillones utilizan los nativos de las islas, ya sean indios o descendientes de extranjeros, es muy semejante al empleado para cocer el pan en las islas del Mar del Sur y en algunas costas de Nueva Holanda, pues practican en el suelo un hoyo que se llena con grandes piedras lisas, y luego se enciende fuego encima. Cuando están bien calentadas se retiran las cenizas, y se amontonan los moluscos encima de las piedras, cubriéndolas primero con hojas o paja y luego con tierra. El animal así cocido resulta sumamente tierno y sabroso, y esta manera de cocinarlo es muy superior a cualquier otra, pues dentro de la concha se conserva toda la sustancia.*



< Posible curanto arqueológico.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

> Los acantilados costeros fueron lugares visitados en el pasado, como áreas de apropiación de recursos. Estos, en el sector de Pihuo, presentan estratigrafía geológica con fósiles marinos y bosques.  
Fotografía: Fernando Maldonado.





Los curantos arqueológicos están presentes en un amplio rango temporal y en diversos sitios del extremo sur septentrional, destacando los de Piedra Azul y Bahía Ilque en el seno de Reloncaví, este último datado por  $^{14}\text{C}$  en  $1490 \pm 60$  años AP.<sup>18</sup> En la Isla Grande, por su parte, se han registrado numerosos curantos, algunos de ellos datados, como el de Catrumán en la costa noreste, con una fecha de  $1830 \pm 45$  años AP; Huicha, también en la costa noreste, con una antigüedad de  $315 \pm 35$  años AP y Playa Nal Alto con una data de  $495 \pm 50$  años AP. Este tipo de fogón generalmente se registra en los conchales, donde puede existir más de uno (como en el caso de conchales monticulares de grandes dimensiones), aunque también es posible identificarlos

como rasgos únicos. Si bien se les ha pretendido adscribir antigüedades que superan los cinco mil años, la evidencia arqueológica obtenida a la fecha apunta a una utilización masiva de los curantos, desde los 2000 años AP.

Existen muchos otros sitios, escasamente conocidos, asociados al borde costero. Entre ellos, espacios sagrados tradicionales, destinados a celebraciones de nguillatún y rogativas marinas, los que son guardados en la memoria oral de comunidades huilliche del territorio. También cementerios arqueológicos y sitios habitacionales alfareros prehispánicos, no necesariamente asociados a conchales, de los cuales se conoce aún muy poco.







- < Evidencias de un pasado histórico, estratégico militar de los siglos XVIII y XIX, se encuentran tanto en la costa Pacífica, como al interior de la Isla Grande de Chiloé.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.
- ▼ Las posiciones estratégicas de las fortificaciones, privilegiaron un campo visual amplio hacia el mar, como se da en la costa norponiente de Chiloé. Desde fuerte Ahui mirando hacia el nororiente.  
Fotografía: Fernando Maldonado.
- >> Las nalcas o pangues fueron utilizadas intensamente durante el pasado, como alimento y para la cobertura de chozas. Actualmente su aprovechamiento continúa, como alimento, envoltorio de preparaciones culinarias tradicionales y cobertura de curantos.  
Fotografía: Marcial Ugarte.

Para momentos históricos, otro tipo de sitios son los fuertes y las baterías. La construcción de estas fortificaciones permite entender la estrategia defensiva marítima hispana establecida desde Valdivia hasta la región de Chiloé entre los siglos XVIII y XIX. Los principales sitios de este período son de fácil reconocimiento por su carácter monumental, por estar ubicados en lugares que privilegian la visión de los accesos marítimos a la costa y por el uso de la canchagua como principal elemento constructivo. Se ubican fundamentalmente en la costa norte de la isla y conforman dos subsistemas defensivos: el subsistema de San Carlos de Ancud, con las baterías San Antonio, Campo Santo, El Muelle y Puquillahue, además del fuerte San Carlos. Hacia el noroeste, se define el subsistema de Lacuy, con el centinela Guapacho, las baterías de Chaicura, Barcacura, Corona y el Fuerte de Agüi. Estos, unidos a los subsistemas de San Antonio de Chacao y de Castro-Tauco,<sup>19</sup> se constituyen como las evidencias materiales de este complejo defensivo, levantado con el fin de resistir el ingreso de naves enemigas de la Corona española y así resguardar la denominada ruta marítima del Cabo de Hornos.













# Recuerdos CURANTO DE MARISCOS



“El curanto de mariscos o moluscos es otra costumbre o tradición que antes se hacía y también ahora cuando hay mareas o, más bien dicho, cuando hay mareas largas y baja algo. Así, por ejemplo, tenemos el curanto de almejas, se mariscan y cuando terminan las mareas y se juntan unos dos sacos se empieza a hacer el curanto de las siguientes maneras:

Se hace un hoyo en la tierra al grandor que quepan los mariscos, se le pone leña y se le prende fuego, encima de la leña se le pone piedras para que se colorean o calienten con el fuego, así se deja con fuego unas dos o tres horas para después sacarles los palos, arreglarles las piedras y ponerle los mariscos dentro del hoyo que se tapan encima con pangues, encima de estos se les manda papas, habas, cuando hay, chapaleles o milcaos, etcétera. Encima se le manda otra corrida

de pangues para que al final se le manden tepes, para que no salga el vapor que es el encargado de cocer el curanto.

Entonces cuando se cree que esto está cocido dentro de una o dos horas se destapa y se empieza a comer con caldillo con cebollas, después de haber comido todos, siempre sobran mariscos, estos se desgranar y se ensartan con junquillos para comerlos después en las comidas o para venderlos.

Antes también se invitaban los familiares más bien llevados, ahora el curanto se hace más bien de vez en cuando, cuando hay tiempo, por cuanto ahora el marisco o molusco no es muy abundante”.

*“Origen de la Iglesia”, Chulín, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, p. 7.*

< Mariscos y papas son la base del curanto, preparación tradicional chilota.  
Fotografía: María José Lira.

^ Primero deben calentarse las piedras. Cuando están al rojo vivo, se agregan los ingredientes previamente recolectados: los mariscos y las hojas de pangué.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

> Mujeres oriundas de Isla Mechuque preparan el tradicional curanto al hoyo.  
Fotografía: Claudio Almarza.













CAPÍTULO III

# ANTIGUOS NAVEGANTES EN LOS MARES DE CHILOÉ

NICOLÁS LIRA









*Era un ancho archipiélago poblado  
de innumerables islas deleitosas,  
cruzando por el uno y otro lado  
góndolas y piraguas presurosas.*

- ALONSO DE ERCILLA. LA ARAUCANA<sup>1</sup>

El poblamiento de Chiloé se encuentra profundamente ligado a la navegación y al uso de embarcaciones. Si bien el sitio de Monteverde, uno de los más antiguos de América con 12.500 años de antigüedad,<sup>2</sup> se encuentra bastante próximo en el continente (cercano a la localidad de Maullín), las primeras evidencias de la ocupación humana de la isla de Chiloé datan solamente desde hace 5500 años atrás,<sup>3</sup> época en que la isla ya se encontraba completamente separada del continente. De esta manera, sus primeros habitantes deben haber arribado en algún tipo de embarcación, luego de cruzar el canal de Chacao, tal como se hace en la actualidad. Es aquí donde comienza el mundo de las poblaciones canoeras, que se extiende hasta el estrecho de Magallanes y se caracteriza por un modo de vida ligado a la explotación de los recursos marinos (moluscos, mamíferos marinos, peces y aves marinas), un intenso nomadismo marítimo a partir del uso de embarcaciones, una industria ósea muy rica (arpones, puntas de lanzas, punzones, cuñas, objetos decorativos) y una industria lítica con piezas bifaciales, cuchillos y raspadores, algunas de estas piezas en obsidiana verde.<sup>4</sup>

<< Sector isla Huar.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

< La costa oeste de la isla de Chiloé, que da hacia el Pacífico, el cual golpea la isla, es mucho más agitada, con muy pocas bahías protegidas y expuesta a los vientos.  
Fotografía: Guy Wenborne.



La antigüedad de este poblamiento y de las poblaciones que lo realizaron abre muchas interrogantes a nivel regional y continental. La hipótesis de un poblamiento marítimo de la costa de América por medio de embarcaciones a través de las islas Aleutianas, siguiendo la costa Pacífico, ya fue propuesta hace más de treinta años.<sup>5</sup> Si consideramos que el poblamiento de América habría seguido un gran movimiento de norte a sur desde el estrecho de Bering, la adaptación en los territorios marítimos del extremo sur correspondería a la fase última de esta progresión, hace poco más de seis milenios. Los vestigios de este avance, aunque episódicos, son visibles sobre la costa Pacífico de Sudamérica y se encuentran principalmente en la cultura Las Vegas en Ecuador, Paiján en la costa norte del Perú, y en la costa sur de Perú y norte de Chile.<sup>6</sup> Estos testimonios son menos numerosos sobre la costa Atlántica, de relieves más suaves y, por lo tanto, fácilmente recubierta por la subida de los niveles de las aguas posglaciares.<sup>7</sup> ¿Los primeros navegantes de Chiloé serían parte de esta progresión continental norte-sur?

▼ Sector de Cucao.  
Fotografía: María José Pedraza.





¿O se habrían adaptado específicamente a este ambiente luego de varios milenios antes de intentar ocupar los territorios insulares? ¿Se trataría de los mismos navegantes que arribaron hasta el estrecho de Magallanes y el canal Beagle hace más de seis mil años? ¿O serían poblaciones y adaptaciones distintas?

En Chiloé, la escasez de sitios arqueológicos en el interior de la isla es sorprendente. Pareciera que la población se concentró sobre la costa, incluso luego de la llegada de grupos alfareros, durante el transcurso de nuestra era, según lo demuestra la presencia de restos de cerámica.<sup>8</sup> Así, al parecer, los antiguos cazadores-recolectores marítimos que los conquistadores identificaron

como chonos se habrían fusionado con los alfareros de origen mapuche-huilliche o premapuche constituyendo este grupo tan original de pescadores-horticultores representado tardíamente por los huilliches del golfo de Reloncaví y de Chiloé.<sup>9</sup> De esta manera, la ocupación humana de esta zona sería la síntesis de estas dos tradiciones, la canoera por un lado, y la horticultora del bosque y la madera por el otro, produciendo una cultura que se complementa entre la tierra y el mar. ¿En qué época y cómo se habría producido este proceso? ¿Qué consecuencias habría tenido para ambas poblaciones y cómo se habría manifestado? Todas estas interrogantes quedan por resolver en futuras investigaciones.









Es aquí donde se terminan las tierras fácilmente accesibles y cultivables de la costa chilena. Más allá comienzan los archipiélagos a los cuales solo pueden acceder las poblaciones navegantes.<sup>12</sup> Aquí se inicia la zona de los canales y fiordos, que suponen una mayor protección para las embarcaciones que las aguas de mar abierto. La navegación costera de esta región alcanza un carácter diferente al de la costa continental, el de una adaptación propiamente marítima. Si bien los atributos de una navegación litoral no desaparecen,<sup>13</sup> estos se definen de mejor manera como un ambiente de mar interior, en que islas y tierra firme se avistan en todo momento. Esto supone características marítimas, pero bajo el abrigo de las islas y el archipiélago, que producen un sistema de canales, golfos y fiordos que protegen la navegación. A pesar de esto, la zona de Chiloé tiene características propias que es necesario conocer bien para realizar navegaciones seguras. Es lo que describe fray Pedro González de Agüeros,<sup>14</sup> quien se refiere a las dificultades propias del medio marítimo de la zona de Chiloé a partir del seno de Reloncaví, especialmente para las embarcaciones europeas. Las embarcaciones indígenas no sufrían de tal manera con la estrechez y la angostura de los canales, por el contrario, se adentraban con facilidad por estos lugares. Esta sería una de las razones por la cual los españoles de Chiloé adoptaron estas embarcaciones tradicionales. La

intensidad de los vientos sería otro factor clave. Sin embargo, un aspecto muy importante que ilustra el sacerdote es la dificultad impuesta por las corrientes. Estas, junto con los cambios en las mareas, hacen que zonas como el canal de Chacao se transformen en verdaderos ríos torrentosos en sus máximos y mínimos. La fuerza de las mareas en su crecida o vaciado es tal que impide la navegación en sentido contrario. Por esto debe planificarse cuidadosamente y tener conocimiento de las mareas en este lugar para lograr cruzarlo sin inconvenientes, como lo explica Góngora Marmolejo en su crónica del siglo XVI.<sup>15</sup>

Otra dificultad para la navegación en esta zona serían los bajíos, puntas y escollos que amenazan cualquier tipo de embarcación. González de Agüeros dice al respecto que los más conocidos son Remolinos, Tres Cruces, Quicavi, Tenaun, Chequian, Aguentaio, Guechupicun y Chayaguao.<sup>16</sup> Notable es la mezcla de nombres españoles e indígenas para nombrar estos peligros de navegación, que muestra la síntesis de las tradiciones locales y europeas en este como en otros ámbitos. La costa oeste de la isla de Chiloé, que da hacia el mar abierto que golpea la isla, es mucho más agitada, con muy pocas bahías protegidas y arreciada por los vientos. Por eso se entiende que la navegación se haya realizado por el mar interior a pesar de los peligros que hemos nombrado.

< Mapa de Chiloé, siglos XVI-XVII, de autor desconocido. *La provincia de Chiloé en el Reino de Chile propia para fabricar navíos de guerra y sus maderas*. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



## LAS EMBARCACIONES DE TRADICIÓN INDÍGENA EN CHILOÉ

*En dos especies de embarcaciones se navegan aquellos peligrosos mares, que son canoas y piraguas.*

*- PADRE SEGISMUNDO GÜELL<sup>17</sup>*

Las embarcaciones fueron un elemento vital para las poblaciones del archipiélago de Chiloé (y de los archipiélagos que continúan hacia el sur hasta el estrecho de Magallanes), donde la única forma de movilizarse, y también de subsistir, es por medio de su uso. Es lo que define a una población esencialmente canoera, en contraposición con las poblaciones que se encuentran al norte del golfo de Reloncaví, donde si bien las embarcaciones resultan un elemento importante, no son indispensables para el modo de vida. Por su parte, tampoco existen antecedentes de que las canoas de corteza usadas por poblaciones yámanas y kaweshkar de los archipiélagos australes se hayan utilizado en esta zona.

A la llegada de los conquistadores al archipiélago de Chiloé y sus alrededores, los indígenas utilizaban principalmente dos tipos de embarcaciones: la *dalca* y las canoas monóxilas. Las llamamos embarcaciones de tradición indígena porque fueron tempranamente adoptadas y adaptadas por los europeos, introduciéndoles modificaciones, pero conservando los mismos conceptos constructivos originarios. Presentaban características especialmente favorables para navegar en bajas profundidades y lugares estrechos. El poco calado y un fondo plano, o casi plano, permitía que pudiesen adentrarse en lugares de muy bajas profundidades, en ambientes de ciénagas, lagunas y pantanos, en pequeños ríos y afluentes menores.







## DALCAS O PIRAGUAS: UNA EMBARCACIÓN PARA ARCHIPIÉLAGOS Y FIORDOS

*Destas piraguas, que es el nombre que les tienen puesto los cristianos, que ellas se llaman en nombre de indios dalca, se juntaron cincuenta. [...] En estas piraguas pasó en cuatro días trescientos caballos a nado por la mar adelante hasta llegar a la otra costa, longitud de una legua castellana, y ciento y diez hombres juntamente con los caballos, que fué un hecho temerario; porque de ninguna nación, griegos ni romanos, se halla escrito haber ningún capitán hecho cosa semejante.*

- RELATO DEL CRUCE DEL CANAL DE CHACAO POR MARTÍN RUÍZ DE GAMBOA.<sup>18</sup>

< Dalca del museo etnográfico de Estocolmo. Fue llevada a Suecia en 1907 por el botánico y naturalista Carl Skottsberg, luego de una misión científica en la Patagonia. Es el único ejemplar conocido completo que se encuentra ensamblado. Colección Etnografiska museet, Estocolmo.

^ En la actualidad, como en el pasado, los botes siguen siendo un elemento vital para los habitantes de Chiloé. Bahía cercana a faro Corona. Fotografía: María José Pedraza.

La voz *dalca* proviene del *mapudungun* y se refiere a una embarcación adecuada para realizar balseo. Lamentablemente, no hay registro del nombre que se le daba a esta embarcación en la lengua de los chonos, antiguos habitantes de Chiloé y de los archipiélagos septentrionales de Patagonia.<sup>19</sup> Los españoles las llamaron piraguas,<sup>20</sup> voz caribe que se había familiarizado entre los conquistadores y cronistas de América, junto con el vocablo *góndola*,<sup>21</sup> aunque las dalcas presentan notables diferencias con estas embarcaciones.





La *dalca* es la embarcación característica de Chiloé y sus alrededores. Está compuesta por tres a cinco tablas, unidas por costuras vegetales y calafateadas con un betún especial para impermeabilizarla.<sup>22</sup> Habrían tenido entre nueve y 12 metros de largo, y cerca de un metro de ancho, aunque las había más pequeñas. En ellas iban desde cinco hasta 12 y más remeros, teniendo una importante capacidad de carga.<sup>23</sup> El padre Diego de Rosales advierte que debido a sus costuras siempre hacen agua, por lo que uno de sus tripulantes debe ir ocupado en vaciarla.<sup>24</sup> A la llegada de los españoles la *dalca* habría estado en uso por los indígenas de Chiloé y sus inmediaciones. Posiblemente se habría desarrollado en la zona de la bahía de Maullín, golfo de Reloncaví y golfo de Ancud, llegando su uso hasta el archipiélago de los Chonos.<sup>25</sup> En tiempos históricos, se habría extendido más al sur, desplazando a la canoa de corteza entre los kaweshkar. También habría sido utilizada ocasionalmente más al norte, por los pehuenches y los mapuches, y en incursiones hasta Valdivia y lagos cordilleranos como Todos los Santos, Llanquihue y Nahuelhuapi.<sup>26</sup> El sacerdote González de Agüeros da cuenta de la llegada de *dalcas* a Valdivia, que venían desde Chiloé, y entraban por el río hasta la ciudad.<sup>27</sup>

▲ Grupo kaweshkar navegando en una *dalca*. Esta imagen es parte de una secuencia que fue tomada el año 1895 desde el vapor *Bianca* por el ingeniero Bauer. Colección Dirección Museológica de la Universidad Austral de Chile.

> "Vista de una canoa indígena atracada en la orilla de una costa", ca. 1900. Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.



La *dalca* se clasifica como una embarcación de tablas o planchas cosidas, del tipo conocido como “*sewn plank canoe*” en inglés. La práctica de coser y unir las estructuras de las embarcaciones es muy conocida y se ha utilizado desde tiempos prehistóricos en diferentes regiones del mundo.<sup>28</sup> Sin embargo, la diversidad de materiales y técnicas utilizadas hacen que este tipo de embarcaciones sean objetos complejos de abordar.<sup>29</sup> Las embarcaciones cosidas tendrían una mejor *performance* en costas abiertas que cualquier embarcación de casco clavado, por ejemplo. Esto se debería a que las uniones cosidas no opondrían una firme resistencia, como en el caso de otras embarcaciones, lo que les permitiría abordar el movimiento del oleaje de mejor manera y varar en forma suave sobre la costa. Serían embarcaciones de gran firmeza, pero, al mismo tiempo, muy flexibles.<sup>30</sup> De esta manera, podemos explicarnos por qué para el padre Rosales las *dalcas* serían como “cunas que se mecen en los bravos mares, que vuelan sobre la espuma”.<sup>31</sup>

La *dalca* fue una embarcación muy eficiente para la navegación de los canales y mares interiores de Chiloé y del sur de Chile. Les permitía a sus

navegantes trasladarse en forma segura, rápida y fácil a través de las distintas islas. Presentaban además la posibilidad de ser desarmadas por sus costuras y, de esta forma, ser transportadas fácilmente por tierra a través de vías de porteo, llamadas pasos de canoas o “pasos de indios”, que por la intrincada geografía de la zona les ahorran tiempo y energía, combinando la navegación con el transporte terrestre.<sup>32</sup> De estos pasos de indios, los más conocidos se encontraban más al sur de la isla de Chiloé, uno de ellos comunicaba el seno Skyring con el seno Obstrucción (en Magallanes), mientras que el más conocido, utilizado incluso por los españoles en sus expediciones, era a través del istmo de Ofqui, que evitaba tener que salir a mar abierto en las tormentosas y peligrosas aguas del golfo de Penas y dar toda la vuelta a la península de Taitao.

Además, la *dalca* era adecuada para la explotación de los diversos recursos marinos.<sup>33</sup> Por estas razones, pervivió hasta tiempos históricos, cuando los españoles que se asentaron en esta área les introdujeron modificaciones, algunas de las cuales fueron adoptadas por las poblaciones aborígenes tardías.







La materia prima utilizada en su construcción habría sido principalmente la madera de coigüe (*Nothofagus dombeyi*) o coigüe de Chiloé (*Nothofagus nitida*), que se encuentra en abundancia en esta zona, aunque existe la idea generalizada de que se habría preferido el alerce (*Fitzroya cupressoides*), aunque esto no ha sido comprobado.<sup>34</sup> También se habrían utilizado el roble (*Nothofagus obliqua*) y el ciprés (*Libocedrus tetragona*), muy abundantes en la zona.<sup>35</sup> Se menciona el uso de raulí (*Nothofagus alpina*) y coigüe de Magallanes (*Nothofagus betuloides*) para el extremo más austral.<sup>36</sup> Las fibras con que se realizaban las costuras habrían sido principalmente de quila (*Chusquea coleu*), voquis, ñocha (*Bromelia* spp.) o la corteza de pillopillo (*Daphne andina*) y otras fibras vegetales.<sup>37</sup>

Su fabricación no era sencilla, sobre todo antes de que se ocuparan herramientas metálicas. Los tablones se obtenían a partir del uso de cuñas (de piedra, hueso o madera), técnica habitual en el trabajo de la madera. Luego, estos tablones se labraban con herramientas de piedra (hachas, azuelas y raspadores) y concha y, posteriormente, se utilizaba el fuego y agua para darles la forma curva requerida. Según Rosales, los agujeros para las costuras se habrían realizado usando fuego,<sup>38</sup> aunque esto no ha podido ser observado en los restos encontrados, en los que se evidencia el uso de herramientas metálicas similares a un formón. Luego de hechas las costuras, estas eran impermeabilizadas y calafateadas con una mezcla de estopa de alerce, hojas y cortezas de diferentes



árboles, las cuales se machacaban y maceraban. Finalmente, se agregaba una serie de varas de madera al interior de la embarcación a modo de curvas o costillas, para que mantuvieran la estructura, así como algunos maderos transversales en la parte alta de las bordas.<sup>39</sup>

Las misiones jesuitas que se establecieron en la zona a partir de 1609 también ocuparon la *dalca* como único medio de transporte en su tarea evangelizadora, utilizando a los indígenas como bogadores o remeros en los recorridos misionales por los archipiélagos.<sup>40</sup> Por esto, los sacerdotes jesuitas fueron actores fundamentales en la caracterización de estas embarcaciones, tanto de su manufactura como de su uso, y de la navegación en general para esta zona.

Un episodio que merece ser destacado por su particularidad es la batalla naval que relata Mariño de Lobera y que se produce en 1578, en

dalcas, entre las fuerzas españolas e indígenas en el estuario de Reloncaví.<sup>41</sup> Las fuerzas españolas estaban compuestas por 50 dalcas que se internaron por el estuario de Reloncaví para hacer frente a las embarcaciones de los indígenas, cuyo número no se entrega. Muy reveladores resultan, en cambio, los datos que hablan de las estrategias indígenas para esta batalla, distribuyéndose en escuadrones y utilizando instrumentos (ganchos de madera) para sujetar las embarcaciones enemigas y no permitir que estas navegaran libremente, lo que muestra que existían estrategias definidas para este tipo de situaciones que deben haber sido usadas en enfrentamientos entre los diversos grupos indígenas. Finalmente, tras una cruenta batalla, las fuerzas españolas resultan vencedoras. El cronista entrega un recuento de los resultados: 27 piraguas (dalcas) hundidas y 500 hombres muertos (no se especifica de qué bando, suponemos que de ambos), además de 170 cautivos.

< Río Los Cristales,  
lago Tepuhueico.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

✓ Habitantes de Nalhuitad  
Bajo, en la comuna de  
Chonchi, navegan hacia  
su isla en una antigua  
embarcación de madera.  
Fotografía: Claudio Almarza.

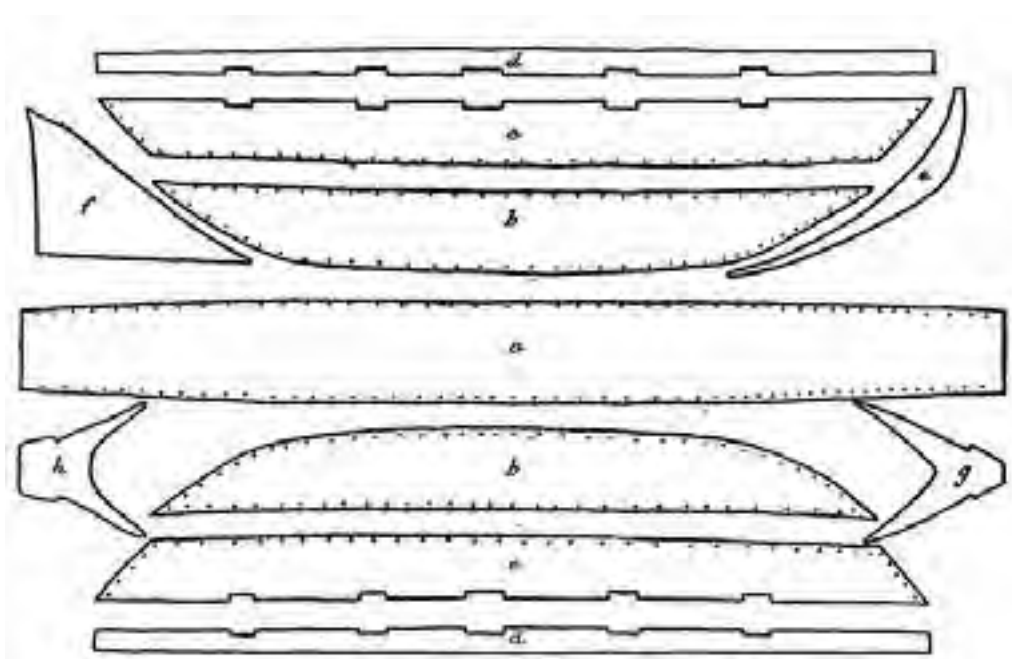




Las posteriores expediciones españolas hacia tierras más australes comandadas por Bartolomé Gallardo en 1674 y Antonio de Vea en 1675, que pretendían inspeccionar hasta el estrecho de Magallanes para descartar la presencia de ingleses en el área, utilizaron muchas dalcas tripuladas por indígenas y españoles.<sup>42</sup>

De la misma forma, la expedición de 1787 de José de Moraleda utilizó dalcas en sus exploraciones desde Chiloé hasta el archipiélago de los Chonos, a las cuales se les levantaron las bordas, se les colocaron cuadernas y se les acondicionó una cubierta para proteger a la tripulación y la carga, finalmente aparejándolas como pequeñas goletas.<sup>43</sup>

Para comienzos del siglo XVIII ya se le habrían agregado dos tablonces laterales a la *dalca* tradicional, y para fines de ese mismo siglo aparecería con falcas sobre estos. Junto con esto, en algunos casos son reforzadas en su interior con cuadernas de luma adheridas a los tablonces por medio de tarugos de madera, para mantener la forma de la embarcación y darle mayor firmeza, a lo que también contribuían los bancos cruzados para sentarse, asimismo unidos por tarugos de madera. Además, paulatinamente se le añaden otros elementos, como los toletes o tarugos, y chumaceras, para sostener remos más largos. Posteriormente aparecerá la vela y en algunos casos un timón anexado. Más tardíamente se aprecian cambios como la falsa quilla, la roda, el codaste y los clavos o tarugos de hierro,<sup>44</sup> con lo que ya se habría transformado definitivamente a la *dalca* en una embarcación con gran parte de rasgos europeos.



< Molde del casco y ensamblaje de una *dalca* de siete tablonces, según Lothrop (1932). Realizado a partir de un modelo de escala reducida del Museo Nacional de Historia Natural, en Santiago. Para dicho autor, se preservarían las principales características de la *dalca* de tres tablonces, es decir un tablonce central (*a*) curvado intencionalmente hacia los extremos, al cual se cosieron los tablonces (*bb*) en cada costado. Tablonces adicionales (*cc*) fueron adicionados como innovación a la *dalca* original y su borde superior tallado para ensamblar unas falcas (*dd*), las que habrían estado unidas por tarugos y no cosidas a cuaderna, lo que mantenía su estructura. Para Lothrop, las estructuras (*f*) y (*e*), también fijadas con tarugos a la proa y popa, representarían una influencia europea y habrían estado reforzadas por las piezas (*g*) y (*h*) por detrás. Todos los tablonces que formaban el casco habrían estado ensamblados a cuadernas por medio de tarugos de madera, para mantener la estructura y reforzarla.

> Fragmentos de *dalca* encontrados en la década de 1960 en la costa cercana a Achao, isla de Quinchao, archipiélago de Chiloé. Colección Museo Etnográfico de Achao, exhibición permanente. Fotografía: Nicolás Lira.





Todos estos cambios y modificaciones buscaban principalmente hacer más altas las bordas y volver el casco más ancho, adquiriendo forma redondeada, con lo que se quería obtener una embarcación más segura para transitar los tempestuosos mares australes, y de mayor capacidad de carga. Sin embargo, con estas innovaciones la dalca perdió gran parte de su funcionalidad. Se volvió mucho más pesada, difícil de desarmar y de transportar por tierra, por lo que fue perdiendo su carácter práctico para la intrincada geografía en que se desenvolvía.

La *dalca* continuó siendo utilizada en exploraciones posteriores, confirmando lo efectiva que resultaba para estos parajes. La expedición del sacerdote franciscano Francisco Menéndez en los años 1791 y 1794, para redescubrir el lago Nahuelhuapi, es un claro ejemplo de esto, ya que cada vez que encontraban un lago que no les permitía continuar, los indígenas construían una *dalca* en el mismo lugar, para lo que se habían provisto con anterioridad de soguillas de quila y estopa de alerce para unir y sellar las costuras.<sup>45</sup> Posteriormente, la ruta seguida por el

padre Menéndez continuó siendo utilizada por colonos chilenos y extranjeros hasta principios del siglo XX.<sup>46</sup> En las primeras penetraciones de los colonos también utilizaron las embarcaciones indígenas, tanto las dalcas como las canoas monóxilas de tronco ahuecado.

El último registro de uso de dalcas data de fines del siglo XIX y principios del XX, cuando ya se les habían incorporado varias modificaciones.<sup>47</sup>

La abundante documentación escrita sobre estas embarcaciones contrasta con la escasez de evidencias materiales de las mismas, que se reducen a algunos fragmentos descontextualizados y modelos presentes en museos nacionales y a limitados ejemplares etnográficos completos en el extranjero.<sup>48</sup> Según nuestros conocimientos, ningún etnógrafo ha registrado el proceso de fabricación de una *dalca* y las representaciones iconográficas de ella resultan muy escasas.<sup>49</sup> A pesar de que se presume prehispánica, ya que a la llegada de los conquistadores su uso se encontraba extendido en la zona de Chiloé, no hay evidencias de estas antes de 1567.



## CANOAS MONÓXILAS: NAVEGANDO SOBRE LOS ÁRBOLES

Las canoas monóxilas –hechas a partir de una sola pieza de madera– son caracterizadas como un casco realizado a partir del tallado de un tronco mediante una técnica de reducción. A este casco monóxilo pueden ser agregados elementos secundarios, morfológica y funcionalmente diversificados. Estos elementos serían en todo caso menores, y no modificarían en nada el principio mismo de la estructura monóxila.<sup>50</sup>

Su manufactura y uso en todo el sur de Chile se encuentra bien documentado por los cronistas y los sacerdotes de la época colonial y, hasta algunas décadas atrás, por la etnografía. Para su fabricación se utilizaban árboles rectos y sanos, sin muchas ramas que produjeran nudos en la madera, y especies disponibles en la zona, fáciles de trabajar, como el laurel (*Laurelia sempervirens*) y el coigüe (*Nothofagus dombeyi*). El trabajo se realizaba con hachas y azuelas metálicas luego de su introducción en la zona por parte de los europeos, pero en tiempos prehispánicos se habría utilizado principalmente el fuego, a manera de quema controlada, y herramientas de piedra, como hachas y azuelas pulidas, raspadores, y también herramientas de concha. Para su elaboración, al igual que en el caso de las dalcas, era clave el trabajo comunitario, ya que se requería el esfuerzo de varias personas para llevar a cabo todo el proceso. Es lo que se denomina en forma genérica como *minga*,<sup>51</sup> trabajo comunitario a cambio del cual se redistribuyen comidas y bebidas.<sup>52</sup>

El mundo mapuche-huilliche las habría llamado *wampos*.<sup>53</sup> Pero también fueron conocidas como bongos y canogas. Gracias a su versatilidad se habrían utilizado en diversos ambientes, tanto en navegación costera como en los numerosos lagos y ríos de la región, así como para diferentes tareas, tales como transporte, comunicación y explotación de recursos. Esto llevó a que los españoles también las adoptaran, al igual que las dalcas. A pesar de estas ventajas, también presentaban ciertas limitantes, entre las que destaca el peso de la embarcación, que dificultaba su traslado en tierra en los casos en que era necesario hacerlo. También requerían de un mayor tiempo y energía invertida en su construcción; que se ven compensados por una mayor vida útil de la embarcación. Estos factores están en directa relación con la masa y densidad de los materiales, que la hacen más pesada, pero también más resistente. Sin duda que las canoas monóxilas no estaban concebidas para ser trasladadas por tierra, sobre todo por largos trechos.<sup>54</sup>

Si bien los antecedentes muestran que las dalcas habrían sido más utilizadas en la zona de Chiloé y su archipiélago, esto no quiere decir que no se hayan utilizado también las canoas monóxilas. En la segunda mitad del siglo XVIII, el misionero jesuita Segismundo Güell dice que hay innumerables dalcas grandes y pequeñas en el archipiélago de Chiloé,<sup>55</sup> mientras que José de Moraleda, piloto primero de la Armada Real y distinguido hidrógrafo, a finales del siglo XVIII,





dice que pasan de quinientas las dalcas que hay en esta provincia.<sup>56</sup> Sin embargo, en esta área también se utilizaban con frecuencia las canoas monóxilas y, en algunas ocasiones, las balsas. Esto es lo que observa Güell, argumentando que en Chiloé se utilizaban canoas monóxilas y dalcas, pero que las primeras son inestables y por eso sirven solo para ir de isla en isla por cortas distancias cuando el mar está en calma, mientras que las últimas eran más aptas para navegaciones largas y en condiciones más adversas.<sup>57</sup>

En tiempos más tardíos (segunda mitad del siglo XIX), y asociadas a la introducción de las herramientas de hierro por los europeos, habrían comenzado a manufacturarse y utilizarse en el extremo sur reemplazando, junto con las dalcas, a las tradicionales canoas de corteza utilizadas por los kaweshkar. Este proceso no ha sido estudiado en detalle y debe ser profundizado en futuras investigaciones para comprenderlo de manera adecuada.

En la actualidad, las canoas monóxilas se han dejado de utilizar casi por completo, y unas pocas se conservan en algunos museos del sur de Chile. Sin embargo, aún perduran en la memoria de los habitantes más antiguos de estas zonas.

^ “Dalca con sacho, utilizada por los chonos”, 1930. Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.









## LOS “CAMINOS” DE CHILOÉ

La isla de Chiloé, así como su archipiélago, carecía de caminos formales hasta la segunda mitad del siglo XVIII<sup>58</sup>, cuando se abre el camino interior que iba de San Carlos de Ancud a Castro (1787), el que se hizo sobre “planchados” (tablones) para evitar el barro que impedía el paso. Los chilotes usaban las playas como caminos terrestres. A pesar de esto, Chiloé no vivía en el aislamiento, sus poblaciones se vinculaban en forma cotidiana por los caminos del mar a través de sus embarcaciones.

Hay un sinnúmero de rutas marinas, con diferentes motivaciones, entre las que mencionaremos las más importantes y conocidas.

### LA RUTA A NAHUELHUAPI<sup>59</sup>

Conocida como “ruta de las lagunas”, ya que se pasaba por varios lagos, en los que la utilización de la *dalca* era fundamental, puesto que se armaban y desarmaban para sortear los trayectos por tierra que separaban los lagos. De todas maneras, esta operación no debe haber sido del todo sencilla, pues requería transportar pesadas planchas de madera por terrenos escarpados, húmedos y muchas veces cubiertos por el bosque. A pesar de que, como ya hemos mencionado, había pasos habilitados para esta operación, de todas maneras debe haber requerido de tiempo y de un esfuerzo físico importante. Esta ruta seguía, en líneas generales, el siguiente itinerario: saliendo desde Chiloé o Calbuco, las dalcas tenían como primer destino Ralún, en el extremo norte del estuario de Reloncaví. Luego se avanzaba a pie hasta el lago Todos los Santos, con dalcas y la carga al hombro, probablemente siguiendo parte del curso del río

< Carta de la costa de Chile del 41° al 46° lat. Sur con la baía e l'isola di Chiloé; sul fondo, la cordigliera con alcuni volcani. Alonso de Ovalle, 1644. Archivum Romanum Societatis Iesu.



Petrohué, o en dirección norte pasando por la laguna de Calbutúe. Esta era la primera vía de porteo o “paso de indios” como eran conocidos antiguamente. Al llegar al lago Todos los Santos, las embarcaciones se volvían a armar y se cruzaba en las dalcas, utilizando alguna otra embarcación que era posible encontrar en el lugar, o incluso manufacturando una nueva si era necesario, como se hizo en las expediciones de Güell (1708) y Menéndez (1791). Al otro extremo del lago Todos los Santos se seguía por el río Peulla, cuyo cajón empinado era necesario de caminar, y vadearlo en repetidas ocasiones, nuevamente con las dalcas y la carga al hombro. Esta era la segunda vía de porteo o “paso de indios” en esta ruta. Siguiendo este río se cruzaba la cordillera por un boquete, al que en la actualidad se le conoce con el nombre de paso Vicente Pérez Rosales, que está a 877 msnm. Desde ahí se llegaba al lago Nahuelhuapi, donde las dalcas eran nuevamente armadas para navegar. En total se habrían recorrido 33 leguas<sup>60</sup> desde el lugar de origen.<sup>61</sup>

La ruta a Nahuelhuapi tenía una importancia mayor en el contexto de Chiloé colonial: en primer lugar era el inicio de una alternativa al camino terrestre hacia el norte, hasta Valdivia y Concepción, que iba normalmente por Osorno, pero que se encontraba cerrado por los indígenas desde el alzamiento de 1598. En la ruta desde Nahuelhuapi a Valdivia se mencionan los parajes de Colihuaca y Rucachoroy, para luego cruzar la cordillera por el paso de Villarrica, como hicieron el padre Rosales y los misioneros de Nahuelhuapi en diferentes oportunidades; y posteriormente poder llegar hasta la ciudad y plaza fuerte de Valdivia luego de ocho días de viaje. La ruta por Villarrica habría unido ambas vertientes andinas, y también habría combinado

trayectos terrestres con navegación en los lagos. En el caso del padre Rosales, lamentablemente no se conoce el detalle de la ruta seguida por él, solamente que habría salido desde la misión de Boroa, ubicada a orillas del río Cautín en las cercanías de la actual ciudad de Temuco, y cruzado la cordillera por el paso o boquete de Villarrica.<sup>62</sup> Para llegar a Concepción, la cordillera debía cruzarse más al norte, por un paso o boquete en el nacimiento del río Biobío y luego se seguía su curso de este a oeste hasta llegar a la ciudad. En ambos casos se debía cruzar por tierras indígenas independientes con los que se debía negociar y agasajar para lograr el paso seguro.<sup>63</sup> De esta manera, la ruta de Nahuelhuapi significaba para Chiloé romper el aislamiento con el centro del territorio y no depender del barco que anualmente venía con mercancías desde Lima, capital del virreynato del Perú. Además, se constituía como puerta de entrada hacia las pampas y la Patagonia continental. Por esto va a interesar sobre todo a los sacerdotes, que fundaron varias veces una misión en el lago Nahuelhuapi, pues veían un enorme potencial de evangelización para las poblaciones indígenas de esas zonas. Finalmente, la búsqueda de la mítica ciudad de los Césares va a ser otra de las motivaciones para reconocer esta ruta.

## LA RUTA HACIA LOS ALERZALES Y LAS CORDILLERAS DEL ESTE<sup>64</sup>

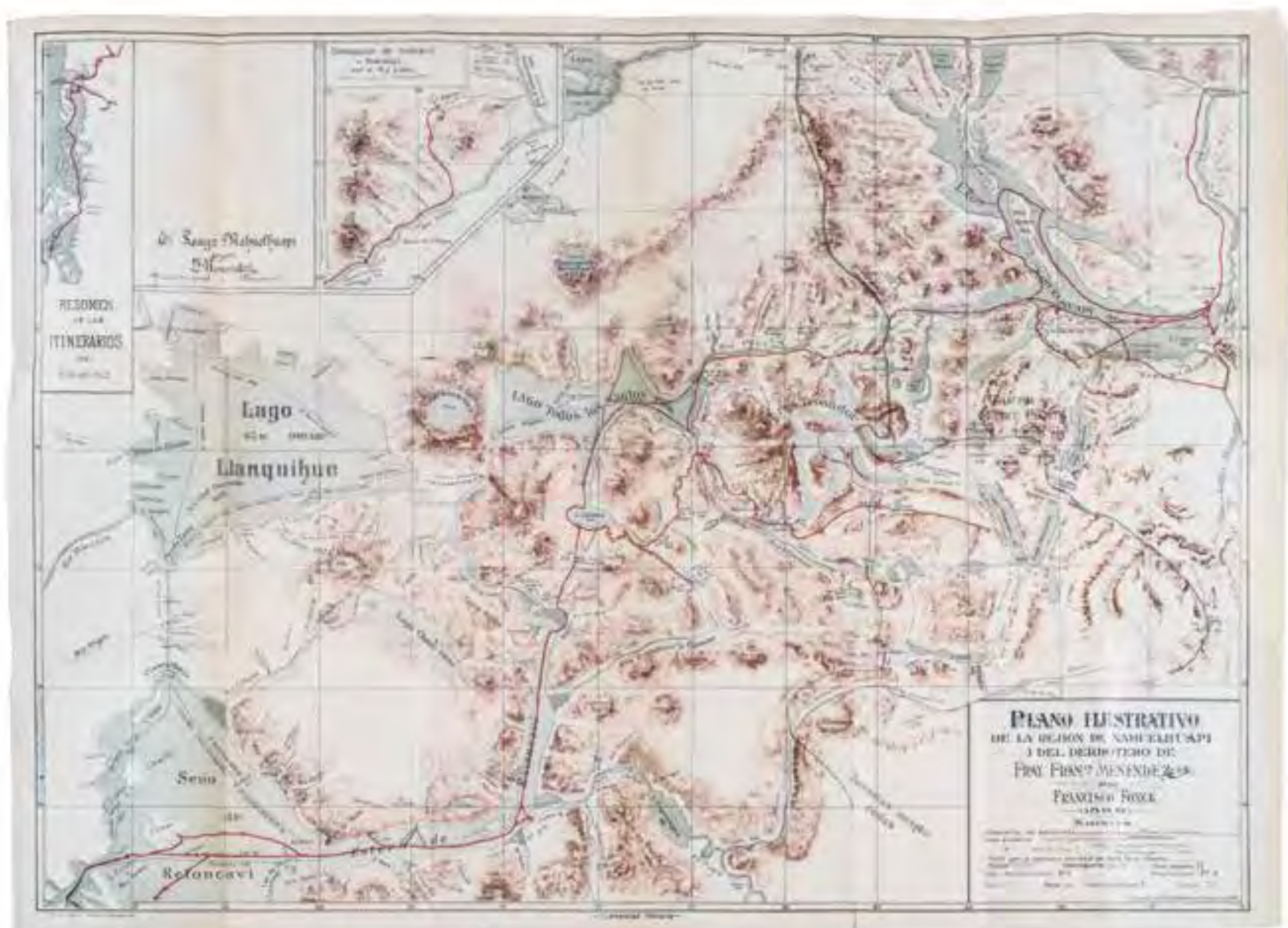
Esta tenía un objetivo económico:<sup>65</sup> la explotación de estos árboles en diferentes áreas, de las cuales las más conocidas son Comau y Vodudahue, desde donde volvían las dalcas cargadas de tablas de alerce, el elemento más valioso en esta región, para ser enviadas y comercializadas en el Perú.



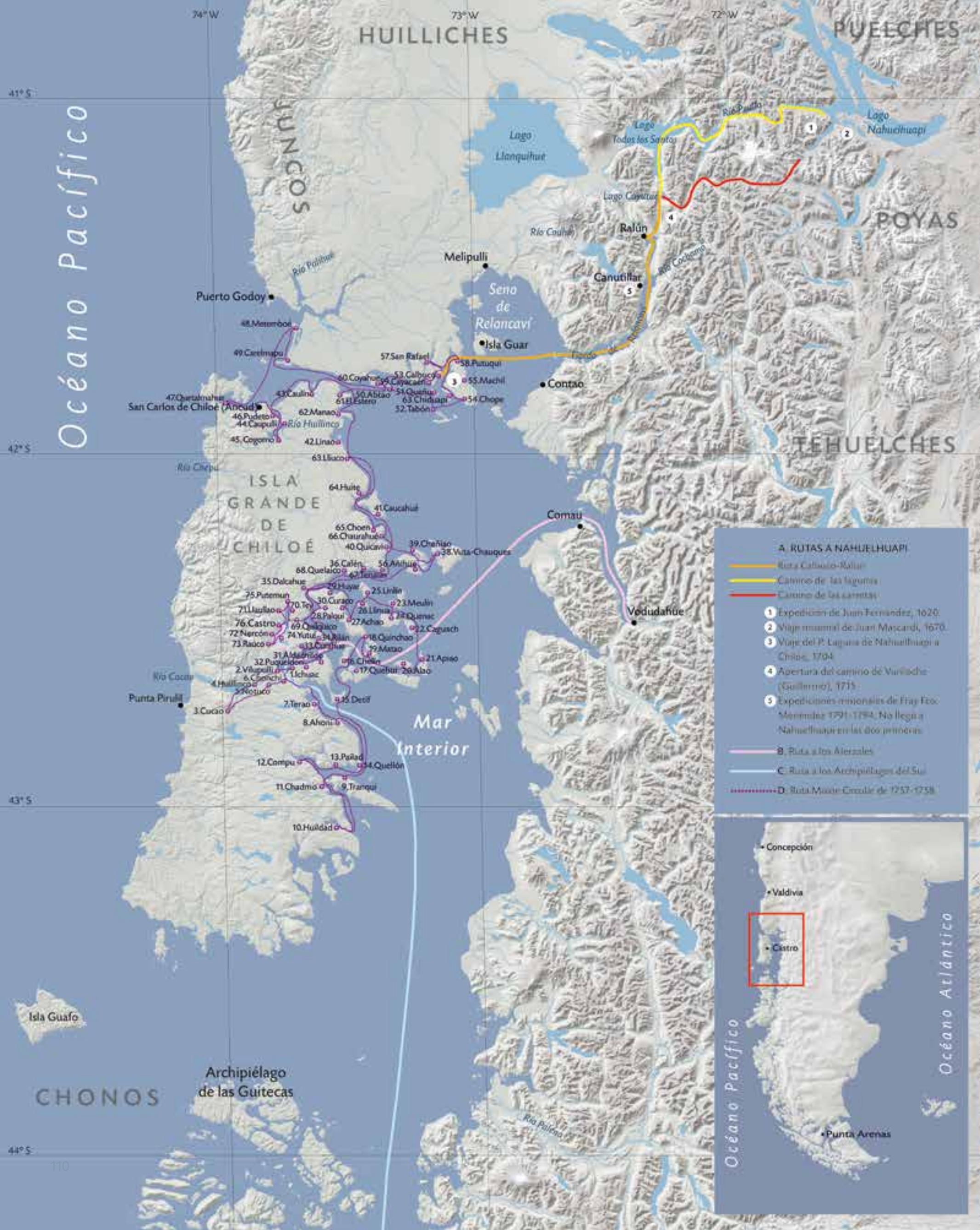
## LA RUTA HACIA LOS ARCHIPIÉLAGOS DEL SUR Y EL ESTRECHO DE MAGALLANES

Pasando por el istmo de Ofqui,<sup>66</sup> tenía como objetivos explorar el territorio, conocer los pueblos indígenas que se encontraban en estas regiones y su evangelización, y como meta principal obtener información sobre las exploraciones, las incursiones (a veces verdaderas y a veces imaginadas) y precaverse de la posible llegada de potencias extranjeras (Inglaterra y Holanda) que trataban de penetrar y asentarse en este territorio. Las ya mencionadas expediciones de Gallardo en 1674 y Vea en 1675, entre otras misiones de reconocimiento, utilizaron esta ruta.

- ✓ Mapa publicado por Fonck (1900) en el que se ilustran las diferentes rutas seguidas por el padre Menéndez hacia el lago Nahuehuapi en 1791, así como también las rutas utilizadas por otros exploradores en esta región. Colección Biblioteca Agustín E. Edwards E.







Océano Pacífico

**A. RUTAS A NAHUELHUPI**

- Ruta Calbuco-Ralún
- Camino de las lagunas
- Camino de las cumbres

- 1 Expedición de Juan Fernández, 1620.
- 2 Viaje misionero de Juan Mascardi, 1670.
- 3 Viaje del P. Laguna de Nahuelhuapi a Chiloé, 1704.
- 4 Apertura del camino de Valdivia (Guillermo), 1715.
- 5 Expediciones misionales de Fray Feo. Mermoda 1791-1794. No llega a Nahuelhuapi en las dos primeras.

— B. Ruta a los Alerzales

— C. Ruta a los Archipiélagos del Sur

- - - D. Ruta Muñoz-Ercellay de 1757-1758





## LA RUTA DE LA MISIÓN CIRCULAR

Desde principios del siglo XVI (1608) sacerdotes jesuitas primero y franciscanos después, realizaban la misión circular, la que tenía una motivación espiritual: la evangelización y la salvación de los naturales.<sup>67</sup> Consistía en que dos misioneros recorrían durante casi seis meses, durante primavera y verano (entre septiembre y febrero), las diferentes capillas, donde se quedaban entre tres y cinco días, construidas como estaciones pastorales en las distintas islas del archipiélago. Se seguía una ruta circular marítima que se iniciaba y finalizaba su recorrido en la ciudad de Castro, residencia permanente de los misioneros.<sup>68</sup> Durante el siglo XVII y con el aumento del número de sacerdotes y misioneros, este tipo de misión se extendió hasta vísperas de semana santa. Y ya en el siglo XVIII, con un nuevo aumento de sacerdotes en la isla, la misión circular se extendió hasta el mes de mayo. Durante los años 1757 y 1758, en forma excepcional, la misión se realizó entre los meses de septiembre y agosto del año siguiente.

La misión circular no seguía una ruta fija, sino que se realizaba cada año según las posibilidades y necesidades que observaban los religiosos entre las diferentes islas y poblaciones del archipiélago. El recorrido sufría modificaciones incluso durante el período de la misión, en atención a las condiciones climáticas y marítimas que posibilitaban la navegación. Los indígenas iban a buscar a los misioneros en sus dalcas a la capilla precedente, a modo de postas marítimas.<sup>69</sup> Los misioneros intentaban llegar hasta las islas más recónditas y los poblados más apartados en su tarea religiosa.

Por otro lado, el piloto primero de la Real Armada José de Moraleda realizó la circunnavegación de la isla en 1787, saliendo desde el puerto de San Carlos (Ancud) y volviendo al mismo luego de cuatro meses, así como la posterior exploración de parte de las otras rutas, pero con motivos científicos y geopolíticos: el reconocimiento y levantamiento hidrográfico de la región encargados por el virrey del Perú y el rey de España.

La infinidad de los caminos de agua de Chiloé eran recorridos tanto por grupos de canoeros chonos, como por chilotes mestizos, españoles e hispano-criollos en forma cotidiana. Sin embargo, también se realizaban expediciones formales, financiadas con recursos de la Corona. Estas se organizaban con la ayuda de los indígenas chonos, que participaban como remeros, prácticos y guías, pues eran quienes mejor conocían el territorio y los únicos capaces de encontrar las rutas entre la infinidad de islas y canales, ya que como señala Hanisch “llevaban el mapa en la mente”.<sup>70</sup> Entre los tripulantes se contaba con un calafatero, un carpintero de ribera, un experto conocedor del viento y lector de la atmósfera, y “alteadores”, indígenas que eran capaces de subir a los árboles más altos para encontrar el paso por las rutas terrestres en caso de utilizar los “pasos de indios”.<sup>71</sup> Aunque se especializaban en alguna tarea, todos ellos estaban en condiciones de fabricar una dalca en caso de que fuera necesario, y entre todos desarmaban, transportaban los tablones y volvían a armar la embarcación cuando se transportaba por tierra.

< Mapa que muestra los diversos caminos de Chiloé.  
Producción: Fernando Maldonado.



## CONCLUSIÓN: TRADICIÓN, CONTINUIDAD Y CAMBIO

Las dalcas habrían tenido mayores dimensiones y una capacidad de carga mayor que las canoas monóxilas. El cronista Gerónimo de Bibar describe que estas habrían tenido entre 24 y 25 pies de largo (7,5 metros aproximadamente).<sup>72</sup> Góngora Marmolejo entrega dimensiones un tanto mayores: dice que tenían entre 30 y 40 pies de largo (9 y 12 metros) y cerca de una vara de ancho (0,9 metros). Además agrega que llevan desde cinco hasta 12 remeros y más si es necesario.<sup>73</sup> El Padre Rosales detalla el peso que estas embarcaciones eran capaces de transportar, que habría sido aproximadamente el doble que el que se podía embarcar en las canoas monóxilas. Los detalles que entrega son muy informativos: las dalcas que observó tenían una capacidad de carga de 200 quintales, es decir, cerca de 10 toneladas, una cantidad bastante considerable. Además, se habrían gobernado desde la popa con un remo corto (canalete), y 8 o 10 remeros. Finalmente, subraya que siempre entra el agua por sus costuras.<sup>74</sup> De esta manera debía vaciarse todo el tiempo el agua con un achicador de madera o corteza, y posteriormente se utilizó la bomba manual para este fin. Por cierto, había que tener especial cuidado con la carga que se llevaba, en los casos en que esta no debía mojarse.

Regularmente, la capacidad de transporte de pasajeros —o remeros en este caso, ya que la mayoría debía remar para facilitar la propulsión— era de entre 8 y 12 personas y/o remeros. A pesar de esto, también se encuentran dalcas de mayores dimensiones capaces de transportar más pasajeros, como la que utilizó el padre Menéndez en su viaje a Nahuelhuapi saliendo desde Chiloé en 1791: “A las tres de la tarde me embarqué en la ciudad de Castro con diez y ocho hombres en una sola Pirahua, pues otra la tomaré en Calbuco en donde me alcanzaran seis soldados con el sargento Pablo Tellez y tomaremos algunos Calbucanos”.<sup>75</sup>

Para la fecha del viaje de Menéndez, las dalcas ya habían sufrido las modificaciones impuestas por la influencia hispana, por lo que podemos atribuir a este factor el aumento en las dimensiones y la capacidad de carga. El incremento en la cantidad de tablones utilizados para alzar las bordas, de tres a cinco e incluso siete, es uno de los aspectos fundamentales en este cambio. Pero también la introducción de cuadernas, bancas para sentarse, timón y uso de la vela. Esto lo vemos reflejado en las dos dalcas que se equiparon como goletas, utilizadas por Moraleda

> Acuarela del ingeniero Duplessis, naturalista a bordo de la expedición de Jacques Gouin de Beauchesne, mandatada por el rey Luis XIV (1698-1701). Se aprecia a un grupo de mujeres buceando para sacar cholgas al lado de una canoa de corteza. En *Relation journalière d'un voyage fait en 1698, 1699, 1700, 1701 [...] (SH 223)*. Service historique de la Défense à Vincennes.









Uzioké Desjardins Paris

PIROGUE FUGÉIENNE / New year Sound, Canal Lajarte



durante su expedición a las islas al sur de Chiloé (1793). Cada una de ellas iba ocupada por una tripulación de al menos 16 personas en total, tres soldados y 13 marineros, entre los que se contaban los indígenas. Además, debían llevar toda la carga correspondiente a los alimentos para esos hombres, junto con los instrumentos necesarios para el trabajo de Moraleda.<sup>76</sup>

A pesar de los cambios sufridos por las dalcas, ellas fueron herederas de la misma tradición constructiva indígena. Este proceso, quizá, pudo tener repercusiones en el desarrollo de otras embarcaciones propias del archipiélago, como el lanchón chilote. ¿Serían parte de la misma tradición constructiva? Y las embarcaciones que se identifican como propias de una tradición europea, como las goletas, falúas, barcos largos, ¿también habrían sufrido modificaciones como parte de este mismo proceso? ¿Es posible reconocer diversas tradiciones constructivas de embarcaciones en el archipiélago de Chiloé, que muestren una continuidad en el tiempo, pero también innovaciones que lleven a cambios en los modos de hacer? Todas estas son interrogantes en las que se debe seguir profundizando en el futuro, y que permitirán entender de mejor manera las dinámicas de interrelación que se dieron en este territorio.

En este contexto, es relevante mencionar y discutir las ideas planteadas por Latcham<sup>77</sup> acerca de la derivación de la *dalca* desde la canoa de corteza de los canoeros australes. Para este autor, la canoa de corteza precede y es precursora de la *dalca*. Esta última sería una innovación resultado de las influencias de las poblaciones más septentrionales, adaptadas al bosque y que poseían una cultura y tecnología de la madera, sobre las poblaciones canoeras que habrían construido la embarcación de corteza.<sup>78</sup> El encuentro de ambas tradiciones se habría producido en el archipiélago de Chiloé y sus alrededores, teniendo como uno de sus resultados la elaboración de la *dalca*, que utilizaría los mismos principios constructivos de la canoa de corteza,<sup>79</sup> reemplazándolas por tablones más gruesos y durables.

Los chonos han sido identificados como canoeros, es decir poblaciones nómadas marinas, que tienen como base de sustentación la explotación de los recursos marinos, y que se organizan en unidades familiares de alta movilidad, trasladándose junto con sus bienes, en sus canoas. De esta manera tendrían más similitudes con las poblaciones canoeras más australes, kaweshkar y yámanas con quienes llegaron a relacionarse, que con las poblaciones de origen mapuche. Se

< *Piragua fueguina*. Corresponde a una canoa de corteza yámana. Fotograbado de H. Dujardin realizado en el contexto de la misión científica francesa del cabo de Hornos (1882-1883). Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



plantea que bajo el nombre de chono se habrían agrupado una serie de identidades diversas (huillis, caucahues, taijatafes, payos, chonos) que, sin embargo, mantenían un sustrato común.<sup>80</sup> La isla de Chiloé, si bien no habría sido el centro de su territorio, se transformó en un lugar privilegiado, donde se produjo la interacción y posterior mestizaje, primero, con las poblaciones huilliches y, posteriormente, con los europeos. Sin embargo, aún no se tiene claridad de cómo se habrían dado estos procesos. Tanto la costa continental del golfo de Reloncaví, así como la isla de Chiloé, estuvieron poblados por grupos canoeros desde al menos hace cinco milenios. Por el contrario, el proceso por el cual las poblaciones de horticultores huilliches habrían arribado a esta zona no se encuentra bien documentado ni estudiado.

La *dalca* sería una manifestación de este proceso en que poblaciones alfareras de origen huilliche o pre-huilliche se habrían asentado en el archipiélago de Chiloé, influenciando y mezclándose con los canoeros chonos o pre-chonos que habitaban en esta zona. ¿Arribarían estas poblaciones desde el norte empujando a las poblaciones canoeras hacia la región austral, donde fueron vistas por los europeos? ¿O acaso los canoeros habían iniciado por sí solos un proceso de descenso hacia los canales australes? ¿O ambos grupos habían logrado establecer un sistema de interacción y alianzas que tenía su expresión en la isla de Chiloé? Estas son solo interrogantes, que con los datos actualmente disponibles no es posible dilucidar. La isla de Chiloé, sin embargo, sí se habría constituido como un espacio privilegiado de interacción







entre grupos canoeros y horticultores, chonos y huilliches, a los que posteriormente se sumaron los europeos. A esto hay que agregar las incursiones ocasionales de poyas y puelches cordilleranos, que habitaban en los alrededores del lago Nahuelhuapi, en busca de productos marinos. Durante los siglos XVII y XVIII esta interacción habría sido aún mayor, gracias al efecto de atracción que produjeron las misiones evangelizadoras de los sacerdotes jesuitas instaladas en la isla de Chiloé sobre las poblaciones canoeras.<sup>81</sup>

De esta manera, resulta particularmente interesante el área del golfo de Reloncaví y sus alrededores, que comprenden por el oriente el estuario de Reloncaví (el brazo de mar que se interna en el continente) y los lagos de Llanquihue y Todos los Santos, que forman parte de la ruta hacia el lago Nahuelhuapi, así como el río Maullín y su estuario por el poniente. En esta zona se habría producido la mayor interacción entre los distintos tipos de embarcaciones y las comunidades que las utilizaban. Será clave en el futuro comprender con mayor profundidad las dinámicas de poblamiento y migración que se desarrollaron en esta área, que probablemente fueron más complejas.

< Paisaje de bordemar, Castro.  
Fotografía: Gilberto Provoste.  
Archivo fotográfico Gilberto Provoste  
(Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).

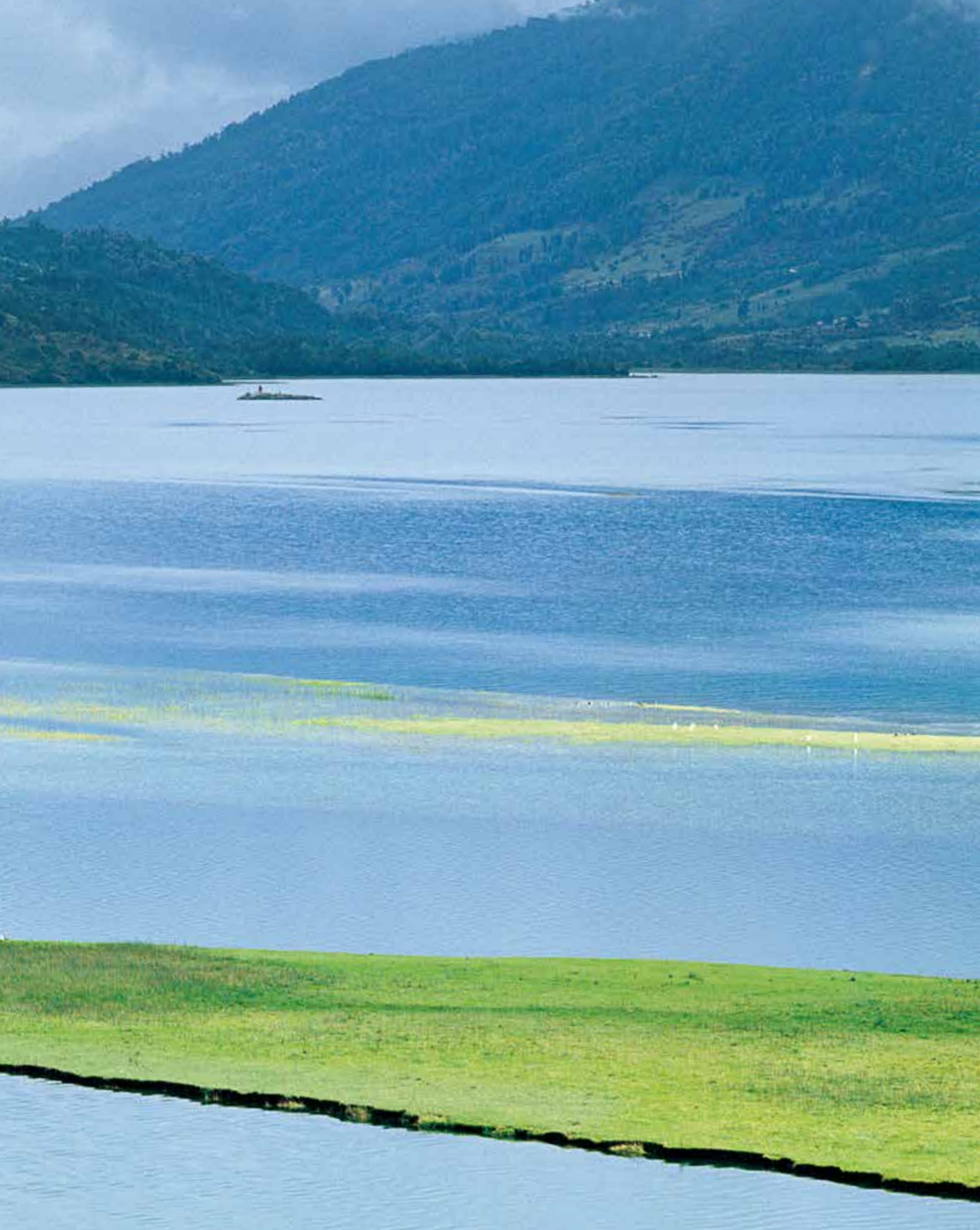
^ Lanchas chilotas.  
Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.

>> Uno de los lugares claves en la interacción de las diferentes poblaciones que navegaron en Chiloé. Aquí se mezclan la tierra con el mar, los distintos grupos humanos y sus embarcaciones.  
Fotografía: Fernando Maldonado.











# Recuerdos LAS MINGAS



“Esta es otra costumbre que se ha realizado y se viene realizando en Chulín, pero esto es por necesidad imperiosa de los habitantes, porque sin trabajar yo creo que no vive nadie y por eso estas mingas, porque hay algunos trabajos que no los puede hacer uno solo, se necesitan dos o unos compañeros, y uno solo también aburre. Bueno, entre los mingos podemos mostrar las de picaduras de leña de metro, aserradura y – por qué no decir también– mingas a labradura.

En las mingas de picadura de leña de metro, dos pueden hacer de seis a nueve metros al día, según la madera, día de verano o invierno, así tenemos que en picor se avanza menos que picar canela, roble y otras maderas. También va seguir el terreno según el habla, hay algunos más buenos que otros, e influye también el picador que puede ser más débil o fuerte que otros en tiempo de verano; también hay algunos que han hecho cinco metros solo.

En las mingas de aserraduras igual varía la continuidad de piezas por la madera más dura

o blanda, la sierra afilada o unos amellados y los trabajadores. Pero en un término medio tenemos que se sacan cincuenta tablas al día, en veces más, y si se asierran cintas, cuotones, etcétera, se saca mucho más piezas, el doble más. Aquí en la aserradura indispensablemente entran tres personas que son: un arribano y dos abafinos y por supuesto la sierra. En estos mingos cuando se trabaja muy forzado algunos hacen gute, (cansancio o rendimiento de piernas o cintura o brazos o todo el cuerpo) y al otro día no pueden trabajar por el dolor.

Y por último en los mingos de labradura, también según la madera [...] o labrador varía, algunos en el día labran por aserrar cien piezas, otros menos y otros también más en las épocas de primavera y verano, que son los días más largos. Esto sería más o menos resumido lo que son los mingos en la isla, que es una costumbre por necesidad”.

*“Origen de la Iglesia”, Chulín, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, pp. 7-8.*

▲ Tiradura o minga de casa cerca de Quemchi.  
Fotografías: Guy Wenborne.

> Chilote y su yunta de bueyes después de la tiradura de casa.  
Fotografía: Guy Wenborne.













CAPÍTULO IV

# DE LA CONQUISTA A LA REPÚBLICA

XIMENA URBINA









## DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE CHILOÉ

Desde la conquista y la ocupación de Chile, los gobernadores del reino tuvieron como objetivo reconocer el estrecho de Magallanes, que era el límite austral conocido de las tierras emergidas en el Nuevo Mundo. Para recorrer y describir ese paso, que había sido descubierto por Hernando de Magallanes en 1520, se enviaron tres expediciones desde España, entre 1526 y 1540,<sup>1</sup> y otras dos desde Chile, las que se desplazaron avanzando hacia el sur por el océano Pacífico.

En la primera de ellas, enviada por Pedro de Valdivia al mando de Francisco de Ulloa (1553-1554), que logró el objetivo de alcanzar el Estrecho, se registró, además, la primera alusión a Chiloé. El piloto Hernán Gallego consignó: "Y fuimos a dar el otro día siguiente con unas islas, las cuales las pusimos por nombres las islas de los Coronados, donde hay muchas bahías y la tierra muy llana y muy poblada de indios, y bien vestidos de ropa de lana. Están en altura de 40 grados. Toda la tierra va llana adelante cuanto se puede divisar. Son muy pobladas".<sup>2</sup> Una geografía radicalmente distinta a la conocida ofreció a los conquistadores españoles el extendido sistema de archipiélagos patagónicos que se inicia en el canal de Chacao. Era, además, la antítesis del modo de vida castellano, propio de llanos y valles para ser transitados a caballo. En Chiloé todo parecía tan disímil a la cultura ecuestre y tan desmembrado, que sugería que allí comenzaba otro país.

<< Vista aérea del fuerte Agüi, en la península de Lacuy, Ancud.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.

< Desembocadura del río Rahue, Cucao.  
Fotografía: Fernando Maldonado.

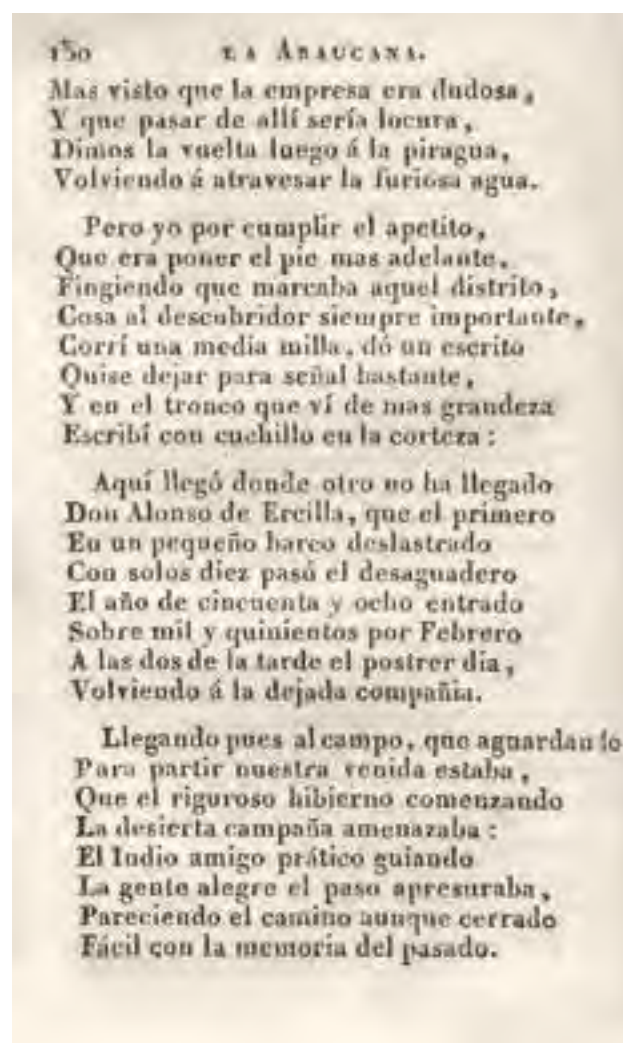
^ Hernando de Magallanes, marino portugués al servicio de la corona española, cruzó el estrecho que hoy lleva su nombre y llegó al océano Pacífico a fines de 1520.  
Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.



La segunda expedición fue ejecutada entre 1557 y 1558, bajo el mando de Juan de Ladrillero y Francisco Cortés Ojea. A su regreso del estrecho de Magallanes, en la llamada “provincia de Ancud”, los españoles interactuaron con los indígenas de Chiloé, a quienes consideraron “gordos y bien vestidos”, favorecidos por la “muchacha pesquería”, la fertilidad de su tierra, especialmente demostrada en la profusión de maíz y papas, y la existencia de “ovejas de la tierra”, que llamaron chilihueques. Les dijeron, además, que en aquellas tierras había oro.<sup>3</sup>

Alonso de Ercilla y Zúñiga, en su célebre poema épico *La Araucana*, dio cuenta del avance de la expedición del gobernador de Chile, García

Hurtado de Mendoza, más al sur de lo reconocido por Pedro de Valdivia, en 1558. Estas noticias, y las de Juan de Ladrillero, motivaron al gobernador a enviar a Martín Ruiz de Gamboa a tomar posesión de aquella tierra en nombre del rey, a la que llamó Nueva Galicia, y fundar la ciudad de Santiago de Castro, en febrero de 1567, en el mismo emplazamiento actual, como la última de una serie de fundaciones hechas a distancias promediadas, para “darse la mano”. Así, la lacustre Villarrica, la fluvial Valdivia, la llanera Osorno y la insular Castro se comunicaban por un elemental camino que desde el canal de Chacao continuaba por mar hasta la recién fundada capital de Chiloé, la ciudad más retirada y menos comunicada de Chile.





◀ Portada de la segunda edición de la primera parte del poema *La Araucana* (1574), de Alonso de Ercilla y Zúñiga, y Canto 36 donde relata su llegada al archipiélago, como parte de la expedición del gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

▼ *Chili et Patagonum Regio*. Mapa de B. Langenes, ca. 1597. Colección particular.

Era una provincia principalmente insular, pero comprendía también la tierra firme inmediata hacia el norte y se proyectaba hacia las costas continentales del este o sierra nevada, y a las islas del sur. La existencia de Chiloé, desde su descubrimiento y colonización y hasta comienzos del siglo XX, estuvo más ligada al estrecho de Magallanes que a Chile central, porque el origen y la conservación de Castro estuvieron siempre vinculados con la vigilancia del Estrecho, y porque en el siglo XIX Chiloé siempre miró hacia su frontera sur, que ofrecía posibilidades económicas que no tenía la isla.









## LA PERIFERIA MERIDIONAL INDIANA

La relación entre españoles, mapuches y huilliches fue tensa durante toda la segunda mitad del siglo XVI desde Concepción al sur, pero aun así, en medio de la inestabilidad, se fundaron Osorno en 1558 y Castro en 1567. Durante la segunda mitad de ese siglo, ese vasto territorio siguió viviendo su etapa de frontera y sin consolidar la colonización a causa de los alzamientos indígenas y la inexistencia de un ejército que defendiera todo el reino.<sup>4</sup> Entre 1598 y 1602 una sublevación mapuche-huilliche destruyó las siete ciudades existentes al sur de Concepción, con excepción de Castro, obligando a los sobrevivientes a abandonar lo conquistado. Los indígenas de Chiloé no se unieron a esta guerra, y la provincia permaneció atenta para prestar auxilio a su vecina, la sitiada y luego destruida ciudad de Osorno.

Para España, no solo los mapuches ponían en peligro la estabilidad del naciente reino de Chile. Desde que el inglés Francis Drake navegó entre el Mar del Norte y el del Sur, en 1578, debilitó la exclusividad española en el océano Pacífico. Tras él, Inglaterra, Holanda y Francia se interesaron en las costas del Mar del Sur para saquear las riquezas, mantener intercambios comerciales con los habitantes de la América hispana o instalar allí colonias. En dos ocasiones escuadras holandesas atacaron Chiloé, porque aunque su objetivo comercial eran las islas Molucas, el objetivo estratégico era debilitar a España en las costas occidentales de Hispanoamérica

y lograr alianzas con sus enemigos locales.<sup>5</sup> En 1600, al mando de Baltazar de Cordes, holandeses ocultos en Chiloé durante cuatro meses, con el auxilio de indígenas comarcanos, atacaron y destruyeron la ciudad de Castro, dando muerte a 40 españoles encomenderos. Se mantuvieron en Castro durante cinco meses hasta que, logrando los vecinos dar aviso a Osorno, esta ciudad acudió en su defensa, y unidas con las fuerzas de Chiloé, se logró expulsar a los invasores.

Fue la primera acción defensiva frente a invasores extranjeros en momentos en que todo Chile estaba conmocionado por la guerra con mapuches y huilliches. Dos años más tarde, la ciudad de Osorno fue incendiada por los enemigos internos y quedó reducida a un estrecho recinto fortificado. El corregidor de Castro dispuso entonces el envío de víveres para resistir el sitio y suficiente número de caballos para hacer posible el repliegue hacia el sur, lo que se consiguió al mando de Jerónimo de Peraza, sumado al grupo de cien hombres enviados por mar por el gobernador del reino, Alonso de Ribera, para el preciso auxilio de Osorno. Así, el particularismo urbano en la defensa de las ciudades, a cargo de sus propios vecinos y recursos, duró solo hasta el gran levantamiento de 1598 y el ataque de Cordes en 1600. La ayuda de Castro a Osorno se explica porque la subsistencia de la primera dependía de asegurar la estabilidad de la segunda.

< El corsario inglés Francis Drake desembarcando en una costa de América meridional. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



En 1603, Alonso de Ribera ordenó al capitán Francisco Hernández, que estaba al mando de la resistencia de Osorno, el abandono de la ciudad y el retiro de la gente a la llamada “tierra de Carelmapu” en la provincia de Chiloé,<sup>6</sup> disponiendo que con ellos se fundasen los fuertes de San Antonio de la Ribera de Carelmapu y el de San Miguel de Calbuco, y allí se asentaron junto a los indígenas “amigos” que les acompañaron. Ambos fuertes y poblados fueron los enclaves militares en la tierra firme de Chiloé que sirvieron de barrera a los ataques de los “rebelados”. Desde allí se multiplicaron las *razzias* o malocas para “escarmentar” a los huilliches, acciones que fueron más intensas en las primeras dos décadas del siglo XVII.<sup>7</sup> Estos enclaves estaban en el otro lado de la tierra de guerra, el del sur: mientras la clásica Frontera (la del Biobío o Concepción) separaba el llamado “Estado de Arauco” de las tierras de Chile central y Santiago, por el sur, la “frontera de arriba” (se decía así porque se “subía” a ella, en latitud) la separaba de la provincia insular de Chiloé.<sup>8</sup>

Destruídas las “siete ciudades de arriba” y despoblado de españoles el territorio entre Concepción y las fronteras de Chiloé, quedó este último como un residuo de la conquista, separado de Concepción 120 leguas por mar, ya que por tierra, mapuches y huilliches lo impedían. Chiloé quedó aislado y sin las fuerzas suficientes para defenderse. Para comunicarse buscó, en el siglo XVII, la ruta por la vía transcordillerana de Nahuelhuapi.

Siendo aún una “frontera viva” o abierta frente a los huilliches de los llanos y juncos de la costa, otra vez tuvo que defenderse frente al

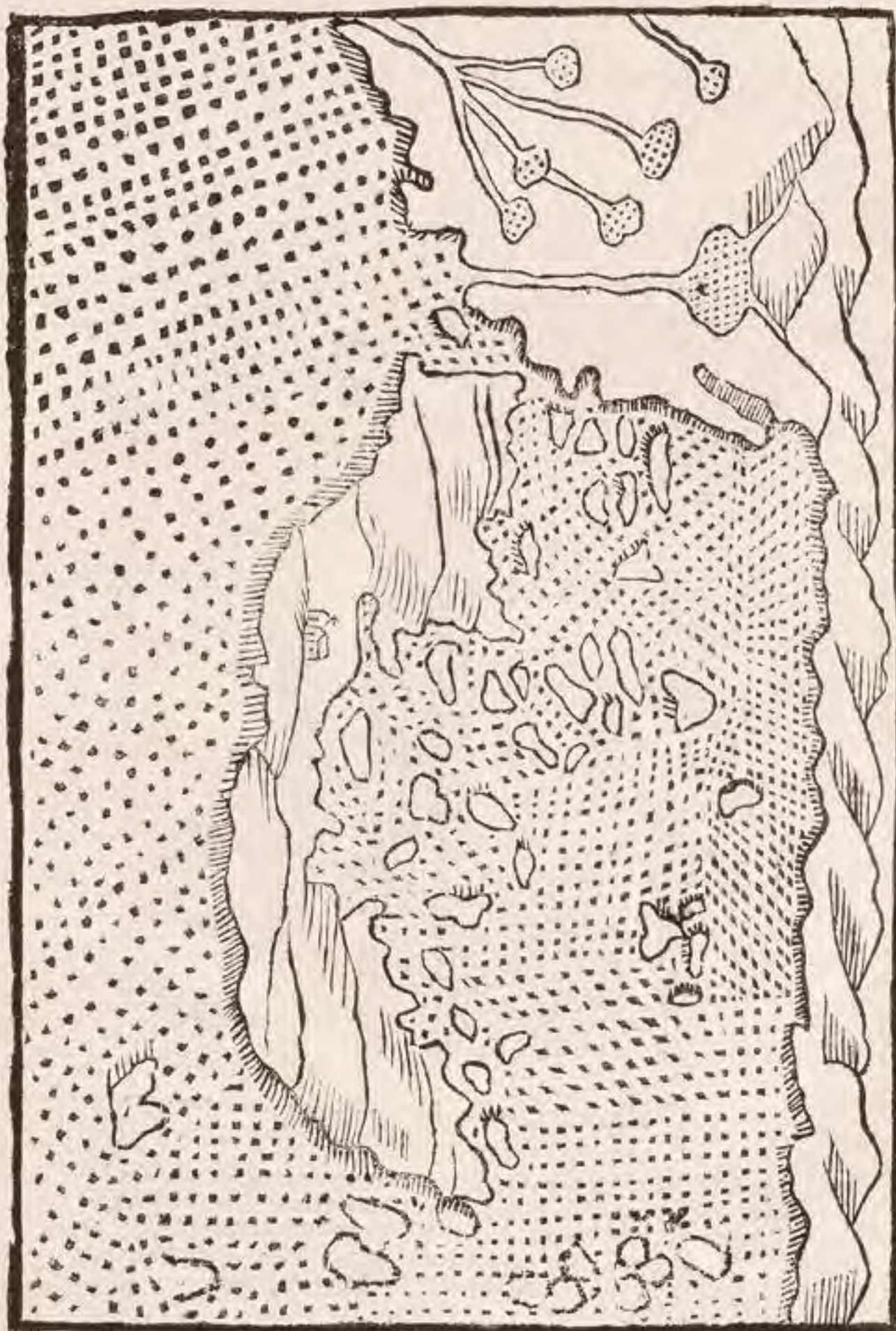
enemigo externo cuando en 1643 llegó a Chiloé una nueva escuadra holandesa, al mando de Hendrick Brouwer, cuyo objetivo era fundar una colonia en Valdivia. Saquearon Carelmapu, pero no pudieron hacer lo mismo en Castro, porque lo poco que tenían allí los españoles ya había sido puesto a resguardo.<sup>9</sup> Los holandeses quemaron la ciudad y se llevaron más de cuatrocientos indígenas a Valdivia, donde comenzaron a construir su colonia, empeño que, sin embargo, fracasó. La escasez de alimentos, las desertiones y el retiro del apoyo inicial que les habían dado los indígenas de Valdivia, les obligó a abandonar la empresa. Como reacción a esa colonia holandesa en Chile, el virreinato del Perú refundó la antigua ciudad de Valdivia en 1645, que desde entonces funcionó como plaza, fuerte y presidio.<sup>10</sup>

Chiloé estuvo comunicado con las ciudades del sur solo entre 1567 y 1598. Desde entonces el aislamiento definió su historia, no solo porque se interrumpió todo contacto terrestre con las demás ciudades de Chile, sino porque la provincia quedó abandonada a su suerte. De esta forma:

*el devenir de la sociedad chilota se hace a intramuros en un ritmo histórico distinto del de los centros nucleares indios. Los españoles del archipiélago y sus descendientes prolongan hasta la Independencia los mismos ciclos vitales del dieciséis, repitiendo las imágenes y valores fijados en el período fundacional. Sus resultados se palpan en los arcaísmos socioculturales del sistema de relaciones y en el complejo mundo de mitos y creencias que acompañan al isleño en su rudimentaria forma de aproximación a la naturaleza.<sup>11</sup>*

> Archipiélago de Chiloé.  
Grabado anónimo publicado en Ovalle (1646).











Al momento del contacto, la población de la mitad norte de la Isla Grande era de cultura mapuche, lo que indica un desplazamiento hacia el sur de aquellos, y el resto, conocidos como los “payos”, estaban culturalmente más vinculados con los canoeros, de raigambre chona. Unos y otros ocupaban el litoral, porque el interior de la Isla Grande estaba cubierto por un impenetrable manto vegetal. Los españoles se asentaron en los lugares poblados a lo largo de la franja costera y, en el lugar más central del mar interior, fundaron la ciudad de Santiago de Castro.

A lo largo del período colonial los españoles repartidos en Castro, Chacao y Tenaún, y otros que vivían dispersos por sus tierras recibidas en merced, eran considerados “vecinos de la ciudad de Castro”, por ser esta la que tenía la capitalidad y jurisdicción en Chiloé. Los españoles estaban divididos socialmente en “nobles beneméritos”, de familias de lustre obtenido en las acciones de la conquista y primer poblamiento, por lo que a sus nombres anteponían el “don”. Eran llamados

“padres de la patria”, en cuanto a conquistadores, y después, “huesos de la república”. Más abajo, estaban los españoles medios, a veces sin claro origen, o simples moradores —es decir, sin la categoría de vecino—, pero muchos de ellos emparentados con las familias distinguidas. En el último lugar estaban los “españoles plebeyos”, categoría que incluía a los mestizos y que no se diferenciaba mucho de los indígenas.

Solo los españoles defendían los términos de la provincia. Los encomenderos, en primer lugar, hacían la guerra a los indígenas de Osorno y a los herejes holandeses llevando el estandarte real. Se consideraban “los más fieles vasallos del rey”, y con ese mismo orgullo enfrentaron a los insurgentes chilenos durante las guerras de la independencia. Una era la tropa reglada formada por individuos de distinta condición; otra era la milicia de infantería formada también por toda clase de españoles, y aun otra, la milicia de nobles, caballeros montados de la ciudad de Castro.





Como consecuencia de la fundación de Castro, los indígenas fueron repartidos en encomiendas a los primeros conquistadores-pobladores. Luego, la defensa de los vecinos ante los ataques de holandeses (1600 y 1643) y las malocas españolas a los llanos de Osorno, fueron fuente de méritos y consecuentemente de concesión de nuevas encomiendas, que era la manera regular de la corona de Castilla para premiar a sus súbditos por los servicios prestados. Los encomendados tributaban en servicio personal a sus encomenderos y, luego de abolirse esta institución en 1782, pagaban directamente sus tributos en especies —como súbditos que eran de la Corona— en las Cajas Reales de Chiloé.<sup>15</sup>

En 1567, los indígenas de Chiloé eran unos cincuenta mil, de los cuales dos mil varones entre 18 y 50 años estaban repartidos en encomiendas. Las mujeres y los niños no eran encomendables, pero en la práctica toda la familia servía al encomendero en diversas formas. Mientras en el invierno las mujeres indígenas se dedicaban a la confección de textiles con la lana de las ovejas, a sus huertas y al ahumado de jamones para el consumo y la exportación al Perú (doce mil jamones exportados al año, se escribe en 1786)<sup>16</sup>, los hacheros salían en verano a la faena de la tala del alerce en el seno del Reloncaví —preferentemente los habitantes de Calbuco y Carelmapu—, y hacia los esteros de Comau y Vodudahue. Era un trabajo sacrificado, por tener que desplazarse hacia los lugares de corte en los faldeos cordilleranos del continente y con la consiguiente dificultad de acceso a los “astilleros” —como se les llamaba—, cada vez más encumbrados en la montaña, además de transportar al hombro las tablas elaboradas de las dimensiones regulares.

La tabla de alerce era la moneda de la provincia, cuyas medidas establecidas eran el “real de madera” —una curiosidad usada solo en Chiloé antes de la introducción del metálico— y se intercambiaban en la feria anual que se realizaba en Chacao. Los comerciantes del Perú imponían su compra a muy bajo precio. Es difícil precisar cantidades, por ser muy disímiles los datos que se tienen: el gobernador de Chiloé dice en 1746 que se obtenían entre treinta mil y treinta seis mil tablas anuales, y Francisco Hurtado, que estaba en el gobierno en 1786, dice que se exportaban ciento sesenta mil.<sup>17</sup>

Los hombres con las tablas y las mujeres con la crianza de cerdos y la preparación de jamones. Trabajaban para sus encomenderos 52 días al año para pagar su tributo, según la ley, pero en la práctica estaban obligados a servir todo el año por costumbre introducida desde la conquista. Se organizaban por cuadrillas que realizaban distintas labores: el trabajo de la tierra, el desmonte, el papel de remeros, de constructores de casas, etc. Cuando pagaban su tributo en especies entregaban ovillos de lana, tejidos y cincuenta tablas de alerce. La chilota fue la encomienda de más clara servidumbre, solo comparada con la modalidad antillana.

Para su manutención, la población se ocupaba en los productivos “papales”, los escasos trigales y los abundantes peces y mariscos de su portentosa riqueza playera, que se obtenían mediante redes y corrales de pesca.<sup>18</sup> La dalca y el hacha eran instrumentos fundamentales en Chiloé. Todo se fabricaba con madera, que además servía de combustible y moneda de cambio. Por eso a Chiloé se le ha definido como una “cultura de la madera”.<sup>19</sup>

> Desde las lomas en Cucao.  
Fotografía: María José Pedraza.







La única ciudad de la provincia durante casi todo el período colonial fue Santiago de Castro. El constante esfuerzo para cultivar cortos retazos de tierra ganados al bosque y mantener los cerdos, las ovejas y las aves de corral, hizo que la población española tuviera que despoblar parcialmente esta ciudad y acomodarse a lo largo de la costa. Así, en el siglo XVII, la ciudad de Castro era más simbólica que una población formal. Los vecinos que la habitaban no podían darle el lustre que se esperaba de las ciudades en las Indias. Ni siquiera pudo conservar su traza original en cuadrícula, por “lo disperso de sus casas y ningún orden en el alineamiento de ellas”.<sup>20</sup> Sin embargo, como ciudad, albergaba el cabildo, los conventos jesuita, franciscano y mercedario, y el vicariato general. Solo cobraba vida en días de fiesta general, como el día de Santiago Apóstol, patrono de aquella aislada capital insular.

Además de los fuertes ya mencionados, situados en la tierra firme chilota desde 1603, había otro pueblo fundado al igual que Castro, en 1567, al norte de la Isla Grande (pero no en el lugar donde hoy está) con el nombre de fuerte de San Antonio de Chacao, obra del conquistador Martín Ruiz de Gamboa, que no superaba su apariencia de aldea. Por su situación geográfica, a la vera del canal de su nombre, concentró el comercio y la comunicación, primero con Chile y luego, en forma creciente, con Perú. Por esa razón desplazó a Castro como sede del gobierno político de Chiloé y de

✓ Vista panorámica del fuerte de Agüi, hacia la bahía  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.





la Real Hacienda hasta la fundación de Ancud en 1768, lo que implicó el traslado del fuerte y su población a la nueva villa. Sin embargo, Castro conservó la capitalidad de la provincia.

La dificultad impuesta por la naturaleza y el clima para la agricultura y ganadería, sumado a la falta de hierro, herramientas, novedades y estímulos debido al aislamiento, hicieron de Chiloé una provincia pobre y periférica. Su población vivía con la máxima austeridad, procurándose la subsistencia, conviviendo españoles e indígenas en unión residencial, lo que facilitó el mestizaje biológico y cultural de manera diferente que en el resto del país. Tal como en los fuertes de la frontera mapuche, la retaguardia de la tierra de guerra (Chiloé y Valdivia) recibía el real situado para su manutención y la de sus soldados. Este llegaba en especies una vez al año desde el Perú y, si el mar impedía su arribo, como de hecho ocurrió varias veces, la isla

quedaba sumida en la miseria. Con el paso del tiempo, la falta de todo se transformó en la resignación frente a la posibilidad de mejora: la papa, los pescados, los mariscos y las tablas de alerce eran las únicas respuestas ante las circunstancias poco favorables de la provincia, que algunos observadores foráneos del siglo XVIII calificaron erróneamente como desidia. Chiloé subsistió durante el período colonial por tener un buen número de indígenas considerados “dóciles” y laboralmente aptos, constituyendo las encomiendas “más gruesas del reino”, que mantuvieron precariamente a los españoles y sus descendientes. Aunque varias veces los vecinos pidieron al rey licencia para abandonar Chiloé, la corona española no permitió que se despoblara una provincia estratégicamente valiosa para mantener a raya al enemigo desde el sur, y para controlar el paso de extranjeros hacia las riquezas del Perú, que era, finalmente, lo que se quería proteger.<sup>21</sup>



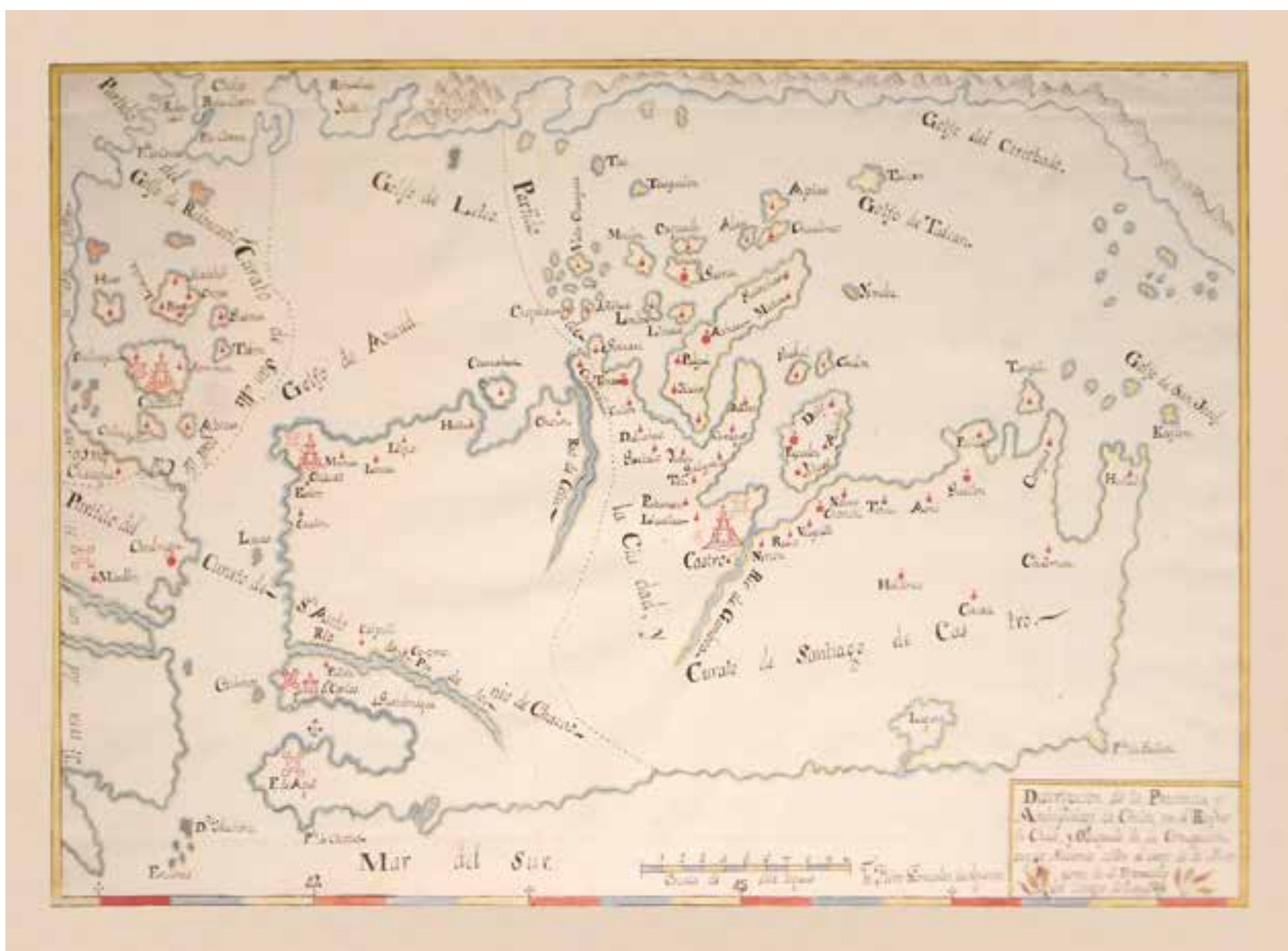


## LOS JESUITAS Y LA MISIÓN CIRCULAR

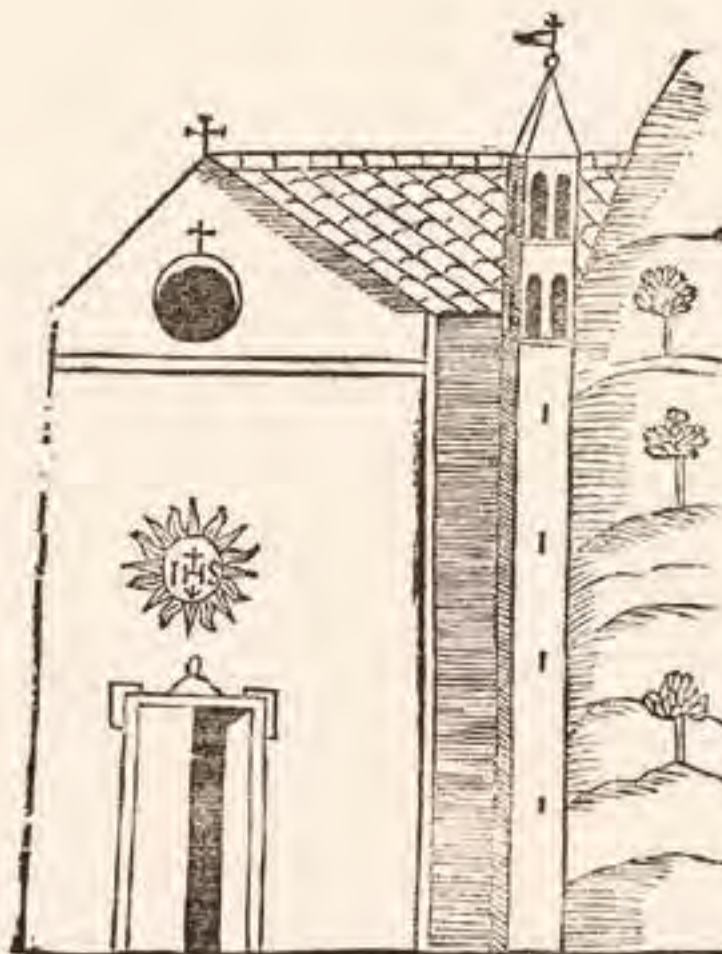
Además de la existencia de tres curatos (Santiago de Castro, San Antonio de Chacao y San Miguel de Calbuco), que a cargo de sus párrocos atendían a la población preferentemente española, la conversión de los indígenas, que era el mayor objetivo de la conquista española en las Indias, se le confiaba a las órdenes religiosas. En el siglo XVI, sin embargo, no tuvo frutos. Solo cuando llegaron los jesuitas en 1608 comenzó la evangelización, que tuvo nueva fuerza con la creación de la provincia jesuítica del Paraguay, concretada en 1607. Su primer provincial, Diego de Torres Bollo, diseñó un proyecto de evangelización de territorios de frontera, donde la población indígena presentaba mayor diferencia cultural con los españoles que aquellos de las regiones

centrales de México y Perú. Fueron establecidas en Paraguay, Arauco y Chiloé, estas últimas, los dos bordes de la frontera mapuche-huilliche.<sup>22</sup> En Arauco, se trataba de mapuches rebeldes del dominio español desde 1598, y en Chiloé se intentaba mantener sujetos a los veliches —como se llamaba a los huilliches de Chiloé— que habían dado su apoyo a los holandeses en 1600.

Desde que llegaron en 1608, los jesuitas denunciaron el comercio de “piezas” —indígenas vendidos como esclavos—, que, aunque era legal para los rebeldes mapuches y huilliches de la tierra firme, no lo era para los veliches y chonos de Chiloé, aunque estos eran igualmente capturados en las islas del mar interior, área de







**E**sta Residencia es la corona de todas las misiones, de donde salen nuestros Padres misioneros a cincuenta y dos Yslas, que tienen a su cargo, navegando en piraguas, con tan grandes incomodidades, trabajos, y peligros de la vela, que no ay mision, que en esto la exceda. Salen tambien a tierra firme, de donde tienen que correr de largo más de cien leguas, hasta el estrecho de Magallanes.

< Descripción de la provincia y archipiélago de Chiloé, en el Reyno de Chile y obispado de la Concepción. Mapa de Pedro González de Agüeros, 1785. En Guarda y Moreno (2008). Colección Real Academia de Historia, Madrid.

> Residencia de Chiloé. Grabado anónimo publicado en Ovalle (1646).

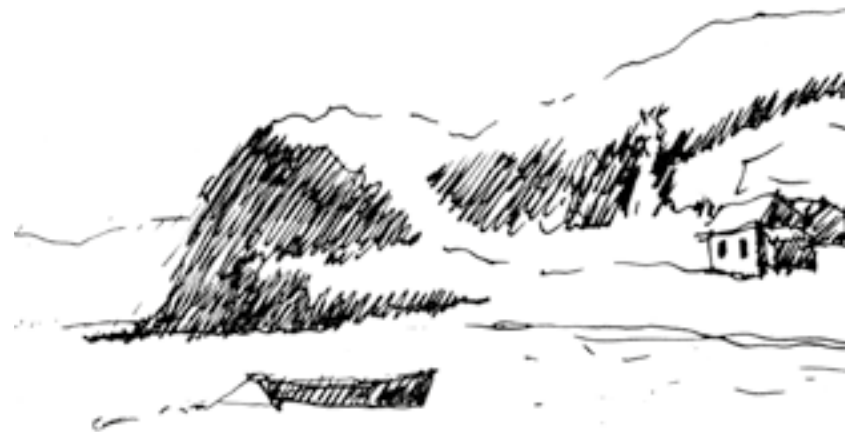
Reloncaví e islas Guaitecas. Los jesuitas, luego de iniciar la misión en Chiloé y frenar los traslados de gentiles a Chile central, proyectaron su tarea de conversión hacia los chonos con cuatro viajes a las islas Guaitecas entre 1609 y la década de 1630, para lo cual construyeron una capilla en la isla más grande de este archipiélago para congregar a la población en las ocasiones de visitas misionales, y también elaboraron una doctrina y un catecismo en lengua chona,<sup>23</sup> el único testimonio —además de la toponimia— de una lengua perdida en la actualidad.<sup>24</sup> No se contempló trasladarlos a Chiloé, por preferir mantenerlos alejados de los españoles. Sin embargo, este proyecto misional fue un fracaso debido a la dispersión y al modo de vida itinerante de estos canoeros australes, a su enorme diferencia cultural con los españoles, a la lejanía de aquellas islas, a la peligrosa navegación por el golfo de Corcovado y a la falta de misioneros para atender dos frentes: las islas de Chiloé y las de Guaitecas.



En cambio, la conversión de la población veliche fue un éxito. Dado que estaban repartidos en encomiendas de acuerdo a la localidad a la que pertenecían, y que tributaban en servicio personal o en especies, vivían en unión residencial con los españoles y dispersos en la geografía insular al cuidado de las tierras de sus encomenderos. Las intenciones de los jesuitas apuntaban a concentrarlos en pueblos formales para que aprendiesen a vivir política y cristianamente —como era el objetivo de la Corona durante la conquista—, porque rechazaban vivir congregados en parajes distintos a los de su origen. Rodolfo Urbina lo explica así: “el bohío de ramas y paja, el campo de papas, el bosque contiguo, la playa parcelada en *corrales*, el mar con su abundante sustento de peces y mariscos y la relación afectiva que mostraba el indio hacia su paisaje, constituían una armónica morada vital, irreplicable en la misma forma en otro lugar, aunque ese otro lugar fuera un paraje dentro del mismo archipiélago”.<sup>25</sup> La modalidad del tributo en servicio personal, que no atentaba contra la permanencia del veliche en los lugares de su antigua residencia, explica el elevado número de capillas de las islas. Estas, ubicadas junto al mar para ser reconocidas como si fueran faros, son el origen de muchos de los pueblos de Chiloé.<sup>26</sup> Así, poco tiempo después de la llegada de los jesuitas, “hubo hechas 40 iglesias en diferentes islas junto a la playa adonde llegaban las piraguas”.<sup>27</sup> Todas ellas fueron construidas por los propios indígenas, dirigidos por los religiosos. Diego de Rosales escribe que el jesuita Juan López Ruiz:

*para ejercitar estos santos ministerios, que a los principios los hacían delante de una cruz, alentó a los indios a que hiciesen iglesias en sus islas, junto a la playa, donde llegan las embarcaciones, para que allí concurriesen todos los de la isla a reverenciar a Dios en su santo templo, y recibir mercedes de su mano y administrarse con mas decencia los sacramentos del bautismo y la penitencia. Tales cosas les dijo y tan eficazmente les persuadió, que en todas las islas hicieron iglesias y era para alabar a Dios la devoción con que acudían a ellas, la reverencia con que estaban en la misa y el gusto de oír los sermones.*<sup>28</sup>

Desde entonces, su número, sencillez y el cuidado puesto en ellas han sido la manifestación más elocuente de la religiosidad chilota: en 1758 había en Chiloé 77 capillas.<sup>29</sup> Su existencia actual —reedificaciones de las antiguas capillas jesuitas— es el elemento más visible de la evangelización colonial, aunque la única existente hasta hoy de esa época, y la más hermosa, es la de Achao, en la isla de Quinchao.<sup>30</sup>



> Croquis del emplazamiento del conjunto de la iglesia de Curaco de Lin-Lin. Dibujo de Jesús Chavarri publicado en Guarda (1984).



Apenas comenzaron sus misiones, los jesuitas reconocían éxitos entre los indígenas y eran optimistas con el futuro, como se deja ver en las “cartas anuas”, tanto las de la primera época, enviadas al padre provincial de Paraguay, como las de la segunda, enviadas a la provincia de Chile. Se dice en ellas que las misiones de Chiloé son “las más gloriosas y apostólicas de todo este reino de Chile”,<sup>31</sup> pero no dejan de mencionarse también los sacrificios de los religiosos en sus agotadoras visitas a bordo de las dalcas por los caminos de un mar siempre peligroso.

Para atender a los indígenas se dividió el territorio misional en residencias, que comprendían parte de la Isla Grande y de las islas del mar interior inmediato. Así, el jesuita de una residencia tenía que atender a su feligresía cabalgando o remando. Estas residencias eran tres: Castro, Achao y Chonchi, y cada una contenía varias capillas en su jurisdicción, mientras que el centro misional estaba en el colegio Dulce Nombre de Jesús, de Castro. Las “capillas”, como se acostumbró a llamarlas, eran sinónimo de pueblos. Por pueblo se entendía un paraje en el cual un grupo de familias habitaba en forma dispersa, en cuyo centro estaba la capilla, cada una de las cuales

contaba con uno o más caciques, mientras que un conjunto de pueblos era mandado por un “gobernadorcillo”, que los representaba ante el gobernador político-militar de la provincia.

En el siglo XVIII, las capillas pertenecientes a la residencia de Castro eran La Chacra, Llau-Llao, Nercón, Rilán, Putemún, Tey, Quilquico, Yutuy, Curahue y Dalcahue. Los pueblos o capillas de la residencia de Achao eran, en la isla de Quinchao, las capillas de Huyar, Palqui, Vuta-Quinchao, Matao y Curaco de Vélez, y las capillas de las islas de Lin-Lin, Llingua, Caguach, Meulín y Quenac, además de Chequián, en Quinchao, para atender a los chonos, que habían abandonado la isla de Guar, y desde 1767, Cailín, erigida como misión. Las capillas de la residencia de San Carlos de Chonchi eran las de Notuco, Huillinco, Vilupulli, Terán, Ahoní y Cucao, además de la isla Lemuy, con sus capillas de Ichoac, Puqueldón, Aldachildo y Detif, más los parajes de Quinched y Trapel en la Isla Grande.<sup>32</sup>

El misionero, que hablaba el veliche, salía de su residencia a visitar las capillas, donde ofrecía los sacramentos, estaba presente en las festividades patronales y en toda actividad de su competencia,





pero también estaba alerta ante los conflictos entre indígenas y encomenderos. En la práctica, hacía de protector de indios. Dada la dispersión de la población española, o hispano-criolla, que en teoría debía ser atendida por los curas seculares de los curatos (Castro, Calbuco y Chacao), los españoles acudían también a las actividades religiosas de los misioneros jesuitas en las capillas, aunque no quedaban registrados en los libros, en que figuraban solo los indígenas.

Además de la relación que tenían los misioneros de las residencias con las capillas de su jurisdicción, siempre directa pero entorpecida por la alteración del lluvioso invierno sobre los caminos de tierra y de mar, se visitaba a los indígenas anualmente en la llamada "misión circular", "general" o "volante",<sup>33</sup> desde que fuera establecida en 1609 por los jesuitas Melchor Venegas y Juan Bautista Ferrufino. Esta se hacía una vez al año, desde primavera hasta antes de Semana Santa, en dalcas y con remeros y ayudantes indígenas, para visitar a la feligresía de todas las capillas en las costas de la Isla Grande e islas del mar

interior de Chiloé, permaneciendo solo un par de días en cada una de ellas. Llevaban consigo los ornamentos para celebrar las misas y las imágenes de san Isidro Labrador, Cristo Crucificado y santa Notburga. Las descripciones de estas correrías misionales anuales tan originales, y la identificación de los veliches y payos con los jesuitas aun después de la expulsión de la orden, demuestran el éxito de la empresa.

Otros elementos que hicieron posible el triunfo de la evangelización (el arraigo de la fe y la aceptación de la dominación castellana) fueron la acción protectora de los jesuitas (liderados por el padre rector del colegio de Castro) frente a las autoridades y a los encomenderos, la tolerancia frente a la pervivencia de prácticas "paganas" y la utilización de ayudantes-indígenas (los "fiscales") que reemplazaban a los religiosos en su ausencia y congregaban a la gente en las capillas para rezar, mantener viva la fe y otras tareas. Estas instituciones siguen vigentes hasta hoy, así como los patronos y las patronas, que cuidan la factura y el alhajamiento de las capillas.<sup>34</sup>







VISTA DEL LUGAREJO DE CARELMAPU EN 1874

Había, además, misiones para neófitos o indígenas nuevos en la fe que habían sido trasladados desde las fronteras de Chiloé. Estas misiones eran San Felipe de Guar, establecida en la isla homónima en 1710, cuando un grupo de más de cien chonos llegó a Chiloé buscando vivir cerca de los hispano-criollos. La misión duró pocos años porque los chonos la abandonaron para volver a sus islas o habitar errantes en el mar del interior de Chiloé. A algunos de ellos se les trasladó, más tarde, a la isla de Chaulinec, atendida desde la década de 1740. Las otras misiones fueron San Carlos de Chonchi, fundada en 1764 para congregar a los “payos” que vivían en el extremo sureste de la Isla Grande; Cailín, fundada el mismo año para recibir y atender a los caucahués y otras etnias trasladadas desde el sur del golfo de Penas, y la intermitente de Nahuelhuapi, para cristianizar a poyas y puelches de la otra banda de la cordillera.

Ante el decreto de extrañamiento de la Compañía de Jesús de los territorios de la corona de España, en 1767, se dispuso que los misioneros franciscanos reemplazaran a los jesuitas en la misión de Chiloé. Luego de atenderlas algunos años los padres del colegio franciscano de San Ildefonso de Chillán (1769-1771), las misiones fueron asignadas a los franciscanos del colegio Santa Rosa de Ocopa, del Perú,<sup>35</sup> quienes asumieron el ya consolidado sistema misional y se dedicaron a continuarlo. La impronta jesuita perdura hasta hoy tanto en las visibles capillas, como en la religiosidad popular de los chilotes.

< Iglesia Nuestra Señora de Gracia de villa Quinchao. Fotografía: Fernando Maldonado.

^ “Lugarejo de Carelmapu”, de acuerdo a Carlos Juliet, en Vidal Gormaz (1874). Autorizado por resolución SHOA Ord. N° 13000/1/227 del 21 de septiembre de 2016.





## LAS FRONTERAS DE CHILOÉ COLONIAL

El llamado “alzamiento general” de 1598 y la necesidad de defenderse implicaron la proyección de Chiloé hacia el continente con la fundación de los fuertes y las poblaciones de Carelmapu y Calbuco y, más tarde, el fuerte de San Francisco Javier de Maullín. Desde Chile eran llamados fuertes de la “frontera de arriba” y desde allí se atacaba a los juncos y huilliches de los llanos de Osorno para capturar esclavos<sup>36</sup> y hacer campañas para aquietarlos mediante la cristianización, como aquella fallida del jesuita Agustín Villaza.<sup>37</sup> A esta etapa de frontera viva o de guerra le sucedió la de frontera cerrada, porque durante el siglo XVIII cesó todo contacto, aun el bélico, entre Chiloé y los fuertes mencionados. Se desconocía qué ocurría al norte del río Maipué, y sobre ese territorio se tejían las

más inverosímiles suposiciones, mientras que el número de indígenas se estimaba, erradamente también, en millares, asegurándose en 1750 que esos “infinitos parajes” estaban habitados por indios que “no habían visto en su vida cara de español”.<sup>38</sup> Sobre sujeción y trato, de ellos se decía que “jamás han consentido ni lo uno ni lo otro en más de un siglo y medio, ni han dado cuartel ni a español ni a indio que ha emprendido internar sus límites”.<sup>39</sup> Para los españoles de Valdivia y Chiloé de la primera mitad del siglo XVIII “era tan ignoto el país del lado sur de río Bueno que solo uno u otro le habían reconocido y visto”. Solo en el año 1787, en Valdivia, se podía saber de la existencia de los caciques Rupallán, Catiguala e Ñiil, calificados de “feroces” enemigos. Se ignoraba el sitio de la antigua Osorno disipada en el

^ Chequián, isla de Quinchao.  
Fotografía: Fernando Maldonado.



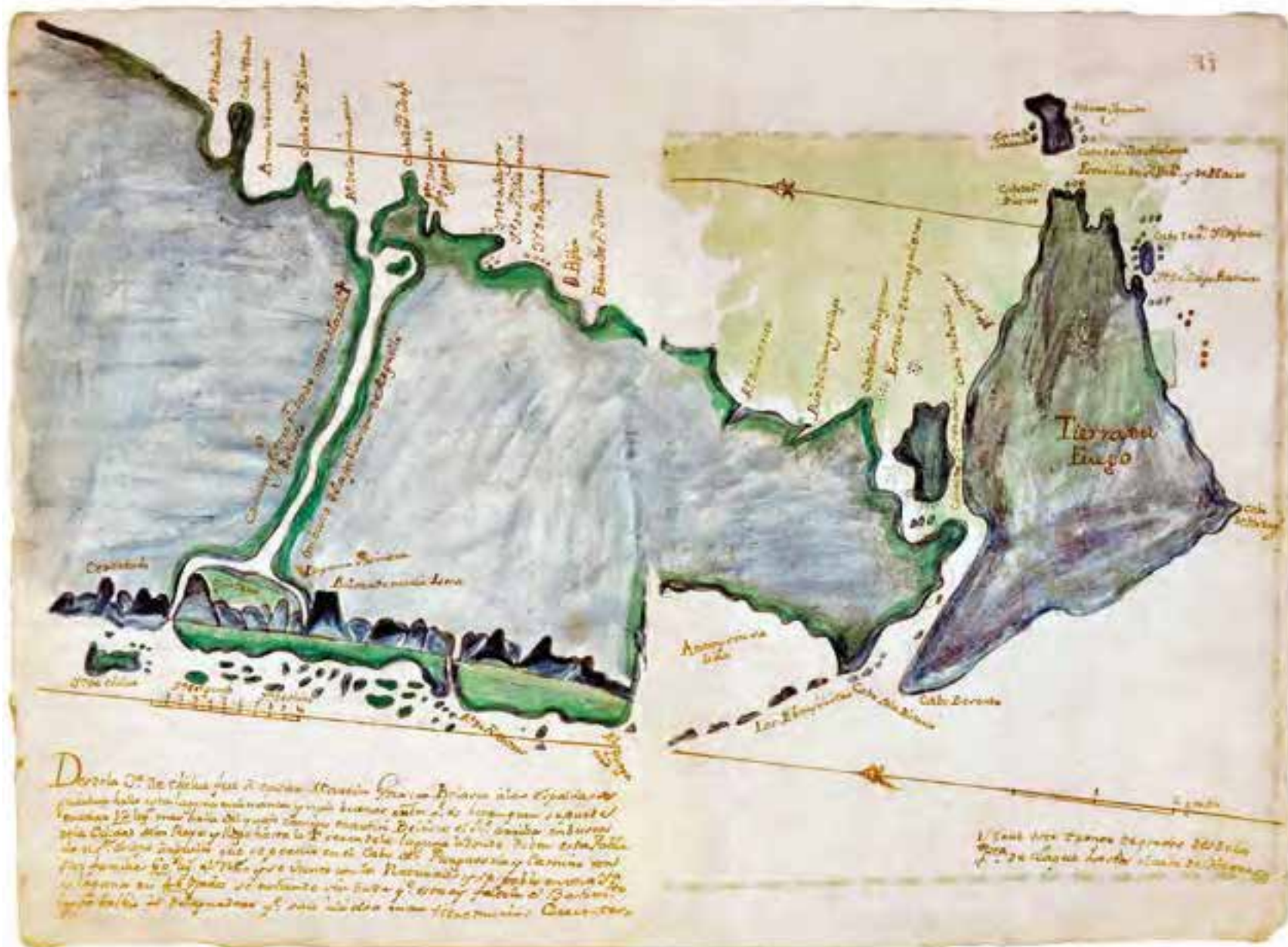


olvido, aunque la tradición oral conservaba en Chiloé el recuerdo de sus “pingües tierras” y el oro de sus lavaderos perdidos en el alzamiento general. La distancia temporal de los hechos exageraba en los chilotes el imaginario positivo de este territorio, y como en otras épocas y en diferentes regiones míticas e inaccesibles, estimulaba la imaginación y la fantasía.

Hacia el sur, Chiloé se proyectó a los archipiélagos que le siguen, en distintos momentos y modalidades. Las poblaciones canoeras originales ocupaban en continuidad el amplio espacio litoral hasta el Estrecho y así lo siguieron haciendo hasta su lamentable desaparición, como fue el caso de los chonos. Durante la colonización española de Chiloé, no hubo asentamiento permanente de españoles en aquel inmenso territorio insular ni

litoral, excepto el corto tiempo que existieron las colonias del estrecho de Magallanes, fundadas por Pedro Sarmiento de Gamboa en 1584, y los dieciocho meses en que se mantuvo en pie y con dotación el fuerte de Tenquehuén levantado por los chilotes en una pequeña isla inmediata a la península de Taitao, en 1750, a los casi 47 grados de latitud sur. Con la frustración del plan poblador del Estrecho, la ocupación efectiva de esas tierras dio paso a una modalidad distinta de proyección y vigilancia, que correspondió a Chiloé. Era asunto de la mayor importancia, por cuanto las costas occidentales estuvieron desde Drake en adelante, amenazadas por navegantes enemigos de la corona de España. El padre W. Hanisch definió esta frontera sur de Chiloé hacia el confín del continente, como “frontera móvil”.<sup>40</sup>





Las primeras proyecciones hacia el sur fueron de reconocimiento. Ellas habrían demostrado, como lo señalaron los viajeros de la década de 1550 (Ulloa y Ladrillero), que no había en esas tierras noticias de riquezas metálicas ni posibilidades de agricultura o ganadería. Estas exploraciones eran habituales en los márgenes de las zonas ya pobladas, como lo eran también las “entradas” para demostrar la superioridad de las armas españolas y amedrentar a las poblaciones no sujetas que intentasen posibles ataques a Chiloé. Cuando, en 1608, los jesuitas llegaron al fuerte de Carelmapu, denunciaron la venta de indígenas de los márgenes de Chiloé, incluyendo a los chonos del sur, y dirigieron una campaña esporádica que intentó concentrar en una isla a la población del archipiélago de los Chonos, entre 1612 y 1630. Este episodio se inició por la información dada por un chono llamado por los españoles Pedro Delco,<sup>41</sup> que, además, deslizó la idea de haber descendientes de europeos aislados en un lugar del desconocido Austro. Otros indígenas del sur también dieron noticias en el siglo XVII acerca del ignoto mundo bordemarino<sup>42</sup>

^ Mapa que retrata una expedición chilota en busca de los Césares. Colección Museo Naval de Madrid.

> Polvorín en fuerte de Agüi. Fotografía: Rodrigo Muñoz.



e hicieron nacer la creencia de la existencia oculta de una o varias ciudades, de extranjeros o de españoles, en algún paraje indeterminado tanto de la tierra firme (sobrevivientes de naufragios en el estrecho de Magallanes, o de las frustradas colonias de Sarmiento de Gamboa) como en las islas, a causa, quizá, de naufragios. En la versión patagónica de las leyendas áureas de comienzos de la conquista de América, que dio origen al mito de la ciudad de los Césares, confluyen la lejanía y la inmensidad del territorio; la factibilidad de haber españoles, o sus descendientes, aislados; el sueño del oro; las informaciones dadas por los indígenas, que encendían la imaginación, y la sospechada existencia de asentamientos de extranjeros desde donde se fraguaría un ataque a Chiloé y Chile, ya que desde el paso de los holandeses se temía un nuevo plan bélico. Las noticias obtenidas por los jesuitas en sus correrías misionales de la segunda y tercera década del

siglo XVII, en busca de chonos o “huillis” para intentar que se asentasen en las islas Guaitecas, motivaron la salida de algunas expediciones en busca de poblaciones ocultas, como la de Juan García Tao, en 1620,<sup>43</sup> la del alférez Diego de Vera, en 1639, o la de Martín García Velasco, en algún momento entre 1650 y 1670.<sup>44</sup> Estas búsquedas combinan la creencia en los Césares con los asentamientos de extranjeros, que había que descubrir para luego expulsar. Ellas crearon una geografía imaginaria del extremo sur continental, pero también una geografía real o empírica producto de los mismos viajes. Sabemos que la expedición de Jerónimo Diez de Mendoza en 1674, por ejemplo, estuvo motivada por la sospecha llegada desde la corte de España de que los ingleses pretendían asentarse en algún punto de la costa sur. En este viaje se tomó contacto con un chono llamado Talcapillán, quien afirmaba la existencia de dos ciudades de





ingleses, una en una isla y otra sobre la costa, las que motivaron las expediciones de Bartolomé Diez Gallardo (1674-1675) y, al verano siguiente, las de Antonio de Veá y Pascual de Iriarte (1675-1676), sendos viajes que alcanzaron más al sur del istmo de Ofqui.<sup>45</sup> Desengañados de las sospechas incentivadas por los indígenas, no hubo desde entonces más expediciones y se volvió a la habitual modalidad de informarse de las novedades de la frontera sur por medio de los chonos.

La fragata inglesa *Wager* era parte de la flota inglesa comandada por George Anson, que pasó al Pacífico en 1741 con el objetivo de hacer daño a las posesiones españolas, en el contexto de la llamada guerra de la Oreja de Jenkins. Su naufragio en una de las islas del archipiélago de Guayaneco<sup>46</sup> hizo proyectarse nuevamente a los españoles de Chiloé hacia su frontera sur,

cuando cuatro de los sobrevivientes lograron llegar a pedir auxilio a la isla de Chiloé, luego de haber estado más de un año aislados y al borde de la muerte por inanición.<sup>47</sup> Estas proyecciones<sup>48</sup> fueron, en primer lugar, para recuperar el hierro (cañones y anclas, principalmente) que llevaba la *Wager*,<sup>49</sup> del máximo interés para una provincia pobre y carente de metal, y para buscar y trasladar a Chiloé a nuevos indígenas huillis, caucahués y tajjatafes<sup>50</sup> que los ingleses conocieron en su estancia en Guayaneco, a cuya tarea se empeñaron los jesuitas en distintos viajes, y que tuvo como consecuencia la fundación formal, en 1764, de la misión de Cailín, en la isla de su nombre, en el sector sur del mar interior de Chiloé, para acoger a dichos grupos. Estos viajes ingleses y españoles reabrieron la antigua ruta indígena a través de la península de Taitao, o a través del istmo de Ofqui, modalidad canoera de sortear el temible golfo de Penas.<sup>51</sup>







Las guerras entre España e Inglaterra, o la desconfianza mutua, de la segunda mitad del siglo XVIII tuvieron su impronta también en la Patagonia occidental, como una dimensión local de los conflictos entre ambos imperios. Tal como antes, en la década de 1670, ahora volvía el temor de que los ingleses quisieran mantener una colonia estratégica en algún punto del extremo sur chileno. Las amenazas, reales o ficticias, proyectaron nuevamente a Chiloé hacia su frontera sur, con expediciones de vigilancia como respuesta a cada coyuntura —por ejemplo, las de José Rius o Francisco Machado— o en la erección de un elemental fuerte de madera en la isla de Tenquehuén, frente a la península de Taitao, en 1750, para que impidiese la ocupación de la isla vecina de Aychilu por parte de Inglaterra, lo que se daba por seguro. El fuerte, erigido a requerimiento del virrey del Perú, se mantuvo 18 meses, y se desmanteló por convencerse el virrey de ser, en realidad, solo un punto en la inmensidad del mar patagónico.<sup>52</sup>

< Cañones en fuerte de Agüi.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.

^ *El archipiélago y la provincia de Chiloé.* Mapa de Pedro González de Agüeros, siglo XVIII. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.









Con un objetivo distinto, de reconocimiento hidrográfico, a fines del siglo XVIII José de Moraleda y Montero, piloto enviado desde España, recorrió parte de los archipiélagos australes,<sup>53</sup> iniciando una tarea científica que solo sería continuada en la primera mitad del siglo XIX por la Armada británica, mediante las expediciones de Fitz Roy y Parker King, y posteriormente por la Armada chilena, que se empeñó en explorar el mar interior patagónico, y buscar un posible paso interoceánico al norte del estrecho de Magallanes.<sup>54</sup>

Por su parte, el lago Nahuelhuapi, al otro lado de la cordillera de los Andes, fue en el período colonial la frontera nororiental de Chiloé. Allí la provincia se proyectó en forma de malocas para capturar puelches y poyas, trasladarlos a Chiloé y venderlos como esclavos (amparados también en la imprecisa real cédula de esclavitud de 1608). Además, los jesuitas ocuparon este territorio para iniciar la conversión de las etnias poyas y puelches, no sujetas a la corona de Castilla, en un área que se consideraba estratégica para iniciar la penetración a las pampas patagónicas que permitiría extender la evangelización hasta el estrecho de Magallanes.<sup>55</sup> Así, el célebre misionero jesuita Nicolás Mascardi emprendió esta tarea en 1670, instaló en el lago una casa misional, pero fue muerto por los indígenas el año 1674. Acceder al lago no era fácil: exigía una ruta marítima, por el estuario del Reloncaví, y luego un complicado cruce cordillerano por ríos, lagunas y montañas, que, como en todas las fronteras de Chiloé, era muy exigente y se realizaba solo mediante los conocimientos de los baqueanos indígenas. Hubo un segundo intento misional hacia el área del lago, entre 1703 y 1717, con un resultado de otros tres misioneros muertos. En el año 1765 hay otro intento del jesuita Javier Esquivel para llegar al lago, cuando había sospechas de presencia inglesa en la Patagonia y por la consecuente necesidad de mantener adeptos a los indígenas,<sup>56</sup> y una vez más a fines del siglo, con las expediciones misionales del franciscano Francisco Menéndez, que consiguió llegar al lago sin conseguir inaugurar una misión. Iba, en realidad, en busca de los Césares, en quienes también creía el gobernador de Chiloé, Pedro de Cañaverál, que esperaba verse "sometiendo al imperio de nuestro soberano la ciudad de los Césares", así como establecer por aquel lado un camino terrestre entre Chiloé, Chile y Buenos Aires.<sup>57</sup>

< Mapa de la isla y el archipiélago de Chiloé, diseñado por José de Moraleda, 1787. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.



## INTERÉS GEOPOLÍTICO DEL VIRREINATO POR CHILOÉ EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

La existencia de Chiloé había sido, desde 1598, muy distinta a la del reino de Chile: era un territorio insular, remoto e incomunicado en un archipiélago indefenso. El Callao era el único puerto español con el que Chiloé mantuvo contacto más o menos regular en esa época y este se reducía a un barco anual durante el siglo XVII y casi todo el XVIII y a veces ni siquiera eso cuyo trayecto tardaba 24 días.<sup>58</sup> Así, en este enclaustramiento fue formándose Chiloé como una suerte de mundo diferente, más retraído y aislado, y los chilotes, culturalmente desemejantes al resto de los chilenos. No tuvieron respuesta positiva las peticiones del cabildo de Castro al rey para abandonar la isla en los siglos XVII y XVIII. La vida sin expectativas siguió su curso y la cultura se arcaizó por la repetición de un mismo modo de ser, “una mentalidad que parecía haberse quedado fijada en su etapa fundante, con una visión de mundo ya arcaica”,<sup>59</sup> con una economía de mera subsistencia, pero también con una actitud conformista en la mayoría de la población.

Cobró Chiloé importancia en el virreinato cuando España se enteró de la presencia de la flota inglesa de Anson en el golfo de Penas, sospecha que aumentó cuando en 1750 el gobernador de la isla, Antonio Narciso de Santa María, sugirió al virrey del Perú que el primer objetivo inglés fuera precisamente la isla, por tener los mantenimientos y la mejor posición estratégica, para luego intentar apoderarse de Chile y el Perú.<sup>60</sup> Esta carta fue el inicio del interés de la Corona por Chiloé. Más tarde, el planteamiento de

Santa María fue asumido por el virrey Manuel de Amat en 1767, y se dio comienzo a un plan de comunicación interna y externa de Chiloé y a la organización de la defensa. Las sospechas de haber asentamientos ingleses iban por entonces en aumento y se reforzaron cuando los ingleses llegaron a las Falkland, y la ocupación de la isla Madre de Dios se veía como algo inminente. Como consecuencia, en 1768<sup>61</sup> el virrey Amat decidió fundar San Carlos de Chiloé (Ancud) como fuerte y villa para poner a resguardo el norte de la isla y proteger la boca del canal de Chacao, la entrada a Chiloé. Para controlar mejor la provincia la segregó del gobierno político de Chile, incorporándola al gobierno directo del virreinato de Lima en lo militar y dependiente, desde entonces, de la Real Audiencia de Lima. Para ello nombró como gobernador al ingeniero militar Carlos de Beranger. Más tarde el rey la elevó a la categoría de gobernación-intendencia, enviando en 1786 a Francisco Hurtado del Pino como primer gobernador-intendente.<sup>62</sup>

A raíz de este proceso, los gobernadores y los ingenieros militares más calificados llegaron a Chiloé y se ejecutó un plan para poner en mejor estado de defensa al archipiélago. Esto contempló el aumento de la tropa y la organización de milicias, la reparación de los antiguos fuertes con nueva provisión de armas y cañones, la construcción de un sistema de baterías en el canal de Chacao<sup>63</sup> y la construcción de un barco “de la tierra”, que permitiera eventualmente dar avisos y pedir auxilios a Chile o Perú, entre otras medidas.



- Mapa o carta geográfica de la isla de Chiloé y archipiélago de las Guaytecas. Diseñado por Carlos de Beranger, 1772. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

Cuando Carlos de Beranger fundó la villa de Ancud en 1768, los primeros pobladores fueron los vecinos y los soldados del pueblo de San Antonio de Chacao, y se trasladó desde allí el curato. Después de Beranger, el nuevo gobernador, Juan Antonio Garretón, fortificó los puntos neurálgicos del canal de Chacao, entre ellos Agüi, en la misma boca del desaguadero. Asimismo, se concentró a los indígenas de distintas capillas en un formal pueblo, San Carlos de Chonchi, en 1764. Para ello, el misionero elevó la solicitud diciendo que era una petición de los propios indígenas que querían vivir concentrados,<sup>64</sup> y la Junta de Poblaciones de Chile, presidida







SAN FRANCISCO, CALIFORNIA.



por el gobernador Guill y Gonzaga, la aprobó como parte de la política de fundaciones de villas de españoles y pueblos de indios del reino. Los autos de fundación<sup>65</sup> dan cuenta de que la idea de proyectarse a través del pueblo de Chonchi y de la isla-misión de Cailín, atendida desde Achao, hacia las costas australes, estaba en la mente de la autoridad política y religiosa (el procurador de los jesuitas en Chile) para imponerse de la eventual presencia inglesa, buscar a los supuestos Césares ocultos y evangelizar a las “innumerables gentes” que vivían en los archipiélagos y la tierra firme hacia el Estrecho. Ancud, Cailín y Chonchi eran fundaciones que iban de la mano con la política de poblaciones que se llevaba a cabo en Chile,<sup>66</sup> junto con el plan de refundar la antigua misión jesuita trasandina de Nahuelhuapi, como puerta de entrada a la Patagonia por la vía de las pampas.

En el mismo sentido de concentrar y comunicar a los isleños, se habilitó un camino terrestre entre Castro y San Carlos, llamado camino de Caicumeo, terminado en 1788.<sup>67</sup> Fue la primera senda que atravesaba el impenetrable bosque de la isla para la comunicación entre ambas villas con objetivo militar o de defensa, incrementar el comercio, e intentar hacer productivas las tierras boscosas del interior. Este camino fue obra del gobernador Francisco Hurtado. Otro

camino, también obra de Hurtado, se habilitó para comunicar la isla con Valdivia a través de los “Llanos de Osorno”, comenzado en 1788 y continuado por el gobernador de Valdivia, y que tuvo como consecuencia el descubrimiento del sitio de la antigua ciudad de Osorno, y su repoblación por colonos chilotes en 1796, en tiempos de Ambrosio O’Higgins.<sup>68</sup> Por último, se reactivó en la década de los noventa el ya antiguo camino de Vuriloche, que comunicaba Calbuco con Nahuelhuapi.

Por todo lo anterior, se incrementaron los viajes hacia la provincia de barcos provenientes de Lima y aumentó el comercio centrado en la venta de tablas de alerce, como dan cuenta los libros de las Cajas Reales de Chiloé, existentes en el Archivo de la Nación, en Lima. Desde que Chiloé fue incorporado al virreinato se intentó equilibrar el desventajoso intercambio de productos que imponían los comerciantes limeños, lo que fue, evidentemente, muy valorado. Era Chiloé, entonces, una provincia más activa, al menos en Ancud. Pocos años después, autoridades, vecinos, indígenas y religiosos se sorprendieron cuando llegaron noticias de un Chile separatista. Era este un reino lejano, más ajeno que el del Perú, y con una experiencia histórica distinta a la de Chiloé.

< Calle de San Carlos de Chiloé en 1829. Grabado de Conrad Martens publicado en FitzRoy (1839). Colección Biblioteca Agustín E. Edwards E.



## LOS CHILOTES: ORGULLOSOS DEFENSORES DEL REY ANTE LOS CHILENOS INDEPENDENTISTAS

La gobernación-intendencia de Chiloé, que lo era desde 1784,<sup>69</sup> actuó de manera completamente distinta a la de la audiencia de Chile, durante el proceso de conformación de juntas de gobierno en América y las guerras de independencia, entre 1809 y 1826. En realidad, la actuación de Chiloé fue la antítesis de la de Chile. Se actuó como provincia, con un sentido de un pasado común y fidelidad a la monarquía. A nadie en Chile se le ocurrió invitar a participar en el nuevo gobierno de 1810, ni a los sucesivos, al país que estaba más allá de Concepción. A la plaza y presidio de Valdivia y a la provincia de Chiloé no solo se les consideraba mundos aparte, sino que vinculados más al Perú que a Chile.<sup>70</sup>

En el proceso, que duró desde 1811 a 1826, pueden distinguirse dos etapas: una primera, entre 1811 y 1818, en que los chilotos combatieron en suelo chileno contra los revolucionarios, y una segunda, entre 1818 y 1826, en que la isla fue el centro de operaciones de las acciones en contra de los insurgentes de Chile y Sudamérica, envió al continente hombres y refuerzos de todo tipo, y se preparó militarmente para recibir los refuerzos que se esperaba llegaran desde Perú o España y embarcarse para liberar a Chile y al Perú.

En noviembre de 1807, antes de saberse del cautiverio del rey Fernando VII, el cabildo de Castro exponía al rey que “no puede tener Vuestra Majestad otros más dignos vasallos que los de Chiloé, no solo por el heredado connato de leales a la Corona, humildes de corazón y obedientes [...] que han sabido conservar por casi tres siglos a su propia costa [...] tan importantes

puntos, con que esta provincia es el antemural del Perú y en la que si se apoderan los enemigos causarían infinitos estragos por mar y tierra firme”.<sup>71</sup> Y así se siguió pensando. Esta fidelidad la probó cuando en diciembre de 1810 –o enero de 1811– el depuesto gobernador de Valdivia, Alejandro Eagar, y otros valdivianos fidelistas deportados, buscaron refugio en la provincia de Chiloé, donde fueron acogidos,<sup>72</sup> y cuando en mayo o junio de 1812 desde Chiloé se envió un destacamento de doscientos hombres para reforzar al recién reinstaurado gobierno del rey en Valdivia, siendo la primera vez que, en el contexto de la revolución, salieron los chilotos de sus islas a defender los derechos reales. En el camino, pasaron a sofocar cualquier intento de rebelión en la ciudad de Osorno.<sup>73</sup> Así, antes de la contrarrevolución dirigida desde el Perú por el virrey Abascal, los chilotos ya habían dado pruebas con las armas, de ser, como ha dicho Fernando Campos Harriet, “los defensores del rey”.<sup>74</sup>

Abascal inició la contrarrevolución en Chiloé por la propia singularidad histórica del archipiélago. El plan defensivo de la isla de la segunda mitad del siglo XVIII, y su elevación a la categoría de gobernación-intendencia, hacían pensar que se trataba de una isla preparada para la guerra y que contaba con buenos soldados, adheridos al virrey y al rey.<sup>75</sup> Es interesante destacar que una ofensiva a Chile y Perú desde Chiloé es precisamente lo que durante los siglos XVII y XVIII se recelaba que ejecutara la enemiga Inglaterra.

El 18 de enero de 1813 arribó Antonio Pareja al puerto de San Carlos, con el título de gobernador de la provincia, al mando de cinco naves,

> *Fernando VII*. Óleo sobre tela de José Gil de Castro, 1815. Colección Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, en depósito en el Museo de la Nación, Lima. Fotografía: Daniel Giannoni.







pertrechos de guerra, vestuario, dinero y algunos oficiales,<sup>76</sup> con el objetivo de formar un ejército para someter a los insurgentes. Se formó uno de más de mil doscientos hombres (en esto no hay una cifra igual a la otra), entre soldados y milicianos. Eran el Batallón Veterano de San Carlos; un cuerpo escogido de las Milicias de Castro, que eran voluntarios de la Isla Grande, de las demás islas —llamados “isleños”—; otros voluntarios,<sup>77</sup> y la Compañía de Artillería, con ocho cañones<sup>78</sup> servidos por 120 soldados,<sup>79</sup> todos al mando del brigadier Pareja, el chilote José Hurtado y José Rodríguez Ballesteros. Se enrolaron no para defender, sino para salir de la provincia e ir a combatir a los insurgentes de Chile, como lo

habían hecho algunos en el invierno pasado, en el episodio de Osorno. Pareja decía que el objetivo era ir hasta Valdivia, reunir más fuerzas y tomar Concepción. Se omitió decir que los objetivos eran Chile central y Santiago. El grupo zarpó de Ancud el 17 de marzo de 1813 y llegó a Valdivia el 20, donde se les unió la tropa veterana de esa plaza. Continuaron y desembarcaron en San Vicente el 26 de marzo, tomando Talcahuano al siguiente día, después la ciudad de Concepción, y luego, el “ejército restaurador” se dispondría a avanzar sobre Chillán. En abril de 1813 tuvieron lugar los combates de Linares y Yervas Buenas. Cuando estaban en Chillán, refugiados para pasar el invierno, recibieron el refuerzo de un tercer





batallón desde Chiloé, de seiscientos hombres.<sup>80</sup> Con ellos lograron un triunfo en Talca y se firmó en Lircay una tregua para ganar tiempo y, en octubre, estando el ejército al mando del coronel Mariano Osorio (que había llegado a Chile con otros doscientos soldados peruanos y el batallón Talavera, la primera tropa recibida desde la península),<sup>81</sup> ganaron la batalla en Rancagua, entraron a Santiago y el ejército realista restituyó el poder del virrey Abascal, huyendo los patriotas al otro lado de la cordillera de los Andes.

Los chilotes eran famosos por su desempeño y fidelidad al rey. En Chile se hablaba del ejército invasor “chilote”, no “español” ni “peruano”, como se ve en una proclama del gobierno de Chile, de 1813: “aún ignoramos todos los designios de la expedición de Chiloé, que como verdaderos piratas, sin preceder antecedente alguno, han invadido nuestras costas”.<sup>82</sup> Se reconocía su valor, y a ellos iban dirigidas proclamas como esta:

*¡Hasta cuándo, oh fratricidas, provocareis nuestra tolerancia! Cuáles serán los límites de vuestras sanguinarias intenciones que os mueven a desistir de tantos crímenes la espada de la justicia que amenaza vuestros cuellos, no la inocente sangre chilena derramada con sediento furor, ni la triste desolación del patrio suelo saqueado por vuestra desenfrenada codicia. ¿Cómo os habéis olvidado que sois chilenos hermanos nuestros de una misma patria y religión y que debéis ser libres a pesar de los tiranos que os engañan? ... ea, pues, ya la patria no puede ni debe tolerar tanta maledicencia. Seis mil valientes guerreros se acercan a las murallas del rebelde Chillán... “¡Chilotes!... cada uno de vosotros que con armas se pase a las banderas de la patria, para aliviar vuestras miserias tendréis 50 pesos y seréis conducidos a vuestro hogar, o si queréis gozar de nuestra suspirada libertad, elegiréis otro destino.”<sup>83</sup>*

Famosos son los “Diálogos”, a octavas, escritos en una fecha indeterminada entre 1812 y 1814, que se imprimieron en Lima:

*Y vosotros, Chilotes, que leales  
defendéis de Fernando los derechos,  
vosotros, que escribís con vuestros hechos,  
de vuestra noble Patria los Annales,  
recibid el renombre de inmortales,  
pues son impenetrables vuestros pechos;  
tiemble Chile al mirarlos tan valientes  
y mueran de una vez los insurgentes.”<sup>84</sup>*

< La Conquista de Chiloé. Óleo sobre tela de Víctor Hugo Aguirre, 1987. Colección Museo Marítimo Nacional, Valparaíso.





**DON FRANCISCO MARCO DEL PONT.**  
UN ESCRIBO AFEMINADO QUE HABIA ESTADO EN EL SITIO DE ZARAGOZA PERO DEBIO SU BASTON GENERAL DE CHILE AL INFLUJO DE SU HERMANO DON JUAN JOSE MARCO UNO DE LOS JEFES DEL PARTIDO ABSOLUTISTA EN ESPAÑA FUE COBARDE CRUEL Y NO SUPO SOBRELLEVAR SUS DESGRACIA. POR CONSEJOS DE UN FRAILE MANDO CONSTRUIR ESTA FORTALEZA EN LA CUAL FIGURA SU RETRATO COMO ULTIMO DE LOS GOBERNADORES DE ESPAÑA EN 1816.



Y asimismo, la proclama de 1814 escrita por un chilote del Cuerpo de Artillería de Lima, cuando los militares de Chiloé eran considerados “reconquistadores del reino de Chile”, que “darán eterno testimonio” de que “cuando casi toda América deliraba en su soñada independencia, los fieles hijos de la provincia de Chiloé del pensil peruano, militando bajo la bandera del rey, defendieron la causa de la nación y sujetaron a la española metrópoli a todo el reino de Chile, que dejando las bases del quicio de la lealtad se precipitaba en un horroroso exterminio de sí y de sus hijos”. Por eso, “el sagrado reino de Chile se llena de terror al oír nombrar a los chilotes”.<sup>85</sup>

Hasta la victoria de Rancagua, habían salido desde Chiloé alrededor de tres mil hombres,<sup>86</sup> porque a los de Pareja hay que sumar los seiscientos chilotes reclutados por el sargento mayor Ramón Jiménez Navia, enviado por el virrey Abascal,<sup>87</sup> y los que en enero de 1814 arribaron a Arauco: “un buque de Chiloé con trescientos hombres de infantería”.<sup>88</sup> Se siguieron enviando hijos de Chiloé durante todo el proceso, porque consta que en los primeros días de 1817 se enviaron “nuevas tropas” a Valdivia en resguardo de un ataque de los patriotas;<sup>89</sup> los del Batallón de Voluntarios de Castro, requeridos por el virrey Abascal para su guardia personal, que luego combatió en Alto Perú, al mando de Olañeta,<sup>90</sup> y se extinguió en la batalla de Ayacucho; los trescientos jóvenes más que se fueron a reforzar el ejército peninsular Talavera,<sup>91</sup> y treinta chilotes que en 1823 salieron a reforzar la guardia del virrey de la Serna.<sup>92</sup> Fueron requeridos también por el nuevo gobernador del rey, Francisco Casimiro Marcó del Pont, como guarnición de la recién recuperada Santiago. Estos fueron un cuerpo veterano de más de mil hombres: el Batallón Chiloé, de los veteranos de San Carlos.

El número de chilotes que regresaron a sus islas es indeterminado. Fueron constantemente requeridos por los “realistas”, tanto en Chile como en Perú. Otros, combatiendo en la batalla de Chacabuco junto al brigadier Maroto, los regimientos Talavera, Chiloé y Valdivia fueron exterminados en el campo de batalla.<sup>93</sup> En esos años de guerra la isla quedó casi despoblada de hombres, tanto que el gobernador-intendente Ignacio Justis “no pudiendo resistir tantos clamores de viudas y huérfanos que produjo la desastrosa guerra de Chile”,<sup>94</sup> pidió su relevo. El nuevo virrey, Pezuela, en 20 de marzo de 1817, nombró en su lugar gobernador político y militar del archipiélago al cántabro Antonio de Quintanilla, quien a los 14 años había llegado a Chile para dedicarse al comercio. Aquí lo sorprendieron las guerras de independencia, participando en ellas como ayudante de órdenes del general Pareja.<sup>95</sup> Después de la derrota de Chacabuco, como otros, se embarcó a Lima. Desde allí, el virrey lo envió, junto a los soldados y oficiales antes estantes en Chile, a Concepción, que se suponía aún “realista”, o a Chiloé. Otros más llegaron luego de la derrota “realista” definitiva de la batalla de Maipú, en febrero de 1818. Y otros más, cuando “muchos oficiales y como unos cien soldados” de Valdivia se refugiaron en Chiloé luego de su derrota a manos del inglés Cochrane, en febrero de 1820.<sup>96</sup>

Chiloé era el refugio de la resistencia y el trampolín para recuperar Chile. Así, al mando de Quintanilla, los chilotes vivían con la esperanza de los refuerzos que llegarían desde España o Lima para, una vez más, liquidar la revolución en Chile y luego, en el Perú. Pero los refuerzos no llegaron, sino solo ocasionalmente, desde Lima.<sup>97</sup> Mientras se ilusionaba esperando la flota desde España, la provincia actuaba activamente,

< Retrato del gobernador Francisco Casimiro Marcó del Pont. Óleo sobre tela de Virginia Bourgeois, ca. 1873. Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.





agotando todas las posibilidades. Estas acciones fueron tres. En primer lugar, el constante envío de efectivos a combatir fuera de la isla durante todo el período, incluso cuando ya había caído Valdivia, y aun después. En abril de 1822 decía el gobernador que “en meses pasados” envió tropas, oficiales y bastimentos a combatir, junto al comandante Vicente Benavides, en la guerrilla que mantenían con aliados mapuches.<sup>98</sup> Por ello Campos Harriet afirma que Chiloé “se convirtió en el arsenal de recursos para los capitanes que mantenían la guerra de montoneras en la Araucanía”.<sup>99</sup> En segundo lugar, el envío de corsarios para hostilizar las costas de Chile. Una goleta con un contramaestre italiano Mainieri y un bergantín inglés se pusieron a las órdenes del gobernador Quintanilla, quien les dio patente de corso para correr los puertos de Chile y Perú en septiembre de 1823, y cogieron importantes recursos.<sup>100</sup> Gonzalo Bulnes llamó a Chiloé “foco de piratas”,<sup>101</sup> que hacía inestables las independencias americanas. Y en tercer lugar, los permanentes intentos de comunicar, tanto a las autoridades de Lima como a España, el estado de militar de la isla y la disposición para, con refuerzos, hacer la guerra en Chile.

Solo hubo un primer intento de someter a Chiloé tres años más tarde de la batalla de Chacabuco, en 1820. La escuadra chilena al mando del inglés Thomas Cochrane se presentó frente al fuerte de Agüi, que defendía la entrada al canal de Chacao, el 13 de febrero de ese año, luego

^ Fuerte de Agüi, en estado de abandono a comienzos del siglo XX. Acuarela de Courtois de Bonnencontre, 1911. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.

> Castillo de San Miguel en el fuerte de Agüi. Acuarela de Courtois de Bonnencontre, 1911. Colección Biblioteca Nacional de Chile, Santiago.





de haber conseguido apoderarse de Valdivia. Solo su corta guarnición, formada por “un batallón de chilotes que nunca habían oído silbar las balas por sus oídos”, se lo impidió,<sup>102</sup> y los chilenos tuvieron que retirarse con muchas bajas. Para entonces se informaba al rey que Chiloé “ha hecho y está haciendo por un milagro de la divina providencia una defensa de la que se asombran los enemigos y tiene pocos ejemplos en la historia de esta revolución”.<sup>103</sup> De la gesta de Agüi se enorgullecían los chilotes, también comparándose con Valdivia, que bien provista de fuertes y numerosos batallones, fue presa fácil para Cochrane. Al huir los valdivianos hacia Chiloé, antes de cruzar a la isla, les salió a su encuentro el gobernador Quintanilla, diciéndoles que se devolviesen a recuperar Valdivia, abandonada sin una resistencia debida, “poniéndoles por ejemplo lo que habían hecho los chilotes bisoños en la defensa de su país”.<sup>104</sup> Regresaron los de Valdivia pero fueron derrotados en el camino. Los restantes, se fueron a Lima.

Pasaron cuatro años desde la derrota, cuando volvió Chile a intentar otra invasión, esta vez al mando del director supremo Ramón Freire, con cinco buques de guerra y cuatro transportes, y una fuerza de desembarco de 2149 hombres, sin incluir la dotación naval<sup>105</sup> que desembarcó en Chacao el 22 de marzo de 1824. En el paraje de Mocopulli, en la zona de Dalcahue, se impusieron los chilotes —solo con 291 hombres—<sup>106</sup> y la escuadra tuvo que retirarse. A los pocos días de la segunda victoria chilota llegaron al Callao los mencionados refuerzos desde Cádiz y eso ilusionó a la provincia, que, como hemos dicho, tuvo que aceptar impotente que se marcharan al Perú sin atacar primero a Chile.

Meses más tarde, el 6 febrero de 1825, arribaron dos barcos desde la caleta de Quilca, Perú, con la noticia del fin de la resistencia en Ayacucho. Por entonces, la provincia de Chiloé y la plaza fuerte del Callao (defendida por una guarnición de dos mil doscientos hombres, más un batallón







de voluntarios de ochocientos)<sup>107</sup> eran los únicos dos lugares de América del Sur donde flameaban los estandartes reales. Al conocer la gente del archipiélago la noticia de Ayacucho y la ausencia del virrey de La Serna, “han acordado en diferentes juntas celebradas al efecto que el suceso infausto de Ayacucho se mire como una desgracia parcial de la metrópoli, de quien directamente depende esta benemérita provincia, que a ella ha hecho los sacrificios que son notorios, los cuales serían ilusorios si por un incidente de esta naturaleza diese un paso de que tuviese que arrepentirse”.<sup>108</sup> Quintanilla aún tenía la esperanza de recibir auxilios. Con José Ramón Rodil, jefe de la plaza del Callao, mantuvieron constante correspondencia, que Campos Harriet pondera como “de una sinceridad conmovedora”, al saberse sin virrey, sin auxilios, bloqueados y presionados por la propaganda contraria.<sup>109</sup> Desde Chiloé partió la goleta Real Felipe, “con buena guarnición” hacia el Perú, con el fin de comunicarse con alguna autoridad que aún quedase —estaba Olañeta—, pero fue apresada.<sup>110</sup> Al mismo tiempo, una goleta salió con destino a Río de Janeiro con correspondencia para el cónsul español allí residente, y sesenta barriles de tabaco polvillo para comerciar en el destino. Un año después regresó conduciendo algunos efectos, pero nada relativo a socorros que se enviarían desde España.<sup>111</sup>

La única victoriosa expedición chilena a las islas, en enero de 1826, se realizó bajo otras circunstancias. Primero, el orgullo herido del director supremo Ramón Freire; segundo, que ya no fuera necesario afianzar la independencia del Perú. Tercero, las conocidas intenciones de Simón Bolívar, quien decía haber recomendado al gobierno de Chile incorporar Chiloé antes de que lo hiciese alguna potencia extranjera, pero

que, al no ver reacción, dijo estar dispuesto a mandar una expedición a Chiloé si los chilenos no lo hacían antes.<sup>112</sup> Y cuarto, que en Santiago se comentaba que el archipiélago quería venderse a sí mismo<sup>113</sup> a otro país. Pero nada más alejado de la realidad, dice Torres Marín, porque cuando ya no había esperanzas de apoyo del rey y desde Chile se planeaba una tercera campaña, Quintanilla escribía a su lugarteniente en el partido de Castro, Rodríguez Ballesteros: “Disuada Ud. a todo el que piense en independencia sin sujeción a Chile de esta provincia”.<sup>114</sup>

Freire llegó a Chiloé con seis buques de guerra, cuatro transportes, y más de tres mil hombres, a los que se sumaron veintiséis oficiales de Chiloé, dos jefes y “mucho tropa”<sup>115</sup> que se pasaron al bando enemigo. Los chilotes eran muchos menos, ya estaban desgastados después de trece años de guerra sin recibir refuerzos ni esperanzas, y no se veía una solución. Después del combate de Bellavista, en Ancud, Quintanilla accedió a capitular el 18 de enero de 1826 y se firmó un tratado en Tantauco el 19 de ese mes “en las condiciones más honrosas para las armas del rey”. Los chilotes firmaron orgullosos de haber resistido un año, un mes y once días después de la batalla de Ayacucho, que tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824. En el Callao habían comenzado las negociaciones para capitular una semana antes, el 11 de enero, en que “amaneció enarbolada la bandera de parlamento en el torreón de Casas Matas, del Real Felipe”,<sup>116</sup> y se ratificaron el 26. O sea que, dice Fernández, “el jefe del Callao se dispuso primero a la entrega”.<sup>117</sup> En España, la rendición de Chiloé se supo después de la del Callao: una carta al rey fechada el 11 de junio de 1826 informaba la caída del Callao y la fiel permanencia de Chiloé.<sup>118</sup>

< Interior del castillo en el fuerte de Agüi.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.



## LA VIDA URBANA Y RURAL EN EL SIGLO XIX

La provincia sintió la derrota de 1826. El recuerdo de la monarquía siguió muy presente hasta mediados de siglo y mucho más cuando desde Santiago se miraba a los chilotes con manifiesto desdén.

La anexión a Chile no se tradujo en una actitud positiva de los chilotes hacia las nuevas autoridades chilenas. Para estos no fue una tarea fácil, porque las arcas fiscales de San Carlos de Chiloé estaban agotadas a causa de la guerra. Hubo que recurrir a nuevos impuestos, individualizar las tierras fiscales, revisar los títulos de propiedad, asignar a los indígenas las suyas. A los españoles de Chiloé se les conservaron sus bienes y propiedad territorial siempre que las tuvieran legítimamente adquiridas y con los títulos correspondientes. Durante el período colonial las familias mejor acomodadas habían adquirido muchas mercedes cuyos descendientes las heredaron y mantenían cuando se produjo la anexión a la república.

- ▼ Casas de pescadores en Castro.  
Fotografía: Roberto Gerstmann.  
Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.
- Camino rural y carreta en Ancud, ca. 1930.  
Fotografía: Roberto Gerstmann.  
Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.







Quintanilla también había hecho nuevas mercedes de las muchas tierras realengas. Pero no siempre se podían exhibir los títulos desaparecidos. Respecto de los indígenas, se puso en vigencia en Chiloé lo decretado en Chile en 1823, es decir, se distribuyeron las tierras que ocupaban ancestralmente.<sup>119</sup> Junto con estas medidas que abarcaron la primera mitad del siglo XIX, las nuevas autoridades (intendentes y gobernadores) procuraron mejorar la administración y dividir la provincia en departamentos, subdelegaciones y distritos. Estos asuntos ocuparon todo el siglo, y lo mismo ocurrió en la esfera eclesiástica, dotando a los curatos de un número de sacerdotes de acuerdo a la población y superficie de los mismos. En 1840 la provincia superaba los 43.000 habitantes, desapareciendo, de paso, la distinción entre españoles e indios. Ahora todos eran chilenos en la ley, aunque en la práctica la distinción entre blancos e indios continuó.<sup>120</sup>

La vida era materialmente pobre, pero espiritualmente se refugiaba en la fe cristiana como en ninguna otra provincia de Chile. Sin embargo, desde que estalló la guerra en 1813 la atención espiritual de los religiosos llegó a su punto más

bajo y, para remediarlo, se creó en 1838, el colegio de misioneros franciscanos italianos en Castro y después, en 1840, el obispado de Ancud. De esta manera, en la segunda mitad del siglo ya había suficiente número de seculares y regulares para atender las once parroquias en que finalmente se dividió la provincia.

La vida en los pueblos y las aldeas del interior del archipiélago apenas cambió a lo largo del siglo. Las comunicaciones seguían siendo marítimas, en embarcaciones veleras, y recién en los años ochenta apareció el vapor caletero. No había más rutas terrestres que el ya mencionado camino de Caicumeo, casi todo "planchado" de tablones y no apto para carretas y, por lo mismo, inútil para el transporte. La forma tradicional era, sin embargo, transitar por la playa en bajamar a caballo o a pie.<sup>121</sup>

Eran aldeas tristes, pobres y desprovistas de todo lo necesario para un mediano pasar. El comercio seguía siendo a trueque, excepto en Ancud, hasta que finalmente se impuso el dinero en el interior, en la segunda mitad del siglo. Las únicas poblaciones que merecían el nombre





de pueblos eran Castro, Calbuco y Achao, pero llevaban una vida lánguida, a diferencia de Ancud, que desde 1834 fue elevada a la jerarquía de ciudad y reemplazó a Castro como capital. Ancud, en contraste con el resto de la provincia, se benefició de su incorporación a Chile: se le dio la categoría de puerto mayor y, como tal, capitalizó los embarques de madera de alerce y ciprés, siendo la residencia de armadores, empresarios madereros y exportadores. La ciudad creció y llegó a tener más de cinco mil habitantes, superando a congéneres como Valdivia, Puerto Montt y Punta Arenas hasta los años noventa. Pero también fue la ciudad más infausta del siglo XIX por los repetidos incendios de 1844, 1859, 1871, 1879 y 1897 que arrasaron, uno a uno, casi toda el área urbana.<sup>122</sup> A fines del siglo, Ancud tuvo que ceder ante el mayor dinamismo de la recién fundada Puerto Montt, que recibió toda la ayuda del gobierno, perdiendo la capital insular su categoría de puerto mayor. Más tarde, incluso perdió la capitalidad cuando en 1927 se decretó la unión de Chiloé y Llanquihue, la que se prolongó hasta 1939. Ese año se resti-

tuyó la provincia de Chiloé y la capital volvió a Ancud, cuando esta ciudad había disminuido su población a cuatro mil habitantes, la misma población que tenía Castro.

Aun en sus mejores tiempos, como fueron los años sesenta del siglo XIX, Ancud no fue una capital conectada con el interior de la provincia. Era un mundo urbano disímil del resto del archipiélago. Además, era geográficamente excéntrica, y los chilotes debían navegar con dificultad para llevar sus productos al único mercado formal que desde mediados de siglo allí había. Esto lo hubiera cumplido mejor Castro por estar en el área más poblada y central de la isla, pero no se quiso restar protagonismo a Ancud, lo que fue en desmedro de la integración provincial. En efecto, los pueblos y las aldeas eran como pequeños mundos sin mayor contacto entre sí y con Ancud, cada área poblada era una micro-región. Más que la figura del intendente, era la del obispo que por medio de los párrocos llegaba a todas partes. Por entonces, tampoco los chilotes, en general, eran conscientes de su

^ Lanchas chilotas en tierra, durante la bajamar. Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.

> Pt. Arena, San Carlos, Chiloé. Grabado de Conrad Martens (1834) publicado en FitzRoy (1839). Colección Biblioteca Agustín E. Edwards E.



identidad y, aunque se sentían distintos en relación con los chilenos continentales, no tenían un concepto elaborado de sí mismos ni de su cultura. En invierno se vivía en torno al fogón, a los cuentos, las leyendas fantásticas, los mitos y las creencias que venían contándose desde la época colonial, y desde esa óptica se veía el mundo. En las islas había más mujeres que hombres, pues estos emigraban al sur desde que se fundó Punta Arenas, y luego también a Puerto Aysén y Coyhaique a principios del siglo XX. En sociedades tan pequeñas de los archipiélagos del mar interior no siempre había con quien casarse y, a pesar de haber desaparecido la diferencia entre “indios” y “españoles”, los “blancos” rehusaban igualdad de trato con los indígenas. Como los matrimonios “mixtos” se

veían como una mancha social, las familias de mejor estatus casaban a sus hijos con primas, o tíos con sobrinas, con tal de no mezclarse con indígenas, lo que explica la repetición de apellidos. Para esto había que obtener del obispo de Ancud la dispensa matrimonial, como se explica en el sínodo diocesano de Ancud en 1851.

Gran parte de la población tampoco estaba educada. Solo con la incorporación a la república se dio comienzo a la escuela pública, de modo que los campesinos no tenían la posibilidad de pensar sobre su cultura, sino solo quizá advertir diferencias culturales con los chilenos, como la mitología, el modo arcaico de su hablar con términos castellanos del siglo XVI y palabras veliches relacionadas con la naturaleza.<sup>123</sup>



ETAPAS DE LOS CHILOS.





Los que pensaban sobre el tema de la identidad eran los hombres cultos de Ancud que procuraban hallar una definición de lo chilote. Darío y Francisco Cavada a fines del siglo XIX y principios del XX, o Antonio y Humberto Bórquez Solar por la misma época, escribieron hermosas reflexiones sobre el chilote común y su visión de mundo.<sup>124</sup> Lo mismo hicieron otros que escribieron sobre la historia de Chiloé, como Pedro J. Barrientos,<sup>125</sup> o sobre la vida ancuditana, como Miguel Roquer, en 1946,<sup>126</sup> o Jorge Schwarzenberg y Arturo Mutizábal, en 1926,<sup>127</sup> todos con el propósito de mostrar que Chiloé, aunque arcaico y aislado del resto de Chile, podía exhibir una historia original, una excelente marinería y una no menos notable artesanía de la madera, la lana y la industria náutica, fuera de la inagotable riqueza de sus bosques, sus playas marisqueras y su prolífico mar. Víctor Domingo Silva decía en su tiempo que Chiloé era la reserva de la patria.

En el ámbito de la vida privada, cada familia, por pobre que fuera, tenía su pequeña propiedad territorial, un minifundio de dos a cien cuerdas que mantenía siguiendo un esquema que venía desde la época colonial: un corto terreno despejado cubierto de césped, que los chilotes llaman “pampa”, una parte de ella destinada al cultivo de papas y trigo; un almácigo de hortalizas: nabos, achicorias, lechugas, repollos, etc., todo esto junto a la playa, su despensa. La pampa de césped era destinada al ganado menor y una yunta de bueyes, uno o dos caballos, y el chiquero con algunos cerdos. Y más allá, un residuo de espeso bosque conservado para leña, “quinchos” y aperos de labranza de la cultura de la madera. La casa o rancho, a veces con piso de tablas, pero regularmente de tierra, y al centro de ella, en la cocina-fogón que calefaccionaba toda la vivienda, transcurría la vida familiar. Junto a la casa, una arboleda o manzanar que le proveía de chicha que él mismo fabricaba



triturando las manzanas “a varazos” sobre un “dornajo” o especie de artesa de madera.<sup>128</sup> El líquido se escurría por un surco y era recibido por la “chunga”, también de madera, o balde con que las mujeres conducían el agua desde los arroyos.

La población ocupaba solo la franja costera desde la península de Lacuy en el norte, hasta Quellón, por el sur, sin separarse demasiado de la playa, que era, como hemos dicho, la despensa común, lo mismo que el mar. La playa era parcelada en “corrales” que surtían de pescado aprovechando las pleamares y bajamares. Pescados, mariscos y papas eran la dieta cotidiana de los chilotes, y los visitantes muchas veces emitieron opiniones positivas sobre la abundancia de alimentos y la facilidad de proveerse de todo en aquella riqueza inagotable. Esta relación con la playa y el mar explica esa otra originalidad chilota: los palafitos o casas construidas en la playa sobre pilotes de ciprés, que enriquecen los bordes costeros urbanos de Castro hasta hoy.<sup>129</sup>



< Playa Chono, Castro.  
Fotografía: Gilberto Provoste, 1937.  
Archivo fotográfico Gilberto Provoste  
(Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).

> Lugareño en camino rural de Tenaún.  
Fotografía: Roberto Gerstmann.  
Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.



La imagen que presentaba Chiloé y sus verdes lomajes era idílica. Sin embargo, excepto la portentosa abundancia playera, el trabajo de la tierra era duro y arcaico. Aun a mediados de siglo no conocían el arado de fierro, siendo el instrumento tradicional el arado de palo de luma, que se hincaba en la tierra a fuerza de brazos y barriga. Con este sistema y el "gualato", especie de azadón de madera, no se podía hacer un gran cultivo y, aunque la papa se producía bien, no era mucho el excedente que quedaba para comercializarlo en Ancud o Castro. Era tan atrasada la agricultura que el gobierno ofreció premiar al que adoptara el arado de fierro tirado por bueyes en los años sesenta del siglo XIX. Pocos aceptaron la oferta y todo siguió igual hasta la centuria siguiente. En los archipiélagos del mar interior se repetía el mismo esquema de playa, mar, campitos minúsculos, la papa, el arado de luma y el gualato. El resto de la isla, campiña adentro, estaba cubierto de un bosque de exuberante vegetación casi infranqueable. Así lo vio Charles Darwin, cuando visitó Chiloé en 1836, y así continuó casi intocado durante todo el siglo, aunque para entonces se iba ensanchando la campiña, porque el bosque iba cediendo lentamente junto con el aumento de la población, que en



< Campesinos arando la tierra en Caguach, 1972. Colección Museo Histórico Nacional, Santiago

> Indígenas chilotes arando a luma, o gualato. Grabado de Phillip Parker King publicado en FitzRoy (1839). Colección Biblioteca Agustín E. Edwards E.





1880 ya superaba los ochenta mil habitantes. Por entonces era fuerte la demanda de durmientes para el ferrocarril de Chile y Perú, y de postes para el telégrafo, que intensificaron la explotación maderera en el área de Quemchi, la tala del alerce en la sierra nevada, y la explotación del ciprés en las islas Guaitecas.

Desde comienzos del siglo XIX, los habitantes de Chiloé, experimentados en el bosque y con el hacha, continuando la antigua explotación colonial del alerce en la tierra firme al norte y oriente, buscaron posibilidades económicas en la frontera sur, talando el ciprés de las islas Guaitecas, que determinó la ocupación chilota de aquellas islas.<sup>130</sup> Fueron también los chilotes cazadores de lobos y nutrias, y buscadores de cholgas y choros, quienes exploraron las tradicionales rutas australes en búsqueda de recursos, oficios que, junto a otros, fueron nombrados

“guaitequeros”.<sup>131</sup> El siglo XIX fue también el de la caza de ballenas. Los chilotes se enrolaban a trabajar en la faena, en barcos con banderas de distintos países. Junto a estos movimientos marítimos hacia el sur, que tenían como objetivo la explotación económica, la Armada de Chile comenzó a marcar su presencia.

De esta forma, la región de Aysén fue un área explorada, explotada y finalmente poblada por chilotes. Y lo fue también Magallanes, desde que la goleta Ancud, construida en aquel puerto y tripulada por chilotes, tomó posesión del estrecho de Magallanes en nombre de la República de Chile, en septiembre de 1843. En la expedición se fundó el fuerte Bulnes en la orilla norte del Estrecho, donde se desembarcaron también los pobladores chilotes que iban a fundar una colonia que, con el tiempo, se transformó en la ciudad de Punta Arenas.





Las salidas estacionales de los chilotes hacia las actividades económicas en Aysén, en el siglo XIX y primera mitad del XX, son coincidentes con las “comparsas” hacia las estancias magallánicas, para emplearse en minería y ganadería ovina, sumándose a la migración ya producida para poblar Punta Arenas. Pareciera que los chilotes tanto como pertenecían a su tierra, migraban con gusto a combatir al Perú, a explotar y poblar Aysén, a poblar Punta Arenas, a asalariarse en Magallanes, a trabajar en las estancias ovinas patagónicas argentinas y a enrolarse como marinería en todo tipo de barcos y bajo todas las banderas. Cuando emigraban al sur llevaban su cultura consigo: su hablar, su música, sus costumbres, las tejuelas en la construcción, su mitología, etc.<sup>132</sup>

Desde que apareció la prensa en la segunda mitad del siglo, especialmente *La Cruz del Sur* del obispado, Chiloé inició un lento camino hacia la integración. Los curas párrocos de cada lugar

eran los corresponsales e informaban de lo que sucedía en el interior. Más tarde, en 1912, se inauguró el “Tren de Chiloé”, que unió Ancud con Castro a lo largo de 88 kilómetros, y cuyo servicio se prolongó hasta 1960, en que fue destruido por el terremoto del 22 de mayo de ese año.<sup>133</sup> La radio “Pudeto” de Ancud, en 1959, y la radio “Chiloé” de Castro, en 1962, hicieron que la provincia estuviera mejor informada y fuera tomando conciencia de su identidad. Recién en 1958 se reemplazó el antiguo camino “planchado” de Caicumeo y se inauguró el camino de ripio y pudo la isla enlazarse con el camino de Parga a Puerto Montt. En 1964 entró en servicio el “ferry-boat” *Alonso de Ercilla* en el canal de Chacao, en reemplazo de las pequeñas lanchas que hasta ese año habían estado sirviendo para el transbordo de pasajeros.

De esta manera comenzaba una mayor integración provincial y más expedita relación con Chile continental. Eran dos mundos que habían estado



separados por siglos y eso se notaba en actitudes, motivaciones y mentalidad. Era todavía una identidad insegura de sí misma y poco expresiva, por ser el habitante de naturaleza introvertida y contemplativa. Pero al abrirse el turismo a través del canal de Chacao en los años sesenta, el chilote se sintió estimulado para mostrarse en toda su originalidad, incluyendo sus mitos, creencias y supersticiones. Así, se creó el Festival Costumbrista de Castro, como una instancia representativa de su identidad, ahora exhibida con orgullo al mundo entero por su singularidad culinaria y por sus usos y costumbres ancestrales. Las iglesias, declaradas Patrimonio de la Humanidad son parte importante de esta identidad que en lo religioso viene desde los tiempos jesuitas, lo mismo que las fiestas patronales en sus más de cien templos, tantos que en el período colonial Chiloé recibió el nombre del “Jardín de la Iglesia”.

Del indisimulado desdén con que el chilote era mirado desde la cultura urbana metropolitana, se ha pasado a un positivo interés de los chilenos por ese mundo apartado y diferente con resabios que perduran, a pesar de la modernidad que irrumpió repentinamente en este siglo XXI. El chileno de hoy es más instruido y maduro, y mira y valora con curiosidad e interés las diferencias que enriquecen la cultura nacional.

Del indisimulado desdén con que el chilote era mirado desde la cultura urbana metropolitana, se ha pasado a un positivo interés de los chilenos por ese mundo apartado y diferente con resabios que perduran, a pesar de la modernidad que irrumpió repentinamente en este siglo XXI. El chileno de hoy es más instruido y maduro, y mira y valora con curiosidad e interés las diferencias que enriquecen la cultura nacional.

< Los chilotes, tanto como pertenecían a su tierra, partían también con gusto a enrolarse como marinería en todo tipo de barcos. Colección Museo Histórico Nacional, Santiago.

✓ Hombres posan junto al ferrocarril en Ancud. Fotografía: Gilberto Provoste, ca. 1930. Archivo fotográfico Gilberto Provoste (Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).

>> Sector Peuke cerca de Castro. Fotografía: Guy Wenborne.













# Recuerdos LA GUERRA



“Usted abuelito Secundino, ¿recuerda algo histórico como ser unas guerras que decían que hubo acá en Chiloé?”

Claro que recuerdo la guerra que hubo en la pampa Mocopulli, eso fue contra los *peruanos*, cuando les tiraban bala ellos se reían, y decían que los chilenos, los chilotes, ‘nos están tirando papas chancheras’. Pero los chilotes, como eran fuertes como luma, dijeron ‘que les dure su risa, el que ríe al último, ríe mejor’. Y así fue, en la próxima los mataron a todos.”

*“Memoria y vida del patrón y fiscal que estuvo más años en la iglesia de Llingua”. Encuestador: José Gerardo Molina Mansilla, 27 años. Encuestado: Secundino Oyarzún Mansilla, 102 años. Llingua, 30 de abril de 1977. Manuscrito sin autor, p. 10.*

▲ Fuerte San Antonio, Ancud.  
Fotografía: Mauricio Burgos.

➤ Anciano ciego en isla de Quinchao.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.















# Gilberto Provoste: Memoria sensible y generosa

HERNÁN RODRÍGUEZ

---

La isla de Chiloé tiene la fortuna de contar con una memoria gráfica abundante, que incluye paisajes y habitantes, capturada por el lente meticuloso del fotógrafo Gilberto Provoste.

La historia de Provoste y sus imágenes es resultado de una aventura de juventud que derivó en pasión por el trabajo y por su entorno, que reprodujo con mirada honesta y transparente, como fue su vida.







**G**ilberto Provoste Angulo nació en Río Negro el 17 de abril de 1909, posiblemente descendiente de Javier Provoste que vivió en torno a Osorno y sus alrededores en los primeros años del siglo XIX. Gilberto debió nacer en un hogar de escasos recursos ya que trabajaba activamente antes de cumplir 20 años. Era vendedor viajero y representaba a librerías o editoriales en las ciudades del sur; vivía en pensiones. En 1930 conoció en la pensión de Osorno a otro vendedor viajero, Luis Jiménez Pérez, fotógrafo itinerante, y se hicieron amigos. El fotógrafo lo invitó a asociarse, vendiendo postales y, por qué no, realizando tomas. Le facilitó una máquina y le enseñó a usarla. Partieron juntos a Chiloé, donde Jiménez tenía clientela. Se instalaron en Ancud y desde ahí recorrieron los pueblos existentes entre Castro y Puerto Montt. El joven Provoste

colaboraba en el taller haciendo revelado y pronto aprendió a hacer retoque. Cuando era necesario, realizaba retratos y “vistas”, algunas de las cuales convertía en postales.

La sociedad funcionó bien hasta que Jiménez se enamoró, decidió casarse, dejar de lado el giro fotográfico y trasladarse al norte con su señora. Antes de partir le traspasó a Provoste la clientela y los equipos, entre ellos, una cámara de fuelle de buena calidad.<sup>1</sup>

En 1932 Gilberto Provoste quedó instalado como fotógrafo en Ancud. Pero ahí había otros fotógrafos profesionales y la competencia era difícil. Decidió entonces trasladarse a Castro, ciudad con relativa prosperidad donde solo había un fotógrafo en la plaza, el “minutero” Belisario Sepúlveda Venegas.<sup>2</sup>

<< Cercanías de Castro, ca. 1990.  
Fotografía: Luis Poirot.

< Calle Blanco, Castro.  
Fotografía Gilberto Provoste.  
Archivo fotográfico Gilberto Provoste (Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).

▲ Retrato de familia en Aysén.  
Fotografía Gilberto Provoste.  
Archivo fotográfico Gilberto Provoste (Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).





Gilberto Provoste se instaló en Castro y en 1933 abrió un local en la esquina de las calles Lillo y Blanco. Fue el primer fotógrafo establecido en esa ciudad y tuvo un estudio para realizar retratos, telón pintado, algunos muebles, manteles de encaje y una alfombra chilota. Retocaba los retratos con esmero y en algunos hizo trucos fotográficos, como mostrar al personaje de frente y de perfil. Popularizó los retratos de grupos y cursos y, sin tregua, realizó vistas de la ciudad y de los paisajes de Chiloé. Trabajó ininterrumpidamente hasta 1941 y sus imágenes quedaron como únicos testimonios de Castro antes de los grandes incendios que la arrasaron, en 1936 y 1939.

El joven Provoste vivió en la pensión La Amistad, en el barrio Lillo, donde conoció a una sobrina de la dueña, Corina Muñoz, que venía de visita desde Puerto Montt. Se enamoró de ella y, finalmente, se casaron. Llegaron a tener cinco hijos: Gilberto Segundo, Nancy, Mireya, Marina y Jorge. En 1941 Corina heredó una propiedad en Puerto Montt y el matrimonio decidió trasladarse a esa ciudad. Concluyó la actividad de Provoste como fotógrafo establecido en Castro, donde se había instalado un nuevo local: la fotografía de Lolo Skoruppa.<sup>3</sup>

Instalado en Puerto Montt y con 32 años, Gilberto fue representante de diversas firmas comerciales, aunque siempre continuó activo



como fotógrafo aficionado. El azar quiso que se encontrara en Castro durante el terremoto de 1960 y fue su cámara la que registró de inmediato los daños que produjo. Vivió en la calle Aníbal Pinto donde tenía su archivo, completo y ordenado, y seguía haciendo reproducciones. Ahí le conoció la fotógrafa Mariana Matthews:

*Un anciano de más de 80 años, encorvado y cansado de tantos viajes y trabajos, pero aún elegante, caballeroso y atento [...] Revisamos sus catálogos de vistas, donde uno podía elegir y encargar una ampliación de su propia mano... Gilberto Provoste fue autodidacta y aprendió fotografía más por necesidad que por afición artística. Le era imposible desprenderse de su colección, que para él no era solo memoria concreta de tres décadas de su vida, sino un medio de sustento. Sus palabras revelaban un íntimo agradecimiento hacia la fotografía [...].<sup>4</sup>*

Poco antes de su fallecimiento, en 1995, Provoste regaló sus máquinas y algunas fotografías al Museo Regional de Castro. Después de su muerte, sus hijos Nancy y Jorge Provoste Muñoz donaron gran parte de los archivos fotográficos de su padre al Museo de Sitio Castillo de Niebla. Más de dos mil placas de vidrio tomadas con cámara de fuelle, entre 1933 y 1950, y sobre cinco mil negativos en películas, que han dado origen a exposiciones y publicaciones de este autor.

Según Mariana Matthews: “Esta revisión de lo que vio y fotografió Gilberto Provoste ha sido en sus diferentes facetas un detonante de emociones. En sus inicios fue la alegría y curiosidad del descubrimiento; luego, la melancolía y la nostalgia. Las fotografías son una fiel réplica de gente y edificios que ya no existen y ni las palabras ni una pintura son capaces de evocar tan fuertemente un momento del tiempo pasado”.



< Desfile en Ancud. Fotografía Gilberto Provoste. Archivo fotográfico Gilberto Provoste (Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).

> Retrato de banda militar. Fotografía: Gilberto Provoste. Archivo fotográfico Gilberto Provoste (Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).









CAPÍTULO V

# LAS IGLESIAS Y EL CULTO

PADRE GABRIEL GUARDA, O. S. B.









## LA MISIÓN

Asumido desde el momento de su incorporación al Reino como una realidad completamente distinta a todo lo conocido hasta entonces, Chiloé era literalmente una novedad. Su conquistador, Martín Ruiz de Gamboa, se complació en declararlo explícitamente: descubrir las islas y sus habitantes era más placer que trabajo.

Su evangelización constituirá uno de los más exitosos episodios de la cristianización de Chile, si no, como las misiones del Paraguay o de Moxos y Chiquitos, de todo el continente.

Llamado en el siglo XVIII “jardín de la Iglesia”, la religiosidad de sus habitantes resultará tan poderosa como para llegar con el tiempo a identificarse con su propia cultura y costumbres. El calendario de sus celebraciones festivas marcará los días, las estaciones, el año y la construcción de sus capillas, según un modelo de diseño local. Varias de ellas hoy son reconocidas como Patrimonio de la Humanidad, imprimiendo un sello trascendente el paisaje de las islas.

En los apartados que siguen trataremos los principales aspectos de este riquísimo cuadro, abordándolo desde la misma construcción de sus iglesias hasta su devenir en el tiempo, pasando por su organización interna y su candelario festivo.

La primera misión evangelizadora del archipiélago, aparte del clero diocesano, estuvo representada desde el siglo XVI por los padres mercedarios: el plano levantado por los holandeses en 1643 muestra el emplazamiento de su convento, junto con la Iglesia Mayor y de la Compañía de Jesús, en las inmediaciones o en la misma plaza mayor de Castro.

Desde el arribo de los jesuitas en 1602, sin embargo, la organización de la asistencia espiritual quedaría definida en todos sus aspectos hasta hoy. Los padres franciscanos, que se hicieron cargo de continuar la misión después de la expulsión de la Compañía de Jesús, aunque en otros lugares rectificaron su sistema, en Chiloé lo continuaron sin mayores cambios. La cura pastoral asumida por la jerarquía a raíz de la creación del obispado de Ancud, en 1838, tampoco modificó sustancialmente en este punto el diseño de los hijos de san Ignacio.

Lo primero, expresaría el P. Bel, S. J., en 1750, refiriéndose al inicio de la misión: “dispusieron que en todas las islas pobladas de indios se hiciesen capillas o iglesias para que hubiese parte fija donde todos acudiesen a rezar y los padres misioneros supiesen dónde habían de ir a parar”.<sup>1</sup>

<< Cementerio de Teupa, se encuentra junto a una pequeña iglesia y se caracteriza por tener diversas construcciones de sepulcros en forma de casas. En la imagen, detalle del techo de una de ellas.  
Fotografía: Pablo Valenzuela.

< Iglesia de Colo, en 2003, antes de la restauración.  
Fotografía: Pablo Valenzuela.





## LA LOCACIÓN DE LAS CAPILLAS

Cabe preguntarse una cuestión primaria: el por qué sus poblados, sus hermosas capillas están donde están; el estudio de este punto muestra que reconocen la existencia geográfica de comunidades precedentes a la ocupación española.

En efecto, la primera distribución de encomiendas, efectuada por Alonso Benítez, Justicia Mayor de Chiloé, el 12 de julio de 1567, se hace “por cavíes”, mencionándose expresamente ocho: Curahue, Compo, Pailad, Yutuy, Llaullau, Quilihué, Pudeto y Chepucaví.

El término *caví* es el equivalente a otros como *machulla*, *lov*, *levo*, *aillarehue* o parcialidad, todos usados en la época en el medio huilliche —“veliche” en el lenguaje de las islas—, y designa una comunidad unida por una relación patrilínea preexistente. Profundizando un tanto su significación, determina en su origen un proceso —por llamarlo de alguna manera— urbanizador, de núcleos preexistentes, de diversas dimensiones y población, con nombres subsistentes hasta hoy.

En 1593, la visita reveló que los tributarios ascendían a doce mil, que las encomiendas eran de las más grandes del reino —la de Guillermo Ponce contaba a lo menos 430 tributarios en 1570—, estimando el cronista jesuita Felipe Gómez de Vidaurre, a mediados del siglo XVIII, que su número ascendía a once mil.

^ Vista aérea de iglesia en Parque Nacional de Chiloé. Fotografía: Guy Wenborne.

> *Plano de las misiones de los padres jesuitas en el archipiélago de Chiloé (1762)*. Muestra la misión realizada por los jesuitas Melchor Strasser y Michael Mayer entre los años 1757 y 1758 (Guarda y Moreno 2008). N. del E.: El documento original fue editado para permitir su lectura. Archivo General de Indias, Sevilla.











Los encomendados, entre 18 y 50 años, suponían una cantidad apreciable de personas, a las cuales el encomendero debía proveer de todo lo necesario y proporcionarle doctrina, hecho que genera la construcción de las capillas. Los datos sobre algunas de estas encomiendas nos permiten conocer su densidad: Pailad, por ejemplo, tiene, en 1683, 40 tributarios, 56 menores, 12 reservados y 91 “indios y chinas”, en total 199 almas; Llaullau en 1661, contaba con 26 tributarios, en tanto que la encomienda de José Pérez de Alvarado, en 1758, tiene 88 tributarios, 93 menores, 20 reservados, 11 caciques y 169 mujeres y niños, en total 381 almas.

Estimándose el tributo en siete pesos y dos reales, se estipulaba expresamente el destino de un peso para la doctrina, como se llamaba a la evangelización, y con ello, la creación de los espacios para este objeto, las capillas.

Aunque la mano de obra haya sido siempre indígena la iniciativa de su construcción dependió no pocas veces de los mismos encomenderos: consta que Antonio de Valdés, activo en 1670, levantó 17 capillas, incluida en Castro la ermita de San Florentín; José de Vargas, hace construir otras veinte capillas, y Francisco Díez Gallardo, la iglesia mayor y la de los jesuitas, quemadas por los holandeses en 1643, además de otras sesenta capillas.

La ubicación de las capillas fue inteligente, junto a la playa, “para que llegando allí los padres en sus piraguas, sin muchas fatigas puedan empezar luego sus ministerios, junta ya la gente”.<sup>2</sup> Las capillas sobrepasaron el número de ochenta y correspondieron en general a los pueblos de indios, sujetos a encomienda.

Un acabado informe de 1762 muestra en detalle la organización jerárquica de las iglesias según la categoría de las funciones misionales celebra-

das en ellas, desde las que eran “a semejanza de metrópolis”, a cuyas fiestas concurrían los vecindarios de las capillas vecinas, hasta aquellas en las cuales la misión demoraba solo dos días y medio.<sup>3</sup> La misión se estructuraba en torno a un establecimiento central, el Colegio de Castro, y cuatro misiones estables en Chacao, Quinchao, Chonchi y Cailín, sedes habituales de los religiosos.

Cada pueblo contaba con su capilla, visitada anualmente por aquellos y durante el resto del año servida por seglares que se mencionarán más adelante. El conocido método de la misión circulante de los religiosos a las capillas combinábase con la acción pastoral estable de estos agentes seglares.

En total eran cuatro las categorías de las capillas y los planos geográficos usados por la misión distinguíanlas con signos especiales, las más importantes, con cruces patriarcales, con dos barras horizontales, y las menores, con cruces latinas, con una barra. Lógicamente, su jerarquización correspondía a la importancia de los poblados, lo que traía aparejado el cuidado que en ellos tendrían la selección y la actividad de los demás agentes pastorales.

Para la rápida asistencia de los pueblos sujetos al regimen de las encomiendas se establecieron grupos de “indios bogadores”, para el traslado de los misioneros y que por este importante servicio no podían ser encomendados, permaneciendo libres del tributo y siempre dispuestos para transportar a los misioneros; “si en la tierra son hombres, parecen en el mar delfines, no ha naufragado ninguno ni se ha ahogado padre”, se dice en el siglo XVIII.

Su eficacia determinó que junto con sus embarcaciones fueran requeridos para uso del gobierno y la autoridad civil.

< Iglesia de San Juan, en Dalcahue.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.



## LA ARQUITECTURA DE LAS IGLESIAS

¿Cómo fueron las construcciones que hacían los naturales antes del arribo español? No hay testimonios ni testigos, sí algunas evidencias, la más elemental, el uso de la madera. Sus embarcaciones, las dalcas, que sí subsistieron, confirman el buen trabajo del material, con el que también debieron construir su habitar y luego las capillas. También es posible concluir que los palafitos debieron haber tenido temprana existencia, como consecuencia de la regularidad de las mareas y el inmediato aprovechamiento del mar, proveedor de tanto alimento.

La arquitectura surgida de la colonización española trajo nuevas soluciones: aunque en el siglo XVII se menciona el uso de muros de adobe —según los documentos “tapias”— este no perduró, imponiéndose el uso de la madera con programas sencillos, repetidos.<sup>4</sup> Pero la arquitectura que, por excelencia, desde el siglo XVI marcaría como impronta el paisaje de las islas, fue la de las iglesias.

La rápida aceptación de la fe por parte de los naturales determinó desde su origen una geografía marcada por los lugares para la celebración, las capillas, hasta llegar a fines del período colonial, como se mencionó, a más de ochenta, todas con las características arquitectónicas que tanto interés han concitado hasta la actualidad.

Se conserva información gráfica de la catedral y del convento de San Francisco de Ancud a mediados del siglo XIX, como, sobre todo, de la iglesia de los jesuitas de Castro, del siglo XVIII.

Aunque sin testimonios gráficos, ni descripciones, se da noticia de otra interesante construcción sin duda excepcional, la iglesia de Chacao, en palabras del P. González de Agüeros, franciscano del Colegio de Propaganda Fide, de Ocopa, que testifica en 1791 que “no solamente en aquella provincia, sino fuera de ella, será aplaudida por lo particular de su fábrica rotunda”.







Flahisart, Express M' Day.

PLAZA DE SAN-CARLOS DE CHILOE .

( 1835 )

La planta central, tan escasa en las Indias, tendría así, en Chiloé una inusitada representación.

Las más antiguas informaciones gráficas que se conservan corresponden a la iglesia de San Francisco de Ancud —ilustrada por un grabado publicado en 1835 por Claudio Gay y por dibujos de Conrad Martens y E. König, fechados en 1834 y 1845— y de la primera catedral de Ancud, de Rodolfo Amando Philippi, de 1858. La antigua iglesia de los jesuitas de Castro está ilustrada por R. Fitz Roy en 1834.

La primera, según se ilustra en el grabado de Gay, se situaría en una plaza, en tanto que en el dibujo de König el acceso se representa a través de lo que debió ser una portería, de dos plantas, con pórtico y “corredores”. La iglesia muestra un

pórtico de siete arcos, el central más alto, cubierto por faldones y rematado por un cuerpo de base cuadrada —“caña” en el lenguaje local—, con una lucarna en el faldón central y un volumen lateral techado en pabellón, rematado por una caña. El dibujo de Martens, realizado a espaldas de la capilla, sugiere que su emplazamiento se sitúa en un alto —de ninguna manera en una plaza—, vislumbrándose la población en un plano inferior.

La catedral de Ancud se manifiesta en 1858 provista de un pórtico de cinco arcos rebajados, con dos torres de base cuadrada a ambos lados, coronadas por sendas cañas de planta octogonal. Sobre el tímpano central se luce un vano en ojiva y, sobre lo que debió ser la capilla mayor, un cuerpo de planta octogonal, con faldones y su respectiva caña.

< San Carlos de Chiloé.  
Grabado de Conrad Martens,  
en Fitz Roy (1839).  
Colección Biblioteca  
Agustín E. Edwards E.

▲ Plaza de San Carlos.  
Dibujo de Claudio Gay,  
1835. Colección Biblioteca  
Nacional de Chile, Santiago.





## IGLESIA DE LOS JESUITAS DE CASTRO

De la antigua iglesia de los jesuitas, salvo error, la construida en 1742 por Pedro Felipe de Azúa e Iturgoyen, obispo auxiliar de Concepción para Valdivia y Chiloé, se conserva un dibujo de R. Fitz Roy, datado en 1834, y el detallado inventario hecho en 1767, con motivo del secuestro de los bienes de la Compañía de Jesús, al ser expulsada de los dominios españoles por el rey Carlos III.

El dibujo manifiesta un complejo alzado en el que puede leerse un pórtico de cinco arcos muy rebajados, el central rematado por la torre, un alto volumen de planta cuadrada, coronado por una caña muy rebajada, con faldones convexos.

Un gran techo a dos aguas cubre las tres naves, en tanto que sobre lo que debió ser la capilla mayor, un volumen más grande, de planta octogonal, con sus faldones, se presenta rematado por otra pequeña caña con sus respectivos faldones.

Sobre lo que debió ser la nave de la epístola se levanta un cuerpo de planta cuadrada y otro volumen cubierto a dos aguas marcando lo que debió ser la segunda puerta de la iglesia, mencionada en el inventario como "a la calle". El poderoso juego de volúmenes de esta iglesia, las cubiertas no de tejas sino de tablas de alerce, manifiestan una fábrica de gran complejidad y dignidad, que se corresponde con la categoría que los inventarios muestran respecto de su interior.

Este es descrito en 1767 como compuesto por tres naves, con dos puertas a la calle con sus llaves, toda de madera y techo de tablas y dos torres con tres campanas y piso "enrajado".

El retablo mayor se describe como de cinco nichos y doce espejos, los nichos con cortinajes azul y verde, un sagrario de torno con tres nichos: uno forrado de espejos, otro con damascos rojos y el menor, de torno, para los copones.



En otro altar “del Señor de la Agonía”, se menciona un Sagrado Corazón de Jesús con dosel y velo, un segundo altar lateral dedicado a san José, con raso colorado y “melindre de plata”, y un tercero, dedicado la Asunción de la virgen María.

En las columnas de la nave central se describe una con el púlpito adornado con cortinajes y una estampa de san Francisco Javier, y en otras siete repisas las imágenes de Nuestra Señora de los Dolores, Señor de la columna, santa Teresa, santa Rosa, el Señor “encarcelado”, san Luis Gonzaga, san Estanislao y una lámina del purgatorio. También se cita una Purísima de marfil, ocho vasos sagrados, custodia, tres lámparas, 10 blandones y 13 candeleros, coronas, vinajeras e incensarios, todo de plata –108 marcos, equivalente a 25 kilos–, oro y piedras preciosas.

< Iglesia de San Francisco de Castro, ca. 1893.  
Fotografía: Germán Wiederhold Piwonka.

✓ Antigua iglesia de Castro. Grabado de  
Phillip Parker King en Fitz Roy (1839).  
Colección Biblioteca Agustín E. Edwards E.



OLD CHURCH AT CASTRO.









En las naves laterales se mencionan siete confesionarios, pila bautismal de cobre estañado, mesas, andas, sillas y bancas y entre los cuadros, con marcos dorados, san Agustín, santa Ana, santa María Magdalena, san Francisco de Asís, san Blas, san Pablo, un cuadro “antiguo” de la Virgen, una lámina con marco dorado, “de plata de Bolonia” y seis láminas con marcos de espejos.

Según Darwin esta iglesia no carecía “ni de aspecto pintoresco ni de majestad”,<sup>5</sup> y según un detallado informe del intendente José Rondizzoni, en 1854 ya se encuentra en mal estado, salvo el coro y la sacristía, que han sido renovados. El primero es descrito como de madera de radal y compuesto de tres órdenes o niveles, correspondientes a sacerdotes, coristas, profesos y novicios, “cada uno con el mayor gusto y amplitud bastante para la comodidad de los asistentes [...] todo pintado y adornado con variadas y vistosas molduras, cuyo trabajo recomienda la idea y liberalidad del artista chilote”.<sup>6</sup> Comparado con el coro de la catedral de Santiago y demás iglesias de la capital, concluye ser el de Castro superior en comodidad, distribución y ornato.

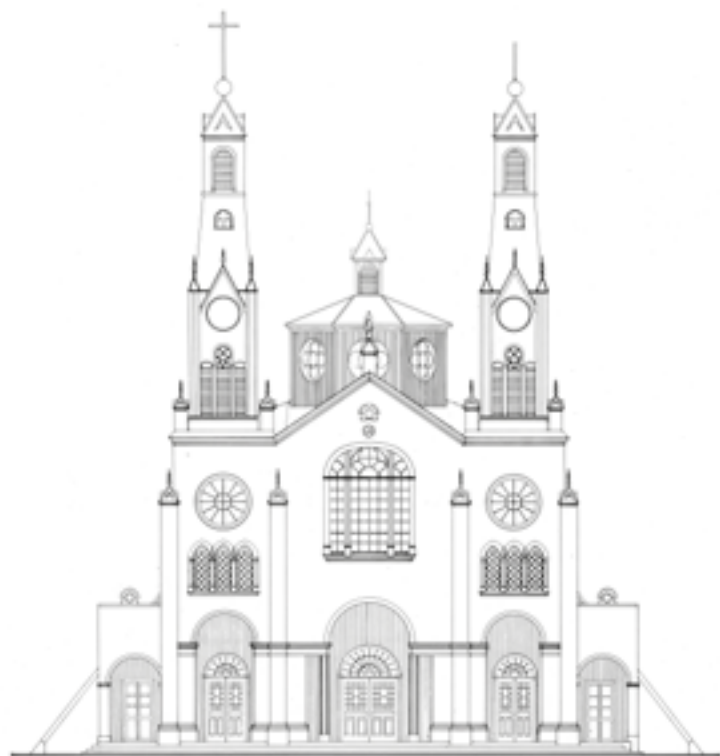
Desde 1772, por incendio de la antigua iglesia matriz, esta iglesia pasó a desempeñar aquella función, pereciendo íntegra en un incendio el 22 de marzo de 1857.

En las tres iglesias que hemos descrito no se puede hablar aún de la “fachada pórtico” que lucen las actuales.

En efecto, desde las más antiguas conservadas hasta el presente –Santa María de Achao–, del último tercio del siglo XVIII, hasta las demás de la escuela chilota, del XIX y principios del XX, muestran un esquema repetido de fachada que integra armónicamente un pórtico y en medio una torre sobre el perfil triangular, correspondiente a las tres naves interiores. Se pensó que tan clara solución venía desde el siglo XVIII o antes. Sin embargo, las láminas de las antiguas iglesias de Castro y Ancud antes citadas, como se vio, distan de exhibir aquella clara composición de fachada.

< Vista interior de la iglesia de Santa María de Loreto de Achao. Fotografía: Pablo Maldonado.





## IGLESIA FRANCISCANA DE CASTRO

El descubrimiento de las fotografías tomadas por Jermán Wiederhold en 1893, de la iglesia de Castro, con su gran torre fachada de proporciones armónicas, revela lo que debió ser verdaderamente el modelo para las demás. La investigación y el estudio de esta iglesia, hechos por Lorenzo Berg y Gian Piero Cherubini, en 2014, asignan su diseño al P. Diego Chuffa, franciscano italiano.<sup>7</sup>

Levantada en 1857 y dedicada en 1865, se describe como de 66,04 metros de largo –más 4,40 metros de pórtico–, por 18,22 metros de ancho, con 11,84 metros de altura interior. Las naves están separadas por 28 columnas de orden dórico, al igual que las 10 del pórtico, sobre grandes bases de piedra gramínea. La cornisa del pórtico es de orden dórico “denticular”, en tanto que el coro, en la nave es del mismo orden, pero “modular”; se trata de una cuidada expresión de neoclasicismo.

La investigación citada revela que el proyecto original comprendía el clásico alzado con pórtico y única torre, agregándose posteriormente dos torres menores a los costados. Tanto la fachada originaria como después la agregación de las torres laterales, se inscriben dentro de trazados armónicos.

▲ Elevación de la catedral de Castro. Dibujo de Jorge Swimburn y Juan Luis Hurtado publicado en Guarda (1984).

> Vista posterior de la iglesia de San Francisco de Castro. Fotografía: Mariana Matthews.

















## ASPECTOS CONSTRUCTIVOS EN LAS IGLESIAS DE CHILOÉ

La iglesia de Chonchi, de la que publicamos en 1984 las proporciones armónicas de su fachada,<sup>8</sup> pone de manifiesto el buen oficio de los constructores de estas iglesias según han llegado a nuestros días.

En los interiores —aparte de la iglesia de Achao—, todos del siglo XIX o principios del XX, se observa análogo cuidado en la proporción de las partes.

En numerosas capillas los frisos muestran ajustadas proporciones, con triglifos o metopas.

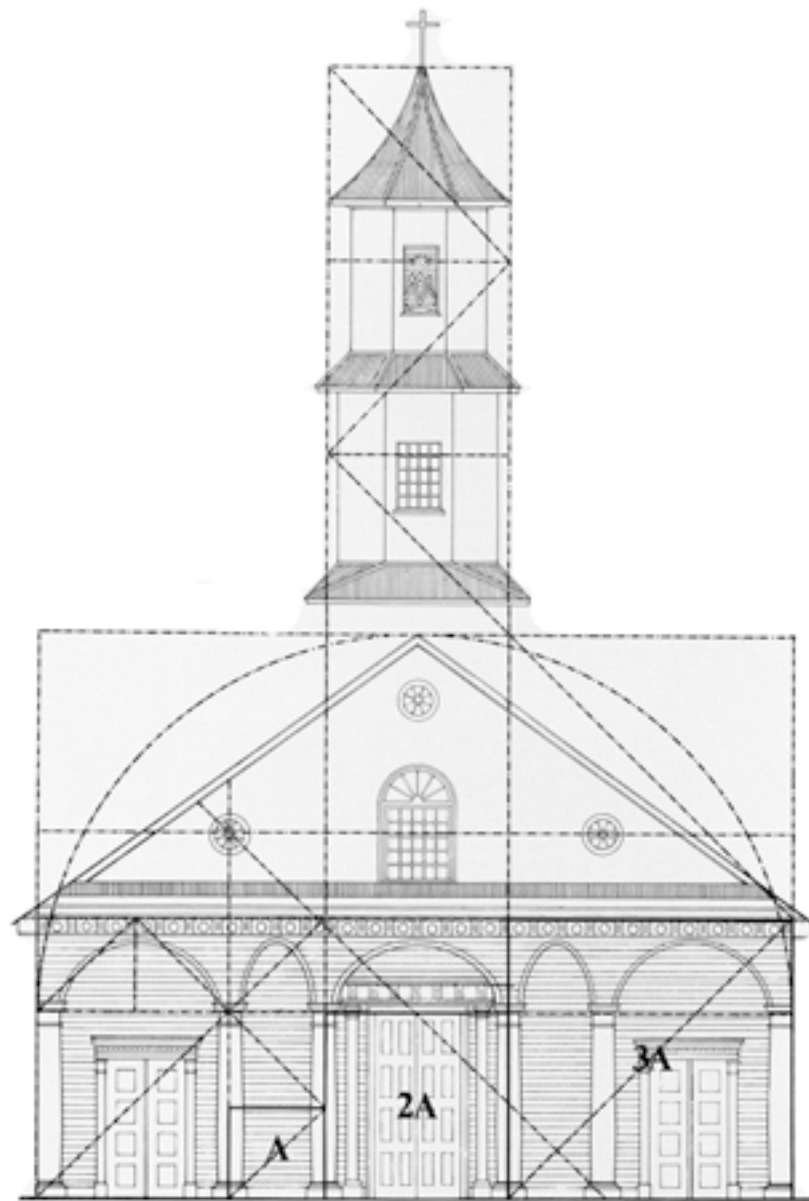
Las columnas compuestas por un alma de madera de base cuadrada, están provistas de piezas perpendiculares sobre las cuales se clavan

las tablas verticales que le van dando la forma exterior. En la mayoría se observa el éntasis, la parte más abultada del fuste: el primer tercio, perpendicular al piso, y los dos tercios siguientes, levemente menores.

En 1952 tuvimos oportunidad de ver en la antigua capilla de Cucao —destruida en el terremoto de 1960— la prolija elaboración del galibo o éntasis de estas piezas. Las confeccionaba una familia completa especializada en este oficio, requerida, como en aquella, en capillas en construcción o en la reparación de columnas de iglesias ya existentes. Siempre aparte de Achao, tanto en estos frisos y columnas, como en la cabecera, todos los elementos decorativos se inscriben en los cánones del neoclasicismo.







Excepción hecha de la gran iglesia de Castro y de la capilla de Rilán, la nave central es resuelta generalmente con bóveda fingida de cañón corrido, de sección semicircular o rebajada, con una armadura interna de gran perfección, esquema del cual la iglesia de Nercón, como en todas sus demás partes, es un notable modelo. En el proceso de su restauración se dejó abierta la vista interna de esta armadura, pudiéndose apreciar el mérito de su verdadero alarde constructivo.

Excepcional dentro del conjunto de nuestras capillas es el cierre de su cubierta interior, de bóveda de crucería, que exhiben la gran iglesia franciscana de Castro y la capilla de Rilán.

Esta última, cuya construcción comenzó en 1908, luce en la cubierta interior de la nave central una bóveda de crucería de sección rebajada de admirable ejecución, cerrándose las naves laterales con un simple cielo horizontal, interrumpido por arcos diafragma, de medio punto, coincidentes con los pilares. No puede dejar de sentirse la influencia que en la ejecución de esta bóveda debió ejercer la construcción al mismo tiempo, de la gran iglesia de Castro.

<< Misa en iglesia de San Francisco de Castro.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

< Iglesia Nuestra Señora Gracia de Nercón.  
Fotografía: Fernando Maldonado.

> Elevación de la iglesia de San Carlos Borromeo de Chonchi.  
Dibujo de Mario Canales publicado en Guarda (1984).





Esta extraordinaria construcción de 40 metros de altura, de tres naves, crucero, cúpula, dos torres y coros alto y bajo, es la realización en madera del proyecto del arquitecto italiano Eduardo Provasoli, pensado para ser construido en ladrillo y hormigón.

Desde la época colonial se encuentra en el mismo sitio de sus predecesoras –todas de gran volumen y prestancia, víctimas de incendios o ventiscas– reemplazando a la consumida en 1902 por uno más de aquellos incendios. Iniciada su construcción en 1910, precisamente a poco tiempo la derrumbó un temporal, iniciándose enseguida su reconstrucción, con el porfiado tesón del constructor chilote, acostumbrado a tales desafíos.

Digna sucesora de las grandes iglesias que la precedieron, su fábrica se inscribe dentro de los parámetros del neogótico, con bóvedas de crucería en las tres naves, pero sin ojivas, sino con arcos de medio punto o rebajados, todo el conjunto, como hasta en los menores

detalles, realizado con un virtuosismo digno de admiración. Su terminación, las maderas en su color, complementan desde otro ángulo su sorprendente ejecución.

No puede dejar de relacionarse esta gran iglesia con la catedral de Ancud.

En efecto, obra del arquitecto sacerdote Agustín Jara, proyectada dentro de los cánones del neorománico, había sido construida a partir de 1898. De tres naves, nártex y crucero, en hormigón, al parecer la arena de playa, empleada en la mezcla, debilitó su estructura, que sufrió daños en el terremoto de 1960. Con un inexplicable apresuramiento, bajo el pretexto de un supuesto peligro de derrumbe, al día subsiguiente fue dinamitada, perdiéndose una obra que imprimía como un sello a la capital de la diócesis y al perfil urbano de la ciudad. No obstante su materialidad y el academicismo del proyecto, reproducía con gran respeto el tradicional esquema local del único volumen y la fachada con la torre central.

^ Torre caída de la catedral de Ancud, tras el terremoto de 1960. Fotografía: Rodrigo Muñoz.

> Daños al interior de la catedral de Ancud, después del terremoto de 1960. Fotografía: Rodrigo Muñoz.



Tuvimos oportunidad de conocerla en febrero de 1952. En una de las paredes del nártex lucía una gran lauda de mármol blanco que daba cuenta de haber sido consagrada el 1° de enero de 1900, siendo obispo Ramón Ángel Jara con asistencia de todos los obispos de Chile, en presencia del presidente de la República y todos sus ministros. Por cierto, desapareció en la citada tronadura.

Sordas y tradicionales competencias entre los habitantes de Castro y Ancud, la antigua capital de las islas debió afrontar como un verdadero

desafío la construcción de su iglesia parroquial, que no podía ser menos ante la flamante de la capital de la diócesis. La providencia determinaría que, curiosamente, la iglesia de Castro, de madera, perduraría en el tiempo, frente a la pérdida de la orgullosa catedral, de hormigón, de Ancud, de que daría cuenta un terremoto.

Verdadero desafío para la pericia del constructor chilote, en la mayor perfección en los grandes espacios y en cada una de sus partes, su fábrica representaría la cumbre del arquetipo de las iglesias de las islas.











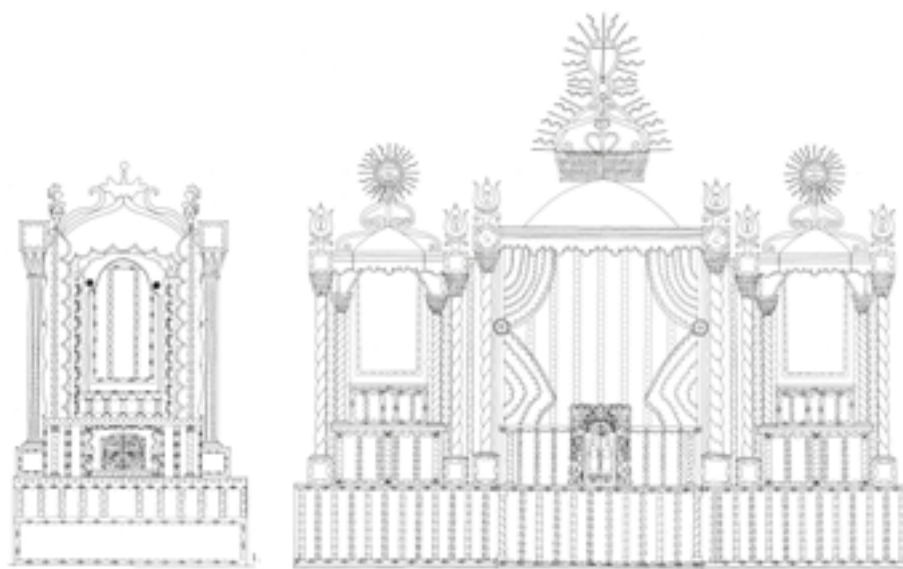
## RETABLOS E IMAGINERÍA

Los retablos, “representaciones del Paraíso”, tienen también presencia en Chiloé.

Se vio en la descripción de la antigua iglesia de Castro su composición, ordenada en los tradicionales cuerpos y calles. El más antiguo que se conserva es el de la iglesia de Achao, levantado poco después de 1771 por los franciscanos de Ocopa y compuesto de un cuerpo y tres calles, con cortinajes simulados con cartones, columnas salomónicas y coronación de resplandores y roleos de madera recortada y pintada. Sus altares laterales, de un solo cuerpo, delatan la misma mano, con muchos recortes de cartones polilobulados.

A estas muestras del último tercio del siglo XVIII le siguen los del XIX, en que se presentan con una disposición que pasará a ser propia del muro testero: tres nichos, el central más elevado, con sus pilastras, frisos y coronaciones, frontones triangulares o en arco, dentro de los cánones del neoclasicismo.

Aunque muchas veces sustituida esta armónica disposición por lamentables ejemplares neogóticos, en altares laterales suelen conservarse retablos menores diseñados dentro de los mismos lineamientos neoclasicistas.



< Altar de la iglesia de Santa María de Loreto de Achao. Fotografía: Pablo Maldonado.

^ Altares lateral y principal de la iglesia de Achao. Dibujos de Juan F. Ossa, publicados en Guarda (1984).





La imaginería de los retablos, principalmente de escuela local, constituye otra manifestación artística.

Le preceden figuras de talla, del siglo XVIII, provenientes de talleres del virreinato, sin excluir los de la misma España: la iglesia franciscana de Castro conserva notables tallas del Crucificado y del arcángel San Miguel, en tanto que la iglesia de Achao, guarda otra de nuestra señora de Loreto, con fina corona de plata, del mismo siglo, proveniente de la misión jesuita de Nahuelhuapi.

Las de los santeros locales se componen de una armadura interna de madera, centrando todo su interés en las cabezas y las manos. Hechas para verlas a cierta distancia, tanto en los altares como en procesiones, sus rasgos aparecen claramente definidos, al igual que su policromía, de grandes trazos o pinceladas; sus coronas, soles o diademas son de hojalata recortada y su ropa, de telas, originalmente brocados o damascos. Su originalidad y fuerza expresiva hace que sean creaciones originales y bellas.<sup>9</sup>

Todo este mundo de retablos e imágenes estuvo a punto de desaparecer en la segunda mitad del siglo XIX, cuando obispos y funcionarios llegados “del norte”, es decir, de Santiago, no comprendieron ninguna de las expresiones de fe del pueblo insular. Capillas, retablos, imágenes, oraciones y música estuvieron a punto de desaparecer en aras de la “cultura” de la capital.

Es el momento de los retablos neogóticos y de las dulzonas imágenes de yeso esculpidas en serie dentro de los moldes de las fábricas de San Sulpicio, en París, o de Barcelona, en España. Hubo algún obispo que prescribió el total reemplazo de la santería local por aquellos yesos, con la correspondiente destrucción de la antigua, a la que se achacaba ser fuente de supersticiones. Escondidas en trasteros y entretrechos, muchas imágenes escaparon de su destrucción. Música y oraciones tradicionales fueron igualmente puestas en entredicho.

Se debe a la cultura de sus últimos obispos su revaloración y puesta en uso.

^ Vista interior de la iglesia San Antonio de Colo. Fotografía: Jorge Marín.

> Nuestra Señora de Loreto, Achao. Fotografía: Mariana Matthews.











## DOTACIÓN DE LAS CAPILLAS

La institución de los fiscales, creada en el mismo siglo XVI en el virreinato de Nueva España, pronto se extendió a todos los obispados de las Indias regulándose su actividad en decretos incluidos en los concilios y sínodos diocesanos. Su existencia está documentada en diversas ciudades de Chile, pero donde tuvo un protagonismo sobresaliente fue precisamente en Chiloé, donde permanece vigente hasta el presente.

Habían sido establecidos desde los primeros tiempos de la misión jesuítica como consecuencia inmediata de la erección de las capillas. El citado padre Bel refiere explícitamente que, después de sus experiencias, los religiosos determinaron “que cada capilla tuviese un indio que fuese fiscal, quien, bien instruido en todas las oraciones y preguntas del catecismo, las rezase a los demás indios que por la distancia no podían acudir a Misa los domingos, para que aquellas oraciones y preguntas fuesen algún reconocimiento y obsequio a Dios en los días festivos y juntamente las aprendiesen o, si las sabían, no se les olvidasen”.<sup>10</sup>

Como puede apreciarse en este caso, aparte de sus demás funciones, elemento principal de la actividad del fiscal es la celebración de un rito donde no hay sacerdote.

El fiscal, según la misma fuente, había “de bautizar a las criaturas que nacían en aquel desamparo y distantes de los sacerdotes, en cuya forma e intención había de estar bien enseñado para que aquellas pobres almas tuviesen pronto remedio

y no se perdiesen por falta de quien les supiese conferir el bautismo, que después, cuando cada año van los padres, suplen las demás solemnidades y ceremonias”.<sup>11</sup> En caso de duda sobre el exacto cumplimiento del rito, los religiosos procedían a bautizar *sub-conditione*.

Otra de las obligaciones del fiscal era la de llamar confesor en caso de enfermedad grave o peligro de muerte. En este último caso, preparábalos en “disponerle para el trance de la muerte, y cuando muere, enterrarle en su capilla, rezando todos los indios las oraciones por su alma, hasta que vayan los padres y le hagan el funeral”. Para adiestrarlos en la práctica de sus actividades, “se les tiene en nuestra casa –el Colegio de Castro– todo el tiempo que es necesario para que las sepan y salgan maestros que puedan enseñar a otros”.<sup>12</sup>

Se les sometía a exámenes y prácticas “en público en nuestra iglesia a los demás indios varias veces” para que ejercitaran lo que deberían posteriormente hacer solos, especialmente en la manera de bautizar, hasta que por fin “después que según las experiencias que se han hecho con ellos están bien en todo lo que pertenece a su oficio –porque siempre se eligen los que muestran ser más capaces– se les entrega la cruz, insignia de su ministerio de fiscal, avisándosele que si no cumple con exactitud con lo que le encargan [...] se le quitará la cruz y el que sea fiscal”,<sup>13</sup> lo cual constituía sin duda una insufrible humillación ante la comunidad.

< Funeral en iglesia de Caulín.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.



Hemos indicado que su actividad combinábase con la desplegada por los propios misioneros en la misión anual. Señalaremos a este respecto que el *Método que practican los padres de la Compañía de Jesús en su misión de Chiloé* especifica que, a su llegada a la capilla, eran recibidos por “una devota procesión así de los naturales como de los españoles, presididos por el fiscal”.<sup>14</sup>

En determinado momento, el fiscal era examinado públicamente de los casos que ocurrían en la administración del bautismo, cuyo ministerio practicaba durante el año; después del rezo vespertino del rosario, el fiscal refería nuevamente a los fieles el ejemplo propuesto por el misionero en la plática de la Misa del día y al tercero de la misión, con la concurrencia de las otras autoridades seculares de la capilla, averiguábase si cumplía con su oficio doctrinando a la juventud e instruyéndola de los puntos principales de la religión, si asistía a las preces comunes que mantiene el pueblo en ciertos días y si le presidía en ellas. No se escapaban de esta inquisición los mismos fieles, sobre cuya puntualidad y cumplimiento de sus deberes se demandaba públicamente al propio fiscal.

Los fiscales llevaban sus respectivos libros; de especial importancia era el registro de feligresía, con el recuento puntual de sus nacimientos, bautismos, matrimonios y defunciones. De igual valor era el libro manual de sus actividades, conservando en sus anaqueles la biblioteca del Colegio de Castro, en el momento de la expulsión de la Compañía, nada menos que setenta volúmenes “sobre Fiscal de Chiloé de un tomo en octavo”.<sup>15</sup>

Es necesario destacar que, con todo, el fiscal no agotó las varias formas de apostolado secolar que espontáneamente, por institución de los misioneros o aun por la autoridad civil, desplegó el laicado de manera tan característica en aquellos distantes territorios.

Por el testimonio del P. Diego de Rosales, sabemos que a mediados del siglo XVII existían en las islas catequistas niños, que no deben confundirse con los fiscales: al detallar el viaje del P. Diego de Villaza a Osorno y su cautiverio entre los indios cuncos en la zona de aquella antigua ciudad, en 1650, señala de paso que el religioso había llevado un indiecito “para que le ayudase a Misa y a hacer el catecismo y la doctrina cristiana a los niños, por saberla muy bien y ayudar a los padres en eso”.<sup>16</sup>

No sabemos en qué momento se completó el elenco del personal que, junto al fiscal, compone el cuadro de seculares vinculado directamente al cuidado de las capillas y a compartir parte de sus actividades al servicio de la comunidad. El *Método...*, que hemos venido citando menciona, ya en 1762, a los patronos.

En la complicada plana mayor que ha llegado en algunas capillas hasta nuestros días, se intuye la mezcla de algunos elementos del antiguo cabildo indígena, seguramente introducidos con motivo de la celebración de las fiestas patronales, si no en un estadio más tardío del desarrollo de la misión, incluso acaso posterior a la presencia de los jesuitas, o influida por sus sucesores, los franciscanos del convento de Santa Rosa de Ocopa, que continuaron su labor después de la expulsión de 1767.





Se componía este elenco del *patrono*, un seglar, hombre o mujer, elegido por el párroco, que en ausencia de este depende jurisdiccionalmente del fiscal, para atender al cuidado de la iglesia y de la “casa mita”,<sup>17</sup> guardar las llaves de la primera y cuidar, junto con la segunda, su orden, aseo, más los ornamentos e imágenes. Sus responsabilidades, frente a las del fiscal, que son espirituales, para el patrono son preferentemente materiales.

Los patronos no agotan el elenco del personal de cada capilla: el *sota fiscal* reemplaza al fiscal en sus ausencias, le sirve de ayudante permanente en caso de que la jurisdicción de la iglesia fuese demasiado vasta y participa de ciertos privilegios y honores. El *vice patrón* viene a ser, con relación al patrono, lo que el *sota fiscal* al fiscal.

Solo resta agregar que la institución de los fiscales superó las crisis de la independencia, y del siglo XIX, logrando perdurar en Chiloé hasta hoy con gran vitalidad. Puede considerarse como el logro más notable, dentro de los ensayos misionales de la Iglesia hispanoamericana, en cuanto a responsabilización seglar en tareas pastorales.

^ Durante la celebración de la Fiesta del Nazareno de Caguach, los fieles llevan a la iglesia cientos de velas para ser encendidas como mandas o por devoción al Nazareno. En la imagen, el encargado de ir desechando las velas ya consumidas limpia la mesa para que otras puedan ser colocadas. Fotografía: Andrés Figueroa.









## LA FIESTA

Todo el colectivo recién citado tiene su momento estelar en la celebración.

Si la liturgia de la Iglesia es por excelencia celebrativa, los misioneros de las islas, también por excelencia, la ejercitaron con singular éxito desde los inicios de la evangelización.

En un clima riguroso, en una geografía que no puede ser más accidentada, con el desafío de un mar proceloso, lo festivo tuvo en el archipiélago un desarrollo inversamente opuesto a un encuadre aparentemente tan adverso.

La fiesta se articula en torno a la celebración de los santos patronos de las comunidades que hemos venido tratando, y mientras en las ciudades –San Carlos (Ancud), fundada en 1768, y Castro, en 1567, donde los encomenderos, aunque vivieran en el campo, tenían su vecindad–, a sus fiestas patronales, respectivamente, San Carlos Borromeo y el apóstol Santiago, al parecer fueron precedidas por las del ciclo litúrgico temporal, con las celebraciones de Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua de Resurrección y Pentecostés.

En las capillas, en cambio, se celebra principalmente el ciclo santoral, esto es, a los patronos titulares.

Una ilustración sobre estos títulos revela un variado listado donde campea una buena muestra de preferencias por Jesucristo, a las que siguen advocaciones marianas y santos de la corte celestial, sin excluir algún misterio de la Fe.

Así, aparte de los dedicados a Jesús Nazareno, entre las capillas con nombres marianos, se citan la Inmaculada Concepción, la Anunciación, la Natividad, la Asunción –del Tránsito–, Nuestra Señora de los Ángeles, de Gracia, del Rosario, de la Merced, de Dolores, del Carmen, la Purificación –Candelaria–, del Socorro, del Amparo, de Monserrat.

< Fiesta del Nazareno  
de Caguach.  
Fotografía: Catalina Riutort.



No son pocas las capillas tituladas de san Juan Bautista, san Pedro, o san Antonio de Padua, Carlos Borromeo, Agustín, Sebastián, Francisco de Asís, Francisco Javier, santo Domingo, san José, san José de las Ánimas, san Felipe, san Ramón, san Fernando, santos Joaquín y Ana, santos Florentín, Sebastián, Judas, Santa Rosa o santos Reyes, Espíritu Santo.

En fin, la corte angélica aparece representada con los nombres de los tres arcángeles Rafael, Miguel y Gabriel, además de los santos Ángeles Custodios.

Aquellas fiestas que caen en los meses de verano permitieron el mejor desarrollo de su celebración, explicándose por esta causa el brillo que tienen San Sebastián, el 20 de enero, y la Purificación, o Candelaria, el 2 de febrero; por la misma razón en el siglo XIX se introducirá la de nuestra señora de Lourdes, el 11 de febrero.

Dos antiguas fiestas sobresalen por su popularidad y masiva asistencia de fieles: la de la Candelaria, en Carelmapu, y del Jesús Nazareno de Caguach.

Debe tenerse presente que el límite norte del gobierno de Chiloé, durante el período español,

fue el río Maipué, en el continente, perteneciendo en consecuencia sus capillas, Carelmapu, incluida, en al gobierno de las islas. Aunque la fiesta convoca al vecindario de todo el archipiélago, actualmente depende a la jurisdicción del Arzobispado de Puerto Montt.

En la ribera norte del canal de Chacao, en torno a la imagen de la Candelaria, salvada de la despoblación de Osorno en 1605, su vistosa ubicación convoca cientos de embarcaciones, incluidas las lanchas chilotas de dos palos, que en la vigilia precedente al 2 de febrero, encienden velas y luminarias revistiendo de inimaginada fantasía las aguas del canal.

La fiesta del Nazareno de Caguach se debe al celo del P. Hilario Martínez, franciscano del convento de Ocopa, que la establece en 1778, el 30 de agosto, con una convocación de fieles en número y entusiasmo en todo análogo al visto en Carelmapu. Aparte de los alardes festivos a que se aludirá enseguida, desde entonces data la regata de “las cinco islas” –Caguach, Tac, Apiao, Alao y Chaulinec– herencia de la institución de los “indios bogadores”, mencionados antes, en medio del entusiasmo y preferencias de los asistentes.

> Festividad religiosa en la iglesia de Quinchao.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.







## SUS VARIANTES

Como se deduce de las celebraciones citadas, la fiesta en el archipiélago desborda los límites de lo exclusivamente devocional. Literalmente “aislados”, para los vecindarios de la diáspora de Castro, que durante el año llevan una vida sin duda monótona, regular, la fiesta significa no solo una expresión de su vida espiritual, sino una gran interrupción de su rutina.

✓ Los *pasacalles*, banda con música de acordeones, se encuentran en todo el archipiélago chilote. Fotografía: Lincoyán Parada.

>> Hombres visitan cementerio en Cucao. Fotografía: Luis Poirot.





En este encuadre deben citarse las fiestas “de Cabildo”, presididas por *supremos y supremas*, alféreces y princesas, y los Autos de Moros y Cristianos.

Todo se manifiesta en aspectos que son en gran parte herencias seculares, siempre enriquecidas con nuevos aportes. Pero desde principios del siglo XVIII, el correspondiente “concurso”, es decir la reunión de gente de todas edades y sexos, fue objeto de la más viva atención pastoral, en defensa de la fe, moral y las buenas costumbres. La fiesta, por otra parte, es un momento de encuentro, donde habitantes de distintas islas se conocen, se saludan, se reconocen. No pocos enlaces matrimoniales tienen sus inicios en las fiestas. Uno de los temas que causaba preocupaciones era el comer y el beber.

Antes que existiesen los modernos recursos para la conservación de los alimentos, era necesario sacrificar animales enteros y comerlos enseguida; incorporar los frutos de la tierra y del mar, pescados y mariscos. La máxima expresión culinaria será el curanto, cuya faena es otra expresión participativa subsistente hasta el presente.

La ingesta de bebidas, el vino, es proclive a la ebriedad, fustigada por los misioneros, y desde el establecimiento de la diócesis de Ancud, por los obispos, que en vano fulminan las más severas censuras.

Frente a estos aspectos, dos expresiones festivas dan belleza y color a la fiesta: la música, con sus “pasacalles”, de tan antigua data europea, y las banderas, juego de virtuosismo y belleza que recuerda ancestrales suertes españolas, si no

otras tan famosas como el chioistro, de Foligno, en Italia, en gran parte dependiente de España.

Parte importante dentro de este mundo son los rosarios cantados, letanías, oraciones, cánticos y alabanzas –gozos–, la recitación de antiguas oraciones, heredadas y repetidas con una especie de prurito respecto a su fiel transmisión. Coros de niños huilliches han transmitido hasta nuestro siglo expresiones de música culta, en este último caso, en lengua nativa.

Toda esta música, a la que deben agregarse los citados cantos de iglesia –rosarios, letanías, coros y poemas– hacen que las islas constituyan un conservatorio de expresiones ancestrales, fuente inagotable de información para costumbristas e investigadores del folclore.

Con paisajes de gran belleza, con su rica herencia espiritual y hermosas expresiones artísticas, Chiloé es depositario de una herencia cultural verdaderamente sorprendente. Desde el punto de vista de la evangelización, la creatividad de sus antiguos misioneros aporta formas y datos desconocidos en el resto del país, aún del mismo continente.

Desde el punto de vista cultural, aparte de la aportada por las escuelas “del Rey”, los misioneros, con la transmisión de poemas, oraciones y cantos, hacen que el archipiélago constituya literalmente un territorio del saber, del leer y escribir.

Todo este mundo es inseparable de la acción de la Iglesia que, por medio de las expresiones descritas, resulta ser igualmente una privilegiada animadora y transmisora cultural.











# Recuerdos LOS FISCALES



“Don Juan Eligio Mansilla Loayza, nacido y crecido en esta isla, siendo muy joven tomó la enorme responsabilidad de ser fiscal. Lo llamaban el fiscal bueno, fue un hombre de mucho trabajo y de un amable corazón, no le importaba ninguna clase de sacrificio para ver sus anhelos.

Cumplidor en el trabajo como fiscal en una pequeña iglesia antigua que quedó en tiempos de los primeros conquistadores.

Ya que sus padres fueron unos de los primeros habitantes de esta isla, don Eligio lo llamaba la gente con mucho respeto y cariño. Donde mandaba el fiscal todos obedecían, ya que en aquel tiempo era la máxima autoridad.

La iglesia para él era como su casa. Allí guardaba sus útiles de pesca y cuando [se] quedaba muy tarde allí dormía. Tenía una inmensa fe en sus imágenes y en Dios mismo. La patrona de esta pequeña iglesia era la Virgen de la Aurora. En la misma capilla bajo el piso se sepultaban los muertos. Al frente de la capilla había una cruz de madera en la que se podía leer esta frase: ¡Salva tu alma!

Era incómoda y estrecha y esto no le gustó al fiscal. Un día reunió su gente y les dijo: ‘tenemos que hacer una iglesia nueva, cueste lo que cueste’, y empezaron la nueva iglesia. Don Eligio, joven y trabajador y de un gran tener, él mismo donó una cuadra de tierra para edificar.

^ Casullas en iglesia Nuestra Señora de los Dolores de Dalcahue. Fotografía: Jorge Marín.

> Fiscal en iglesia Nuestra Señora Gracia de Nercón. Fotografía: Luis Poirot.







Se formaron comisiones, unos fueron a la madera, mientras él con el resto de la gente trabajaban el sitio. En primer lugar sacrificó a su yerno. Para el viaje a la madera tuvo que llevar bastante gente, ya que la madera se cortaba y se labraba a pura hacha. Este sufrido viaje en lancha a vela duró más o menos un mes. Llevaron a sus mujeres para cocineras. Ellas con sus pequeños hijos en brazos partieron para así cumplir con su fiscal y con Dios. Unos fueron a las islas Deseptoras [Desertores] y otros a Chauques.

El valiente fiscal, mientras, tenía que trabajar para mantener a su familia y seguir con el trabajo

de la capilla. Cuando la madera estuvo reunida, reunió de nuevo a su gente y les dijo: 'la obra está a cargo de don Alejandro Álvarez'.

En esto ya llevaban meses y meses de trabajo y el ánimo era el mismo. Se necesitaba una iglesia grande y bonita y había que tenerla cueste lo que cueste. 'Yo voy a donar una vaca', dijo don Eligio, 'para que se coma mientras se trabaja'. Como jefe de hogar era muy bueno y su señora lo acompañaba en todo en muy buena unión.

Entonces siendo obispo de la diócesis don Román Ángel Jara y cura párroco don Braulio





Guerrero, ante una gran concurrencia de fieles, se procedía a bendecir la primera piedra, con alegría para este fiscal al ver que su sueño ya era realidad. En el lugar que estaba la capilla antigua se construía el cementerio, quedando todo en orden.

Seguía trabajando, tenía que pescar para mantener su familia. Su pesca era en lancha a vela hacia la cordillera y las ventas eran en Ancud. Estos viajes duraban más o menos un mes. El trabajo de la iglesia seguía y nuestro fiscal no decaía.

Quedó viudo de muy joven pero con su gran fe no le daba importancia a la muerte, se lo decía a Dios y eso lo consolaba.

Don Eligio, a pesar de que tenía muy poco estudio, sabía leer y escribir correctamente y para cantar misa tenía muy buena voz, y se lo aprendía de memoria. Cuando se enfermaba alguno de sus feligreses allí estaba él como fiscal de noche y de día hasta la agonía del paciente, él los ayudaba con sus oraciones y cánticos religiosos.

Era un hombre admirable, el gran anhelo de tener una iglesia nueva había llegado a su fin, este trabajo duró dos años y empezaron a trabajar para tener una casa para que aloje el padre cuando llegue a hacer misa.

Don Eligio siguió trabajando y buscando otros adelantos para su isla y por la religión. A él le gustaba mucho leer y en un diario se enteró de que en Francia había aparecido una virgen milagrosa, Lourdes, apareció en una gruta. 'Tenemos que tener una gruta en Llingua' [pensó]. Mandó a encargar una imagen para la iglesia y luego otra para la gruta. Y como fue que Dios ayudaba a este afortunado fiscal, en el mismo lugar donde quedó instalada la iglesia se alzaba un hermoso cerro del cual descendía un pequeño chorro de agua, era un lugar apropiado para la gruta.

Para entonces la gente parecía un poco cansada, pero nuestro fiscal no decaía, reunió los niños, en primer lugar sus nietos, y empezó el trabajo de cortar monte, ya que era un espeso matorral. Reunió diez o más personas trabajando y a cada niño le pagaban diez centavos al día. Después de un período de tres años de trabajo, al fin quedó instalada la gruta y se celebró la misa el año 1927. Desde ese día quedó instituida la misa de Lourdes el 11 de febrero de cada año. Qué hermoso lugar se puede apreciar, cuán grande fue el afecto de toda la isla al mando de su fiscal, lo cual no es tarea fácil.

Fue justo, hacía como juez de la isla, cualquier problema él lo solucionaba todo, para decirte que el estudio que tenía mi tío le daba hasta como para ser abogado. A la iglesia le hacía falta una campana grande 'que se oiga en toda la isla', [decía]. 'Tenemos que tener un armonio, para tocar las misas' y por medio de colectas y sacrificios tuvieron un armonio. Cuando vio que no podía llevar esta inmensa responsabilidad entregó su cargo a don Carmen Ainol.

Pidió que se le haga una misa para dar gracias a Dios [...] y eligió un lugar en el cementerio para que lo sepulten cuando se muera y allí lo sepultaron. Su recuerdo quedó en cada uno de los llinguanos, ya que el terreno que él donó sirve para toda clase de edificios fiscales y sociales. Tenemos parte de la escuela, la posta de primeros auxilios y una sede social.

El fiscal Juan Eligio Mansilla Loayza sigue siendo el fiscal bueno y su ejemplo sigue ahora y siempre".

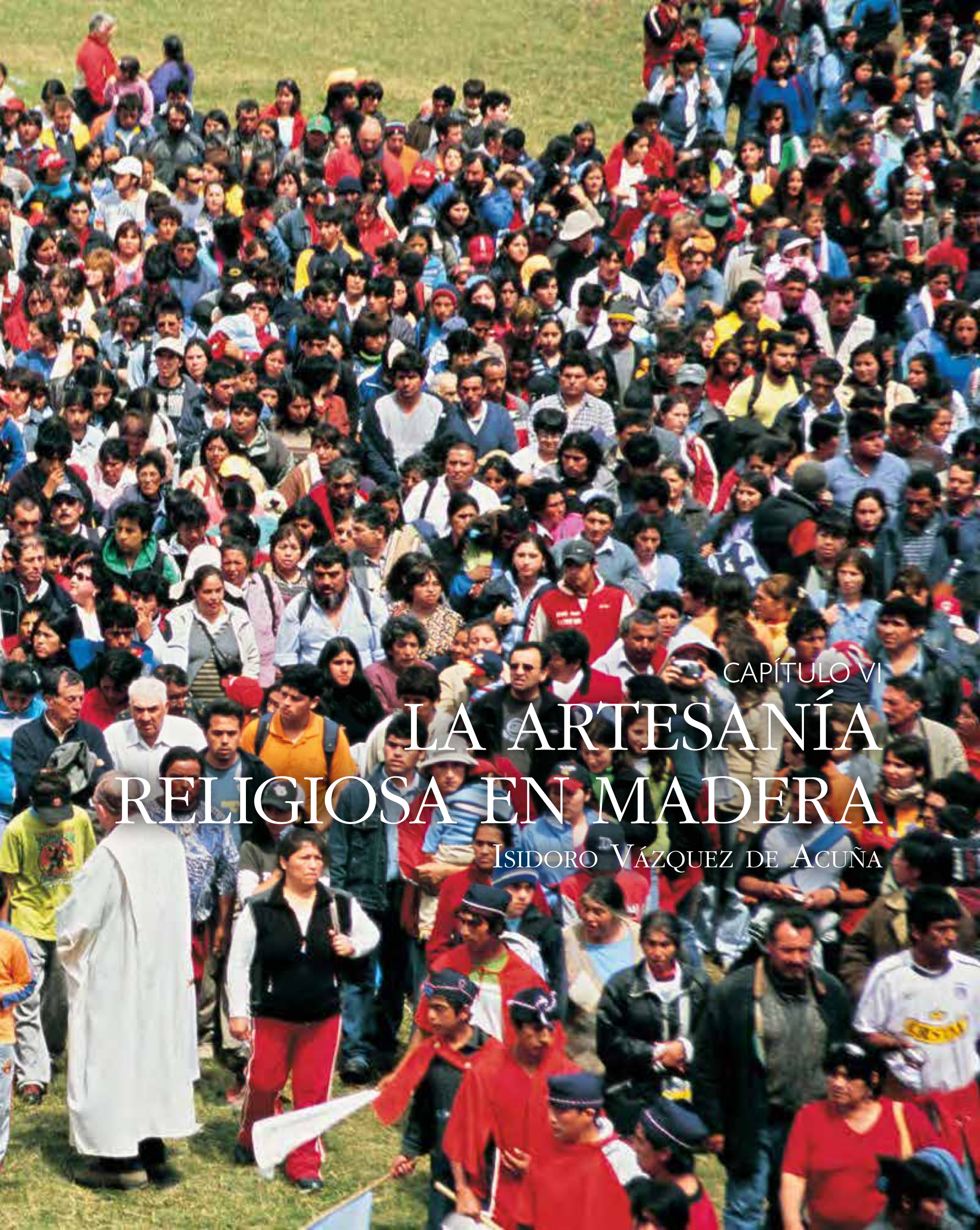
*"Vida del mejor fiscal de Llingua". Escuestadora: Noemí Mansilla, 37 años. Encuestado: Pedro José Mansilla, 69 años. Llingua, 30 de abril de 1977. Manuscrito sin autor, pp. 12-14.*

< Tanto adultos como niños, se reúnen en torno a la parroquia. Fotografía: Guy Wenborne.









CAPÍTULO VI

# LA ARTESANÍA RELIGIOSA EN MADERA

ISIDORO VÁZQUEZ DE ACUÑA









Desde la llegada, a principios de 1567, del Teniente General del Reino Martín Ruiz de Gamboa, fundador de la ciudad de Castro, núcleo del poblamiento, se produce entre españoles peninsulares y sus descendientes españoles una simbiosis más cultural que étnica con los aborígenes del archipiélago, en las artes y técnicas de la navegación, y en el uso de los recursos naturales, que mezcla para el bien común el lenguaje, la fe y la cultura, en un universo de infrecuente comunicación, en que la navegación propulsada por los vientos y corrientes acerca más a los habitantes de las ínsulas chiloenses con Lima y las islas remotas del Pacífico, que con el Chile nuclear. Tanto por esa vía de intercambio comercial y administrativo, como por intermitentes arribos procedentes de Europa a través del estrecho de Magallanes, principalmente por el paso del cabo de Hornos, se conecta Chiloé con el mundo civilizado de esos tiempos.

Aquella escasez acompañó también a los misioneros que llevaban la palabra del Evangelio hasta los más alejados lugares en aquella geografía difícil pero de una gran hermosura, afrontando sus inclemencias climáticas y las grandes distancias, para la asistencia de los católicos españoles y de la catequización de los habitantes vernáculos. Además de sus ornamentos sacerdotales transportaban pequeñas imágenes y láminas como ayuda didáctica en su propaganda fide. Trataban con experiencia milenaria de asociar el culto al espíritu del hombre, aunar el intelecto y la afectividad humanos con el servicio divino, empleando toda posibilidad de sincretismo, como se había practicado desde la remota antigüedad en torno a lo divino. Por ello, ocupando la mayor o menor habilidad de sacerdotes o de laicos en el uso de los elementos que la propia naturaleza otorgaba para la fabricación estatuaria, se recurrió a las mejores maderas de los bosques selváticos teniendo como arquetipos las pocas imágenes importadas desde Europa o de los reinos americanos. A la vez, la labor de los “santeros”, durante los siglos que duró esta actividad esporádica, era también un testimonio de oración, de fe plásticamente demostrada, ya fuese para el culto dentro de los templos o peregrinando como hasta ahora de casa en casa, de familia en familia, promoviendo novenas y pagando mandas. De tal modo, teniendo como modelos imitables aquellas imágenes foráneas, de mejor factura y de materiales distintos, se fueron sembrando en las islas y hasta lejanos ámbitos de la gobernación de Chiloé, manifestaciones de esta “escuela” derivada de la española, pero con características propias en su estilo y materiales.

<< Festividad del Nazareno de Caguach.  
Fotografía: Catalina Riutort.

< San Miguel Arcángel. Iglesia de San Francisco de Castro.  
Fotografía: Fernando Maldonado.



## HAGIOGRAFÍA<sup>1</sup>

La artesanía religiosa del archipiélago se confunde con el culto a las imágenes que existía en los ámbitos del Imperio español. Jesús crucificado, imprescindible como el mayor testimonio de nuestra fe católica, no podía faltar en ninguna iglesia pues es la centralidad de los altares. Además le portaban todos los frailes y misioneros en sus propios cuerpos. Casi a la par era venerada la Santísima Virgen María en cualquiera de sus numerosas advocaciones. Cuatro imágenes traídas desde España por conquistadores y sacerdotes son las que dan principio a todas las vírgenes que desde entonces protegen el territorio del que decenios después se conocería como Reino de Chile. La más venerada fue Nuestra Señora del Socorro, culto napolitano. La primera imagen de esta advocación, de madera y bulto completo, la portó don Pedro de Valdivia en el arzón de su montura. Aún se la honra en el altar mayor del templo de VAAA de Santiago. Su culto original fue el de la Asunción; a ella se había encomendado el padre de nuestra nacionalidad, antes de salir del Cusco. Luego llegó la Virgen de la Victoria, desaparecida de la catedral capitalina. Imagen de vestir de candelero, con antiguo rostro y manos de talla española, que llegó a Chile en 1548, y la Purísima de los Mercedarios con un Niño Jesús en sus brazos. “De estas cuatro imágenes señeras el fervor religioso fue desprendiendo los infinitos cultos del antropomorfismo mariano”.<sup>2</sup>

En el siglo XVII las necesidades ornamentales del reino fueron satisfechas por las escuelas de Lima y del Cusco. Desde allí se sabe que en 1622 el P. Luis de Valdivia trajo cuatro imágenes pintadas en Lima por Juan Rodríguez.

Estimulado, el Cabildo catedralicio encargó en 1623 una estatua del Apóstol Santiago, a caballo “el mejor que pueda hacerse”.<sup>3</sup> A estas vírgenes se sumaron desde España y de Italia los santos que encargó en 1629 el admirable Obispo de la Orden mendicante de san Agustín Fray Gaspar de Villarroel: las estampas del apóstol Santiago y de san Saturnino, pintadas por Pedro del Portillo.

Respecto a la santería austral, Pereira Salas señala como la más antigua la Virgen Candelaria de Carelmapu y, principalmente, la Virgen de las Nieves, culto romano, que desde 1552 figura como patrona de Villarrica, que llevó desde el virreinato peruano el Obispo Fray Antonio de san Miguel en 1568, la que instaló debido a la cruenta guerra de Arauco en la Imperial, trasladada luego a Concepción donde aún se venera en el Sagrario de su catedral.

La carencia de artesanos santeros en Chile, retrotrae el origen de la fabricación de imágenes a la llegada de sacerdotes de la asistencia de Alemania, en especial al hermano coadjutor Juan Bitterlich, bávaro que trabajó en la iglesia de la Compañía de Jesús en Bamberg, una de las joyas de la arquitectura alemana. A partir de 1715 estaba como escultor al servicio del Cardenal Príncipe de Schönborn. Este hermano escribió en 1720 a su Provincial solicitando el envío de jesuitas artesanos diciéndole: “En cuanto a mi oficio tengo aquí trabajo excesivo para toda la provincia de Chile; porque los superiores de todas las casas me piden con insistencia estatuas, altares y edificios porque en estas regiones no se encuentra escultor ni arquitecto que entienda a fondo su arte”.<sup>4</sup>

> Pequeña imagen de madera policromada de la Virgen del Socorro, que trajo consigo Pedro de Valdivia y que le acompañó durante su travesía por América. Colección Iglesia y Convento de San Francisco de Santiago. Fotografía: Andrea Torres.













En 1748 el R.P. Karl Von Haymhausen, en el mundo Conde del Imperio de tal denominación, entre otros elementos trajo en su equipaje seis cajones de santos procedentes de Nápoles y cuatro estatuas sacras talladas en madera desde Barcelona. Ello suma a la influencia bávara la de ese reino italiano, en ese tiempo un emporio cultural gracias al impulso del rey Carlos VII, posteriormente tercero de tal nombre en el Trono de España, que por serios motivos expulsara a los miembros de la Compañía de Jesús de sus dominios en 1767.<sup>5</sup>

De tal modo arribaron a las Indias no solo esculturas de bulto sino partes de ellas, como cabezas y manos para construir santos de bastidor que vestían los ropajes correspondientes a su advocación, manera barata de suplir la estatuaria de mayor costo y fomento de la devoción, no solo para iglesias y conventos, sino para residencias de los súbditos.<sup>6</sup>

< Iglesia Nuestra Señora Gracia de Nercón.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

> Cristo crucificado.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.



## LAS IMÁGENES LLEGADAS A CHILOÉ

Nada sabemos de las imágenes traídas por los conquistadores en 1567. Indudablemente debieron transportar alguna. Además del infaltable crucifijo y de la Santísima Virgen María, las advocaciones de Santiago de Castro y san Antonio de Chacao, nos inducen a pensar que el apóstol y el taumaturgo lisboeta, sepultado en Padua, debieron estar representados en efigie poco tiempo después de fundarse ambas poblaciones. Se conservaba en Castro hasta el siglo XX un Santiago Matamoros empuñando una espada, jinete en un corcel brioso y blanco. Infortunadamente, no hay ni descripción ni fotografía de dicha imagen, que consta en el inventario de las temporalidades de los jesuitas en 1767.<sup>7</sup>

En el incruento poblamiento comandado por Ruiz de Gamboa, de acuerdo a las normas existentes pasaron como capellanes Antonio Descobar y Francisco Ruiz, que formaron parte de la Real Orden de la Merced. A fines del siglo XVI arribaron los franciscanos que formaron feligresía en Calbuco y Carelmapu. El jesuita Luis de Valdivia llegó en viaje misional a Castro el 1° de noviembre de 1595, visita preparatoria para la fundación en 1619 del Colegio de la Compañía de Jesús, del cual dependieron las misiones de Caylín, con jurisdicción misional hasta el cabo de Hornos, y las de Chacao y Achao, de las que salían a promover la fe en sus misiones circulares, que abarcaron el islambre patagónico y, entre otras, las capillas

de Nahuelhuapi.<sup>8</sup> En 1600 era cura y vicario de Castro don Pedro Contreras Borra el cual fue un mártir de la fe durante el ataque del corsario holandés Baltasar de Cordes, como relata el cronista jesuita Diego de Rosales, en su *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*.<sup>9</sup> Hasta 1750 solo existieron las parroquias de Castro, Chacao y Calbuco, siendo la labor de los seguidores de san Ignacio de Loyola casi los únicos responsables de la evangelización. De modo coincidente y hasta su expulsión en 1767 fueron los miembros de la Compañía los principales artífices de la estatuaria autóctona.

No hay constancia del momento del surgimiento de las primeras imágenes vernáculas ni del nombre de sus autores. Se presume que sacerdotes o hermanos coadjutores con algunos conocimientos de estatuaria y manejo de herramientas de carpintería fueron los que iniciaron esta rama de la santería, quienes también enseñarían a contados españoles o indígenas de Chiloé la maestría correspondiente. En todo caso la influencia germana se comprueba por los inventarios a los que aludimos que dejaron el testimonio de lo que existía en las casas jesuitas en el momento de la expulsión. De modo supletorio los misioneros franciscanos procedentes del Virreinato peruano del Convento de Santa Rosa de Santa María de Ocopa también se preocuparon de continuar el culto y la didáctica evangelizadora mediante las sagradas imágenes.

> Capilla en Colo.  
Fotografía: Jorge Marín.













## LOS MÉTODOS ARTESANALES

Muy poco se sabe de los métodos de los santeros de Chiloé. Solo el análisis de sus obras llega a sugerirlo.

El oficio de esta artesanía en madera era transmitida individualmente de una generación a otra, de persona a persona. Las imágenes muestran homogeneidad de tipos, técnicas y sensibilidad.

La escultura religiosa local que bauticé como “escuela hispano chilota” cumple totalmente con la exigencia fundamental de toda obra de arte: ser sincera y lograr la expresión buscada hasta encarnarla en una forma, aunque generalmente torpe y sin refinamiento de acabado. La mayoría de las imágenes está confeccionada para ser vista desde la elevación de los altares o desde lejos, en el movimiento de los pasos o andas en las procesiones. Por tratarse de un arte “impresionista”, se puede explicar y aceptar el descuido manifiesto en la elaboración de sus detalles. Su relevancia se evidencia por la duración de su culto en el tiempo.

Pese al paso de los años la cantidad de imágenes es apreciable. El cambio cultural de las generaciones, aunque lento durante siglos, ahora veloz y despiadado, ha disminuido, y no puede olvidarse que el canon estético que desde el siglo XIX invadió al clero, empezando por algunos obispos ilustres o ilustrados, prefirieron relegar de los altares a las figuras más deterioradas o a las que consideraron menos adecuadas para el culto, sustituyéndolas por aquellas proporcionadas y estéticamente admiradas de las fabricadas en Francia y después también en Chile, que por hermosas que puedan considerarse son producidas en serie. Como remate de la incomprensible interpretación que le dieron los sacerdotes más *aggiornatos*, seguidores de los extremos del Segundo Concilio Vaticano, generalmente misioneros extranjeros de crasa ignorancia o desinterés por entender la mentalidad de sus fieles isleños llevaron a museos, anticuarios o simplemente a la destrucción muchas imágenes sacras de la antigua catolicidad de Chiloé. Sin embargo, renacieron algunos artesanos que con interés comercial han imitado algunos de los santos vestidos que otrora abundaron en las iglesias y en el culto doméstico.

< Festividad en iglesia Nuestra Señora Gracia de Quinchao.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.



## TIPOLOGÍA

Las técnicas de imaginería chilense siguen, en líneas generales, los mismos procedimientos y tipos de imágenes empleados por el resto de la escultura religiosa hispanoamericana. Hay mayoría de imágenes de candelerero o bastidor, que se recubren de vistosos ropajes y se enriquecen con numerosos atavíos como coronas, collares, aros, rosarios, sogas y báculos. Los rostros se destacan por su hierático primitivismo que acentúa sus rasgos con líneas duras y cortantes. Desde el punto de vista técnico, las imágenes de Chiloé se agrupan en tres tipos de santería en madera, que se describen a continuación.

### IMÁGENES DE TALLA COMPLETA

Se denomina talla el trabajo ornamental realizado en madera y utilizado en la decoración de retablos, púlpitos, sillerías, artesonados, muebles y en general, toda obra de carpintería de lo blanco.<sup>10</sup> Su intención es decorativa, no en la imagen misma que puede formar parte de un todo ornamental. También se habla de tal tipo o de tal calidad de talla según la técnica utilizada en el trabajo escultórico de la madera.



< Púlpito lateral en la iglesia Santa María de Loreto de Achao; cuelga de la columna y está profusamente decorado con motivos tallados en madera. Se puede apreciar también la bóveda, seccionada en cinco canales con casquetes. Fotografía: Pablo Maldonado.

> Iglesia de San Francisco de Castro, vista de la bóveda de la nave central desde el altar principal hacia la puerta de acceso. Fotografía: Fernando Maldonado.









## LA ESCULTURA DE IMÁGENES DE BULTO EXENTO O DE BULTO REDONDO

Se trata de una imagen de talla completa, si la totalidad de la figura se esculpe en el mismo material y con el mismo grado de terminación, cabellos, ropajes, etc. Se las encuentra en Chiloé desde las que constituyen verdaderas obras de arte, las menos, hasta las más simples y primitivas que ornamentan humildemente las capillas del archipiélago o se conservan en poder de familias devotas, coleccionistas y museos.

Como ocurrió en todo el Nuevo Mundo, hubo en Chiloé artífices de la madera. Sus nombres se perdieron en el anonimato, excepto los de algunos misioneros jesuitas, que eran sus autores debido a las herramientas y partes de imágenes en preparación, según quedaron en el

momento de la expulsión de aquellos en 1767. La procedencia de los padres Francisco Xavier Kisling (Euchletten, Franconia), Mayer (Riggeneul, Palatinado), Strasser (Filingen, Baviera), Erlanger (Cometaven, Bohemia), Friedl (Imbit, Tirol), significa asimismo una influencia artesanal que trasciende el ámbito hispánico al mundo germánico, con influencias italianizantes.

No existieron talleres de santeros, como ocurrió en el Virreinato del Perú o en México, por ejemplo, sino que fueron individuos aislados que tuvieron mayor capacidad para el arte del tallado y de allí la diferente calidad, con la característica especial de cierta semejanza en sus estilizaciones.



Las maderas predilectas para la ejecución de las imágenes fueron las de ciruelillo, ciprés, cedro o avellano y otras de árboles regionales. Empero, de pronto se encuentran maderas foráneas, las que provienen de palos y tablones llegados desde fuera, posiblemente partes de cajas, restos de embarcaciones, etc.

Las herramientas usadas en la talla eran cuchillos, cortaplumas, gubias, formones, escofinas, serruchos, azuelas, barrenos, etc., objetos de los que dispusieron los jesuitas y sus sucesores, y los carpinteros de ribera, más que los santeros espontáneos, dada la escasez de tales instrumentos por su elevado precio en aquellos aislados confines del Imperio.

Los santeros iniciaban su obra modelando la cabeza, pues allí encontraban el módulo o compás, medida reguladora equivalente a la distancia entre el nacimiento del cabello y la barbilla.<sup>11</sup> Nueve compases medía la figura humana que resultaba así poco esbelta. Recuérdese que el canon de Vitrubio y Leonardo era de diez veces la longitud del rostro. Había

dos compases desde el hombro al codo, e igual medida desde este a los nudillos. El pie era la novena parte de la altura del cuerpo, teniendo la mano un compás de largo y medio compás de ancho.

Respecto a las proporciones del rostro se lo consideraba dividido en seis partes. Dos correspondían a la nariz, midiendo el ojo una parte y dos la boca y la oreja.

No había un canon determinado para los niños. Las proporciones las daba el escultor guiándose por su gusto y de acuerdo a la realidad, sin que ello signifique que el santero trabajara con el modelo al frente. Todo lo esculpían de memoria reproduciendo el tipo ideal establecido y admitido tradicionalmente, o quizás mirando una estampa u otra imagen que copiaban por encargo.

Las imágenes de bulto de talla completa son las más escasas en el ámbito chilense, aún incluyendo los numerosos crucifijos que con mejor o peor capacidad revelaban cierto conocimiento de la anatomía humana desnuda.



< Cristo justiciero o de la buena esperanza. Iglesia Nuestra Señora Gracia de Nercón. Fotografía: Luis Poirot.

> Fiesta de San Pedro en Ancud. Fotografía: Rodrigo Muñoz.



## CRISTOS

Los crucificados de Chiloé, como los de otras escuelas, se dividen en tres modelos básicos de acuerdo a su actitud de *implorantes*, *agonizantes* y *muertos*. Los primeros, poco frecuentes, dirigen el rostro y la mirada al cielo. Los agonizantes suelen mirar de frente o con los ojos entornados o cerrados, pero afrontando el rostro del espectador. Los Cristos muertos, la mayoría, tienen la cabeza inclinada hacia un lado. A veces parte de la guedeja les cae sobre el hombro mientras el resto del cabello resbala por la espalda. Las dimensiones de estos Cristos fluctúan entre los 11 y los 150 centímetros. Los más numerosos tienen entre 45 y 100 centímetros.

De modo excepcional se encuentran con cabezas de pasta o con mascarilla de lo mismo. Los brazos de estos Cristos están generalmente levantados y abiertos en forma de Y.

Siguen los semejantes a la escuela quiteña con las manos clavadas a la misma altura que la parte superior de la cabeza. Existe una posición intermedia entre las anteriores que es menos frecuente. No existen Cristos con brazos abiertos de modo horizontal al estilo románico. Si los brazos no van ensamblados se usan bisagras de cuero reemplazadas modernamente por las de metal en las axilas. Tal característica solo aparece en los crucifijos de mayor tamaño para facilitar su transporte y para la ceremonia de Semana Santa denominada "el desclave", en que la estatua se pone yacente en un catafalco y se vela hasta el día de la Resurrección, el Sábado de Gloria.

Las manos en las figuras más rústicas aparecen desproporcionadamente grandes respecto al cuerpo. En imágenes más pequeñas esta deformidad surge por falta de pericia del artesano o por una solución práctica para el clavado y suspensión mediante tarugos de madera. Siempre el clavo atraviesa la palma.

La caja torácica muestra los pectorales en tensión, o semi distendidos, con delineación de las costillas y del arco abdominal, lo cual se transparenta bajo la piel con mayor o menor énfasis. Los antebrazos se juntan al tórax esbozando los tendones y las venas en las imágenes mejor logradas.

Las piernas suelen ser más gruesas, estilización tubular en los Cristos más rústicos. En menor proporción las hay huesudas. Las pantorrillas, a veces no bien delineadas, suelen tener una leve separación entre sí, casi imperceptible.

> Iglesia Santa María de Loreto de Achao.  
Fotografía: Luis Poirot.







A CRUCIFIXO  
5º DIA

COMUNICACION  
PARA EL  
MEJORAMIENTO  
DEL CULTO

ROSAVED  
VELAS







En otras aparece con una abertura mayor debido a la flexión de las extremidades, al ir una sobre la otra para permitir la clavazón mediante un solo clavo. Suele sobreponerse el pie derecho sobre el izquierdo, raramente acontece lo contrario y aun menos frecuente es el uso de un clavo para cada pie.

La estilización del cabello consiste en el tallado de líneas rectas, como en el crucifijo de Achao, a veces con finas ondulaciones, como en el ejemplar de la iglesia de Mechuque. Esta forma de representación concuerda con el tratamiento de la barba, redondeada, roma o partida. En ciertos casos la cabellera no tiene ninguna estría, y la superficie lisa va pintada de color castaño oscuro. Ello permite suponer que el Cristo tuvo peluca de cabello natural. Este no se encuentra como aditamento de los crucificados, al contrario de lo que sucede con los Nazarenos. Como excepción, hay Cristos con melena diseñada en pasta o tela encolada.

Los cuerpos suelen tener la carnación pintada de blanco con derivaciones rosadas o trigueñas, pero nunca el color moreno o cobrizo. Las facciones de los Cristos, como en la totalidad de la santería de Chiloé, pertenecen a la llamada "raza caucásica" y no poseen elementos antropológicos indígenas. El tratamiento de la anatomía suele ser elemental y estilizado. Hay excepciones aunque lo frecuente es la simplificación de los rasgos, el hieratismo y la rigidez. Las proporciones dependen de la capacidad del santero tallador.

La sangre y las llagas aparecen rojas y más pintadas que diseñadas en la talla. *El paño de pureza* suele ser de variada forma, desde la simple estilización

hasta la riqueza de pliegues en el tallado o en la tela de arpillera encolada también excepcional. Los pliegues pueden ser horizontales, verticales, angulosos, ondulados, en volutas, arrugados. Se encuentran paños blancos en mayor número, a veces de bordes ensangrentados, rosados, verdosos, rojizos, celestes o de color salmón. Algunos dejan ver el cordón tallado que lo sujeta a la cintura de la imagen, lleve o no sobrantes recogidos y anudados al costado derecho. Como excepción aparece el sobrante al lado siniestro. También existen paños sin lucir sobrante. A veces la devoción ha superpuesto enaguillas de hilo.

No hemos encontrado Cristos con el corazón latente a través del costado abierto por la lanza del centurión Longino de Cesarea. Este rasgo típicamente barroco no fue usado en Chiloé, pese a ser frecuente en imágenes cusqueñas o quiteñas. Tampoco se encuentran ojos de vidrio, salvo una excepción (Voigue).

Muchos Cristos no poseen corona de espinas pero pudieron llevarla antiguamente. Las que existen son de cuerda o cuero trenzado con púas de madera o de cuero. Además hay entretrejidas con ramas espinosas o junquillos, raramente incluidas en el propio tallado de la cabeza.

Los maderos de la cruz son muy diversos, torneados, angulosos, de simples traviesas de tablón o tabla con o sin cantoneras y de pedestales rústicos o más elaborados e incluso algunos metálicos. Los colores, si la madera no está pulida o encerada, son azul turquí o más oscuro, celeste, verde, negro, castaño, rojo ladrillo, a veces con algún adorno de color o dorado. Generalmente poseen una cartela con la inscripción INRI, en letras negras sobre fondo blanco.<sup>12</sup>

< "Cristo chilote". Colección Iglesia y Convento de San Francisco de Santiago.  
Fotografía: Pablo Maldonado.



## IMÁGENES DE VESTIR

La imagen vestida o de vestir, solo tiene esculpida ciertas partes como cara, manos o pies, el resto queda oculto por ropajes o tela encolada. Son las primeras aquellas que con un armazón de listones como cuerpo sostienen cabeza y brazos. Muchas veces sujeta el armazón a la base a modo de piernas un busto de madera apenas trabajado.

Las segundas son aquellas con el cuerpo de madera insinuando en la escultura solo sus rasgos principales. Ese cuerpo sirve únicamente de soporte para las vestiduras colocadas encima con tela encolada. Este tipo de imagen, originario de España y de gran difusión en América, arraigó en el Archipiélago por razones económicas o sentimentales. No existe iglesia o capilla que no haya poseído al menos un ejemplar.

De tal manera agradaron estas imágenes a los devotos que se llegó a vestir santos de talla entera ocultando así los méritos del tallado, y peor aún, pues se llegó a devastar esculturas de cierto mérito para vestir las perjudicando su calidad.

✓ Jesús Nazareno de Caguach.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

> Nuestra Señora de la Candelaria.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

> San Francisco de Asís en iglesia  
Nuestra Señora Gracia de Nercón.  
Fotografía: Pablo Maldonado.







Dentro de este tipo hay que incluir las denominadas de candelero y las de talla esquemática, articuladas o no.

El realismo de las imágenes de vestir se acentuaba con el agregado de ojos de vidrio generalmente cuando se hizo uso de mascarillas de pasta, madera o plomo.

El cabello natural en pelucas y postizos se comenzó a usar en España y América a principios del siglo XVIII. Muchas veces se rapó a imágenes más antiguas para colocarles nuevas cabelleras en vez de las talladas en madera. El uso de pestañas naturales, lágrimas de vidrio y otros aditamentos también de esta época, asimismo pestañas postizas, dientes de nácar, lenguas de cuero y paladares de espejo.<sup>13</sup>

Las imágenes de candelero se prestaron para el lucimiento y las habilidades de las devotas que pusieron todo su ingenio y gusto en su adorno.

En Chiloé distinguimos estas características de acuerdo a la confección de los santos vestidos: figuras con busto o tronco de madera tallada y sin pulir, apenas modelado, sostenido por un armazón de listones clavados a la base, rara vez tienen los pies tallados; pequeñas figuras con cuerpo de madera en que apenas se insinúan las formas, pueden tener pies tallados; figuras con el busto tallado y modelado esquemáticamente y el resto del cuerpo tallado, imitando faldas, a veces se sustituye la escultura por tela encolada; figuras, todas articuladas, para representar imágenes sentadas o yacentes muy raras en Chiloé, y algunos Nazarenos, que presentan el cuerpo modelado en formas muy generales, en posición peculiar, inclinados bajo el peso de la cruz, con uso de varillajes o listonería, clavados al talle y a la base. Es posible encontrar en una imagen una combinación de distintas variables pudiendo ser articulada, sus brazos y busto de talla esquemática y el resto de candelero.





## IMÁGENES DE TELA ENCOLADA

Son aquellas cuyos vestidos de lienzo se colocan sobre las imágenes, cuando aún está húmedo el tratamiento de yeso y cola que previamente se les aplica. Se logran bellos efectos de pliegues y movimiento en capas, velos, alas, etc., los que una vez secos adquieren cierta dureza.

Estas figuras de tela encolada no son creación americana. En España son abundantes y tuvieron en el Nuevo Mundo una amplia difusión.

El alma de la figura es de madera, a veces con formas esbozadas ligeramente, de modo que la tela, al adherirse sobre ella, insinúa la anatomía empleándose otras veces un sencillo argadillo. El maniquí se vestía así con tela encolada y enyesada modelándose pliegues que una vez endurecidos, permitían toda suerte de decoración: policromado, dorado y aun estofado.

El procedimiento de la tela encolada suplía la falta de buenos escultores y con él se podían obtener brillantes efectos con menos costo y trabajo.

Los ropajes de las imágenes se trataron de distinto modo. A veces fueron hechos con telas gruesas, produciendo amplios pliegues, que borran casi por completo las formas anatómicas; otros, en cambio, se realizaron con géneros finos, que originan multitud de pequeñas arrugas.

En el caso de algunos crucifijos el paño de pureza ha sido ejecutado con tela encolada y enyesada, especialmente lienzo o brin.

< Nuestra Señora de la Candelaria, iglesia de Calen.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

> Jesús Nazareno en iglesia de Caguach.  
Fotografía: Luis Poirot.











## CABEZAS, ROSTROS Y EXTREMIDADES

Las cabezas y los rostros de los santos más antiguos se encuentran tallados en madera, adoptándose posteriormente cabezas o medias cabezas amoldadas en pasta, que no se encuentran en los Cristos de cruz, los cuales son de una sola pieza con el cuerpo. Las manos y pies, si los hay, son de madera pulida y pintada.

En los tipos de imágenes descritas se suelen presentar ciertas variaciones de confección. Además de lo recién señalado, existen mascarillas de plomo con ojos de vidrio que podrían ser de importación europea. También por excepción se encuentran escasísimas cabezas talladas en *cancagua*, piedra arenisca de débil consistencia. Las manos y los antebrazos son siempre de madera de ciprés, blanda y olorosa, de rosáceo y dúctil ciruelillo o de fragante alerce.

Los colores preferidos para la coloración del rostro y de las extremidades son el rosado y el blanco. El encarnado es diferente según el personaje que se represente. Las vírgenes son todas de cara blanquísima, labios y mejillas sonrosados; los santos varones muestran la tez más oscura y los Cristos lo mismo, aunque a veces para dar mayor dramatismo a las figuras del Señor en la cruz, se lo deja sin policromar. El cabello ha sido pintado de color castaño oscuro o rojizo. En algunas imágenes masculinas se ha teñido gris la parte que ocupa la barba, simulando el color de conjunto que da el crecimiento del pelo en un

día; sello personalísimo de san Antonio, que debió poseer una barba muy cerrada. Los ojos son de color azul o café oscuro. Para el encarnado de los santos se usaba como aglutinante la clara de huevo y otras prácticas semejantes o las en boga en los escultores españoles e hispanoamericanos de santería. El dorado y la policromía de las imágenes dieron origen a diferentes modalidades que no obedecieron solo a motivos estéticos, sino a métodos de protección contra la polilla.

La forma del rostro es oval con la nariz perfilada, recta o respingada, con cierta similitud en algunas imágenes a la nariz griega. Las orejas son proporcionadas, a veces abultadas. La tez blanca y el pelo castaño, labrado en la madera o peluca, y las mejillas sonrosadas. La abundancia de ojos azules confirma la generalizada opinión antes y ahora de encontrar bellas a las personas de tipo trigueño claro y rubio.

Según algunos especialistas en la materia, existe manifiesta similitud con las imágenes castellanas medievales, anteriores al siglo XIV. Al mirarlas por primera vez se les descubren ciertos rasgos griegos arcaicos. Recordemos que la imaginería española medieval está influida por el arte bizantino. Por él recibió las antiguas y clásicas líneas griegas y se podrían explicar los rasgos descubiertos en los santos de Chiloé, donde se repite el primitivismo de las estilizadas y severas estatuas medievales castellanas.





< San José en iglesia Nuestra Señora del Patrocinio de Tenaún. Fotografía: Pablo Maldonado.

> Nuestra Señora Gracia de Quinchao. Fotografía: Pablo Maldonado.

## TELAS Y VESTIDOS

La costumbre de vestir a los santos de candelero, cuyos ropajes constituyen una parte fundamental de la imagen y también las de bulto, que en principio no lo necesitan, fue una manifestación del barroco y de la devoción popular.

Las telas empleadas en Chiloé para cubrir las imágenes solían ser de procedencia foránea, tal como las más apreciadas del vestuario de los habitantes. Sin embargo, en el archipiélago se confeccionaron buenos paños de lana y de lino en telares horizontales característicos de las islas.<sup>14</sup>

Respecto a las vestiduras de los santos solo hay leves referencias. En 1717, en el asalto de los indios a la misión de Nahuelhuapi, que costó la vida a varios misioneros, solo perdonaron la integridad de una imagen de la Virgen, a la que despojaron de “sus ricos y vistosos vestidos”, cubriéndola a cambio con un cuero de caballo.<sup>15</sup>

A su vez el gobernador don Carlos de Beranguer,<sup>16</sup> refiere en 1773, que se importan paños de Castilla, bayeta y paños de Quito.

El marino español don Alejandro Malaspina visitó Chiloé en el último cuarto del siglo XVIII y relata que además de la lana se tejían en lino y en algodón, este último importado para fabricar “ponchos,<sup>17</sup> bayetas, manteles, sabanillas o sarga bastante buena, y sobrecamas bordadas, todo en telares, los más sencillos que puedan darse”.<sup>18</sup>

El piloto y geógrafo don José de Moraleda, que navegó las aguas de Chiloé (1786-1788), agrega a las telas anteriores la importación de angaripola, sayal, lienzo fino, lienzo ordinario, saraza, cintas estampadas, listonería de Granada y paños de segunda. Las de mayor consumo eran las bayetas, el lienzo y las listonerías. De procedencia americana estaba el paño de Quito, el pañete, la bayeta y el tocuyo.









Estas telas de uso corriente servían para algunas ropas de las imágenes veneradas, especialmente para recubrir el candelero o el cuerpo esquemático en el caso de los paños de segunda, como la mezcla o mezclilla, el brin, la raja, el sayal, la anafaya, la arpillera, el cordellate, el cotense, la estameña, o estameñete, la jerga, el pañete, el camelote, el tocuyo y la angaripola.

Las telas semi-finas y sin estampar se usaban para la ropa interior. Entre ellas la crea, la jerguilla, el percal, la cretona, la popelina, la sarga y también lanilla o sabanilla autóctona. A tales géneros se añade a veces la superposición de telas mucho más finas.

Para la indumentaria exterior se usaba desde los tejidos más finos hasta los más bastos, según las características del santo. Las imágenes con advocaciones marianas o los Nazarenos, además de los vestidos de diario poseían otros reservados

para las grandes y medias galas. En estos casos se hacía exposición de lujo y abundancias, es decir de lo que se carecía, y se sobreponían los vestidos decorados con las más variadas telas como bordados, pasamanería, cintas, encajes y listonería.

Muy ricos paños se usaban para los ornamentos en todas las capillas. Gran importancia se les daba a pendones y estandartes de cofradías y fiscales.

El adelanto mundial en la industria textil de los últimos siglos, el uso de fibras sintéticas, han reemplazado aquellas telas antiquísimas en detrimento de la calidad de los atuendos de las imágenes sacras, en especial de las más veneradas, cuyos devotos romeros les regalan anualmente numerosos vestidos. Los viejos se reparten en pequeños trozos como reliquias entre quienes acuden a las celebraciones principales.



La aparición de las imágenes religiosas tanto nacionales como importadas fabricadas en serie, amoldadas, muy bien pintadas, con aplicaciones de ojos de cristal, bien proporcionadas y de óptima calidad, ha ido sustituyendo las antiguas de madera, con su primitivismo y sus imperfecciones, sobre las que han existido directrices episcopales y de sínodos locales desde el siglo XIX, recomendando su sustitución, pasándolas en el mejor de los casos a museos, vendiéndose en ocasiones, destruyéndose en otras, mientras disminuye la fe y también el número de imágenes divinas.<sup>19</sup> Desde la santería barroca, abigarrada de ropajes, desde la personalización de los santos de madera encarnando sus representaciones plásticas, hasta terminar en la frialdad del vacío, de la duda de los creyentes, habrá que esperar que el movimiento pendular de las sociedades humanas propuesto por el historiador y filósofo napolitano Giambattista Vico, retorne no al otro extremo de la “idolatría”, pero tampoco a la caída en la iconoclastia.



< Procesión en festividad por Nuestra Señora Gracia de Quinchao.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.

> San Francisco en San Juan.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

>> Iglesia de San Francisco de Castro.  
Fotografía: Luis Poirot.











## Recuerdos

# LA CAPILLA DE VILUPULLI Y LA TRADICIÓN RELIGIOSA



“La capilla fue hecha mediante mingas y se empezó a construir más o menos en el año 1900. [...]”

Muchas personas recuerdan que alrededor de 1940 se trajo la campana y que para subirla hasta lo alto de la torre se reunieron muchas personas. Esta campana tiene un diámetro de 61 centímetros y tiene una inscripción a su alrededor que dice ‘Capilla de Vilupulle’ Virgen Inmaculada de 8° Cía Corbeaux Santiago.

La capilla que la comunidad logró construir tiene 11,70 metros de frente y 29,40 metros de fondo y tiene una altura desde el suelo a la punta de la cruz de 20 metros. También recuerdan otros que sobre la cruz antiguamente había un gallo metálico que giraba con la fuerza del viento.

Las primeras imágenes que tuvo la capilla fueron la de san Antonio de Padua y la Purísima que se llama ‘Virgen Sentada’.

La gente dice que el santo patrono de la capilla es san Antonio de Padua.

Con el tiempo se fueron reuniendo otras imágenes, algunas fueron donadas por personas de la comunidad, como la Virgen del Carmen que fue donada por la señora Tránsito Oyarzún Vera. Ella además mandó a construir el altar en que está ahora la virgen. El crucifijo del altar mayor fue regalado por la señora Aurelia Gómez Bórquez; el pesebre y la Inmaculada Concepción recuerdan que fueron traídos desde Santiago por el párroco don Pedro Nolasco Ruiz y se compraron con fondos reunidos por la comunidad de Vilupulli.

Era costumbre, desde hacía muchos años, que una persona se hiciera cargo de un santo, cuidando los vestidos de la imagen y la limpieza. A esta persona se le llama patrón del santo. Cuenta doña Tránsito Levicán que ahora solo hay una persona que se hace cargo de la imagen de san Antonio de Padua”.

*“Memoria y vida del patrón y fiscal que estuvo más años en la iglesia de Llingua”. Encuestador: José Gerardo Molina Mansilla, 27 años. Encuestado: Secundino Oyarzún Mansilla, 102 años. Llingua, 30 de abril de 1977. Manuscrito sin autor, p. 10.*

< San Antonio en iglesia Nuestra Señora Gracia de Nercón. Fotografía: Pablo Maldonado.

< Campana en iglesia de San Juan. Fotografía: Pablo Maldonado.

> Fiscal en iglesia Nuestra Señora Gracia de Nercón. Fotografía: Luis Poirot.













CAPÍTULO VII

# CARPINTEROS DE RIBERA

RODNEY STRABUCCHI









A JUAN CARLOS LICO BAHAMONDE (1966-2016)

*Día 6 de dicho sábado. Este día amaneció claro, con viento fresquito por el sur, i así continuó todo.<sup>1</sup>*

El canal Dalcahue frente al pueblo del mismo nombre es actualmente puerto para unas sesenta embarcaciones. Solas o abarloadas de a dos, tres o más, realizan cuatro veces al día el lento giro de ciento ochenta grados alrededor de sus boyas de anclaje según suba o baje la marea. Las embarcaciones atadas con cabos a la costanera, en cambio, suben y bajan verticalmente, quedando en seco en las bajas mareas, apuntaladas en sus guardaplayas.

Si bien Chacao, Castro, Ancud, Quemchi, Quicaví y Chonchi son puertos importantes, Quellón y Dalcahue son los puertos de Chiloé con la mayor cantidad de embarcaciones. En todos estos lugares se construyen los barcos con las nobles maderas de la isla siguiendo los patrones de los “carpinteros de ribera” que se traspasan de generación en generación y de padre a hijo. Solo en Quellón, al sur de la isla, la fibra de vidrio ha ido quitándole espacio a la madera. Más oneroso en un comienzo, pero de mantención menos costosa, este material de construcción es preferido para las embarcaciones de apoyo en la crianza del salmón.

<< Iglesia y astillero en San Juan, Dalcahue, durante la pleamar.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

< Iglesia y astillero en San Juan, Dalcahue, durante la bajamar. Fotografía: Pablo Maldonado.



Las embarcaciones tradicionales no sobrepasan los quince metros de eslora. Se dedican a la pesca y el buceo, al cabotaje, al transporte, a la crianza de choritos, al turismo y a servicios para las salmoneras. La más célebre de ellas, construida por carpinteros chilotes en Ancud y de casi dieciséis metros de eslora, fue la goleta *Ancud*, que, impulsada por el plan de colonización austral del gobierno del presidente Bulnes y con una tripulación chilota, se largó a la conquista de Punta Arenas en 1843.

La carpintería de ribera aún es un oficio tradicional y fundamental en Chiloé “desde que Chiloé es Chiloé, pues”, como dijo una vez Arturo “Totoi” Bahamonde.<sup>2</sup> Totoi, hijo, hermano y padre de maestros autodidactas, era de San Juan de la Costa, villorrio famoso por su belleza, su iglesia y por ser cuna de carpinteros de ribera. Se han construido y visto navegar muchos barcos en Chiloé, comenzando con las dalcas de tres tablones que dan su nombre a Dalcahue. Balandras, falúas y lanchones a vela comerciaron tablas de alerce en los mercados anuales de Chacao

- < Lancha velera, botes y lanchón.  
Fotografía: Gilberto Provoste, 1947.  
Archivo fotográfico Gilberto Provoste  
(Museo de Sitio Castillo de Niebla, Dibam).
- > Barco en construcción, en las cercanías de Castro.  
Fotografía: Luis Poirot.







y luego Ancud en tiempos de la Colonia, que se vendían hasta el Perú. Se utilizaron en la caza de lobos y luego ballenas. Naves construidas por carpinteros de ribera (al menos una en la calle Lillo de Castro) que hacían cabotaje entre las Guaitecas, Chiloé y Puerto Montt,<sup>3</sup> y siguieron exportando cantidades enormes de estacas de ciprés y tablas de alerce. Actualmente se construyen modernas lanchas de pesca y turismo, equipadas con motores importados fuera de borda, potentes motores diésel y los últimos equipos de tecnología. No es sorpresa que hayan ocurrido cambios y modernizaciones en la técnica de construcción con el pasar de los años; lo que sí llama la atención es cómo se mantienen las mismas líneas, técnicas y, sobre todo, el mismo elemento básico, la madera.

*Día 13 de dicho sábado. En este lugar (igualmente desierto que las anteriores) no hai más que ruinas de chozas, por lo que me alojé en la sacristía de la capilla, viéndome precisado a trabajar en esta, porque aquella no tenía resguardo i el tiempo amenazaba estar lluvioso.<sup>4</sup>*

Dejando de lado la canoa monóxila, el primer tipo de embarcación en madera que se conoce es la dalca, descrita por Jerónimo de Vivar<sup>5</sup> en 1553, la cual siguió presente en los mares de Chiloé hasta, aproximadamente, 1875. Las dalcas fueron luego sustituidas por embarcaciones construidas según un patrón mediterráneo basado en el sistema de cuadernas entabladas en una armazón sobre una quilla, con gran capacidad de carga y con cubierta.<sup>6</sup>









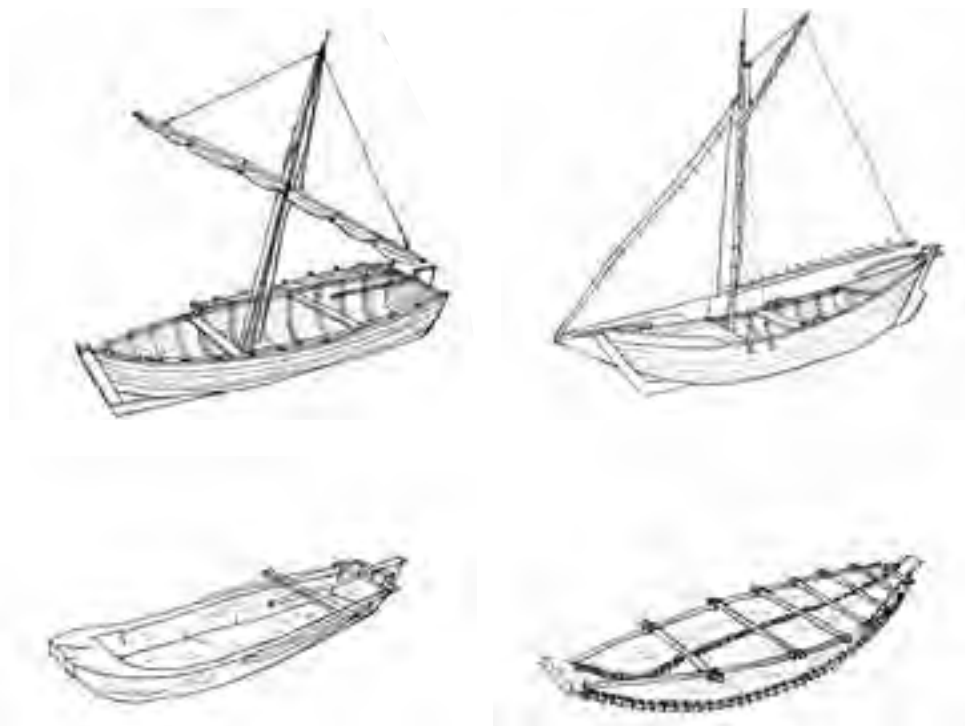
Los carpinteros chilotes que empezaban a construir estos barcos entraron en contacto con constructores alemanes, croatas, genoveses, ingleses y españoles en los canales y en los astilleros de Puerto Montt y Punta Arenas,<sup>7</sup> poniendo en juego la destreza náutica heredada de los chonos. Eduardo Bahamonde Navarro, primer constructor conocido de San Juan, aprendió su oficio en Quicaví. Luego, trabajó como cocinero en el astillero Doberti de isla Dawson fundado en 1896 en Punta Arenas por italianos. Ahí aprovechó de aprender sobre la construcción de barcos más grandes. Después, en su poblado natal, pudo aplicar sus conocimientos y traspasarlos a hijos y nietos.<sup>8</sup>

*Día 23 de dicho viernes. Este día amaneció toldado...aún se conservan... en el terreno donde estuvo la capilla i residencia del misionero, los fragmentos de dichos edificios i cerca de ellos una porción de ciruelas moradas grandes, de excelente gusto, manzanos i membrillos, bastante yerbabuena i poleo i algún tomillo; hai también vacas y caballos...Abunda la madera de pelú, a quien con mucha razón prefieren para ligazones de embarcaciones...Este día hice cortar una buena botavara de laurel para el trinquete.<sup>9</sup>*

El aprendizaje del carpintero de ribera nace de su experiencia desde niño observando y copiando en el astillero. Un carpintero de ribera que haya navegado en el mar, aprovecha de agregar el conocimiento práctico a las teorías de la construcción. La versatilidad del chilote es reconocida y apreciada. Un chilote como tripulante sabe salvar situaciones complicadas. El navegante estadounidense Hal Roth encalló en su yate *Whisper* en las cercanías del Cabo de Hornos en los años setenta del siglo pasado, siendo rescatado por el barco de la Armada chilena, *Castor*. Roth, frente a lo que temía fuese la pérdida de su embarcación, fue tranquilizado por el Comandante diciéndole que llevaba un “arma secreta” a bordo. Esta “arma” era el contraataca Torres, un chilote que rápida e ingeniosamente reparó el casco y reflató el yate, permitiendo su remolque a Puerto Natales para admiración y gratitud del capitán del *Whisper*.<sup>10</sup>

< Astillero en Nercón.  
Fotografía: Fernando Maldonado.





*Día 15 de dicho lunes. Este día pasó navegando hacia el norte una embarcación nueva, a la que fui i supe la había construido en el astillero de Dalcahue su dueño don Juan Ignacio Galindano, que iba en ella para San Carlos, es un buque de 5 a 6 quintales, i su aparejo de bergantín pero incompleto. Al anochecer fondearon a la boca de la laguna dos piraguas que siguen viaje al norte.<sup>11</sup>*

Antes del advenimiento de la electricidad, las herramientas de un carpintero de ribera consistían en azuela, hacha, sierra manual doble o triple (se trabajaba usando una fosa con “arribano” y dos “abajinos”), cepillo, barrenas y compases, y cuñas y combos para estopar. Se empleaban tarugos para la unión de tablas debido a la escasez del hierro. Al declarar a Chiloé “mercado libre” (entre los años 1950 y 1978), las herramientas eléctricas manuales, especialmente la sierra y la cepilladora, facilita-

ron enormemente los trabajos y acortaron los tiempos de ejecución. El levantamiento de maderas pesadas se sigue realizando con palancas, tecles y cuñas y solo excepcionalmente aprovechando grúas y puente-grúas.

*Día 26 de dicho viernes. Amaneció el tiempo acelajado, con fatal semblante en el horizonte desde SO por el oeste al norte, el viento mui fuerte i vario del norte al NO i lluvia.<sup>12</sup>*

Al haber mejorado constantemente la red de caminos en gran parte de la Isla Grande, embarcaciones más pequeñas se construyen en las propiedades de sus dueños,<sup>13</sup> en una huerta de manzanos o en alguna ladera, pero al igual que las iglesias, la construcción se ubica preferentemente al borde de algún canal. Los astilleros más estables y organizados –como los de San Juan, Astilleros, Curahue, Rilán, Castro, Gamboa y Quellón– se ubican frente a los canales.

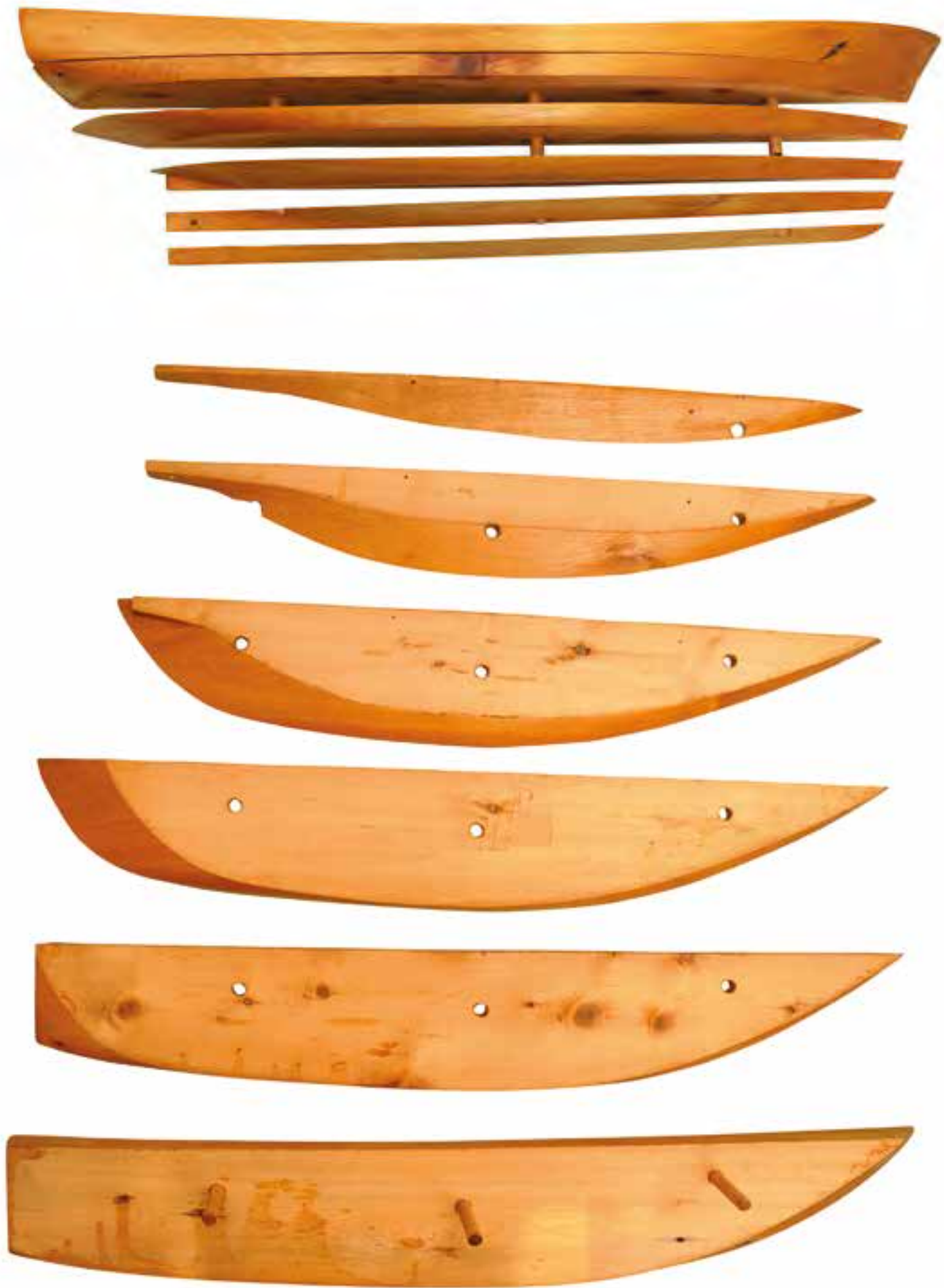
▲ Evolución de las técnicas de navegación. Dibujos de Miguel Reyes (2012).

> Astillero en Queilen. Fotografía: Fernando Maldonado.













## CONSTRUCCIÓN

La construcción de las embarcaciones de madera en Chiloé mantiene esencialmente la forma de proceder que por cientos de años se siguió en los países del Mediterráneo, en Galicia, Mallorca, el País Vasco, las Islas Canarias o la Riviera de Liguria, aunque en estos lugares ha caído casi totalmente en desuso. En líneas generales, y comenzando por la construcción del casco, los pasos son los siguientes:

El armador busca un carpintero de ribera que tenga buena fama en su oficio. Se pone de acuerdo respecto a la longitud o eslora y manga (ancho) del barco y se informa respecto al uso que se dará a la embarcación. El carpintero de ribera construirá un bloque de madera a partir de cinco tabletas sobrepuestas, todas exactamente del mismo espesor, unidas con tarugos de madera. La usará para tallar una maqueta a escala del 'semicasco' (mitad longitudinal del casco) que se pretende construir. Se podrá armar y desarmar el modelo permitiendo discutir respecto a la forma que se dará a la embarcación. Por lo tanto, carpintero

y armador lo estudiarán con detención y desde todos sus ángulos. "Las líneas y formas se realizan a ojo, guiándose por la experiencia y las formas de otros barcos anteriores construidos con buen resultado, todo ello retenido en su memoria".<sup>14</sup>

Al quedar aprobada la maqueta, se traspasan las medidas que corresponden a un plano. Para esto se desarma el modelo en cinco partes paralelas trazando sus contornos, uno dentro de la otra. De esta manera, se puede dibujar un plano de planta a distintas alturas equivalentes al espesor de las tablas. Tomando las medidas de una sección transversal del modelo, por ejemplo de la cuaderna más ancha o mayor, y pasándolas a escala 1:1, se pueden ir marcando los puntos de intersección de la sección transversal con las partes del modelo en una gran tarima de madera. Se unen los puntos con cintas de madera para dibujar las cuadernas a mano sobre la tarima. Ahora se pueden hacer moldes de madera para cada cuaderna y guardarlas para hacer otras lanchas.

< Modelo de la embarcación *Yagán II*, armada y desarmada (página opuesta). Fotografías: Anne Montt.



*Día 6 de dicho martes. Este día amaneció toldado, en calma i con garúa, la que poco después cesó, entrando el viento por el sur bonancible, que aclaró el día. A poco más de las cinco de la mañana envié al carpintero con otro hombre al monte en solicitud del palo para la regala, de la madera que llaman muermo, que se halla mucho más cerca que el roble i es de igual resistencia; llevó las dimensiones i curvatura de la borda en un gálbo, para que, desbastando la pieza en el monte, fuese más fácil su conducción aquí.<sup>15</sup>*

Se habrá adelantado el trabajo de buscar la madera necesaria para la construcción entre las mejores maderas del bosque chilote. Se busca la quilla de un árbol alto, derecho y firme con buena veta y de maderas rojas, como ulmo (*Eucryphia cordifolia*), tenío (*Weinmannia trichosperma*), tiaca (*Caldcluvia paniculata*), coigüe (*Nothofagus dombeyi*). Se buscarán también maderas para la roda en la proa y lo mismo para el codaste a popa. Habiéndole dado forma a estos palos con precisos golpes de hacha y azuela y también usando la motosierra, se quitan las asperezas con una cepilladora eléctrica, se unen mediante empates, para formar el armazón esencial del barco.







*Día 25 de dicho martes. Este día a la una de la mañana cesó algo la fuerte lluvia que había antecedido desde poco después de anochecer; pero el viento se estableció al este con tan violentas ráfagas, que me hicieron desarbolar la falúa i asegurarla con una amarra más a dicha parte, no obstante de venir el viento de tierra; todo el resto de la noche siguió del mismo modo i yo sin tener un lugar libre de goteras donde poner la cama, ni en la falúa ni en la casa de mita.<sup>16</sup>*

< Para la construcción de un barco, se eligen las mejores maderas en el bosque chilote. Se busca la quilla en un árbol alto y firme, y también maderas gruesas para la roda y el codaste. En las imágenes, el carpintero de ribera José Mautor, quien vive en Mañihueico y es un reconocido maestro. Fotografías: Pablo y Fernando Maldonado.

^ Astillero artesanal en el río Colú, próximo a su desembocadura, al norte de Quicaví, Quemchi. Fotografía: Fernando Maldonado.

El carpintero de ribera que entra al bosque buscará las quebradas hondas, porque es aquí donde las ramas de los árboles grandes crecen chuecas buscando la luz; son precisamente estos palos chuecos de distintas dimensiones (“todas sirven”) las que se usarán para las costillas o cuadernas, la roa y el codaste. Se unen en ángulo con la quilla, desde la cuaderna mayor al medio ordenadamente hacia ambos extremos de la nave. Estas cuadernas naturales, las que dan más fuerza al barco, tienden ahora a ser sustituidas por cuadernas “sobadas” a vapor, es decir, ablandadas a vapor para poder darles forma. Esto es más fácil y de menor costo que obtener acceso a los árboles en las quebradas y sacarlas con yuntas de bueyes a un camión que las llevará al astillero.









^ Construcción de embarcación en Ancud.  
Fotografía: Guy Wenborne.





Colocadas las cuadernas en su lugar sobre la quilla, se “planchan” con la sobrequilla, un madero casi tan largo como la quilla. La estructura que resulta se parece a una ballena varada en la playa y constituye claramente el esqueleto del barco.

Los palmejares son gruesos maderos que cruzan las cuadernas perpendicularmente, dándole rigidez al barco. Gruesos baos, vigas atravesadas apoyadas en las cabezas de las cuadernas, que también contribuyen a lo mismo, luego sostendrán la cubierta.

Ahora se empieza a cerrar la nave con largos tablones que deben calzar perfectamente en su lugar. Se suele empezar desde arriba hacia abajo dejando las tablas centrales para el final para un mejor acabado. Para esto, en primer lugar, se selecciona la madera más flexible y liviana, siendo la mejor el ciprés de las Guaitecas (*Pilgerodendron uviferum*). Bajo la línea de flotación es necesario protegerse contra la temida broma. La estrategia más antigua fue usar tablas de olivillo (*Aextoxicon punctatum*) para el sector en

contacto con el agua; planchas de cobre fijadas al casco son de utilidad, como también pintura con cobre. Una opción eficiente y actual es enfibrar con vidrio sobre la madera del casco.

Nuevamente el vapor juega una parte importante; para que las tablas sigan las curvas más complejas del barco, es necesario ablandarlas. Cada astillero tiene su caldera y su caja de vapor para doblar tablas, siguiendo un sencillo y milenario sistema.<sup>17</sup> Calentando agua en la caldera el vapor pasa a la caja donde se colocan algunas tablas a la vez cerrando la extremidad con paños para guardar el calor. Después de que las tablas se hayan ablandado varias horas en la caja, dos o tres personas suben a los andamios y afirman las tablas en su lugar, sujetándolas con “sargentos”. Las tablas se clavan ojalá con clavos de cobre. El mismo trabajo se hará con la cubierta.

La última tarea es rellenar todos los huecos entre las tablas para impermeabilizar la nave. Para este calafateo, se considera que el mejor material es estopa de alerce y para colocarla se llama a los maestros estopadores, que son



especialistas. A falta de estopa de alerce se usa pabilo o algodón. Con sus característicos cinceles y martillos, los estopadores recorrerán las tablas del casco y de la cubierta, repasando todas las líneas con relleno de masilla y luego pintura. Además del prolijo calafateo, recientemente se aplican bajo la línea de flotación pinturas anti incrustantes. La fibra de vidrio para proteger el casco, cubiertas y bodegas, reemplaza las planchas de cobre contra la broma, protege la madera del uso intenso y también impermeabiliza partes de la obra muerta en un clima en extremo lluvioso. Antes de que se trajeran a la isla los motores diésel, los grandes lanchones chilotes de casi ilimitada capacidad de carga de papas, basas de alerce, tejuelas y mariscos, impermeabilizaban con alquitrán sus cascos encima de la estopa. Esto les dio la característica silueta que, con su simple aparejo a cangrejo con velas de lona, definió la imagen de la lancha chilota. Luego, como las dalcas, desaparecieron.

< Maestro estopador calafateando el casco de una embarcación.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.

✓ Astillero en Quinched.  
Fotografía: Jorge Marín.











*Día 3 de dicho martes santo. A la una de la tarde, empezando a vaciar la marea, mandé dejar en seco la falúa, para ver si podríamos descubrir el paraje por donde hacía el agua, cuyo aumento nos daba ya cuidado: en efecto, luego que quedó en seco se advirtió la hacía por un clavo de la quinta cuaderna de popa a babor, pues lo indicaba la que por dicho paraje estaba saliendo del buque, i es justamente en la tabla de aparadura que está desviada del alefriz de la quilla una pulgada, en la extensión de dos piés, como queda dicho en el día 10 de febrero, lo que se remediará el primer día apropósito que se presente.<sup>18</sup>*

Y llega el momento decisivo, la botadura del barco. En este momento se juega toda la habilidad, el buen ojo y la experiencia del carpintero de ribera. Con yuntas de bueyes, tractores y/o camiones se lleva el barco a la playa en la baja marea y se espera que suba la marea o, de otra manera, se tira derechamente al mar. El barco flotará, la línea de flotación se confirmará, de nuevo se escudriñarán los ángulos y las líneas del barco. Según su éxito se rescatarán las formas para volverlas a usar pero este es el momento en que el armador celebrará con todo su equipo. El casco está en el agua; ocurre seguir con la obra muerta según el uso que se dará a la embarcación.

*Día 15 de dicho martes. Amaneció el día bello, con viento apacible por el sur i la marea creciendo.<sup>19</sup>*

El oficio de carpintería de ribera ha dado forma a la historia de Chiloé a la vez que ha sido formado por ella; es parte de la verdadera magia de la isla y así debe cuidarse. Todos los carpinteros de ribera pueden sentirse “tesoros vivientes”, título que se ha otorgado a los maestros de ribera en Hualaihué, Chiloé continental. La continuidad en el uso de embarcaciones de madera está ligada a la futura historia de la isla de Chiloé mediante una pesca artesanal productiva y a la vez ejemplarmente ecológica, como también por medio del turismo de paseo, exploración y aventura, como la observación de ballenas azules (*Balaenoptera musculus*) que han vuelto a habitar el mar interior y exterior de la isla. Se debe incentivar a los carpinteros de ribera mediante alicientes que, reconociendo su estatus original y especial, no permitan la desaparición o extinción de su arte.

< Estero Pailad.  
Fotografía: Jorge Marín.

>> Embarcaciones en Dalcahue.  
Fotografía: Norberto Seebach.





ROSITA I





**ROSITA I**  
**RCH 822**

**RCH 1951**

**CASSI**



# Recuerdos LA NAVEGACIÓN



“En esos años las personas que tenían que viajar para vender sus pocos productos sufrían mucho. Tenían como única forma de locomoción embarcaciones a velas, pero estas embarcaciones eran de una construcción muy rudimentaria puesto que sus elementos, su ciencia y sus comodidades, no eran muy avanzadas, entonces sus construcciones las hacían más o menos así:

Le hacían huecos a unas tablas y cuadernas, le ponían pernos de madera o la amarraban con sogas y la vela la hacían con frazadas o ponchos que llevaban para abrigarse en el viaje que demoraban de 15 días a un mes, porque los puertos más cercanos eran Castro y Ancud.

Entre sus productos que vendían tenemos la leña de metro, corderos, ovejas, cerdos; así, por ejemplo, el cerdo lo hacían cuatro pedazos y cada cuarto lo vendían por un jamón.

Entonces cuando volvían de viaje, descosturaban su vela y cada uno llevaba lo que le pertenecía a sus propias casas.

Haciendo una comparación, tenemos que ahora para las construcciones se usan clavos de cobre o alambre para clavar las tablas de las embarcaciones, después las costuras se estopan con estopa o pabito y encima las tablas se pintan o alquitranan y la vela se hace con lona y se va a viajar para vender los productos en el pueblo más cercano que es Achao u otras islas o pueblos. En Chulín hay una sola lancha a motor de propiedad de un profesor que hace un viaje cuando él quiere, entonces podemos decir que la única forma de locomoción en la isla de Chulín es a lancha a vela”.

“Historia, vida, costumbres, tradiciones, creencias de la isla Chulín”, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, pp. 2-4.

< Personal de Conaf rumbo a Metalqui.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

^ Barcazas en Isla Tac.  
Fotografía: Guy Wenborne.

> Traslado de ovinos.  
Fotografía: Jorge Marín.







A photograph of a rural landscape. In the foreground, there is a grassy field with several tall, thin, green plants. A rustic wooden fence made of vertical posts and horizontal rails runs across the middle ground. In the background, a hill rises, covered in dry, yellowish-brown grass. The sky is not visible.

CAPÍTULO VIII

# LA CESTERÍA: TRANSFORMACIONES DE UN OFICIO

MARIJKE VAN MEURS Y JANNETTE GONZÁLEZ













Las fibras vegetales que los habitantes de Chiloé han trabajado desde tiempos inmemoriales, convirtiéndolas en sogas, canastos y canastas para múltiples usos, son frágiles. Los embates de las lluvias que caracterizan al archipiélago se han encargado de borrar las huellas de su uso en el pasado.

Sogas y vetas para amarrar embarcaciones y animales, canastos y canastas para la recolección de papas y mariscos, para preparar y conservar alimentos e incluso para que anide<sup>1</sup> o para que sea trasladada una gallina que será vendida en la ciudad,<sup>2</sup> tienen una funcionalidad temporal y, hasta hace poco, se reemplazaban por nuevas cuando cumplían su vida útil. Sin embargo, podían desempeñar todavía otras funciones: sabemos, por ejemplo, que el canasto de cunquillo se convierte en un remedio contra los orzuelos si se prende una fogata y el canasto viejo y roto se quema en ella; la acción medicinal se realiza mientras el enfermo lo mira hasta que este desaparece en el fuego.<sup>3</sup>

A partir del estudio de las colecciones del Museo Regional de Ancud,<sup>4</sup> daremos a conocer las transformaciones que ha vivido la cestería de Chiloé desde la década de 1960, considerando previamente la información encontrada en fuentes visuales.

<< Los canastos, *lloles* para recolectar papas, son piezas utilitarias tradicionales cuya elaboración responde a las necesidades de la ruralidad.  
Fotografía: Pablo Maldonado.

< En el muelle se comercializan los productos de la tierra y el mar. Angelmó, 1987.  
Fotografía: Fernando Maldonado.



## ANTECEDENTES: LA CESTERÍA TRADICIONAL EN LAS FUENTES VISUALES

Las referencias gráficas más antiguas de objetos hechos con fibras vegetales provienen de registros realizados por viajeros durante el siglo XIX, específicamente los bocetos realizados por el acuarelista inglés Conrad Martens<sup>5</sup> y el pintor alemán Carl Alexander Simon,<sup>6</sup> quienes registraron la vida cotidiana de Chiloé poco después de su anexión a la república de Chile, en 1826. Ambos nos dan indicios de la continuidad en el oficio hasta nuestros días, por lo menos en cuanto a las fibras utilizadas y el uso que se les dio a las piezas, ya que es difícil extrapolar más datos a partir de sus ilustraciones.







< "Mujer de Chiloé, tejiendo". La imagen muestra a una figura femenina tejiendo en *quelgwo* (telar horizontal) al interior de una vivienda. Sobre un mueble ubicado a la derecha del telar, se muestra un canasto de fibra gruesa, probablemente boqui. Dibujo: Conrad Martens, 1834. Gentileza Museo Regional de Ancud.

> "María Antonia de Chiloé". La mujer –identificada con ese nombre por el artista– hila con huso, sentada sobre una tarima al lado del fogón, al interior de una vivienda. Al lado derecho, se representa un canasto con lana, de un tejido ralo y confeccionado con fibra ancha, en el que destacan las fibras verticales, que permitirían identificarlo como un canasto de quila. Dibujo: Conrad Martens, 1834. Gentileza Museo Regional de Ancud.

Martens registró a los pobladores de la localidad de Punta Arenas, cercana a San Carlos (hoy Ancud), al interior de sus casas, y en estos bocetos incorporó no solo elementos arquitectónicos, sino también elementos de la vida cotidiana como fogones, bancos, *chungas* (recipientes de madera) y canastos.

Por su parte, Simon describe gráficamente y de manera detallada la forma de vida de los habitantes del archipiélago. Realiza dibujos de interiores de viviendas, que podemos identificar claramente como casas fogón,<sup>7</sup> en Queilen, Tranqui, Caylin y Cucao, y registra además diferentes escenas de la vida cotidiana, como mujeres vendiendo en la calle y alrededores de la recova de Ancud.<sup>8</sup> Nos permite así conocer los distintos usos de la cestería tanto en la ciudad como en el campo, en espacios públicos y privados, al interior de las viviendas y en los centros de comercialización, como contenedores de diferentes productos.





## LA CESTERÍA EN EL SIGLO XX: DE LO UTILITARIO A LO ORNAMENTAL

En los años setenta, Oresthe Plath fue uno de los primeros en investigar la producción artesanal de Chiloé, distinguiendo una cestería *utilitaria* de otra *artística*. Para el autor, las piezas utilitarias son la *lita*, el *llole*, el *chaihue*, la *pilhua*, el *caipué*, los bozales para terneros, los cestos para gallinas, los tumbillos, las *chiguas*, las sogas (*alar* y *veta*), las redes, las escobas y los escobillones, las esteras y los sombreros. En cuanto a la cestería *ornamental*, señala “[que] abarca figuraciones de pescados, aves, palomas y pájaros en cuelgas, hechas en junquillo realizadas en Quellón”. Identifica también “[...] unos juegos de vajilla compuestos de tazas, teteras, soperas, jarros y botellas que no se pueden ocupar, hacerlos funcional, sino que son de admirar, de adorno”.<sup>9</sup>

Estas últimas piezas podrían haber sido tejidas en *cunquillo* por Lastenia Chiguay (1909-2008), de Chaiguao. Pero también podría tratarse de los “lujos” o “fantasías” en quilineja de Llanco, denominación que Juan Marilican y su hijo Clodomiro le otorgan a este tipo de piezas, las que eran tejidas principalmente por su esposa, Ánjela Lindsay: “ella hacía canastitos con oreja (los que colgaba en la pared), y canastitos para tarros de café, los que vendía en el mercado de Ancud. También hacía tacitas con sus respectivos platos, mates, bombillas, pantallas de lámpara, individuales, zorzales, copas, etcétera”.<sup>10</sup>

▲ “Recoba de Ancud”. El bosquejo muestra el antiguo mercado. Bajo su corredor techado, seis mujeres y un hombre venden sus productos. Un grupo de tres personas está conversando y un hombre, apoyado contra el pilar, mira hacia el mar. Delante de las mujeres que están vendiendo podemos distinguir canastos, tres tienen forma cilíndrica y presentan una textura más bien lisa y uniforme, como el tejido de *cunquillo* tupido, mientras que el cuarto tiene forma ovoidal. Dibujo: Carl Alexander Simon, 1852. Colección Biblioteca y Archivo Histórico Emilio Held Winkler, Santiago. Gentileza Museo Regional de Ancud.

> Las distintas fibras vegetales permiten tejer diversidad de canastos y canastas. Recolección en isla Quinchao. Fotografía: Nicolás Piwonka.



## CESTERÍA UTILITARIA

Respecto de la distinción de Plath, nosotras preferimos hablar de piezas utilitarias y ornamentales,<sup>11</sup> es decir, distinguirlas en cuanto a su funcionalidad y no a apreciaciones estéticas. Además, distinguimos dos tipos de piezas *utilitarias*: las *utilitarias tradicionales* y las *utilitarias modernas*.

Las piezas *utilitarias tradicionales* tienen que ver con las *necesidades de la ruralidad*, del mundo campesino y sus prácticas. Se trata de canastos y canastas<sup>12</sup> utilizadas en la recolección, el guardado y la preparación de alimentos de las personas (*lloles* para recolectar papas, mariscos y algas; canastas para guardar y *litas* para aventar

trigo; canastas para guardar pan; secadores de pescado; canastas para recolectar manzanas y canastos para hacer chicha, para colar, etc.); canastos utilizados para la alimentación y resguardo de los animales (bozales para que los terneros no amamanten y permitan ordeñar a las vacas; canastas para que las gallinas empollen, y que, en el caso de las hermanas Remolcoy de Ichuac, son tapadas con un retazo del mismo tejido para que no se las robe el *peuco*); sogas para los animales y para las embarcaciones; escobas y escobillones, etc. Algunas incluso ya nadie las recuerda y solo sabemos que existieron gracias a la bibliografía revisada y a la tradición oral consultada.









Los Mansilla Miranda de Llingua, por ejemplo, nos contaron que ahí antes se tejían canastos para exprimir chicha (de boqui y quilineja), *litas* (de boqui), canastas para guardar trigo (de *cunquillo*), secadores de mariscos, pescado y *deche* (de boqui), bozales para terneros (de *cunquillo*) —al que llamaban “canastito para guardar”—, *lloles* y canastos para mariscar (de *cunquillo*), sacar papas y manzanas (de boqui).<sup>13</sup> Otro “canasto marisquero” que se tejía antes era el *quillintuy*. Era uno más pequeño, también de *cunquillo* y de un asa, que servía para ir rellenando el canasto o *llole*: “Y después hay uno más chiquitito, que es el *quillintuy*: “Tú vas con un canasto grande a la playa, [...] pero cuando va quedando lleno queda pesado po’, entonces la marisquera va por allá a llenar su *quillintuy*”.<sup>14</sup>

En el caso de Ichuac, las hermanas Remolcoy elaboraban todavía hasta el año 2014 canastos y canastas para sus vecinos, principalmente canastos para sacar papas. Se trata de “encargos” de piezas *tradicionales*, encargados por la misma comunidad a algunas artesanas de reconocida trayectoria. Los canastos son adquiridos por aquellos que ya no saben hacer canastos o no tienen tiempo o materia prima para hacerlos, pero que los necesitan para las labores del campo.

No obstante, a fines del siglo XX, muchos de estos cestos fueron reemplazados por contenedores de plástico, tal como lo relata María Filomena Remolcoy de Puerto Ichuac: “[...] antes no se veían estos tiestos de plástico que ahora se usan. No habían ni mallas ni palanganas... esas se compran en Castro... ¡y las pasan vendiendo acá también poh! Antes no. Antes se usaban puras cosas de madera, puros canastos, pa’ todo. Algunas personas ya no encargan canastos... las cosas de plástico duran más y son más baratas”.<sup>15</sup>

La *cestería utilitaria moderna* comprende maletas, carteras, pisos para pasillos, paneras, individuales, etc. Este tipo de cestería se diferencia de la anterior en que no es funcional en la vida rural, sino que tiene que ver con un estilo de vida más bien urbano, replicando objetos preexistentes en la cultura occidental.

En Pugueñún recuerdan haber tejido paneras (con y sin tapas), papeleros, baldes y canastos roperos de boqui, pisos de cortadera y chupallas de *quiscal*, producción que en los años sesenta las artesanas llevaban hasta Ancud caminando, 18 kilómetros bordeando la costa, para vender en algunas casas y negocios, y en los setenta también en el Chilotur (actual Museo Regional de Ancud) y en Transmarchilay. Ellas recuerdan haber comenzado a hacer estos viajes a sus siete (Regina Ascencio) y nueve años (Erna Ascencio), en la década del sesenta.

El Museo Regional de Ancud posee piezas provenientes de Llingua ingresadas entre 1976 y 1978: un joyero de lo que las artesanas llaman coirón<sup>16</sup> y una cartera y un individual de *quiscal*. También se tejieron maletas y pisos para pasillos de *cunquillo* y además sabemos que Carolina Mansilla tejía bolsos con trenzas de *quiscal*:

*Entonces de esos bolsos, empezó ella a vender allá mismo en la isla y lo usaba la gente para comprar sus provisiones, y les duraba un año. Entonces ella tenía unos clientes, por ejemplo, el tío Agustín, le compraba una todos los años [...]. Don Agustín venía a comprar sus provisiones a Achao y cuando ya quedaba viejita ya le encargaba que le haga otra, y después empezó otro y otro y otro y empezaron a llegar los encargos. [...] y empezaron a llegar posteriormente ideas, ideas de afuera”.*<sup>17</sup>

< Mujer cargando una canasta de almejas sobre su cabeza.  
Fotografía: Rodrigo Muñoz.



## CESTERÍA ORNAMENTAL

En los años cincuenta del siglo XX, “[...] la cultura material conservaba todavía la misma sencillez de los años cuarenta, pero con algunos asomos de cambios que llegaban con el Puerto Libre y vía Canal de Chacao por donde se introducían algunas novedades desde que el camino longitudinal de la isla comenzó a enlazarse con la carretera de Chile a finales de los cincuenta”.<sup>18</sup>

Se suma a esto la ley que concede franquicias aduaneras a Chiloé en 1956 y la construcción de la carretera panamericana en la Isla Grande. Estos avances atraen, según Urbina, los primeros turistas al archipiélago.

Todas estas transformaciones económicas y socioculturales que se manifiestan en Chiloé desde mediados del siglo pasado, tendrán mucho que ver con notorios cambios que la cestería presenta en este período, y que se evidencian en la confección de nuevas piezas: cuelgas de pajariños y peces, canastos-pájaro o canastos-gallina, figuras que representan seres mitológicos, entre otras, las que eran vendidas directamente a los visitantes, a intermediarios o a instituciones como CEMA Chile y, actualmente, a la Fundación Artesanías de Chile.



< Pescado tejido con *cunquillo* (*Juncus procerus*), manila (*Phormium tenax*) y nylon. N° Inv.: T91. Colección Museo Regional de Ancud.

> Columna izquierda, de arriba abajo: Canasto de nylon. Autor y localidad desconocida. N° Inv.: T92. Canasto de *boqui* (*Cissus striata*) hervido tejido por Luis Báez de Chañihue (comuna de Castro). N° Inv.: T130. Canasta de trigo tejido con *cunquillo* (*Juncus procerus*) por María Nahuelquin de Ichuac (isla Lemuy, comuna de Puqueldón). N° Inv.: T140. Columna derecha, de arriba abajo: Canasto de *boqui* (*Campsidium valdivianum*) tejido por Clodomiro Marilican (Llanco, comuna de Ancud). N° Inv.: 2090. Canasto de *cunquillo* (*Juncus procerus*) y nylon adquirido en el muelle de Achao. N° Inv.: T90. Canasto ropero de *boqui* (*Campsidium valdivianum*) raspado y tejido por Erna Ascensio de Pugeñun (comuna de Ancud). N° Inv.: T125. Colección Museo Regional de Ancud.







## CAMBIOS MEDIOAMBIENTALES Y ECONÓMICOS: IMPLICANCIAS EN LA CESTERÍA

Desde la segunda mitad del siglo XX, los cambios en el uso de suelo y la sobreexplotación del bosque y la introducción de la industria acuícola desde los años ochenta, afectan la cestería.

### TRANSFORMACIONES MEDIOAMBIENTALES

El uso de las fibras vegetales también “sufrir” pérdida y transformación. La pérdida se explica por el cambio en el uso del suelo, de bosque a pradera, y a la deforestación y la degradación del bosque nativo en todo el archipiélago de Chiloé, debido a explotaciones ilegales para la extracción de leña. Esto afecta principalmente al boqui, la *quilineja* y otras enredaderas leñosas.

Según la “Actualización del catastro de formaciones vegetacionales de Chile” para la Región de Los Lagos,<sup>19</sup> entre 1998 y 2013 el bosque nativo de Chiloé disminuyó en 10.268 hectáreas, de las cuales 970 pasaron a ser plantaciones de especies exóticas.

Estudios recientes señalan que el 94% de los hogares de Castro utiliza leña como principal fuente de energía, especialmente para calefacción, y que más del 88% del volumen de leña consumida provendría de extracción ilegal. Del total de leña consumida, las especies más utilizadas son luma (41%) y tepú (27%). Es importante mencionar que estas especies se encuentran en bosques más antiguos, los que contienen mayor proporción de boquis y *quilineja*.<sup>20</sup>

En el caso de Pugañún, el bosque se ha explotado para la producción de carbón y para leña, pero además se ha reemplazado por praderas

y plantaciones de especies exógenas, principalmente eucaliptos. A raíz de estas acciones ha disminuido el bosque de donde las cesteras extraían el boqui blanco.

Mientras algunas fibras desaparecen, por razones medioambientales, las comunidades buscan otras que vienen a ocupar su lugar. Se trata de un proceso de apropiación que está directamente relacionado con una especie exógena, la manila (*Phormium tenax*), una planta proveniente de Oceanía conocida en Chiloé como pitilla, manila o ñocha. Esta última denominación proviene de la planta bromeliácea del sotobosque siempreverde parecida al quiscal o chupón, denominada ñocha (*Greigia landbeckii*). La manila la reemplaza como fibra para tejer cestería y adquiere su nombre.

Las artesanas recuerdan que antes de los años setenta la manila era utilizada básicamente para hacer sogas o para amarrar los atados de trigo, y que luego comenzó a reemplazar al *cunquillo*, ya sea porque hay quienes consideran que es una fibra mucho más resistente, o porque su recolección, al ser una especie que puede ser plantada sin problema y que ha sido usada como cerco vivo alrededor de huertas y casas, es mucho más fácil.

Ahora bien, en el siglo XXI la utilización profusa de esta fibra tiene que ver con las múltiples capacitaciones en cestería con dicha fibra que realizan las municipalidades del archipiélago, ya sea por ser más fácil de recolectar, manipular y/o preparar, o por desconocimiento de la historia y las características de la cestería tradicional de Chiloé.

> El uso de las fibras vegetales también sufre pérdida y transformación. Esto se debe básicamente al cambio de uso de suelo, de bosque a pradera, y a la deforestación y la degradación del bosque nativo en todo el archipiélago de Chiloé.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.







## LA INFLUENCIA DE LA INDUSTRIA ACUÍCOLA DESDE LOS OCHENTA

El desarrollo de la salmonicultura en Chiloé “[...] ha sido asociado a la creación de puestos de trabajo, al ingreso mensual, al acceso a ciertas comodidades de la vida urbana y a la internacionalización de la economía chilota. No obstante, también hay críticas al daño ambiental, a la calidad del empleo generado, al efecto sobre la cultura [...]”.<sup>21</sup> El hecho de que hombres y mujeres trabajen en los centros de cultivo o las plantas procesadoras de salmones o mitílidos, principalmente en sectores rurales, ha potenciado el abandono del trabajo y la vida del campo-mar. Como apunta Sergio Mansilla:

- ▼ Cerco de pesca intermareal en Linao.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.
- Desembarco de locos en playa Puñihuil.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.
- Grupo ovino en Huillinco.  
Fotografía: Norberto Seebach.







*La mutación de la naturaleza desde su antigua condición de hogar proveedor de alimentos para la autosubsistencia comunitaria a la condición de "recurso natural" destinado a la producción industrial a gran escala de productos marinos para exportación ha desalojado al habitante chilote común de su espacio autosustentable y lo ha vuelto un sujeto que vive crecientemente de la venta de su fuerza de su trabajo, y no ya de lo que antes le proveía su mar o su tierra [...].<sup>22</sup>*

En cuanto al patrimonio cultural y la cestería en específico, esto implica la pérdida de la tradición oral transmitida durante las tardes junto al fuego (que ahora depende de los turnos), pasando por el traspaso de conocimiento acerca de la confección de canastos (los jóvenes consideran que es un trabajo muy complejo y, además, prefieren los salarios fijos) y la necesidad de hacerlos (no se requieren ya para cosechar papas o salir a mariscar). Como mencionábamos anteriormente, la cestería tradicional ha sido reemplazada ya

desde los años sesenta por contenedores de plástico, pero además muchas de las prácticas tradicionales que requerían canastos o canastas con características específicas se dejaron de hacer, por ejemplo, las *litas*, para aventar granos, que eran tejidas con boqui o *cunquillo*, ya no se fabrican debido a que actualmente ha disminuido considerablemente la producción de trigo en el archipiélago.

La infraestructura de las balsas salmoneras o las cuelgas de choritos dañan además el entorno de aquellos que deciden mantener su forma de vida tradicional, se daña el paisaje pero también se contamina la playa con productos de desecho, como fibras plásticas o *plumavit*. Aquí surge la resistencia creativa de aquellos que todavía viven en forma tradicional en el bordemar del archipiélago y se apropian de los desechos, "las pitas", y a falta de otras fibras, tejen con ellas canastos y canastas para las funciones tradicionales y piezas *ornamentales*.











# Recuerdos LOS TEJIDOS



“También dentro de las costumbres y tradiciones vamos a poner los tejidos de lana. Para estos tejidos tenemos los siguientes elementos: dos postes, dos *sanyaos*, tres *analgos*, tres *quelgas*, [*quelgwo*] dos estaquillas sujetadoras de *quelgas*, un par de cordones o *guarrocas*, caños *nerelgues* [*ñerewe*], parampahues, afijadores. Los baralhues son los elementos que se usan para los diferentes tejidos, tales como frazadas, ponchos, sabanillas, telas de lana para refajos y pantalones de lana cadiz y para calzoncillos. Todos sabemos que las personas antiguas solamente usaban ropas de lana, los hombres usaban pantalones cadiz, calzoncillos y también la solapa y las mujeres usaban el refajo.

Pero todavía quedan en la isla personas que sienten frío, porque todavía encontramos uno o dos que usan calzoncillos de lana y como unos cinco o seis que usan pantalones cadiz. También podemos agregar que ahora se usa una menor

proporción de estos tejidos que se hacen a *quelgas* y los más que se practican son los tejidos a palillo, con que se fabrican los *hersy* [*jersey*], chalecos, etcétera, y también los tejidos a croché.

Pero no solamente para estos tejidos se usan los elementos ya mencionados, sino que también tenemos lo más importante, que es la lana, y esta lana hay que hilarla. Después si quiere hacer de dos hebras, se tuerce, o si no se hace de un solo raudal. Para hilar o torcer este hilado también ocupamos un elemento llamado huso, que es de madera y que en un extremo lleva una torcedera que entra en el huso. También para hilar hay una o dos máquinas especiales en que se avanza más así que en el huso. Pues estando hilando, torcido y lavado el hilado ya está listo para tejerlo en *quelgas* o palillo”.

“Origen de la iglesia”, Chulin, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, p. 10.

^ Réplica moderna del *huecho*, técnica de tejido, y casa abandonada de las tejedoras Filomena y Rosa Macías Vera, en el sector de Quinched. Fotografías: Trinidad Flaño.

> Adelina Paredes de Isla Quinchao, en proceso tradicional de hilado con huso, instrumento consistente en una vara de madera cilíndrica de unos 60 centímetros de longitud, engrosada en la parte central y agudizada en los extremos, en uno de los cuales se coloca la tortera de cerámica o piedra, que da peso al instrumento y facilita su movimiento giratorio para ir enrollando la lana hilada. Fotografía: Rodrigo Muñoz.









CB-2780





CAPÍTULO IX

# LOS TIEMPOS DEL MAR INTERIOR

RICARDO ÁLVAREZ Y FRANCISCO THER









El “mar interior” de Chiloé es un gran espacio poblado de islas y costas continentales que se inicia a orillas del seno de Reloncaví y concluye en el golfo Corcovado. No se trata solo de un conjunto de islas o un mar encerrado o protegido, como evoca su carácter interior, sino más bien de un maritorio<sup>1</sup> con una biografía colectiva que ha depositado sobre sus costas una estratigrafía marcada por transformaciones humanas.

Desde sus inicios culturales hasta el presente, se advierten al menos tres relatos sobre el tiempo de su ocupación. Una primera época precolombina, compleja y diversa, que instaló una generosa capa de sitios arqueológicos que forman sus costas y espacios habitados. Este primer tiempo refiere a interrelaciones intensas en los canales australes, la cordillera y pampas trasandinas, y las costas litorales del centro sur de Chile.<sup>2</sup> En aquella época el mar interior fue refugio y corredor hacia diferentes derroteros, transformándose en un archipiélago conectado hacia otros territorios. Lo que actualmente podríamos considerar como obstáculos naturales, la cordillera y los canales australes, eran oportunidades y vías de acceso hacia otros grupos humanos y recursos.

Esta situación se vio interrumpida tras la Conquista y la Colonia, tiempo en el que los habitantes de estos parajes experimentaron un sentimiento de aislamiento geográfico que fue compartido a la Corona mediante cartas y ruegos en los que con frecuencia aludían al abandono.<sup>3</sup> Es así como, a diferencia de la época precolombina previa, se instala en el imaginario de los chilotes un archipiélago aislado, lo que impulsa un fuerte proceso de mestizaje interior.

<< Vista desde el puerto Quellón, localizado al sur de Chiloé.  
En el horizonte se aprecia el volcán Corcovado.  
Fotografía: Claudio Almarza.

< Desembocadura del lago Cucao en la playa y poblado de Cucao.  
Fotografía: Guy Wenborne.





A pesar de ello, se siguió viajando por los canales o hacia la cordillera, esta vez en busca de ciudades fantásticas y tesoros ocultos, pero bajo una dinámica de intramuros. Es significativa la carta, a propósito de ello, escrita por el Cabildo de Castro al rey en 1721: “[...] peces y mariscos los puso Dios, compadecido de nuestras pobreza y desdichas, en estas playas, sin lo cual no pudiéramos mantenernos”.<sup>4</sup> La pobreza, como concepción de carencia, fue advertida por los nuevos habitantes al observar que la geografía que los cobijaba los mantenía lejos de las oportunidades imaginarias y reales que brindaba el resto del continente. Pero, al mismo tiempo, visualizaron que el borde mar les entregaba abundantes alimentos, a tal punto que podían dejar que los peces quedasen atrapados con un mínimo esfuerzo al utilizar corrales de pesca.

Para las poblaciones de pueblos originarios el mar interior siempre fue pródigo, y más aún, el propio mar —o la mar, bajo condición femenina— era una fuente con propiedades humanas que afectaba, positiva o negativamente, a quienes vivían en tierra, dependiendo de cómo se comportasen entre sí y con los no-humanos (especies biológicas, elementos naturales como montañas, ríos, etc.). Es cuando se advierten diferencias significativas entre dos cosmogonías que, si bien mestizadas en gran parte de la población, buscaban diferenciarse principalmente en sus manifestaciones rituales. Una, se desplegaba en la ceremonialidad cristiana en torno a las capillas, mientras la otra se replicaba más íntimamente junto al mar por medio, por ejemplo, de rogativas marinas en las que se siembra el mar con productos hortícolas, o mediante el

^ Vista del muelle antiguo de la isla de Quehui. Las rampas, llamadas localmente “ramplas”, son puntos neurálgicos en la conectividad de pueblos insulares.  
Fotografía: Jorge Marín.

> Al igual que las aves zancudas, como los zarapitos, los habitantes de Chiloé siguen escarbando en el intermareal en busca de alimento. Se trata de una actividad de mínimo impacto, pero en proceso de abandono debido a los efectos adversos que han tenido otros usos humanos en el borde costero, afectando el ecosistema insular.  
Fotografía: Fernando Maldonado.







desaparecido rito del Treputo, que facilitaba la pesca ahumando plantas aromáticas y enterrando objetos en la playa para favorecer la pesca. La cosmovisión cristiana remarcaba la diferencia entre el hombre y la naturaleza y subrayaba los derechos concedidos por Dios para explotarla. La cosmovisión de los pueblos originarios manifestaba la naturaleza en una dinámica dialógica, sujeta a humanos y no-humanos, como se explicita, por ejemplo, en los mitos de origen, en los que los seres humanos eran a veces animales, montañas, o derechamente humanos, dependiendo de las circunstancias. O en la convicción de que un río, una cascada o un roquerío son aún espacios en los que habita un espíritu tutelar. Así, la relación de las poblaciones con la naturaleza estaba siempre ritualmente mediada, pues se accedía a un mundo emparentado en igualdad de derechos.

El aislamiento que afectó a los habitantes de Chiloé durante la Conquista y la Colonia generó formas de percibir el mundo en las cuales la herencia hispana cobró más bien un carácter externo,

mientras por dentro se manifestaban modos de ser que se sustentaban principalmente en una herencia huilliche. Esto es, con una significativa orientación no-occidental, condicionada por normativas y creencias consuetudinarias que se transmitían oralmente de familia en familia, de isla a isla, y desde el archipiélago a la Patagonia.

A partir del siglo XVIII se inició la conformación de poblados en la mitad norte del mar interior de Chiloé, proceso que duraría hasta bien entrado el siglo XX, cuando las costas cordilleranas mostraban abundantes predios abiertos y existían relaciones cotidianas significativamente complejas en el interior de las islas, entre islas, y entre islas y cordillera: los tiempos de los corderos coincidían con la navegación de goletas provenientes de Hualaihué cargadas de tejuelas de alerce para intercambio. Lo mismo ocurría con las manzanas y la chicha de verano, las que eran transferidas a la cordillera, que a su vez proveía de carne de vacuno a las islas. Este carácter archipelágico, centrado en







la conectividad marítima y en los ritmos que ella implicaba, se mantuvo hasta finales del siglo XX, cuando tras el terremoto de 1960 se inició un proceso de conectividad terrestre que rompió los esquemas de movilidad marítima. Con estos cambios se inicia la historia reciente del mar interior de Chiloé.

Fue muy importante la movilidad y migratoriedad de las poblaciones insulares durante todo el siglo XIX y primera mitad del XX hacia la Patagonia por el sur, pampas argentinas por el este, y lagos, valles agrícolas e incluso salitreras por el norte. Sin embargo, se advierte una insistente lejanía con el Estado y el país, lo que permitió conservar muchos elementos culturales de largo arraigo. Esto incluía mecanismos para regular el acceso y uso compartido de los espacios marítimos y terrestres, desde los cuales se obtenían los alimentos y las materias primas necesarias para el habitar familiar y colectivo. También incluía cosmovisiones mestizas en las que se imbricaban creencias y ritualidades provenientes de ambos mundos. Entonces ocurrían fenómenos

< Conjunto de islotes habitados en isla Mechuque. Algunos de ellos se conectan con marea baja, mientras que otros requieren el uso de embarcaciones menores. Al fondo, en el horizonte cordillerano, se aprecia el imponente monte Vilcún, en las cercanías de Chaitén. Fotografía: Jorge Marín.

> Cuelgas de mariscos ahumados en Achao. Fotografía: Pablo Maldonado.



cotidianos que posteriormente marcaron un antes y un después en la manera de acceder al mar; por ejemplo, el tabú que impedía mariscar utilizando herramientas metálicas o mariscar con botas. No solo por el daño que ello causaba a los mariscos más pequeños (a diferencia de la mano o artilugio de madera selectivo), sino porque se ofendía a la mar y a los espíritus que la habitaban, como la pincoya, *ngen* o espíritu tutelar antiguo que finalmente fue incorporado en la sociedad chilota mestiza. O cuando se enterraban en el intermareal plantas aromáticas y obsequios frente a un corral de pesca, con el fin de demostrar generosidad a un medio que retribuiría dicho gesto a los humanos.

Pero el arribo de caminos de tierra hacia las costas trajo consigo una velocidad en el habitar que no coincidía, y más bien tensionaba, lo contenido por tanto tiempo. Muchas capillas giraron sus torres para recibir la modernidad, y en lugar de seguir mirando hacia la rampla o muelle original, se reorientaron hacia una ruta que poco a poco acercaba a sus

✓ Palafitos en Castro.  
Fotografía: Norberto Seebach.





habitantes a un imaginario poblado de oportunidades antes inasequibles. Muchos recorridos náuticos fueron modificados para acercar a sus portadores hacia los paraderos más cercanos, pues el transporte terrestre ofrecía reducir los tiempos de comunicación. La vida de los poblados hizo lo mismo y sus habitantes también.

El siglo XX marcó un cambio considerable en la vida de Chiloé. Junto con las transformaciones en la conectividad, arribaron nuevos procedimientos para pescar y mariscar, fuertemente asociados a la extracción para la exportación y normados por un Estado que se hizo efectivo *—in situ—*, cambiando las relaciones entre humanos, y entre humanos y no-humanos. Desde

los años ochenta del siglo pasado, la vorágine incluyó la constitución de nuevos asentamientos costeros basados en la fiebre de la merluza, fiebre del loco, fiebre del pelillo, entre otras. Estas nuevas aglomeraciones poco a poco comenzaron a ser urbanizadas dándose paso al tiempo cronológico o moderno. De hecho, los propios caminos y carreteras iniciaron un nuevo paisaje de urbanización bajo una lógica y diseño de vida continental, con la densificación de casas y equipamiento en los márgenes de las vías urbanas y rurales.

En islas aún apartadas, como las Desertores o las Butachauques, la fusión de los tiempos configura diferencias intergeneracionales muy







marcadas, junto al acrecentamiento de procesos de migración desde lo rural-insular hacia la periferia de ciudades. El fichaje social<sup>5</sup> produjo como efecto adverso el siguiente fenómeno: en la medida que los habitantes evidenciaban carencias, el Estado los premiaba con beneficios sociales. Esto hizo que se invisibilizaran los recursos propios, guardados en las memorias isleñas. Ello se debe a varios factores: por un lado, a que el modo de construir estas focalizaciones privilegia precisamente la carencia pero no reconoce los recursos propios, por tanto no facilita su visibilización. En respuesta a ello, surge el “no tengo” que espera un beneficio por ello. Pero visibilizar recursos propios también implicaba que el puntaje con que eran medidos aumentaría, con la consecuente pérdida de beneficios.

El tiempo actual, la época en la que hoy vivimos, demuestra la permanencia de algunas prácticas consuetudinarias solo en islas donde la conectividad marítima es exclusiva. Por el contrario, las zonas afectas al acercamiento de caminos demuestran un acelerado proceso de homogenización. Las cotidianidades —que antes caracterizaban este entorno insular— se

rearticulaban con la globalidad bajo nuevas condiciones: mediante artesanías, atractivos turísticos o como rasgos arquitectónicos *boutique* (como los nuevos barrios de palafitos en Castro) que buscan acomodarse en espacios urbanos donde también surgen centros comerciales y barrios industriales. La mayor parte de sus habitantes se ha instalado en expansiones urbanas que comienzan a ser similares a cualquier lugar de Chile. Los recursos naturales, antes generosos, considerados bajo cosmovisiones mestizas que transferían los mismos derechos que protegían a los humanos y los no-humanos, hoy se exportan y huyen rápidamente para satisfacer las necesidades alimenticias de millones de personas que viven en otras latitudes. Esto implica que este tercer momento de la biografía del mar interior de Chiloé es apertura al resto del planeta, pero esta vez sin el manejo local que demostraron los dos tiempos previos.

A pesar de ser un panorama poco alentador, hay signos de resiliencia territorial. Hoy en día vemos cómo muchas organizaciones de pueblos originarios vuelven a plantear un posicionamiento cultural e identitario que había



< La arquitectura chilota ha tenido múltiples facetas en el tiempo. La tejuela, traída desde la cordillera de los Andes, formaba parte de ejercicios de intercambio y movilidad en sentido este y oeste, norte y sur, dinamizando los asentamientos insulares de este archipiélago.  
Fotografía: Jorge Marín.

✓ *Tenaún*. Óleo sobre tela de Thomas Daskam.

>> La ciudad de Castro data de 1567. A pesar de su antigüedad, no hay rasgos en su fisonomía que rememoren este hecho. Ello se debe a que, como ciudad, ha estado constantemente en proceso de renovación, despreocupándose de su patrimonialidad.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.

quedado relegado tras la incorporación a inicios del siglo XIX de Chiloé a la República de Chile. Muchas caletas de pescadores incorporan en sus prácticas territoriales el cultivo en el mar junto a sistemas tradicionales de manejo.<sup>6</sup> La visibilización de estas experiencias, aun siendo esporádicas y aisladas, permite entrever las complejidades isleñas con el fin de ser consideradas en la futura toma de decisiones. Esto implica reinstalar, visibilizar y valorizar una rica y dinámica red de relaciones de memorias e imaginarios que fue afectada, pero que está volviendo a reanimarse con la pertinente promesa de seguir siendo unidades temporo-espaciales únicas. Siendo el pasado algo más que una simple repetición,<sup>7</sup> el mar interior de Chiloé sigue, entonces, permitiendo navegar imaginariamente por estos distintos tiempos.













# Recuerdos LA PESCA



“Nosotros salíamos cuatro pescadores y un bote de siete metros. Nuestra pesca era muy sufrida. La juventud de ahora anda muy engreída, si no andan en lancha a motor no salen, si no andan con botas de goma y con traje de agua no se van a la pesca. Nosotros pescábamos en la isla de Quincha, Mechuque, Chauque Grande, las islas Deceptoras [Desertores], pero la mayoría de nuestra pesca era en la cordillera grande de Chiloé, como ser Pomalín, Chona, Chaitén, Palena. Yo anduve hasta [el golfo de] Corcovado. Ahí sí que era malo y nuestras pilchitas tan solo eran nuestra lanita vieja y un ponchito viejo, un pantalón que se le nombraba *codi fiiñe forra*, era de pura lana, no usábamos botas, andábamos a pata pelada.

Cuando empezábamos la pesca, en la cordillera, íbamos con un bote de siete metros y una lancha de diez metros, lancha velera. Como éramos cuatro pescadores, uno era patrón de pesca, uno botador, uno bombero y el otro provero. El bombero tenía que salir con un alar a tierra en noches oscuras en peñascales. En otras partes le tocaban playas viejas donde tenía que andar de la cintura del agua y, como le decía, a pata pelada. Ante mucho uno ha durado.

Me tocó muchas veces andar a tierra. Había algunas veces que tenía miedo de andar solo en tierras, pero era necesario andar a tierra porque así era la pesca antiguamente. Ahora no, pescan con cuatro redes. Cada red es de

< Puerto muelle de Ancud.  
Fotografías: Nicolás Piwonka.

> Mariscador en Lechagua.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.









cincuenta metros y nadie anda a tierra como antes, y veo que la juventud de ahora es más delicada que nosotros, yo con mis 102 años una sola vez he estado en el hospital. [...]

[Las redes] eran de un material que se llama lino o linaza, ese lino lo dejaban remojando en la noche, al otro día lo sacaban del agua y lo afirmaban en una tabla y lo golpeaban con una tosca para machacarlo, para que se mueva bien. De ahí salían unas hebras café y se hilaban con un huso para que quedara del grueso del hilo de coser, se torcía bien y se tejía la red.

No era como las redes de hoy día, porque además las redes antiguas eran de una sola manta o paño, como quieran nombrarlo, las redes de hoy son de tres mantos, una con malla grande y otros malla chica y son de cuarenta y cinco a cincuenta metros y de puro nailon. [...]

[Yo tenía] una sola redcita porque eran muy escasas, el que alcanzaba a tener una red le llamaban millonario. Cuál sería la escasez que el que tenía una red, los que buscaban pesca, para que los llevaran, tenían que darle un día de trabajo al dueño de la red. Ahora no, todos tienen su red.

Don Juan Mansilla a veces llevaba a su señora cuando iba a la pesca para que hilara lino para componer redes porque se fundían muy pronto”.

*“Memoria y vida del patrón y fiscal que estuvo más años en la iglesia de Llingua”.*

*Encuestador: José Gerardo Molina Mansilla, 27 años.*

*Encuestado: Secundino Oyarzún Mansilla, 102 años.*

*Llingua, 30 de abril de 1977.*

*Manuscrito sin autor, pp. 6, 7, 8.*



[...]“Antes pescaban con alar y una sogá o cabo largo que [se] prendía en un calón de la red, y ahora se usan dos gollas [boyas] o flotadores para que la red en el momento de dar paso no se pierda, porque en veces algunas noches son bastante oscuras.

Cada chalupa con que se pesca lleva cuatro hombres que son el provero, el calonero, el bota red y el patrón. La labor del provero es cuando ya se ha botado la red debe dar paso con su botavara en la proa de la chalupa, el calonero es el encargado de botar el agua que dentro en la red y que hacen algunas chalupas, botar y cortar el pescado cuando se llega al puerto de origen.

El bota red, como su nombre, lo indica es el encargado de botar la red en el momento de hacer el lance y de subirla y sacar el pescado conjuntamente con el patrón. Arreglar su red en un remo para sacarlo en el momento de llegar en el puerto de origen.

El patrón es el hombre que manda en la pesca y ayuda a subir la red al bota red.

Se pesca en la misma isla y cuando no hay mucho róbalo se va a pescar a las islas que están vecinas y a la piedra de coltos. Entre las especies que se pescan tenemos: el róbalo, el jurel, la cabrilla, en mayor escala, y cuando dentran toros y perros se dice que la red está maleada o que algún pescador anda con mala yeta.

[...]Cuando se va a otra isla o se amanece pescando y se espera marea, se llevan papas, mate y pan para comer el asado de róbalo.

Pero cuando se juntan dos o tres chalupas pescando en veces no se pesca casi nada porque empiezan a perseguirse y corretearse, como se dice, así para que el otro bote no pesque tranquilo.

También cuando hay tempestades se pesca a lienzas cuando no hay qué echar en la olla o se quiere hacer asado de pescado fresco”.

*“Historia, vida, costumbres, tradiciones, creencias de la isla de Chulín”, ca. 1977.  
Manuscrito sin autor, pp. 11, 12.*



< Muelle en Dalcahue.  
Fotografía: Jorge Marín.

> Mariscadoras en playa Cucao.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.









# Chiloé en el ojo del volcán

RENATO CÁRDENAS

---

Mayo de 2016. Estábamos escribiendo este artículo cuando ocurre la peor catástrofe ecológica conocida en Chiloé. Aunque sin muertos, golpeó tan fuerte como el terremoto de 1960.

Kilómetros de playa con toneladas de mariscos, jaibas y animales marinos muertos es la imagen más cercana al apocalipsis para un chilote. Aguas viscosas, marea *hueda*,<sup>1</sup> advertían los antiguos. La danza de la Pincoya dando la espalda a los humanos. La transgresión y, con ello, la pérdida de la sacralidad del universo, de las cosas, de las relaciones, en este complejo mundo natural.

---

**H**emos vivido el último medio siglo más complicado de toda la historia de Chiloé. Vertiginosas transformaciones en los modos de producción, de formas de autoconsumo a una industrialización decimonónica, sin control. Con olvidos sociales, imposiciones económicas, colonización etnocultural. Un imperio con nuevas facultades y artimañas para la conquista.

Observamos el recuerdo y puede ser nostalgia, pero no es la pérdida material del territorio la que más nos duele. Más bien es la desintegración como sociedad y como cultura la que nos preocupa.

Esa prístina tela de la vida isleña es la que se ha estado resintiendo. Es débil y su soporte es el entramado de relaciones y prácticas socioculturales cotidianas que, al reemplazarse con otras, al parecer más eficientes, terminan debilitando las formas históricas de vida comunitaria.

La comunidad es la memoria de este pueblo. Si el trabajo asalariado y su compleja filigrana ideológica se insertan en este pueblo, terminarán desintegrándolo. Al mismo tiempo, liquidarán sus territorios y maritorios, matrices biológicas de la vida.

< Palafitos de Castro.  
Fotografía: Claudio Almarza.





En los albores de los años ochenta la industria salmonera se impuso en Chiloé con cierta rapidez, porque ofrecía trabajo en un país inmerso en una fuerte crisis económica. La gente permite la proliferación de estos cultivos y el inicio de la miticultura, especialmente de choritos. Nadie los cuestiona porque dan trabajo.

Con el cambio de actividad económica, las dinámicas comunitarias empiezan a debilitarse. Por primera vez los jóvenes ya no trabajan para sus vecinos, sino para una empresa privada, en su propia tierra.

La juventud también abandona los campos porque las granjas de sus padres no le ofrecen prosperidad alguna, especialmente en esta etapa cuando inician la construcción de una familia. Fábricas y cultivos son las casas laborales. La mujer, además, aprovecha de zafarse del alero patriarcal, una dependencia histórica que se evadía solo con el matrimonio. Los hijos, en general, constituían mano de obra gratis para la familia.

En los comienzos del siglo XX los chilotes migraron a las patagonias: el Aysen, Magallanes, Provincia de Santa Cruz, Comodoro Rivadavia... Los que volvieron se integraron a sus comunidades. Solo habían ido a buscar "plata". En los ochenta la industria sacó trabajadores de las comunidades y no los reintegró a ellas; los hizo dependientes del trabajo asalariado y los formó en una mentalidad individualista y de consumidores urbanos.

▲ Lanchas varadas en un pequeño fiordo. Nótese la gran cantidad de boyas de cultivos de choritos (*Mytilus chilensis*) que colman el interior de este canal. La superposición de usos industriales no siempre es compatible con las actividades tradicionales, y comprime a estas últimas hacia los márgenes del paisaje. Fotografía: Pablo Maldonado.





## REACTUALIZACIÓN DE CHILOÉ

Chiloé ha vivido en estas últimas décadas muchas acciones tendientes a “reactualizarlo” en un mundo que se globaliza aceleradamente. La intención es instalarlo en un escenario “moderno” y donde pueda “codearse” con todo el mundo.

Resultan alegóricas dos acciones en esta línea: la erradicación de los palafitos de Castro, a inicios de los ochenta, y la reciente “restauración” de las iglesias de Chiloé.

En ambas situaciones se ha buscado generar una imagen contemporánea de “ciudad”, en un caso sacando el objeto y en el otro “mejorando” la imagen “estética” del mismo.

Treinta años después los palafitos son repuestos como patrimonio indiscutible de la ciudad y “reconstruidos” con el mismo patrón de las iglesias: su “mejoramiento material y estético”.

Iglesias y palafitos han cambiado de contextos y, a la vez, de usuarios.

Los palafitos son hoy todavía residencias de antiguos vecinos pero, cada día más, se convierten en restaurantes y hoteles para turistas, contruidos por arquitectos.

Las iglesias, que desde sus inicios pertenecieron a las comunidades que las construyeron, son hoy casas muy bonitas, reconstruidas por equipos profesionales, apartadas de sus antiguos usuarios, pero muy integradas al turismo de objetos.

Hoy, en muchos casos, se trabaja con la postal de Chiloé. Se han perdido los contextos; se vive un recuerdo emocional de esos contenidos que hoy son diferentes o ya no existen y la pieza se vuelve un objeto simbólico de una cultura y una sociedad que fue.



## DE VUELTA AL CAMPO

Las deplorables condiciones ecológicas, sociales y económicas en que ha quedado Chiloé nos obligan a reflexionar con responsabilidad respecto a lo que ha sucedido y al rumbo a seguir.

Cuando atravesamos un cerco en el campo, al otro lado miramos/buscamos la huella que nos indica el camino que los vecinos han hecho y que marca la dirección apropiada por donde tenemos que seguir caminando. Esa huella es la que tenemos que recuperar para traspasar los cercos de nuestras propias utopías.





▼ Isla Huar.  
Fotografía: Nicolás Piwonka.





# NOTAS

## CAPÍTULO I ENTRE MARES, ISLAS Y BOSQUES CAROLINA VILLAGRÁN

- 1 Lévi-Strauss 1970: 153.
- 2 Denton *et al.* 1999.
- 3 Villagrán *et al.* 2004, Villagrán y Roig 2003.
- 4 Villagrán *et al.* 2004.
- 5 Denton *et al.* 1999.
- 6 Villagrán 1988.
- 7 Alnutt *et al.* 1999; Premoli *et al.* 2001, 2002.
- 8 Villagrán 2001.
- 9 Respectivamente: *Drimys winteri*, *Luma apiculata*, *Amomyrtus luma*, *Myrceugenia ovata*, *Laurelia philippiana*, *Nothofagus dombeyi* y *Weinmannia trichosperma*.
- 10 Darwin 1983 [1834].
- 11 *Ibidem*.
- 12 Villagrán *et al.* 1986.
- 13 Duecket y Rodríguez 1972.
- 14 Villagrán *et al.* 2005.
- 15 Villagrán *et al.* 2003. También hemos incluido las especies citadas por He (1998).
- 16 Cañas Pinochet 1909.
- 17 Ramírez 1995.
- 18 Villagrán 1998, Villagrán *et al.* 1999.
- 19 Respectivamente: Ratón macho, lugar de gaviota grande, lugar con buena pesca, diminutivo pez cabezón, chucao, estero de nutria, colectivo de fío, culebra mítica, agua de *mulul* (zarzaparrilla), *coigüe*.
- 20 Respectivamente: *Nothofagus dombeyi*, *N. antártica*, *Lomatia ferruginea*, *L. hirsuta*, *Amomyrtus luma*, *A. meli*, *Aristotelia chilensis*, *Laureliopsis philippiana*, *Tepualia stipularis*, *Chusquea quila*, *Calldcluvia paniculata*, *Weinmannia trichosperma*, *Sophora microphylla*, *Desfontainia spinosa*, *Maytenus boaria*, *Ovidia pillopillo*, *Myrceugenia planipes*.
- 21 Respectivamente: *Embothrium coccineum*, *Aextoxicon punctatum*, *Pseudopanax laetevirens*, *Buddleja globosa*, *Pseudopanax laetevirens* y *P. valdiviense*, *Ribes magellanicum*.
- 22 Respectivamente: *Fitzroya cupressoides*, *Gevuina avellana*, *Pilgerodendron nuviferum*, *Drimys winteri*, *Eucryphia cordifolia*.
- 23 Villagrán 1998.
- 24 Respectivamente: *Valeriana lapathifolia*, *Gavilea leucantha*, *Rumex crispus*, *Gunnera magellanica*, *Chrysosplenium valdivicum*, *Coriaria ruscifolia*.
- 25 Villagrán *et al.* 1983.

- 26 Meza *et al.* 1991.
- 27 Rodríguez *et al.* 2010.
- 28 La especie pertenece a la sección Petota del género *Solanum*, que integra cuatro especies de papas cultivadas y alrededor de cien especies silvestres relacionadas. La taxonomía del grupo es muy difícil por la compatibilidad sexual entre muchas especies, hibridización interespecífica e intervarietal, poliploidía, mezcla de reproducción sexual y asexual, plasticidad fenotípica, la probablemente reciente divergencia de las especies y, en consecuencia, gran semejanza morfológica y dificultad en la distinción de especies.
- 29 Sukhotu y Hosaka 2006.
- 30 En lo que respecta al origen y evolución de la subespecie andígena, los autores establecen que: (i) una papa cultivada y diploide, *Solanum stenotomum* Juz. et Buk., habría sido domesticada primeramente y muchas veces en los Andes de Perú, a partir de especies silvestres y, posteriormente, habría llegado a Bolivia; (ii) la subespecie andígena (4x) se originaría de *Solanum stenophyllum*, por un proceso sexual de poliploidía, ocurrido muchas veces y en muchos lugares en los campos de *S. stenophyllum*; (iii) la subsiguiente hibridización interespecífica e intervarietal, por medio de cruces (4x x 4x) y/o poliploidía (4x x 2x), por medio de cruzamientos y actividades humanas, modificaría los tetraploides iniciales de *Solanum stenophyllum* hacia la actual *Solanum tuberosum* ssp. *andigena*.
- 31 Cárdenas y Villagrán 2005.
- 32 *Ibidem*.

## CAPÍTULO II UNA HISTORIA DE SEIS MIL AÑOS DOINA MUNITA, RODRIGO MERA Y RICARDO ÁLVAREZ

- 1 Legoupil y Fontugne 1997.
- 2 Rivas *et al.* 1999.
- 3 Aspillaga *et al.* 1995; Rivas *et al.* 2000.
- 4 Porter 1995.
- 5 Rivas *et al.* 1999.
- 6 Orquera y Piana 2006.
- 7 *Ibidem*.
- 8 En concordancia con lo expresado por Legoupil 2005.
- 9 Orquera y Piana 2006: 4.
- 10 Orquera y Piana 2006.
- 11 *Ibidem*.
- 12 Ocampo y Rivas 2004, 2005; Munita *et al.* 2012.
- 13 Navarro 1995; Navarro y Pino 1999.

- 14 Rivas *et al.* 1999; Ocampo y Rivas 2004.
- 15 Massone y Jackson 2011.
- 16 Correa 2009; Mera y Munita 2010; Munita *et al.* 2012.
- 17 Vivar 1970 [1558].
- 18 Rivas y Ocampo 2005.
- 19 Sahady *et al.* 2011.

## CAPÍTULO III ANTIGUOS NAVEGANTES EN LOS MARES DE CHILOÉ NICOLÁS LIRA

- 1 Ercilla 1574: parte III, canto XXXV, octavas 40-41.
- 2 Dillehay 1989.
- 3 Sitios arqueológicos de Puente Quilo 1 (Ocampo y Rivas 2004), en las cercanías de Ancud, y Yaldad 1 (Legoupil 2005), en el sur de la isla.
- 4 Lira y Legoupil 2014.
- 5 Fladmarck 1979.
- 6 Stothert 1988; Chauchat 1988.
- 7 Lira y Legoupil 2014.
- 8 Legoupil 2005.
- 9 Lira y Legoupil 2014.
- 10 González de Agüeros 1791: 68.
- 11 Lira y Legoupil 2014.
- 12 *Ibidem*.
- 13 La navegación litoral se desarrolla teniendo siempre a la vista tierra, por la proximidad que hay entre las islas del archipiélago, a diferencia de una navegación marítima donde no se tiene la referencia de la costa y se debe utilizar otras formas de referencia.
- 14 González de Agüeros 1791: 68.
- 15 Góngora Marmolejo 1826: 153.
- 16 González de Agüeros 1791: 69.
- 17 Güell [1770] en Hanisch 1982.
- 18 Relato del cruce del canal de Chacao por Martín Ruiz de Gamboa, en Góngora Marmolejo 1862: 153.
- 19 Latcham 1930.
- 20 El término *piragua*, si bien en su origen se refiere a las canoas monóxilas, los cronistas españoles lo utilizaron para designar embarcaciones de distinto tipo, entre ellas la *dalca*. Para no confundir al lector utilizaremos solamente el término *dalca*.
- 21 Cárdenas *et al.* 1991.
- 22 Lira 2015.



- 23 Góngora Marmolejo 1862: 153.
- 24 Rosales 1877 [1674], tomo 1: 175.
- 25 Medina 1984.
- 26 Rosales 1877 [1674].
- 27 González de Agüeros 1791: 31.
- 28 Greenhill 1995.
- 29 Las embarcaciones de planchas cosidas se conocían en África, India, el sudeste asiático, Oceanía, Norte y Sudamérica, China y Europa. De todos los continentes, hasta el momento solamente en Australia no se han encontrado evidencias de este tipo de embarcación (McGrail 2001). Como ejemplos, podemos mencionar los botes de tablas cosidas de la edad del Bronce de Inglaterra, que son los más antiguos conocidos para Europa con fechas de 1300 a. C. De estos, los más conocidos son los botes de Ferriby (Greenhill 1995). Para la antigüedad preclásica, se conocen barcos fenicios y griegos de tablones cosidos. También son muy conocidos los botes de tablas cosidas de Bangladesh, utilizados hasta al menos mediados del siglo XX. Otro ejemplo lo constituyen los botes de tablas cosidas de Escandinavia, que han sido atribuidos al pueblo *Saami*. En América encontramos una segunda embarcación de este tipo: la *plank canoe* de los indios Chumash de la costa del canal de Santa Bárbara, California, conocida como *tomol* (Latham 1930; Lothrop 1932; Kroeber 1945). Sin embargo, habría notables diferencias entre estos dos tipos de embarcaciones. Mientras la *tomol* se habría construido con varias tablas de pequeño tamaño, la *dalca* utilizaría solo grandes planchas.
- 30 McGrail 2001.
- 31 Rosales 1877 [1674], tomo 1: 175.
- 32 Medina 1984.
- 33 Cárdenas *et al.* 1991.
- 34 Latham 1930; Medina 1984.
- 35 Medina 1984.
- 36 Fernández 1978; Latham 1930.
- 37 Latham 1930.
- 38 Rosales 1877 [1674], tomo 1: 175.
- 39 Lira 2015.
- 40 Cárdenas *et al.* 1991; Medina 1984.
- 41 Mariño de Lobera 1865: 376-378.
- 42 Urbina 2010.
- 43 Moraleda 1888 [1787].
- 44 Cárdenas *et al.* 1991.
- 45 Fonck 1900; Medina 1984.
- 46 Fernández 1978.
- 47 Los últimos registros que se tienen de su avistamiento en archivos escritos son de Gillis (1855) y de Juliet (1874) (Medina 1984). El capitán Steele sería otro testigo del uso de las dalcas hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX, registrando lo que él llamó un astillero indígena (Finterbusch 1934).
- 48 Los restos de *dalcas* conocidos se limitarían a (Lira *et al.* 2015): (i) un tablón de *dalca* que se encuentra exhibido en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, que provendría de la playa de Curaco de Velez, bastante cercano a Achao, en la isla de Chiloé. (ii) En el extranjero, se conservan dos ejemplares de dalcas etnográficas recolectadas en Patagonia austral por Carl Skottsberg hacia 1910, depositadas en el Världskulturmuseet de Gotemburgo y el Etnografiska museet de Estocolmo, Suecia. En la actualidad estos ejemplares son los únicos conocidos que se encuentran completos. Se trata de dalcas de tres tablas, de entre cinco y seis metros de longitud. La de Gotemburgo se encuentra desmontada, mientras que la de Estocolmo se encuentra montada con todas sus costuras (Lira 2015). (iii) Los restos de *dalca* recuperados de la playa del lago Chapo, un pequeño lago precordillerano, que se encuentra a un costado del estuario de Reloncaví. Se trata de tres tablones o planchas de *dalca*, no de una embarcación completa, los que forman parte de la colección del Museo Juan Pablo II de Puerto Montt (Lira 2006; Carabias *et al.* 2007). (iv) Dos pequeños fragmentos de *dalca* que se encuentran exhibidos en el Museo Etnográfico de Achao, archipiélago de Chiloé. Estos habrían sido encontrados en una playa cercana a la ciudad de Achao (Lira *et al.* 2015).
- 49 Carabias *et al.* 2007.
- 50 Rieth 1998; Lira 2015.
- 51 La minga se refiere a numerosos trabajos comunitarios, no solamente la construcción de embarcaciones, sino que también el trabajo en el campo, la fabricación o transporte de viviendas, etc.
- 52 Lira 2015.
- 53 Fray Félix José de Augusta en su *Gramática araucana* traduce la palabra *wampo* como canoa (Augusta 1903: 136, 221 y 236). *Wampu*, según Lenz, es utilizado en *mapudungun* para referirse a embarcación (canoa), así como para "cualquier tronco de árbol ahuecado, como los indios lo usan para hacer chicha de manzana, i según se vé aquí, para enterrar a los muertos. El pueblo bajo llama canoa a un canal de madera que sirve para conducir agua cruzando por encima de otra acequia. La palabra *wampu* es de origen quechua" (Lenz 1897: 322). Sin embargo, Gordon expresa que "el idioma mapuche distingue perfectamente a los dos artefactos, de acuerdo con su función. Denomina *wampu* o *wampo* al bote y *trolol* al *ataúd*" (Gordon 1978: 63). En este capítulo el término *wampo* se utilizará para referirse a las canoas monóxilas utilizadas como embarcación.
- 54 Lira 2015.
- 55 Güell [1770] en Hanisch 1982: 234.
- 56 Moraleda 1888 [1787]: 20.
- 57 Güell [1770] en Hanisch 1982: 233.
- 58 Urbina 2006.
- 59 Para profundizar en este tema ver Urbina 2008 y Lira 2015.
- 60 Entre 132 y 198 km, aproximadamente.
- 61 Urbina 2008.
- 62 Rosales 1877 [1674], tomo 1: 176.
- 63 Urbina 2008, 2009.
- 64 Para profundizar en este tema ver Urbina 2011.
- 65 Hanisch 1982.
- 66 Urbina 2010.
- 67 Hanisch 1982.
- 68 Moreno 2007, 2011.
- 69 Moreno 2007.
- 70 Hanisch 1982.
- 71 Urbina 2006.
- 72 Bibar 1966 [1558]: 179.
- 73 Góngora Marmolejo 1862: 153.
- 74 Rosales 1877 [1674] tomo 1: 175.
- 75 Fonck 1900: 169, viaje del Padre Menéndez.
- 76 Esta consistía en 38 quintales 4 libras de biscocho, 9 quintales 60 libras de charqui, 4 quintales 80 libras de arroz, 2 botijas de aguardiente de pisco, 2 botijas de manteca, 48 chiguas de cebada tostada reducida a harina, 64 chiguas de papas, y 4 piedras de sal, que se dividió entre las dos dalcas para la subsistencia de 32 personas durante un período proyectado de cuatro meses, que es lo que se esperaba que durara la expedición (Moraleda 1888: 292).
- 77 Latham 1930.
- 78 *Ibidem*.
- 79 Los principios constructivos comunes serían costuras para unir tablas o corteza, tres tablones o trozos de corteza, uno en el centro y uno por cada lado, uso del fuego y agua para obtener la forma, y la construcción de un casco impermeable, el cual se refuerza internamente.
- 80 Álvarez 2002.
- 81 Legoupil 2000 y Álvarez 2002.



## NOTAS

### CAPÍTULO IV DE LA CONQUISTA A LA REPÚBLICA XIMENA URBINA

- 1 Fray García Jofré de Loayza, 1526; Simón de Alcazaba, 1535 y Alonso de Camargo, 1540. Véase Martinic 1977.
- 2 *Declaración del estrecho de Magallanes. Informe de Hernán Gallego sobre su viaje al estrecho de Magallanes*, 1553-1554, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos de América, Rare Books and Special Collections Division, The Hans P. Kraus Collection of Sir Francis Drake, Catalogue Item 1 "Memoria de la Costa Rica del Mar del Norte [with three other narratives]", pp. 17-20, p. 17.
- 3 Miguel de Goicueta, "Derrotero y viaje de Juan Ladrillero", AGI, Patronato (Sevilla), 32, R. 5-1, fjs. 1-44v, f. 39.
- 4 Meza 1971: 158.
- 5 Vázquez de Acuña 1992: 10.
- 6 *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile por don Vicente Carvallo i Goyeneche, precedida de una biografía del autor por don Miguel L. Amunátegui* (1796). En Medina 1865: 245.
- 7 Urbina, X. 2009a.
- 8 Urbina, X. 2009b.
- 9 Vázquez de Acuña 1992.
- 10 Guarda 2001.
- 11 Urbina, R. 2012 [1983]: 25.
- 12 Álvarez 2000: 79-86.
- 13 Lira y Legoupil 2014: 103-143.
- 14 Emperaire 1963.
- 15 Urbina, R. 2004.
- 16 Francisco Hurtado. Lima, 10 de agosto de 1786. AGI, Chile, 218.
- 17 Martínez de Tineo al presidente Ortíz de Rozas. Chacao, 4 de noviembre de 1746. AGI, Chile, 102; Francisco Hurtado. Lima, 10 de agosto de 1786. AGI, Chile, 218.
- 18 Álvarez y Munita 2008.
- 19 Marino y Osorio 1983.
- 20 Carlos de Beranger, *Relación Geográfica de la isla de Chiloé*. 15 de febrero de 1773. BN, MM Tomo 259, f. 28.
- 21 Guarda 1990: 8.
- 22 Moreno 2007: 81-93.
- 23 Trivero 2005: 79, nota 95.
- 24 Hanisch 1972: 236-239.
- 25 Urbina, R. 2013 [1998]: 117.
- 26 Urbina, X. 2001: 313-324.
- 27 Rosales, s/f, Tomo 307, f. 81.
- 28 Rosales, s/f, BN, MM, Tomo 307.
- 29 *Catálogo de capillas de Chiloé*, 1759. ANH, CG, Vol. 25.
- 30 Véase Berg 2015.
- 31 José Imoff, jesuita, al obispo de Concepción. Concepción, 14 de diciembre de 1717. AGI, Chile, legajo 153.
- 32 Urbina, R. 2013 [1998]: 121.
- 33 Gutiérrez 2007.
- 34 Vázquez de Acuña 1956.
- 35 Urbina, R. 1990.
- 36 Díaz Blanco 2011.
- 37 Villaza, quien en 1650 bajó "para Carelmapu y los Juncos", junto al capitán Antonio Núñez, dos caciques y cuatro soldados, fue tomado prisionero en las tierras de Osorno, y pudo ser rescatado en una maloca española seis meses después. Olivares en Medina 1874: 379-380.
- 38 Francisco de Alvarado y Perales, gobernador de Valdivia a Ortiz de Rozas, presidente de Chile. Valdivia, 25 de febrero de 1750. AGI Chile, Legajo 433.
- 39 Relación del feliz suceso que la noche del 27 de enero de este año de 1759. ANH, FV, Vol. 790, pza. 10.
- 40 Hanisch 1982.
- 41 Quiroz y Olivares 1988: 10-33.
- 42 Urbina, X. 2016.
- 43 Quiroz 1985.
- 44 "Descripción de las costas del Perú y Chile hasta cabo de Hornos y parte de la costa que va para Buenos Aires. Contiene multitud de vistas y planos. 1764", fechado en Lima, enero de 1764, sin firma, MNM, manuscrito 180 bis. Véase Martinic 1999: 65, y Martinic 2005: 56.
- 45 Urbina, X. 2015a.
- 46 Carabias 2009.
- 47 Byron *et al.* 2012.
- 48 Urbina, X. 2011.
- 49 Urbina, X. 2015b.
- 50 García en Von Murr 1811: 506-598.
- 51 Urbina, X. 2010.
- 52 Urbina, X. 2014.
- 53 Moraleda 1888 [1787], Sagredo 2009 y 2010.
- 54 En los viajes que la Armada chilena realizó para este fin, destacan los nombres de Roberto Maldonado, Francisco Vidal Gormaz, Enrique Simpson, Juan Williams, Ramón Serrano, Francisco Hudson, Francisco Nef, Oscar Viel, entre otros. Véase Fitz Roy 2013.
- 55 Urbina, X. 2008.
- 56 Oficio del gobernador de Chiloé Juan Antonio Garretón, sobre una expedición al interior de Reloncaví, al presidente Antonio Guill y Gonzaga, Chacao, 21 de octubre de 1765. BN, MM, Vol. 271. También ANH, CG, Vol. 710, fjs. 134-135.
- 57 Pedro de Cañaveral al virrey del Perú, Gil y Lemos, San Carlos, 20 de febrero de 1792. AHNM, DC, 34, Doc. 58.
- 58 De la Puente 1992: 46.
- 59 Urbina R. 1986a.
- 60 El gobernador de Chiloé, Antonio Narciso de Santa María, al virrey del Perú. Chacao, 7 de febrero de 1750. AGI, Lima, Legajo 643.
- 61 Urbina, R. 2013: cap. 8.
- 62 Urbina, R. 1986b.
- 63 Guarda y Moreno 2008.
- 64 Informe de Juan Nepomuceno Walter. Santiago, 9 de enero de 1764. AGI, Chile, Legajo 240.
- 65 AGI, Chile, Legajos 467 y 220.
- 66 Lorenzo y Urbina 1978.
- 67 Urbina, R. 1986c.
- 68 Urbina, X. 2006.
- 69 Urbina, R. 2013 [1989]: 89.
- 70 Urbina, X. 2013.
- 71 El cabildo de Castro al rey. Castro, 26 de noviembre de 1807. BN, MM, Tomo 218, pp. 318-319.
- 72 Quintanilla 1955: 24; Guarda 2001: 436-437.
- 73 El cabildo de Castro al rey. Castro, 9 de noviembre de 1819. AGI, Chile, Legajo 498.
- 74 Campos 1958.
- 75 El gobernador-Intendente Francisco Hurtado escribía al marqués de Sonora, en 1786, que "ninguna otra provincia ha dado a su monarca el amor, obediencia y lealtad que acreditan cuantos expedientes existen en la secretaría del virreinato de diversos sujetos de carácter y en los distintos tiempos, asegurando todos que causa tal impresión en aquellos dóciles y buenos habitantes el sagrado nombre del rey, que se prestan voluntarios a las faenas, peligros y trabajos más penosos sin paga alguna". Francisco Hurtado al marqués de Sonora, 1786. AGI, Chile, Legajo 218.



- 76 Martínez 1964, Tomo II: 120 y 153.
- 77 Quintanilla, A., "Defensa de la isla de Chiloé desde el año 1817 hasta 1826. Escrita por Don Antonio de Quintanilla y remitida al general Valdés el año de 1828", en Vázquez de Acuña 1974a: 295. En 1815 fray Melchor Martínez dice que fueron 816 hombres en total, entre el batallón veterano de Castro y un batallón de milicias. *Ibíd.*: 120.
- 78 Torres 1985: 15.
- 79 Barrientos 2013 [1948]: 110.
- 80 Torres 1985: 18.
- 81 *Ibíd.*
- 82 *El monitor araucano, en Colección de historiadores y documentos relativos a la independencia de Chile*, T. 26, pp. 11-18, citado en Guerrero 2002: 69.
- 83 "Proclama contra los chilotes o soldados del enemigo". Archivo Nacional 1946, Tomo I: 251.
- 84 "Diálogo entre Chile patriota y Chiloé realista" 1957: 250.
- 85 "Proclama de un artillero chilote del nacional, lealtísimo y distinguido cuerpo de artillería a la siempre fiel, siempre leal y siempre bella Lima, hace gloriosa memoria de los militares de la provincia de Chiloé, reconquistadores del reino de Chile, que ocupando los puntos de Concepción, Talcahuano y Chillán defienden la justa causa, con la siguiente proclama", suscrita en Lima por *El Chilote Artillero* en 22 de junio de 1814, en Medina 1963, Doc. 838: 486-487.
- 86 "Quintanilla al Rey", San Carlos de Chiloé, 1 de abril de 1822, en Medina 1964.
- 87 *Ibíd.*
- 88 Quintanilla 1955: 58.
- 89 Barrientos 2013 [1948]: 112.
- 90 Semprún y Bullón de Mendoza 1992: 207.
- 91 "Quintanilla al Rey", San Carlos de Chiloé, 1 de abril de 1822, en Medina 1964.
- 92 Quintanilla, A., "Defensa de la isla", en Vázquez de Acuña 1974: 305.
- 93 Quintanilla 1955: 90.
- 94 Quintanilla, A., "Defensa de la isla", en Vázquez de Acuña 1974: 295.
- 95 Vázquez de Acuña 1974: 288.
- 96 *Ibíd.*
- 97 En octubre de 1818, algunos oficiales, soldados y armamento, con quienes Quintanilla se dedicó a "aumentar y disciplinar las tropas regulares y de milicias, restaurar castillos y fuertes, reorganizar la administración e infundir fe y esperanza en los isleños, ya que no dudaban de la llegada de prontos socorros desde España" (Vázquez de Acuña 1974: 288.) En junio de 1820, llegó un bergantín con veinticinco mil pesos y cantidad de paño y brin para hacer vestuario a la tropa (Quintanilla, A., "Oficio al rey dándole cuenta de los sucesos de la isla de Chiloé desde la expedición de Pareja", en *Colección de Historiadores y Documentos Relativos a la Independencia de Chile*, T. V, p. 195, citado en Torres 1985: 27) y en noviembre de 1822, en la goleta Doris regresó el colaborador de Quintanilla, José Rodríguez Ballesteros, quien había sido enviado a Lima (habilitando para ello una fragata) para buscar socorros (Torres 1985: 34). La esperada flota desde España llegó al Callao el 28 de abril de 1824, seis años después de la batalla de Maipú (Moreno, A. 1984: 84), pero se fueron sin efectuar en conjunto una campaña contra Chile, decepcionando a la provincia. Por último, el 6 de febrero de 1825 llegaron desde Lima "varios oficiales y tropa" (Quintanilla, A., "Defensa de la isla", en Vázquez de Acuña 1974: 305), cuando el Callao había caído en manos de la insurgencia. Chiloé ya estaba bloqueada marítimamente por el gobierno de Santiago.
- 98 "Quintanilla al Rey", San Carlos de Chiloé, 1 de abril de 1822, en Medina 1964.
- 99 Campos 1958: 142
- 100 Torres 1985: 34-35.
- 101 Bulnes 1897: 694.
- 102 Quintanilla 1955: 102.
- 103 Quintanilla, A., "Oficio al rey dándole cuenta de los sucesos de la isla de Chiloé desde la expedición de Pareja", citado en Torres 1985: 27.
- 104 Quintanilla 1955: 103.
- 105 Vázquez de Acuña 1974: 291. Las "campañas" de Chiloé están narradas con detalle por Diego Barros Arana (1856).
- 106 Martínez 1964: 361-362, dcto. 53.
- 107 Bulnes 1897: 652-653.
- 108 Quintanilla a Francisco Antonio Pinto, Ministro de Relaciones del Estado de Chile, San Carlos de Chiloé, 7 de marzo de 1822, en Barros Arana 1856: 166-167.
- 109 Campos 1958: 143.
- 110 Quintanilla, A., "Defensa de la isla", en Vázquez de Acuña 1974: 306.
- 111 *Ibíd.*
- 112 *Ibíd.*: 172.
- 113 *Ibíd.*: 171.
- 114 Quintanilla a Rodríguez Ballesteros, San Carlos, 27 de octubre de 1825, en Barros Arana 1856: 170.
- 115 Quintanilla, A., "Defensa de la isla", en Vázquez de Acuña 1974: 308.
- 116 Bulnes 1897: 679.
- 117 Fernández 1992: 225.
- 118 *Ibíd.*:176.
- 119 Donoso y Velasco 1970.
- 120 Urbina, R. 2015 (inédito).
- 121 Urbina, R. 1998a, 1998b, 2010.
- 122 Urbina, R. 2015 (inédito).
- 123 Cavada, F. 1910 y 1921; Quintana de García 1977.
- 124 Cavada, F. 1914; Cavada, D. 1919 y 1914; Bórquez Solar 1922.
- 125 Barrientos, P., *Historia de Chiloé*. La primera edición es de imprenta La Provincia, Ancud, 1932. Ha sido recientemente reeditado por Ediciones del Museo Regional de Ancud, 2013.
- 126 Roquer 1946.
- 127 Schwarzenberg y Mutizábal 1926.
- 128 Véase Grenier 1984.
- 129 Rojas y Elmúdesi 2014.
- 130 Torrejón *et al.* 2013.
- 131 Cárdenas, A. 1971.
- 132 Montiel 2010.
- 133 Boldrini 1986.

GILBERTO PROVOSTE:  
MEMORIA SENSIBLE Y GENEROSA  
HERNÁN RODRÍGUEZ

- Rodríguez 2011.
- Sepúlveda era sureño, de Coelemu, y estaba casado con chilota. Alternaba la fotografía en Castro con la agricultura en el cercano fundo Piruquina. La llegada de Provoste no alteró su trabajo y, ocasionalmente, siguió retratando en la plaza de Castro con su cámara de cajón hasta avanzada edad. Murió en 1969.
- Arnoldo Skoruppa Stange era un fotógrafo establecido de Puerto Montt, activo desde 1935 aproximadamente, conocido especialmente por sus postales. Hacia 1940 extendió su labor a Chiloé y pronto abrió local en Castro. Trabajó ininterrumpidamente hasta, al menos, 1956, cuando un incendio destruyó su archivo en Puerto Montt.
- Matthews 1997.



## NOTAS

### CAPÍTULO V

#### LAS IGLESIAS Y EL CULTO

P. GABRIEL GUARDA, O. S. B.

- 1 Bel en Guarda 1968: 214.
- 2 Olivares en Guarda 1968: 215.
- 3 *Ibidem*.
- 4 Las casas fueron muy simples, incluso la que debió ser la más importante, la del gobernador, en 1794, en San Carlos, dibujada por el ingeniero Antonio Olaguer Feliú, conservada en el Archivo de la Academia Chilena de Historia.
- 5 Darwin 1945: 334.
- 6 Rondizzoni 1854: 23.
- 7 Berg y Cherubini 2014.
- 8 Guarda 1984.
- 9 Cf. Vázquez de Acuña 1974.
- 10 Olivares en Guarda 1968: 215.
- 11 Olivares en Guarda 1968: 216.
- 12 *Ibidem*.
- 13 Olivares en Guarda 1968: 216-217.
- 14 Olivares en Guarda 1968: 217.
- 15 *Ibidem*.
- 16 Rosales en Guarda 1968: 218.
- 17 Alojamiento para el misionero durante los días de estancia en cada capilla.

### CAPÍTULO VI

#### LA ARTESANÍA RELIGIOSA EN MADERA

ISIDORO VÁZQUEZ DE ACUÑA

- 1 Vázquez de Acuña 1994: cap. III.
- 2 Pereira Salas 1965: 82.
- 3 Pereira Salas 1965: 22; Medina 1898: 163-164; Olivares 1864: 80.
- 4 Hanisch 1974: 20 y 21.
- 5 Pereira Salas 1965: 82.
- 6 Debidour 1961: 22.
- 7 ANJ, AJ, Vol. 3, pieza 2, fs. 183. "Autos sobre el extrañamiento de los Jesuítas de la provincia de Chiloé obrados por el Gobernador de S.M. Don Manuel Fernández de Castelblanco; colegio de Castro, Chacao, Achao, Cailín y Chonchi", 1767 y 1768. 120 fs. Este es un documento probatorio. Algunos miembros de la Compañía de Jesús eran los artesanos fabricantes de imágenes y los difusores de esta artesanía, principalmente en madera, elemento abundante en el Archipiélago y en la jurisdicción del Gobierno de Chiloé. En Vázquez de Acuña 1956: 72-79 [referencias textuales].

- 8 Un buen resumen de la labor misional jesuita en Tampe 1981.
- 9 Rosales 1989 [1674]: libro V, cap. XVI.
- 10 "Lo blanco" era por el tipo de madera usada en la construcción, de ese color, con vetas longitudinales paralelas, adecuadas para vigas, pilares, canes, etc., usadas en la construcción, y generalmente más blandas, de coníferas, abetos, pinos. En oposición, la carpintería de "lo prieto", era para la talla de piezas escuadrables, más duras y de color oscuro que se usaban en la construcción de objetos de labranza, molinería, embarcaciones, como las de roble, nogal, etc.
- 11 Idéntica unidad aceptada por el racionero de la Catedral de Córdoba, Pablo de Céspedes en su *Arte de la pintura*, al establecer en verso que: "Del alto de la frente do el cabello / se comienza a espesar oscurecido, / hasta donde adornado de su vello / el perfil de la barba es más crecido / y do más bajo se avecina el cuello, / en tres partes iguales dividido, / la medida será, con que midieres, / grande o pequeña imagen que hicieres".
- 12 Sobre un pretendido "Cristo chilote", del museo del Convento de San Francisco de Santiago, por su desproporción, coloración y calvicie, no tiene semejanza con los de esta escuela, y su origen es diferente. Vid. Vázquez de Acuña 1994: 173, nota 87.
- 13 Solo encontramos un caso de mascarilla de madera con paladar de espejo.
- 14 Vázquez de Acuña 1960: n° 4, 49-61.
- 15 Enrich 1891, t. II: 101.
- 16 Beranguer 1893: 221-223, nota.
- 17 Fitz-Roy 1933, t. II: 355, dice que el índigo es muy usado en Chiloé y es casi siempre el tinte básico de los ponchos.
- 18 Malaspina 1885.
- 19 El Obispo de Ancud don Juan Justo Donoso Vivanco convocó en 1851 el Primer Sínodo Diocesano, el cual se refirió principalmente a la evangelización y a la institución de los "fiscales", el culto a las imágenes vernáculas de madera, algunas de las cuales se consideraron impropias para el culto, y a las supersticiones, entre ellas la brujería (vid. Retamal 1983). Uno de los sucesores en esa mitra, Mons. Don Ramón Angel Jara Ruz (1898-1909), aconsejó luchar contra la secta brujeril y demás supersticiones inconvenientes; también reemplazar las imágenes más inadecuadas por otras de estética "sulpicianas", tan diferente de la barroca, que surgió en Francia desde mediados del siglo XIX, situándose la venta de estatuas, ornamentos y objetos de culto en las cercanías de la iglesia de Saint Sulpice en

París. El Obispo don Ramón Munita Eyzaguirre, amante de las antigüedades, hizo retirar del culto las menos presentables y reemplazarlas por otras a la moda de su tiempo, lo que le trajo fuerte repulsa de algunos parroquianos.

### CAPÍTULO VII

#### CARPINTEROS DE RIBERA

RODNEY STRABUCCHI

- 1 Las citas intertextuales vienen de las *Exploraciones jeográficas e hidrográficas de José de Moraleda i Montero*, Piloto Primero de la Real Armada de España. Forman parte del diario de Moraleda de los primeros meses de 1787 y 1788 a cargo de la falúa del rey, *Socorro*, de 12 metros de eslora y con otra embarcación acompañante cumpliendo su comisión de explorar y dibujar las cartas de las islas, los canales y las costas de la ribera oriental de la Isla de Chiloé, como también Maullín y Carelmapu (Moraleda 1888: 29, enero 1787).
- 2 Entrevista con Arturo Bahamonde. Pudeto, abril de 2003.
- 3 <https://losbarcosdejuanvasquez.wordpress.com/2012/06/01/la-lm-franciscuita-2/>
- 4 Moraleda 1888: 35, enero 1787.
- 5 En la expedición de reconocimiento de Francisco de Ulloa enviado por Pedro de Valdivia a las costas del sur hasta el estrecho de Magallanes.
- 6 "[...] poco a poco fueron desapareciendo los bongos y lanchones de costura, para dar lugar a hermosas balandras, tanto extranjeras como nacionales, que llegan de varios puntos a la carga de maderas a Puerto Montt" (Pérez Rosales 1980: 474).
- 7 Zegers 2003: 21.
- 8 Zegers 2003: 21.
- 9 Moraleda 1888: 78-79, marzo 1787.
- 10 Roth 1978: 205-215.
- 11 Moraleda 1888: 36, marzo 1878.
- 12 Moraleda 1888: 42, enero 1878.
- 13 "En cada pueblito siempre va a haber uno que va a hacer la peguita de carpintero, le van a llevar un botecito para arreglarla, pintarla, y va a tener peguita prácticamente todo el año". Bahamonde, 2003.
- 14 <http://www.oficiostradicionales.net/es/mar/carpintero/proceso.asp> (Diputación Foral de Guipuzcoa).
- 15 Moraleda 1888: 51, febrero 1787.
- 16 Moraleda 1888: 130, marzo 1788.
- 17 Joshua Slocum, célebre navegante que realiza la primera circunnavegación del globo en 1898,



reconstruye el mismo un barco abandonado, *Spray*, de 11,20 metros, un cúter viejo, y comenta en el libro que relata sus aventuras, como arma su propio cocedor para poder hacer el entablado.

18 Moraleda 1888: 87, abril 1787.

19 Moraleda 1888: 143, abril 1788.

#### CAPÍTULO VIII

### LA CESTERÍA: TRANSFORMACIONES DE UN OFICIO

MARIJKE VAN MEURS Y JANNETTE GONZÁLEZ

1 Plath 1973: 14.

2 Juan Marilicán, com. pers. 2007.

3 Fidel Rain, com. pers. 2014.

4 El 43% de la colección etnográfica del Museo Regional de Ancud está compuesta por cestería de Chiloé, 187 piezas de distintas formas, técnica y fibras vegetales provenientes de Llanco, Caulín y Pugeñún (Ancud), Quemchi (Quemchi), Llingua y Achao (Quinchao), San Agustín, Puerto Ichuac, Puchilco, Chulchuy, Puqueldón y Aldachildo de la Isla Lemuy (Puqueldón), y Chaiguao y Quellón (Quellón). Esto evidencia que Chiloé en su conjunto es un gran centro de producción de cestería con particularidades en cada localidad.

5 El acuarelista inglés Conrad Martens (1801-1878) permaneció en el Puerto de San Carlos, actual Ancud, entre el 28 de junio y el 13 de julio del año 1834, como dibujante de la segunda expedición de reconocimiento hidrográfico inglesa, bajo la comandancia de Robert Fitz Roy; de esta expedición era también parte el científico Charles Darwin.

6 El pintor alemán Carl Alexander Simon (1805-1852), llegó a Valdivia como emigrante el año 1850, abandonando su país principalmente por razones políticas. En Chiloé permaneció supuestamente entre febrero y agosto de 1852, cuando se embarca hacia el estrecho de Magallanes acompañando al nuevo gobernador de los territorios australes, Bernardo Philippi. Ambos alemanes son asesinados en represalia, por indígenas, en octubre del mismo año en Punta Arenas.

7 Casa fogón o cocina chilota: "Ahí se hacía el fuego adentro y ahí vivía toda la familia. Primero era con junquillo en el techo. El resto era de madera. Se le hacía ventana, pero igual el humo se quedaba dentro". Paidanca de Lamecura 2004: 72.

8 Respecto de la representación de la escena, nos parece interesante utilizar una descripción de Parker King (1839: 284) del año 1829 para entender la importancia del comercio para

Ancud: "Como la única forma de proveer a la ciudad de San Carlos es por medio de transporte marítimo, frecuentemente se encuentra mal provista en invierno, cuando los vientos del NW impiden la llegada de las piraguas. Un viento del sur durante dos días, en esa estación, trae entre cincuenta y cien piraguas desde Dalcahue y Castro, cargadas con jamones, papas, chanchos, granos, aves, terneros, pescado seco y carbón, lo que es vendido a bajo precio, pagándole una décima parte al gobierno" [la traducción es nuestra].

9 Plath 1973: 13-14.

10 Van Meurs y González 2007: 8.

11 González y van Meurs 2013.

12 Para Yuri Jeria (1996): "Los canastos, lo masculino, son fabricados de fibra con muy poco procesamiento previo. Algunas señoras solo mojan la fibra, sea manila, junquillo o boqui, para hacerla flexible. En el caso del junquillo resulta un canasto muy endeble, deformable, frágil y de muy corta vida [...] Los canastos, los *lloles*, son bastante toscos, con tejido muy "ralo", muy abierto, lo que implica que su interior, su contenido es visible, lo que le confiere una característica peculiar: ser transparentes [...] El tiempo de su construcción y ocupación es bien definido, abarcando toda la época de lluvias, esto es de marzo a diciembre. Las canastas, lo femenino, son hechas con mucho amor y paciencia. Su construcción demanda mucho tiempo, mucha dedicación. Previamente la fibra, el junquillo, debe ser blanqueado en un complicado proceso en el cual el junquillo es sometido a la acción del fuego, el agua, la lejía, el rocío y los rayos del esquivo sol, para luego ser tejido apretadamente, resultando de este proceso unos cestos muy "tupidos" [...] Por un lado son muy firmes y resistentes al uso, y por otro [...] muy delicadas. La factura y uso de las canastas es en la época estival, por lo que en la época de lluvias deben ser bien protegidas".

No logramos encontrar la información suficiente para avalar lo dicho por Jeria. La diferencia que logramos definir es que las canastas implican mayor trabajo, son de puntos más complejos y su uso es más restringido, se usan preferentemente para labores dentro del hogar, por lo que duran más, se usaban para trigo y el pan, todavía se usan para guardar la lana hilada o limpia. Son más elegantes y más caras también (Fedima Soto, com. pers. 2015).

Los canastos son más rápidos de hacer ("en el tiempo que hago una canasta puedo hacer varios canastos"), pero igual la fibra del canasto puede ser tratada como menciona Jeria, y el canasto se cuida, aunque su uso sea

para labores más pesadas como sacar papas o mariscar. "Una vez que se usa y se embarra, se limpia y se deja colgado en lugar ventilado y dura igual" (Fedima Soto, com. pers. 2015). Como es utilizado para acarrear, por ejemplo, papas o mariscos, un requerimiento del canasto es tener dos asas, "los hay de tres, hasta cinco almudes" (Fedima Soto, com. pers. 2015).

13 Según los informantes clave de Llingua, la diferencia entre el *llole* y el canasto se centra en el tamaño y el número de asas, pues mientras el canasto puede contener un almud o almud y medio, y poseer un asa; el *llole* es más grande y tiene dos asas (*Focus group*, Achao).

14 Pedro Mansilla, *focus group*, Achao.

15 Jeria 1996: 18.

16 No hemos podido identificar el referente botánico de esta especie.

17 Pedro Mansilla, *focus group*, Achao.

18 Urbina 2013: 12.

19 Universidad Austral de Chile 2013.

20 Neira y Bertin 2009-2010: 3-8.

21 Román 2012.

22 Mansilla 2006: 9-36.

#### CAPÍTULO IX

### LOS TIEMPOS DEL MAR INTERIOR

RICARDO ÁLVAREZ Y FRANCISCO THER

\* Proyecto FONDECYT N° 1121204 "Geoantropología de los imaginarios del Mar Interior de Chiloé: Itinerarios de temporalidades y apropiaciones socioculturales marítimas".

1 UCV 1971.

2 Munita *et al.* 2004; Legoupil 2005; Stern *et al.* 2009; Álvarez *et al.* 2008; Mena *et al.* 2011.

3 Urbina, R. 1983; Urbina, X. 2009, 2011

4 En Urbina 1983: 71.

5 'Fichaje social' alude al modo en el que el Estado focaliza recursos a una población determinada para hacer más expedito el gasto social.

6 Salinas y Ther 2011.

7 Ther 2011.

#### EPÍLOGO

### CHILOÉ EN EL OJO DEL VOLCÁN

RENATO CÁRDENAS

1 *Hueda*: el "aguaje malo" para los antiguos mapuches. Deriva del mapuzungún *hueda*, "cosa mala".



## REFERENCIAS

- ALNUTT, T. R.; A. C. NEWTON, A. LARA, A. PREMOLI, J. J. ARMESTO, R. VERGARA y M. GARDNER, 1999. Genetic variation in *Fitzroya cupressoides* (alerce), a threatened South American conifer. *Molecular Ecology* 8: 975-987.
- ÁLVAREZ, R., 2002. Reflexiones en torno a las identidades de las poblaciones canoeras situadas entre los 44° y 48° de latitud sur, denominadas "chonos". *Anales del Instituto de la Patagonia* 30: 79-86, Punta Arenas.
- ÁLVAREZ, R.; D. MUNITA, J. FREDES y R. MERA, 2008. *Corrales de pesca en Chiloé*. Valdivia: Imprenta América.
- ÁLVAREZ, R.; D. MUNITA, J. HERNÁNDEZ, A. BARÓN y D. GÁLVEZ, 2013. Antecedentes etnográficos e históricos de la pesca con nasas (*Ilolles*) en el centro-sur de Chile. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 25: 5-21.
- ANÓNIMO, 1957. Diálogo entre Chile patriota y Chiloé realista. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 125: 247-250.
- ARCHIVO NACIONAL, 1946. *Archivo de Don Bernardo O'Higgins*, Santiago: Editorial Nascimento.
- ASPILLAGA, E.; C. OCAMPO, J. C. OLIVARES, B. ARENSBURG y J. MEYER. 1995. Una visita a los canoeros de Quetalmahue. *Revista Museos* 20: 18-20. Santiago: Subdirección Nacional de Museos, Dibam.
- AUGUSTA, Fray F. J. de, 1903. *Gramática araucana*. Valdivia: Imprenta Central, J. Lampert.
- BARRIENTOS, P., 2013 [1948]. *Historia de Chiloé*. Santiago: Ediciones Museo Regional de Ancud.
- BARROS ARANA, D., 1856. *Las campañas de Chiloé (1820-1826)*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- BERG, L., 1999. El programa de conservación de las Iglesias de Chiloé. En *Monumentos y Sitios de Chile*, pp. 183-192. Santiago: Ediciones Altazor, Universidad Internacional SEK, Icomos Chile.
- 2005. *Restauración iglesias de Chiloé: conservando lo infinito. Proyecto y obras 1988-2002*. Santiago: Editorial Universitaria.
- 2015. Rastreo de las influencias y precedentes en la composición arquitectónica de las iglesias tradicionales de Chiloé. Tesis para optar al grado de doctor en Arquitectura por la Universidad Politécnica de Madrid, Escuela Técnica Superior de Arquitectura (Inédita).
- BERG, L. y G. P. CHERUBINI, 2014. El aporte de los misioneros franciscanos italianos a la tipología arquitectónica de la torre-fachada en las iglesias de Chiloé. *AUS (Valdivia)* 16: 4-9.
- BIBAR, G. de, 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- BIRD, J., 1938. Antiquity and migrations of the early inhabitants of Patagonia. *The Geographical Review* XXVIII (2): 250-275, Nueva York.
- BOLDRINI, G., 1986. *El tren de Chiloé. Informe histórico sobre el ferrocarril de Ancud a Castro*. Ancud: Centro del Folklore del Magisterio de Ancud.
- BÓRQUEZ SOLAR, H., 1922. *La vida humilde (cuentos insulares)*, Santiago.
- BULNES, G., 1897. *Últimas campañas de la independencia del Perú: 1822-1826*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- BYRON, J.; J. BULKELEY, J. CUMMINS, I. MORRIS y A. CAMPBELL, 2012. *Cuatro relatos para un naufragio. La fragata Wager en el golfo de Penas en 1741*. Santiago: Septiembre Ediciones.
- CAMPOS, F., 1958. *Los defensores del rey*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- CAÑAS PINOCHET, A., 1910. Estudios de la lengua veliche. En *Trabajos del Cuarto Congreso Científico (1° Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909*, vol. 11, pp. 143-330. Santiago: Impr. Barcelona.
- CARABIAS, D., 2009. *Encuentro de dos mundos. Naufragio del H.M.S. Wager en la Patagonia*. Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- CARABIAS, D.; N. LIRA y M. CHAPANOFF, 2007. Documentación, análisis e interpretación de los restos de una dalca procedentes del lago Chapo, Región de Los Lagos. En *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos, Sextas Jornadas de Arqueología de Patagonia*, F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde, Eds., pp. 257-267. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- CÁRDENAS TABIES, A., 1971. *Los guaitequeros: personajes folklóricos de Chiloé*. Rancagua: Brecha.
- CÁRDENAS, R.; D. MONTIEL y C. G. HALL, 1991. *Los chono y los veliche de Chiloé*. Santiago: Ediciones Olimpo.
- CÁRDENAS, R. y C. VILLAGRÁN, 2005. *Chiloé, botánica de la cotidianidad*. Santiago: Gráfica Lascar.
- CAVADA, D., 1914. *Vida isleña: novela de costumbres lugareñas*. Valdivia: Imprenta Central.
- 1919. *Última jornada. Ancud, 1919. Narración histórica sobre Chiloé*. Los Ángeles: Imprenta y Encuadernación Saavedra.
- CAVADA, F. J., 1910. *Apuntes para un vocabulario de provincialismos de Chiloé, precedidos de una breve reseña histórica del archipiélago*, Punta Arenas.
- 1914. *Chiloé y los chilotos*. Santiago: Editorial Universitaria.
- 1921. *Diccionario manual isleño: provincialismos de Chiloé*. Santiago: Imprenta Yolanda.
- CERDA BRINTRUP, G., 2012. Pompa, ceremonia y rito en Chiloé. *Arquitecturas del Sur* 30: 6-15. Concepción: Departamento de Diseño y Teoría de la Arquitectura de la Universidad del Bío-Bío
- CHAUCHAT, C., 1988. Early Hunter-Gatherers on the Peruvian Coast. En *Peruvian Prehistory*, R. Keatinge, Ed., pp. 41-66. Cambridge: Cambridge University Press.
- CORREA, I., 2009. Los conchales alfareros de Quillaipe-La Arena: Informe de análisis cerámico (manuscrito).
- DARWIN, Ch., 1945. *Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo por Charles Darwin*. Buenos Aires: El Ateneo.
- 1983 [1834]. *El viaje del Beagle*. Barcelona: Editorial Labor S. A.
- 2008 [1859]. *On the Origin of Species*. Oxford: Penguin Books.
- DE LA PUENTE CANDAMO, J., 1992. *La independencia del Perú*. Madrid: Editorial Mapfre.
- DEBIDOUR, V.H., 1961. *Breve historia de la escultura cristiana*. Andorra: Ed. Casal i Valle.
- DENTON, G.; C. J. HEUSSER, T. V. LOWELL, P. J. MORENO, B. G. ANDERSEN, L. E. HEUSSER, C. SCHLÜCHTER y D.R. MARCHANT, 1999. Interhemispheric Linkage of Paleoclimate during the Last Glaciation. *Geografiska Annaler* 81A: 107-153.
- DÍAZ BLANCO, J. M., 2011. La empresa esclavista de don Pedro de la Barrera (1611): una aportación al estudio de la trata legal de indios en Chile. *Estudios Humanísticos* 10: 55-70.
- DILLEHAY, T., 1989. Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile. *Paleoenvironment and Site Context*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- DONOSO, R. y F. VELASCO, 1970. *La propiedad austral*. Santiago: ICIRA.
- DUECK J. J. y R. RODRÍGUEZ, 1972. Lista preliminar de las especies de Pteridophyta de Chile Continental e Insular. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* 45: 129-174.
- EMPERAIRE, J., 1963. *Los nómades del mar*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- ENRICH, S. J., F., 1891. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*. Barcelona: Imp. de Francisco Rosal.
- ESCUELA DE ARQUITECTURA UCV, 1971. *Maritorios*



- de los archipiélagos de la Patagonia occidental. Santiago: Escuela de Arquitectura UCV, Impreso en los Talleres del Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas.
- FERNÁNDEZ, D., 1992. *Últimos reductos españoles en América*. Madrid: Editorial Mapfre.
- FINTERBUSCH, C. A., 1934. Las dalcas de Chiloé y los chilotes. *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXXV (82): 412-433.
- FITZ-ROY, R., 1933. *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. 'Adventure' y 'Beagle' en los años 1826 a 1836* (Londres, 1839). Traducción de T. Caillet-Bois, Buenos Aires.
- 1939. *Narrative of the surveying voyages of His Majesty's Ships 'Adventure' and 'Beagle' between the years 1826 and 1836, describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe. Proceedings of the second expedition, 1831-36, under the command of Captain Robert Fitz-Roy, R.N.* London: Henry Colburn.
- 2013. *Viajes del "Adventure" y el "Beagle"*. Diario, introducción y traducción de Armando García González. Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Universidad Autónoma de México; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam; Universidad Austral de Chile. Madrid: Los libros de la Catarata.
- FLADMARK, K. R., 1979. Routes: Alternate Migration Corridors for early man in North America. *American Antiquity* 44 (1): 55-69.
- FONCK, F., 1900. *Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuel Huapi*. Valparaíso: Imprenta Gillet.
- FREZIER, M., 1902 [1712]. *Relación del viaje por el Mar del Sur y las costas de Chile i Perú durante los años de 1712, 1713 i 1714*. Santiago: Imprenta Mejía.
- FUNDACIÓN RADIO ESTRELLA DEL MAR, 2004. *Enciclopedia cultural de Chiloé*. Arquitectura, Vol 3. Temuco: Imprenta Wesaldi.
- GÓNGORA MARMOLEJO, A., 1862. *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- GONZÁLEZ DE AGÜEROS, F. P., 1791. *Descripción Historial de la Provincia y Archipiélago de Chiloé en el Reyno de Chile y Obispado de la Concepción*. Madrid: Imprenta de don Benito Cano.
- GONZÁLEZ, J. y M. VAN MEURS, 2011. La fijación del mito en Chiloé desde las colecciones del Museo Regional de Ancud. En *Informes Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2011*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam.
- 2013. Cestería de Chiloé: el oficio detrás de las colecciones del Museo Regional de Ancud. En *Informes Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2013*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam.
- GORDON, A., 1978. Urna y canoa funerarias, una sepultura doble excavada en Padre Las Casas, Provincia de Cautín, IX Región, Chile. *Revista Chilena de Antropología* 1: 61-80, Santiago.
- GREENHILL, B., 1995. The archaeology of boats and ships. Conway Maritime Press, Londres.
- GRENIER, P., 1984. Chiloé et les chilotes. *Marginalité et dépendence en Patagonia Chilienne*. Aix-en-Provence: EDISUR.
- GUARDA, O. S. B., G., 1968. El apostolado seglar en la cristianización de América: La institución de los fiscales. *Historia* 7: 205-225. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- 1969a. Informe a la Academia Chilena de la Historia sobre el Archivo del Obispado de Ancud y medidas adoptadas para su conservación. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 81: 181-192.
- 1969b. Noticias históricas y artísticas de siete iglesias de Chiloé propuestas para ser declaradas monumentos nacionales. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 82: 226-238.
- 1970. Escuelas del Rey en Chiloé después de la expulsión de los jesuitas. Notas para su estudio. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 83-84: 207-217.
- 1975. La cultura en Chile austral antes de la colonización alemana, 1645-1850. *Universidad y Desarrollo* 1: 33-133, Santiago.
- 1984. *Iglesias de Chiloé*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- 1990. *Flandes Indiano*. Las fortificaciones del reino de Chile (1541-1826). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- 1995. *Los Colmeneros de Andrade. Contribución a la historia social de Chiloé*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- 2001. *Historia de Valdivia*. Santiago: Ediciones de la Universidad Católica de Chile.
- 2003. *Los encomenderos de Chiloé*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- GUARDA, O. S. B., G. y R. MORENO, 2008. *Monumenta Cartographica Chiloensia. Misión, Territorio y defensa. 1696-1826*. Santiago: Corporación del Patrimonio Cultural de Chile.
- GUERRERO, C., 2002. *La contrarrevolución de la independencia de Chile*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- GUSINDE, M., 1951. *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- GUTIÉRREZ, R., (Coord.), 2003. *Las iglesias de Chiloé. La recuperación de las destrezas tradicionales*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Agencia Española de Cooperación Internacional.
- 2007. Las misiones circulares de los jesuitas en Chiloé. Apuntes para una historia singular de la evangelización. *Apuntes: Revista de estudios sobre patrimonio cultural - Journal of Cultural Heritage Studies* 20: 50-69, Bogotá.
- GUZMÁN, F., 2009. *Representaciones del Paraíso. Retablos en Chile, siglos XVIII y XIX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- HANISCH, W., S. J., 1972. *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- 1982. *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*. Santiago: Academia Superior de Ciencias Pedagógicas.
- HÄSSEL DE MENÉNDEZ y M. F. RUBIES, 2004. *Catalogue of Marchantiophyta and Anthocerotophyta of Chile, Argentina and Uruguay* (En edición).
- HE, S., 1998. A Checklist of the Mosses of Chile. *Journal of the Hattori Botanical Laboratory* 85: 103-189.
- JERIA, Y., 1996. Cestería y cultura: Artilugio de fibra de Chiloé. *Revista Museos* 21: 18-20. Santiago: Subdirección Nacional de Museos, Dibam.
- KING, P., 1839. *Narrative of the surveying voyages of his Majesty's Ships Adventure and Beagle between the years 1826 and 1836: describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe. Proceedings of the first expedition, 1826-30*. London: Henry Colburn.
- KROEBER, A., 1945. *Antropología general*. México, D. F.: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- LATCHAM, R., 1930. La dalca de Chiloé y los canales patagónicos. *Boletín del Museo Nacional de Chile* XIII: 63-72, Santiago.
- LEGOUPIL, D., 2000. L'adaptation en milieux froids des chasseurs-cueilleurs de Patagonie et de Terre de Feu : des contraintes aux stratégies. En *Les derniers chasseurs-cueilleurs d'Europe occidentale, Actes du colloque international de Besançon, octobre 1998*, pp. 351-360. Besançon: Presses Universitaires Franc-Comtoises.



## REFERENCIAS

- 2003. Cazadores-recolectores de Ponsonby (Patagonia austral) y su paleoambiente desde el VI al III milenio A.C. *Magallania* (número especial), vol. 31, Punta Arenas.
- 2005. Recolectores de moluscos tempranos en el sureste de la isla de Chiloé: una primera mirada. *Magallania* 33 (1): 51-61, Punta Arenas.
- LEGOUPIL, D. y M. FONTUGNE, 1997. El poblamiento marítimo en los archipiélagos de Patagonia: núcleos antiguos y dispersión reciente. *Anales del Instituto de la Patagonia* 25: 75-87, Punta Arenas.
- LENZ, R., 1897. Estudios araucanos materiales para el estudio de la lengua, la literatura i las costumbres de los indios. Publicados en los *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo XCVII. Santiago: Imprenta Cervantes.
- LÉVI-STRAUSS, C., 1970. *Mitológicas III: El origen de las maneras de Mesa*. Traducción Juan Almela. México, D. F.: Siglo XXI Editores S. A.
- LIRA, N., 2006. Registro, análisis y puesta en valor de tres fragmentos de dalca del lago Chapo, X Región. Práctica profesional para la licenciatura de Arqueología, Universidad de Chile (manuscrito).
- 2015. Embarcations de tradition indigène en Patagonie du Nord/Sud du Chili : connexions, contactas et routes de la cordillere des Andes à la mer. Tesis de doctorado, Universidad de Paris 1 Panthéon-Sorbonne.
- LIRA, N. y D. LEGOUPIL, 2014. Navegantes del sur y las regiones australes. En *Mar de Chile*, C. Aldunate, Ed., pp. 103-143. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- LIRA, N.; V. FIGUEROA y R. BRAICOVICH, 2015. Informe sobre los restos de dalca del museo etnográfico de Achao, Chiloé. *Magallania* 43 (1): 1-12, Punta Arenas.
- LORENZO, S. y R. URBINA, 1978. *La política de poblaciones en Chile durante el siglo XVIII*. Quillota: Editorial El Observador.
- LOTHROP, S., 1932. Aboriginal Navigation off the west coast of South America. *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* 62: 229-256.
- LUMBRERAS, L., 1966. El área cotradicional meridional andina. *Boletín del Museo de Historia Natural* 30: 65-79, Lima.
- MALDONADO, R., 1897. *Estudios geográficos é hidrográficos sobre Chiloé*. Santiago: Establecimiento Poligráfico "Roma".
- MALASPINA, A., 1885. *Viaje político científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", al mando de los Capitanes Don Alejandro Malaspina y Don José de Bustamante y Guerra, desde 1789 a 1794*. Publicado con una traducción por D. Pedro de Novo y Colson. Madrid: Ed. Viuda e Hijos de Abienzo.
- MANSILLA TORRES, S., 2006. Chiloé y los dilemas de su identidad cultural ante el modelo neoliberal chileno: la visión de los artistas e intelectuales. *Alpha* 23: 9-36. Osorno.
- MARINO, M. y C. OSORIO, 1983. *Chiloé, cultura de la madera*. Proceso a los brujos de Chiloé. Ancud: Imprenta Cóndor.
- MARIÑO DE LOBERA, P., 1865. *Crónica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile, Tomo IV. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- MARTICORENA, C., 1990. Contribución a la estadística de la Flora Vascular de Chile. *Gayana Botánica* 47: 85-113, Concepción.
- MARTÍNEZ, M., 1964. *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814* (escrita en 1815). Tomo II. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional.
- MARTINIC, M., 1977. *Historia del Estrecho de Magallanes*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- 1999. *Cartografía Magallánica, 1523-1945*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
- 2005. *De la Trapananda al Aysen*. Santiago: Pehuén Editores.
- MASSONE, M. y D. JACKSON, 2011. Las sociedades de cazadores-recolectores. En *Cazadores recolectores costeros en la región del Bío-Bío*, M. Massone, M. Sánchez, D. Quiroz y L. Contreras, Eds. Concepción.
- MATTHEWS, M. (Ed.), 1997. *Gilberto Provoste (1909-1995)*. Santiago: Editorial Kultrun, LOM Ediciones.
- 2015. *Santos Silentes*. Santiago: Ocholibros.
- MCGRAIL, S., 2001. *Boats of the world: from the stone age to medieval times*. Oxford: Oxford University Press.
- MEDINA, A., 1984. Embarcaciones chilenas precolombinas: La dalca de Chiloé. *Revista Chilena de Antropología* 4: 121-138.
- MEDINA, J. T., 1865. *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la Historia Nacional*, T. VIII. Santiago: Imprenta de la Estrella.
- 1874. *Colección de historiadores de Chile*, T. VII. Santiago: Imprenta El Ferrocarril.
- 1952 [1898]. *Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVIII en Chile*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- 1963. *Biblioteca hispano-chilena, 1523-1817*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- MENA, F.; E. GONZÁLEZ y R. LABARCA, 2011. Primeros registros de arte rupestre en el litoral de Patagonia Septentrional chilena. *Magallania* 39 (2): 303-307, Punta Arenas.
- MERA, R. y D. MUNITA, 2010. Trabajos arqueológicos en Bahía Ilque. Sexta entrega (manuscrito).
- MEZA, N., 1971. *Estudios sobre la conquista de América*. Santiago: Editorial Universitaria.
- MEZA, I. y C. VILLAGRÁN, 1991. Etnobotánica de la Isla Alao, Archipiélago de Chiloé, Chile. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 42: 39-78, Santiago.
- MORALEDA, J., 1888 [1787]. *Exploraciones Jeográficas e Hidrográficas de Jose de Moraleda i Montero*. Santiago: Imprenta Nacional.
- MONTIEL VERA, F., 2010. *Chiloé, historias de viajeros*. Castro: Masterprint.
- MORELLO, F.; M. SAN ROMÁN y A. PRIETO, 2002. Puntas de proyectil lanceoladas en Patagonia meridional y Tierra del Fuego. *Anales del Instituto de la Patagonia* 30: 155-166, Punta Arenas.
- MORENO, A., 1984. La expedición naval española del "Asia" y del "Aguiles" (1824-1825). *Revista Chilena de Historia y Geografía* 152: 84.
- MORENO, R., 2007. *Misiones en Chile Austral. Los jesuitas en Chiloé*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 2011. El archipiélago de Chiloé y los Jesuitas: el espacio geográfico para una misión en los siglos XVII y XVIII. *Magallania* 39 (2): 47-55.
- 2012. Reformismo borbónico y el extrañamiento de los jesuitas (1767). Consecuencias misionales en Chiloé. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 78: 37-51.
- MUNITA, D., 2007. Materias primas líticas en sitios costeros septentrionales del extremo sur de Chile. Dispersión y aprovisionamiento. En *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos. Sextas Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde, Eds., pp. 189-203. Punta Arenas: Ediciones CEQUA.
- MUNITA, D.; R. ÁLVAREZ y C. OCAMPO, 2004. Corrales de pesca. Pesca pasiva en el mar interior de Chiloé. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 37: 61-74.
- MUNITA, D.; R. MERA, I. ARREGUI y M. J. MANNESCHI, 2012. Funebría de grupos canoeros



- durante el Holoceno Tardío en la Región de Los Lagos. El conchal de Yaco Alto-1, Calbuco, Chile. *Cazadores Recolectores del cono sur. Revista de Arqueología* 6: 17-41.
- NAVARRO, X., 1995. Interpretaciones de ocupaciones precerámicas y cerámicas en los distintos microambientes de la costa de Chan Chan, Valdivia, X región. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena Hombre y Desierto* 9 (1): 127-134, Antofagasta.
- NAVARRO, X. y M. PINO, 1999. Estrategias adaptativas en ambientes costeros del bosque templado lluvioso de la zona mapuche. Una reflexión desde el precerámico. En *Soplando en el viento... Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, pp. 65-82. Neuquén: Universidad Nacional de Comahue.
- NEIRA, E. y R. BERTIN, 2010. Hábitos del uso de leña en Castro, Isla de Chiloé. *Revista Bosque nativo* 45: 3-8.
- NNN (Darío Cavada), 1896. *Chiloé*. Ancud: Imprenta "El Austral".
- OCAMPO, C. y P. RIVAS, 2004. Poblamiento temprano de los extremos geográficos de los canales patagónicos: Isla de Chiloé e Isla Navarino. *Chungara*. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Volumen Especial: 317-331, Arica.
- OLIVARES, M. de, 1864. *Historia militar, civil y sagrada de Chile*. Colección de Historiadores de Chile, t. IV, Santiago.
- ORQUERA, L.; E. SALAS, E. PIANA y A. TAPIA, 1977. *Lancha Packewaia*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- ORQUERA, L. y E. PIANA, 2006. El poblamiento inicial del área litoral sudamericana sudoccidental. *Magallania* 34 (2): 21-36, Punta Arenas.
- OVALLE, A., 1646. *Histórica Relación del Reyno de Chile*. Roma: Francisco Cavallo.
- PEREIRA SALAS, E., 1965. *Historia del arte en el Reino de Chile*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- PÉREZ ROSALES, V., 1980. *Recuerdos del pasado (1814-1860)*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- PLATH, O., 1973. *Arte tradicional de Chiloé*. Santiago: Museo de Arte Popular Americano.
- PORTER, C., 1995. GUA-010, un sitio costero erosionado en una zona sísmica activa. En *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo 2, pp. 81-88, Temuco.
- PREMOLI, A. C.; C. P. SOUTO, T. R. ALLNUTT y A. C. NEWTON, 2001. Effects of population disjunction on isozyme variation in the widespread *Pilgerodendron uviferum*. *Heredity* 87: 337-343.
- PREMOLI, A. C.; C. P. SOUTO, A. E. ROVERE, T. R. ALLNUTT y A. C. NEWTON, 2002. Patterns of isozyme variation as indicators of biogeographic history in *Pilgerodendron uviferum* (D. Don) Florin. *Diversity and Distributions* 8: 57-66.
- QUINTANA DE GARCÍA, E., 1977. *Voces del archipiélago: (vocabulario chilota)*. Santiago: Simiente.
- QUINTANILLA, A. de, 1955. *Autobiografía*. Prólogo, transcripción y notas de Carlos Besa Lyon. Santiago: Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile.
- QUIROZ, D., 1985. La expedición del piloto Juan García Tao a la Patagonia Occidental Insular (1620-1621). *Boletín del Museo Mapuche de Cañete* 1: 56-61.
- QUIROZ, D. y J. OLIVARES, 1988. Nómades canoeros de la Patagonia septentrional insular: el mundo de don Pedro del Agua. En *Encuentro de etnohistoriadores*, O. Silva, E. Medina y E. Téllez, Eds., pp. 10-33. Santiago: Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile.
- RAMÍREZ, C., 1995. *Onomástica indígena de Chile: Toponimia de Osorno, Llanquihue y Chiloé*. Valdivia: Imprenta Universitaria.
- RETAMAL, F., 1983. *El primer sínodo chileno de la época republicana: Ancud, 1851*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- REYES, M., 2012. Chiloé, mar y madera. Lancha velera, una forma de habitar entre tierra y mar. Taller de investigación, Escuela de Arquitectura, P. Universidad Católica de Chile, Santiago (inédito).
- RIETH, E., 1998. *Des bateaux et des fleuves: Archéologie de la batellerie du Néolithique aux Temps modernes en France*. Paris: Editions Erance.
- RIVAS, P. y C. OCAMPO, 2005. El antiguo curanto chilote. En *Chile país oceánico*, pp. 70-71. Santiago: Ocho Libros Editores.
- 2010. La adaptación humana al bosque en la isla de Chiloé. Estrategias adaptativas en el litoral septentrional de los canales patagónicos. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Vol. 2, pp. 1449-1460, Valdivia.
- RIVAS, P.; C. OCAMPO y E. ASPILLAGA, 1999. Poblamiento temprano de los canales patagónicos: el núcleo ecotonal septentrional. *Anales del Instituto de la Patagonia*: 221-230, Punta Arenas.
- 2000. Antecedentes del sitio arqueológico Puente Quilo 1 (Ancud 031). Informe proyecto La Humanidad Anterior (manuscrito).
- RODRÍGUEZ, F.; M. GHISLAIN, A. M. CLAUSEN, S. SHELLEY H. JANSKY y D. M. SPOONER, 2010. Hybrid origins of cultivated potatoes. *Theoretical and Applied Genetics* 121: 1187-1198.
- RODRÍGUEZ, H., 2011. *Fotógrafos en Chile, 1900-1950*. Santiago: Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico.
- ROJAS, E. y B. ELMÚDESI, 2014. *Palafitos de Castro/Chiloé. Patrimonio vernacular contemporáneo*. Santiago: Salesianos Impresores.
- ROMÁN, Á., 2012. El espacio político fragmentado de Chiloé: asimetrías de poder en una provincia abierta (y expuesta) al mundo. Avance de tesis doctoral (manuscrito).
- RONDIZZONI, J., 1854. Memoria que el intendente de Chiloé presenta al señor ministro de Estado en el Departamento de Interior: dando cuenta de todos los ramos de la administración, Ancud.
- ROQUER, M., 1946. *Caravana de nubes. Crónicas de un puerto perdido*. Ancud: Imprenta "La Cruz del Sur".
- ROSALES, F. D. de, 1989 [1674]. *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- 1991. *Seis misioneros en la frontera mapuche (del Libro IV de la Conquista Espiritual del Reino de Chile, Volumen I, de Diego de Rosales)*. Temuco: Ediciones de la Universidad de la Frontera.
- ROTH, H., 1978. *Two Against Cape Horn*. New York: W.W. Norton & Company.
- SAGREDO, R., 2009. Navegación científica en el Mar del Sur. El piloto Moraleda (1772-1810). *Revista de Historia Iberoamericana* 2 (1): 46-79.
- 2010. Navegando entre ríos de nieve. El piloto Moraleda en la costa patagónica. *Revista electrónica Documento/Monumento* [recurso electrónico], 3 (1): 51-72. <http://200.17.60.4/ndihr/revista-3/artigos/rafael-sagredo.pdf>.
- SALINAS, P. y F. THER, 2011. Prácticas y usos del espacio marino a través del tiempo en caletas de pescadores artesanales: El Manzano y Puntilla Pichicolo, Comuna de Hualaihué, Provincia de Palena. *Revista de Desarrollo Local – Interações* 12 (2): 269-289.
- SANDOVAL VÁSQUEZ, V., 2015. Cambio de uso del suelo: Bosques en la Isla de Chiloé en el periodo 1997-2013. Exposición 4º seminario "Reflexiones sobre el patrimonio cultural y natural de Chiloé", 11 y 12 de junio de 2015, Museo Regional de Ancud.
- SANMITIER, L., 1967. Los grupos chono o wayteca y los demás pueblos de Fuego-patagonia. *Runa* 10: 123-194, Buenos Aires.



## REFERENCIAS

- SCHIDLOWSKY, V., 2004. Primeros cazadores marítimos y terrestres de Patagonia austral y Tierra del Fuego: tecnología lítica e identidad cultural. *Chungara*. Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Vol. Especial: 89-94, Arica.
- SCHWARZENBERG, J. y R. MUTIZÁBAL, 1926. *Monografía geográfica e histórica del archipiélago de Chiloé*. Santiago: Editorial Nascimento.
- SEMPRÚN, J. y A. BULLÓN DE MENDOZA, 1992. *El ejército realista en la independencia americana*. Madrid: Editorial Mapfre.
- SKEWES, J. C.; R. ÁLVAREZ y M. NAVARRO, 2012. Usos consuetudinarios, conflictos actuales y posibilidades de conservación en el borde costero de Chiloé insular. *Magallania* 40 (1): 107-123, Punta Arenas.
- SLOCUM, J., 1956. *Sailing Alone Around the World*. New York: Dover Publications, Inc.
- STERN, C. y C. PORTER, 1991. Obsidiana en yacimientos arqueológicos de Chiloé y las Islas Guaitecas. *Anales del Instituto de la Patagonia* 20: 205-209, Punta Arenas.
- STERN, C. y P. CURRY, 1995. Obsidiana del sitio Pose Las Conchillas, Isla Traiguén (45°30'S), archipiélago de Los Chonos. *Anales del Instituto de la Patagonia* 23: 119-124, Punta Arenas.
- STERN, C.; X. NAVARRO y J. MUÑOZ, 2002. Obsidiana gris traslúcida del volcán Chaitén en los sitios arqueológicos de Quilo (Isla Grande de Chiloé) y Chan Chan (X Región), Chile, y obsidiana del Mioceno en Chiloé. *Anales del Instituto de la Patagonia* 30: 167-174.
- STERN, C.; C. GARCÍA, X. NAVARRO y J. MUÑOZ, 2009. Sources and distribution of different types of obsidian from archaeological sites in Central-South Chile (38-44°s). *Magallania* 37 (1): 179-192, Punta Arenas.
- STOTHERT, K. E., 1988. *La prehistoria temprana de la península de Santa Elena, Ecuador: Cultura Las Vegas*. Miscelánea Antropológica, Ecuatoriana Serie Monográfica 10. Guayaquil: Museos del Banco Central del Ecuador
- SUKHOTU, T. y K. HOSAKA, 2006. Origin and evolution of Andigena potatoes revealed by chloroplast and nuclear DNA markers. *Genoma* 49: 636-647.
- TAMPE MALDONADO, E., S. J., 1981. *Tres siglos de misiones en Chiloé*. Santiago: Salesianos Impresores.
- TANGOL, N., 1976. *Diccionario etimológico chilote*. Santiago: Editorial Nascimento.
- THER, F., 2011. Configuraciones del tiempo en el mar interior de Chiloé y su relación con la apropiación de los territorios marítimos. *Revista Desarrollo e Meio Ambiente* 23: 67-80, Paraná.
- TORREJÓN, F.; G. BIZAMA, A. ARANEDA, M. AGUAYO, S. BERTRAND y R. URRUTIA, 2013. Descifrando la historia ambiental de los archipiélagos de Aysén, Chile: el influjo colonial y la explotación económica mercantil republicana (siglos XVI-XIX)". *Magallania* 41 (1): 29-52, Punta Arenas.
- TORRES, M., 1985. *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- TRIVERO, A., 2005. Los primeros pobladores de Chiloé. Génesis del horizonte mapuche. Working papers series, 25, *Ñuke Mapu förlaget* [online] <http://www.mapuche.info/mapuint/Trivero050900.pdf>.
- URBINA BURGOS, R., 1983. *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- 1986a. Del periodo indiano de la cultura chilota. *Atenea* 453-454: 385-402. Concepción: Universidad de Concepción.
- 1986b. La intendencia de Chiloé y los conflictos del gobernador-intendente Francisco Hurtado, 1784-1789. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 154: 86-107.
- 1986c. El camino de Caycumeo. *Chiloé* 6: 3-7, Concepción.
- 1990. *Las misiones franciscanas de Chiloé a fines del siglo XVIII: 1771-1800*. Serie Monografías Históricas, N° XX, Instituto de Historia de la Universidad Católica de Valparaíso. Viña del Mar: Editorial Iártole.
- 1998a. *Gobierno y sociedad en Chiloé colonial*. Valparaíso: Facultad de Humanidades, Universidad de Playa Ancha.
- 1998b. Viajar por tierra en Chiloé a principios de siglo. *El Mirador de Lukas* 6, Valparaíso.
- 1998c. Viajar por mar en Chiloé: 1900-1930. *El Mirador de Lukas* 7, Valparaíso.
- 2004. *Población indígena, encomienda y tributo en Chiloé: 1567-1813: política estatal y criterios locales sobre el servicio personal de veliches y payos*. Valparaíso: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- 2010. Los curiosos caminos planchados de Chiloé del siglo XVIII. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 119, Vol. II, Santiago.
- 2012 [1983]. *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- 2013 [1998]. *Gobierno y sociedad en Chiloé colonial*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- 2013. *Aspectos del vivir de los chilotes*. Castro 1950-1960. Concepción: Editorial Okeldán.
- 2015. *Ancud. Una capital provinciana decimonónica* (inédito).
- URBINA CARRASCO, X. 2001. El espacio misional en los orígenes de las aldeas de Chiloé. En *Metodología y nuevas líneas de investigación de la Historia de América*, E. Martín, C. Pacheco y A. Sagarra, Comps., pp. 313-324. Burgos: Universidad de Burgos y Asociación Española de Americanistas.
- 2006. La frontera "de arriba" chilena y el camino de Chiloé a Valdivia, 1786-1788. *Temas Americanistas* 18: 30-40. Sevilla: Departamento de Historia de América, Universidad de Sevilla.
- 2006. Forma de exploración de la ruta hacia Nahuelhuapi por mar, ríos y lagos durante el siglo XVIII. En *Actas de las IV Jornadas de Historia Naval y Marítima de Chile*, pp. 63-80, Valparaíso.
- 2008. La frustrada misión estratégica de Nahuel Huapi, un punto en la inmensidad de la Patagonia. *Magallania* 36 (1): 5-30, Punta Arenas.
- 2009a. La tierra firme de Carelmapu, o área continental norte de la jurisdicción de Chiloé en el periodo colonial. En *¿Adónde se fue mi gente? Memorias y realidades en la construcción de Chiloé (siglos XVI al XXI)*, E. Barruel, S. Hernández, S. Mansilla, J. Ulloa y X. Urbina, Eds., pp. 21-42. Osorno: Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas, Universidad de los Lagos.
- 2009b. *La frontera de arriba en Chile colonial. Interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*. Valparaíso/Santiago: Ediciones Universitarias de Valparaíso/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam.
- 2010. La navegación por los canales australes en la Patagonia occidental insular en los siglos coloniales: la ruta del istmo de Ofqui. *Magallania* 38 (2): 41-67, Punta Arenas.
- 2011a. Análisis histórico-cultural del alerce en la Patagonia septentrional occidental. Chiloé, siglos XVI al XIX. *Magallania* 39 (2): 57-73, Punta Arenas.
- 2011b. La proyección de Chiloé hacia la Patagonia Insular en el siglo XVIII. *Anuario de Estudios Americanos* 68 (2): 599-622, Sevilla.



- 2013. La situación de Chiloé durante las guerras de independencia. En *Abascal y la contra-independencia de América del Sur*, S. O'Phelan, y G. Lomné, Eds., pp. 187-226. Lima: Institut français d'études andines y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 2014. El frustrado fuerte de Tenquehuén en el archipiélago de los Chonos, 1750: dimensión chilota de un conflicto hispano-británico. *Historia* 47 (1): 133-155, Santiago.
- 2015a. El chono Cristóbal Talcapillán y su información sobre colonias inglesas en la Patagonia Insular, 1674. *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile* 19: 27-44.
- 2015b. El naufragio de la *Wager* en el Pacífico austral y el conflicto del hierro en Chiloé. En *El Mar del Sur en la Historia. Ciencia, expansión, representación y poder en el Pacífico*, R. Sagredo y R. Moreno, Eds., pp. 239-278. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam y Universidad Adolfo Ibáñez
- 2016. Interacciones entre españoles de Chiloé y chonos en los siglos XVII y XVIII: Pedro y Francisco Delco, Ignacio y Cristóbal Talcapillán, y Martín Olleta. *Chungara* 48 (1): 103-114, Arica.
- VAN MEURS, M., 2014. *Conrad Martens en Chiloé*, 1834. Santiago: Ediciones Museo Regional de Ancud.
- VAN MEURS, M. y J. GONZÁLEZ, 2007. *La quilineja y la familia Marilicán*. Ancud: Museo Regional de Ancud.
- VÁZQUEZ DE ACUÑA, I., 1956. *Costumbres religiosas de Chiloé y su raigambre hispana*. Santiago: Centro de Estudios Antropológicos, Universidad de Chile.
- 1960a. Artesanía textil de Chiloé. *Boletín Americanista* 4: 49-61. Barcelona: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Barcelona.
- 1960b. Vida y cultura popular en el archipiélago de Chiloé. *Guadalupe* 7: 95-86. Madrid: Colegio Mayor Hispanoamericano N. S. de Guadalupe.
- 1963. *Arqueología Chilense. Yacimientos y material lítico*. Trabajos de Prehistoria del Seminario de Historia primitiva del Hombre de la Universidad de Madrid y del Instituto español de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones científicas.
- 1969. "Imagineria" di Chiloé. *Terra Ameriga* 18-19: 41-47. Genova: Associazione Italiana Studi Americanisti.
- 1974a. El general Quintanilla y su gobierno en Chiloé (1817-1826). *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 88: 287-310.
- 1974b. The saints of Chiloé. *Américas* 26 (9): 5-10. Washington, D. C.: The Organization of American States.
- 1988. Chiloé y su devenir. En *Chiloé y su influjo en la XI región. Chiloé y su influjo en la XI región*. II Jornadas territoriales. Colección Terra Nostra 12, pp. 10-28. Santiago: Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Universidad de Santiago.
- 1992. *Las incursiones corsarias holandesas en Chiloé: Simón de Cordes (1600) y Enrique Brouwer (1646)*. Santiago: Editorial Universitaria.
- 1994. *Santería de Chiloé: Ensayo y catastro*. Santiago: Editorial Antártica.
- VIDAL GORMAZ, F., 1874. Reconocimiento del río Maullín por la comisión exploradora de Chiloé y Llanquihue. *Anales de la Universidad de Chile* 45: 567-660.
- VILLAGRÁN, C., 1988. Expansion of Magellanic Moorland during the Late Pleistocene: palynological evidence from Northern Isla Grande de Chiloé, Chile. *Quaternary Research* 30: 304-314.
- 1998. Etnobotánica indígena de los bosques de Chile: sistema de clasificación de un recurso de uso múltiple. *Revista Chilena de Historia Natural* 71: 245-268.
- 2001. Un modelo de la historia de la vegetación de la cordillera de la Costa de Chile central-sur: la hipótesis glacial de Darwin. *Revista Chilena de Historia Natural* 74: 793-803.
- VILLAGRÁN, C.; I. MEZA, E. SILVA y N. VERA, 1983. Nombres folclóricos y usos de la flora de la Isla de Quinchao, Chiloé. *Publicación Ocasional Museo Nacional de Historia Natural de Chile* 39: 3-58.
- VILLAGRÁN, C.; R. RODRÍGUEZ y E. BARRERA, 1986. Pteridophyta del Archipiélago de Chiloé: Localidades interesantes para Chile. *Gayana Botánica* 43: 3-14.
- VILLAGRÁN, C.; R. VILLA, L. F. HINOJOSA, G. SÁNCHEZ, M. ROMO, A. MALDONADO, L. CAVIERES, C. LATORRE, J. CUEVAS, S. CASTRO, C. PAPIC y A. VALENZUELA, 1999. Etnozoología mapuche: un estudio preliminar. *Revista Chilena de Historia Natural* 72: 595-627.
- VILLAGRÁN, C. y F. ROIG, 2003. *Historia glacial de dos Coníferas milenarias: el alerce y el ciprés de las Guaitecas*. Puerto Montt: Corporación Nacional Forestal Región de Los Lagos.
- VILLAGRÁN, C.; E. BARRERA, J. CUVERTINO y N. GARCÍA, 2003. Musgos de la Isla Grande de Chiloé, X Región, Chile: Lista de especies y rasgos fitogeográficos. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural de Chile* 52: 17-44.
- VILLAGRÁN, C.; F. ROIG y A. LEÓN, 2004. Paleodistribución del alerce y ciprés de las Guaytecas durante períodos interestadiales de la Glaciación Llanquihue: Provincias de Llanquihue y Chiloé, Región de Los Lagos, Chile. *Revista Geológica de Chile* 31:133-151.
- VILLAGRÁN, C.; G. HÄSSEL DE MENÉNDEZ y E. BARRERA, 2005. *Hepáticas y Antocerotes del Archipiélago de Chiloé*. Santiago: Corporación de Amigos del Museo Nacional de Historia Natural.
- VIVAR, G. 1970 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Editado por Leopoldo Saez-Godoy. Bibliotheca Ibero-Americana, Colloquium verlag Berlin, Alemania.
- VON MURR, C.G., 1811. *Nachrichten von verschiedenen ländern des spanischen Amerika (Informaciones acerca de diversos países de la América española)*. Halle: Verlegt bey Joh. Christian Handel.
- ZEGERS, V., 2003. *Maestros de ribera...Un oficio ancestral*. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

#### MANUSCRITOS

- ANH, CG. Archivo Nacional Histórico (Santiago de Chile), Capitanía General, vols. 25, 710.
- ANH, FV. Archivo Nacional Histórico (Santiago de Chile), Fondos Varios, vol. 790.
- AHNM, DC. Archivo Histórico Nacional (Madrid), Diversos-Colecciones, 34.
- AGI, Chile. Archivo General de Indias (Sevilla), Audiencia de Chile, legajos 102, 153, 218, 220, 240, 433, 467, 498.
- AGI, Lima. Archivo General de Indias (Sevilla), Audiencia de Lima, legajo 643.
- AGI, Patronato. Archivo General de Indias (Sevilla), Patronato, 32, R. 5.
- MNM. Museo Naval de Madrid, manuscrito 0180.
- BN, MM. Biblioteca Nacional (Santiago de Chile), Manuscritos Medina, vols. 218, 259, 271, 307.
1986. "Vilupulli. Cuaderno de la historia. Hecho por la comunidad". Cuaderno N° 7. Ancud: Imprenta Obispado de Ancud.
1989. "Trincao. Cuaderno de la historia. Hecho por la comunidad". Cuaderno N° 12. Ancud: Imprenta Obispado de Ancud.



## LOS AUTORES

### RICARDO ÁLVAREZ

Antropólogo de la Universidad Austral. Ha desarrollado una línea de investigación asociada a patrimonio material e inmaterial del entorno costero sur austral, principalmente etnográfica. Actualmente trabaja como investigador para la Fundación Superación de la Pobreza, y forma parte de equipos multidisciplinarios de investigación de la Universidad de Los Lagos (programa Atlas) y de Arqmar (Centro de Investigación en Arqueología Marítima del Pacífico Sur Oriental).

### RENATO CÁRDENAS

Profesor, investigador y escritor. Nació en Calén, Chiloé. Estudió lengua, literatura, arte y comunicaciones. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Consejero de Cultura, Región de los Lagos, desde la creación del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Autor de una veintena de libros y centenares de artículos y conferencias en lingüística, literatura y etnografía. Integra los equipos de los programas "Al sur del mundo" desde 1988 y "Frutos del país" desde sus inicios. Asesor audiovisualista en distintas producciones.

### JANNETTE GONZÁLEZ

Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad de Chile y encargada de Desarrollo Institucional y Colecciones del Museo Regional de Ancud (Dibam).

### P. GABRIEL GUARDA O. S. B.

Abad emérito del Monasterio Los Benedictinos de Las Condes. Arquitecto (Pontificia Universidad Católica de Chile), posteriormente realizó especializaciones en Historia en las universidades de Madrid y de Sevilla. En 1958 ingresó a la orden benedictina, estudiando Filosofía y Teología en Argentina, Santiago y Roma. Es miembro de número de la Academia Chilena de la Historia desde 1962, y recibió el Premio Nacional de Historia en 1984. También es miembro de varias instituciones académicas en Chile y el extranjero, y ha publicado más de cuatrocientos títulos en los ámbitos de la historia de la Iglesia, la genealogía, la dominación española en el sur de Chile, la arquitectura y el urbanismo social.

### NICOLÁS LIRA

Arqueólogo (Universidad de Chile) y Doctor en Arqueología y Prehistoria (Université de Paris 1 Panthéon - Sorbonne). Sus líneas de investigación son la arqueología marítima y de las poblaciones costeras, lacustres y fluviales, así como la navegación y las embarcaciones tradicionales y prehistóricas. También ha desarrollado investigaciones en arqueología subacuática, dendrometría y dendroarqueología. Actualmente es investigador posdoctoral de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y es profesor invitado por la City University of New York (2016-2017).

### RODRIGO MERA

Arqueólogo de la Universidad de Chile. Miembro de la Sociedad Chilena de Arqueología. Ha desarrollado su trabajo de modo preferente en la región centro sur de Chile, entre el río Biobío y Chiloé. Desde 1995 ha participado en proyectos de investigación, patrimoniales y en consultorías ambientales, desarrollando líneas de investigación en arqueología del área mapuche, sus complejos alfareros y arqueología histórica.

### DOINA MUNITA

Licenciada en Antropología con mención en Arqueología por la Universidad de Chile y Magíster en Planificación y Gestión Territorial por la Universidad Católica de Temuco. Actualmente se desempeña como arqueóloga independiente en investigación, asesorías patrimoniales y ambientales, desarrollando líneas de investigación acerca de las ocupaciones arqueológicas costeras del sur de Chile, los estudios líticos y la arqueología del área mapuche.

### MANUEL PINOCHET, CAPITÁN DE NAVÍO

Es especialista en navegación y Oficial de Estado Mayor. Ha sido condecorado con la "Estrella al Gran Mérito Militar", por sus 30 años de servicio, con la "Gran Cruz de Servicio a Bordo" y con la medalla "Mérito Tamandaré", esta última entregada por la Marina de Brasil. Durante su carrera naval ha estado embarcado más de 17 años en diferentes unidades de combate y de apoyo y fue Comandante de la LM Uribe, AP Aquiles y del LSDH 91 Sargento Aldea. Actualmente se desempeña como Director de Comunicaciones de la Armada.



### HERNÁN RODRÍGUEZ

Arquitecto (Pontificia Universidad Católica de Chile). Posgrado Restauración de Monumentos y Sitios PNUD/UNESCO, Cusco, Perú. Dirigió el Museo Histórico Nacional, fue Gerente de Cultura de Fundación Andes y estuvo a cargo del Magister de Historia y Patrimonio de la Universidad de los Andes. Miembro de la Academia Chilena de la Historia, es director del Museo Andino de la Fundación Claro Vial.

### RODNEY ANNE STRABUCCHI

Chilena, estudió Artes liberales en Estados Unidos y es egresada del programa de magíster del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Ha vivido en Chiloé los últimos treinta años, entre canales, barcos, bosques y libros, traducciones, clases y poesía.

### FRANCISCO THER

Antropólogo y Doctor en Antropología Social. Profesor titular de la Universidad de Los Lagos. Trabaja sobre interdisciplina y complejidad, territorio y sustentabilidad, y desarrollo local. Es Director del Programa ATLAS-Programa de Investigación Interdisciplinaria en Complejidad Territorial-ULAGOS ([www.complejidadterritorial.ulagos.cl](http://www.complejidadterritorial.ulagos.cl)). En los últimos 10 años ha sido autor y coautor de más de cuarenta publicaciones en revistas especializadas y libros. Es compilador y editor de seis libros.

### RODOLFO URBINA

Nacido en Castro, es doctor en Historia por la Universidad de Sevilla (1980). Durante 40 años fue profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Es miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, y el año 2000 recibió el Premio Chiloé, que otorga la Municipalidad de Castro. Es autor de 14 libros, 11 de ellos sobre Chiloé en distintos períodos de su historia, además de numerosos artículos y capítulos de libros.

### XIMENA URBINA

Doctora en Historia por la Universidad de Sevilla (2006), y profesora titular del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, a cargo de la cátedra de

Historia de América colonial. Es miembro de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile y de la Sociedad de Historia y Geografía de Aysén. Ha escrito tres libros y alrededor de treinta artículos y capítulos. Su área de investigación son los territorios de frontera geográfica y étnica del sur de Chile en el período colonial.

### MARIJKE VAN MEURS

Nació en Santiago (1958) y en 1973 viaja a Holanda, donde estudia en la Universidad de Amsterdam (Historia del arte y Arqueología clásica) y en la Universidad de Leiden (Master of Arts en Arqueología e historia cultural de América indígena). Entre los años 1989 y 2001 trabaja como docente en la Universidad Austral de Chile y desde el año 2002 es Directora del Museo Regional de Ancud (Dibam).

### ISIDORO VÁZQUEZ DE ACUÑA

Historiador y diplomático. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense, Madrid (1959). Diplomado escuela de Genealogía, Heráldica y Derecho Nobiliario, CSIC (1962). Ayudante de campo, Misión Arqueológica Española, Comité Salvamento de Los Tesoros Arqueológicos de Nubia, UNESCO (1963-1964). Numerario de la Academia Chilena de la Historia (1978). Correspondiente Real Academia de la Historia. Vicepresidente Academia Historia Militar (2011-) y Sociedad Chilena de Historia y Geografía (2004-) Ex Presidente del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas (2004-2015). Autor de publicaciones sobre historia de América, arqueología, historia naval, heráldica y genealogía. Premio de Historia Colonial Silvio Zavala (2004-2005), Instituto Panamericano de Geografía e Historia, OEA.

### CAROLINA VILLAGRÁN

Profesora Titular de la Universidad de Chile, Doktor rer. nat. de la Georg-August-Universität, Göttingen, y Magister en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. En la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile ha impartido docencia de pre y posgrado, dirigido tesis de doctorado y magíster y fundado el primer Laboratorio de Palinología en el país. Ha publicado numerosas contribuciones centradas en palinología cuaternaria, biogeografía y etnobotánica de Chile.







## COMITÉ EDITORIAL

Benjamín Lira  
Hernán Rodríguez  
Lucía Santa Cruz

## AGRADECIMIENTOS

Monseñor Juan María Agurto  
Ximena Garry  
Geraldine MacKinnon  
Mariana Matthews  
Ricardo Mendoza  
Mario Monsalve Bórquez  
Rodrigo Moreno  
Jorge Pacheco  
Isabel Parra  
Daniela Sartori  
Carolina Suaznabar

Armada de Chile  
Biblioteca Agustín E. Edwards E.  
Biblioteca Nacional de Chile  
Fundación Violeta Parra  
Museo Histórico Nacional  
Obispado de Ancud



<<Página 344: Vista de campos y costa en Quinchao.  
Fotografía: Claudio Almarza.



Editor

Carlos Aldunate del Solar

Coordinación General

Gema Swimburn Puelma

Coordinación Editorial

Andrea Torres Vergara

Gestión de Iconografía

Fernanda Larraín Illanes

#### PRODUCCIÓN EDITORIAL

Virtual Publicidad

Dirección General

Andrés Urrutia Rodríguez

Dirección de Arte

Carolina Videla Herrera

Gestión de Color

Bernardo Kusjanovic Díaz

Impresión

Ograma Impresores

Registro Propiedad Intelectual

Inscripción N° 271606

ISBN 978-956-243073-9

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún medio, sin previa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2016. Primera edición de 3.000 ejemplares.



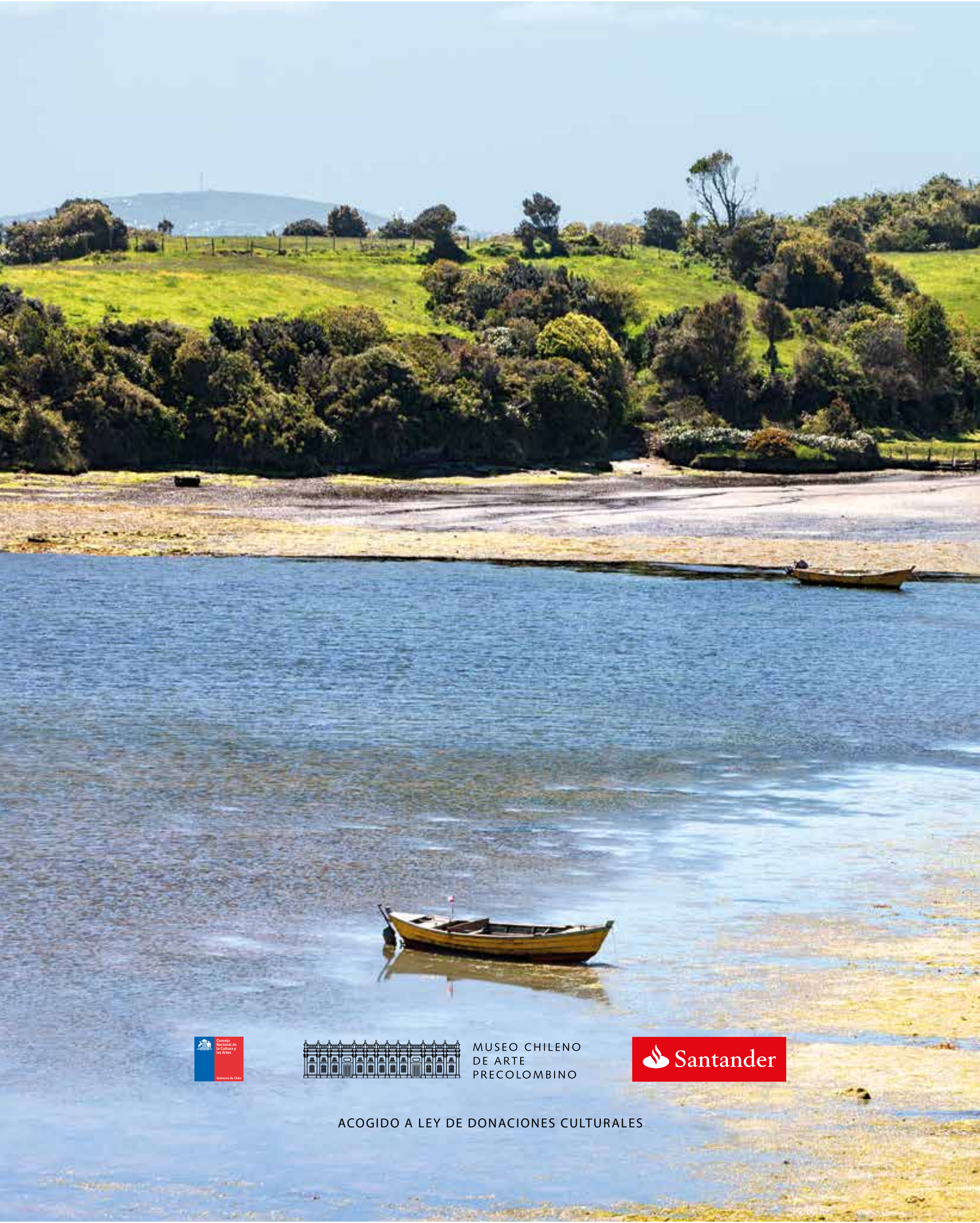
## Colección Santander

### Museo Chileno de Arte Precolombino

La colaboración editorial entre Banco Santander y Museo Chileno de Arte Precolombino consta de las siguientes obras:

2016	Chiloé
2014	Mar de Chile
2012	Atacama
2010	Santiago de Chile: Catorce mil años
2008	Rapa Nui: El ombligo del mundo
2007	Patagonia andina: Inmensidad humanizada
2006	Awakhuni: Tejiendo la historia andina
2005	Joyas de los Andes: Metales para los hombres, metales para los dioses
2004	Cocinas Mestizas de Chile: La olla deleitosa
2003	Con mi humilde devoción: Bailes chinos de Chile Central
2002	Voces Mapuches: Mapuche dungu
2001	Tras la huella del Inka en Chile
2000	Tiwanaku: Señores del lago sagrado
1999	Arte rupestre en los Andes de Capricornio
1998	América precolombina en el Arte
1997	Rostros de Chile precolombino
1996	Nasca
1995	Sonidos de América
1994	La cordillera de los Andes: Ruta de encuentros
1993	Identidad y prestigio de los Andes: Gorros, turbantes y diademas
1992	Colores de América
1991	Los orfebres olvidados de América
1990	Artífices del barro
1989	Arte mayor de los Andes
1988	Obras maestras
1987	Hombres del Sur
1986	Diaguitas, pueblos del norte
1985	Arica, diez mil años
1984	Tesoros de San Pedro de Atacama
1983	Platería araucana
1982	Museo Chileno de Arte Precolombino





MUSEO CHILENO  
DE ARTE  
PRECOLOMBINO



ACOGIDO A LEY DE DONACIONES CULTURALES